

# Miguel Ángel Barrios

Perón y el peronismo  
en el sistema-mundo  
del siglo XXI

Colección de la Unidad Sudamericana



Ministerio de Relaciones Exteriores,  
Comercio Internacional y Culto  
**Argentina**

Dirección de Asuntos Culturales

# AUTORIDADES

PRESIDENTE DE LA NACIÓN ARGENTINA  
**ALBERTO FERNÁNDEZ**

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES, COMERCIO INTERNACIONAL Y CULTO  
**CANCILLER SANTIAGO CAFIERO**

SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES  
**EMBAJADOR PABLO ANSELMO TETTAMANTI**

DIRECTORA DE ASUNTOS CULTURALES  
**PAULA VÁZQUEZ**

# Miguel Ángel Barrios

Perón y el peronismo  
en el sistema-mundo  
del siglo XXI

Colección de la Unidad Sudamericana



Ministerio de Relaciones Exteriores,  
Comercio Internacional y Culto  
**Argentina**

Dirección de Asuntos Culturales

Barrios, Miguel Angel

Perón y el peronismo en el sistema-mundo del siglo XXI / Miguel Angel Barrios. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 2023.

244 p. ; 23 x 16 cm. - (De la unidad sudamericana)

ISBN 978-987-1767-54-0

1. Política Argentina. I. Título.

CDD 320.82

© 2023, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

Primera edición: noviembre de 2023

Coordinación general: Paula Vázquez, Directora de Asuntos Culturales  
Curaduría general de la colección: Víctor Jorge Ramos

Realización gráfica: Editorial Universitaria de Buenos Aires  
Diseño de tapa: Alessandrini & Salzman

Impreso en Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

# DEDICATORIA

A los militantes de la Patria Grande, a los que han mantenido radiante su poderosa lámpara, a los de ayer, a los de hoy y los de siempre; ojalá que estas reflexiones contribuyan a los capítulos que faltan escribir y protagonizar.

Al amigo diputado nacional y parlamentario del Mercosur Juan Manuel Irrazábal, en función de seguir caminando juntos el derrotero integracionista para la segunda independencia, es decir, la definitiva.

A mi padre, que como actor de la gesta colectiva de 1945 me transmitió un trozo fundamental de la historia del coronel del pueblo del 17 de octubre.



# EL CONTINENTALISMO DE PERÓN ANTE LOS DESAFÍOS ACTUALES

Santiago Cafiero

La humanidad atraviesa tiempos convulsionados. Lejos de ser una crisis exclusivamente sanitaria, a la pandemia se la puede considerar como una crisis de múltiples efectos y consecuencias: además de sanitaria, fue económica, social, medio ambiental y terminó mutando el llamado orden mundial.

Pero cuando esa emergencia que amenazó la salud pública a lo largo y ancho de todo el planeta comenzó a amainar, otro cataclismo se desencadenó: la guerra de Ucrania, que en cierto sentido se transformó en una solapada tercera guerra mundial, cuyo resultado imprevisible nos presentará una nueva correlación de fuerzas en el escenario internacional.

Este naciente teatro geopolítico, de carácter inédito, ya se refleja en una contienda donde están a la vista todas las tecnologías militares de la historia de la guerra: la convencional, la guerra de guerrillas, la guerra asimétrica, la guerra cibernética, la guerra de aproximación indirecta, el terrorismo e incluso el intimidante riesgo nuclear.

Este panorama, de por sí atroz, se complejiza aún más por la suma de las crisis inflacionaria, energética y alimentaria que caracterizan al mundo del siglo XXI.

Son tiempos difíciles, sí. Aunque, si nos remontamos al origen etimológico de la palabra griega *krisis*, nos daremos cuenta de que se trata de momentos que convocan a la decisión, y no tanto a la decadencia, como habitualmente se asocia a las crisis. La experiencia nos demuestra que para salir adelante en los tiempos de traumáticos retrocesos históricos, siempre se hizo ineludible generar una doctrina y una acción genuinas de rebeldía, que se consustancien con la búsqueda de dignidad y soberanía de los pueblos.

Tanto en un “orden” unipolar como en uno multipolar, si nuestro continente sudamericano no logra avanzar y consolidar un proyecto de unidad política y económica, corremos el peligro de quedar convertidos en meros segmentos financieros o factorías agropecuarias proveedoras de las grandes metrópolis. Únicamente un Estado Continental industrial de América del Sur nos hará viables entre los intersticios y fracturas de un sistema-mundo en bifurcación.

Si no somos capaces en estos próximos años de reconstruir el Mercosur y la Unasur en función de objetivos claros y colectivos de soberanía, desarrollo y equidad, no seremos capaces de afrontar los desafíos que nos presenta el siglo XXI.

Ese Estado Continental podrá estar a la altura de los nuevos desafíos siempre y cuando todos sus miembros desechen pretensiones de liderazgo regional y acepten participar con altruismo en el rediseño de ese proyecto estratégico.

Los Estados Unidos de Sudamérica representan el único camino hacia la conquista de nuestra soberanía, es decir hacia la conquista de un espacio propio de autonomía en el contexto de un sistema mundial asimétrico e interdependiente. Ese necesario Estado-Región no es muy diferente de la Patria Grande de la que hablaba Manuel Ugarte, el continentalismo del general Perón, la Nación de Repúblicas de Simón Bolívar o Nuestra Patria América de José de San Martín.

“Unidos o Dominados” no es –como no lo fue en su momento— un slogan, una consigna de ocasión: constituye la estrategia lógica e inevitable para transformarnos en actores de la política mundial, que, para el general Perón, era la verdadera política. En más de una oportunidad, el ex presidente advirtió que “la política puramente nacional es algo casi puramente de provincias. Hoy todo es política internacional, que se juega adentro o afuera de los países”. Y lo decía y dejaba por escrito hace bastante más de medio siglo.

El sociólogo e historiador argentino latinoamericanista Miguel Ángel Barrios nos propone en la obra que aquí prologamos, revisar la geopolítica continentalista de Perón a partir de los desafíos actuales. “Lo que intentamos realizar –nos dice—, y esperamos que a lo largo de este libro se cristalice, pasa por reconocer en Perón al primer teórico y político de la autonomía periférica en el campo de las relaciones internacionales. El valor agregado de nuestra hipótesis consiste en la coherencia del teórico y el realista político”.

A lo largo de estas páginas, Barrios nos brinda una especie de GPS de las rutas estratégicas que nos conducirán a la Segunda Independencia o independencia definitiva. Y ese camino, como el autor subraya, nos lleva una y otra vez a Perón, nuestro contemporáneo: “Él nos interpela como argentinos, latinoamericanos, peronistas, no peronistas, con su sentencia máxima: ¡Unidos o dominados!”, recordándonos que, “si la independencia se encuentra enferma o en trance de recuperación, de nosotros depende recobrarla”.



# PRESENTACIÓN

Por Antonio Cafiero

La llamada globalización, al haberse desplegado casi únicamente en sus aspectos económicos, ha producido la actual crisis de los valores y de la política, a la par que ha generado una enorme desigualdad y exclusión, especialmente en los países del Tercer Mundo. Frente a este panorama hay quien piensa que para evitar los males que ha producido basta con sustraerse de ella. Otros sostienen que no hay otra posibilidad que someterse a sus dictados. Como he señalado en otras oportunidades, los males de la globalización se superan con más globalización, con la globalización de la política, con la globalización de los valores.

Debe rescatarse el magisterio y el poder transformador de la política, lo que coloca en un nuevo rol a los dirigentes y a los partidos políticos y que ya no pueden simplemente practicar políticas de fronteras adentro, sin espiar siquiera los fenómenos que hoy las perforan. Ya Perón había advertido, en su libro *La hora de los pueblos*, que “la política puramente nacional es algo casi puramente de provincias. Hoy todo es política internacional, que se juega adentro o afuera de los países”.

Las naturales prevenciones de los pueblos a la globalización no pueden conformarse con la candidez de los simples arrebatos, las meras espontaneidades o las módicas protestas, sino que tienen que tender a institucionalizarse y dotarse de propuestas serias y abarcadoras que atiendan plenamente las nuevas problemáticas que ella impone. Para tal fin, los Estados, y dentro de ellos también los partidos políticos y las organizaciones, deben superar los marcos territoriales históricos y emprender una nueva fase de dimensiones regionales, continentales y mundiales.

Como se señala agudamente en el libro de Miguel Ángel Barrios, el análisis de la globalización, el estudio de sus mecanismos, de su historia y el desentrañamiento de las nuevas formas de dominio y de los nuevos sistemas mundiales desplegados son vitales para cualquier configuración política que, como decimos, no quiera permanecer ausente en las tomas de decisiones, en estos nuevos tiempos en los que se han manifestado con toda claridad los “grandes espacios” de los Estados-continentes.

Todo esto está en el corazón de cualquier debate sobre las relaciones internacionales, especialmente si las miramos desde este lado del mundo, de Nuestra América, como gustaba llamarnos José Martí. Y digo “especialmente” porque es justamente Nuestra América la que precisa realizar mayores cambios políticos para revertir la situación difícil y contradictoria en la que se encuentra.

Por un lado, los latinoamericanos somos un no desdeñable conglomerado de más de quinientos millones de personas, lo que configura, desde la perspectiva económica, un mercado de inmensa relevancia. Poblamos un territorio que tiene 20 millones de kilómetros cuadrados y probablemente sea una de las regiones más extensas del mundo. Somos el continente que es el mayor productor y exportador de alimentos y que, además, se autoabastece y exporta energía. Somos un continente dotado de una biodiversidad que lo coloca a la cabeza de las zonas del mundo. Agua, energía, valores escasos para el mundo del futuro, son abundantes en nuestra tierra.

Pero, no obstante, América Latina sigue siendo pobre, sigue teniendo un relativo poco peso en el concierto de las regiones del mundo. Aunque aterre decirlo, más de la mitad de nuestra población es pobre y vive con menos de un dólar diario. Seguimos sin dar respuesta a la exclusión social, que clama al cielo, y seguimos siendo la región más desigual del mundo, incluso más desigual que África. La diferencia de ingresos entre los pobres y los ricos en América Latina es aun mayor que la que existe en el continente africano.

Por las terribles contradicciones de Nuestra América, siempre es positivo que aparezcan obras como la que prologamos, en las que se atienden con rigor intelectual, pero sin perder por ello la sencillez que siempre debe adornar a la verdad, los lineamientos primordiales del pensamiento estratégico con que debemos afrontar el futuro que ya se enseñoorea entre nosotros. Porque si contemplamos nuestra historia y la del mundo, y trazamos una perspectiva hacia ese futuro, se advierte sin dificultad alguna que la razón principal que

ha impedido nuestro despegue es que no hemos sabido concebir los mecanismos de nuestra unidad.

Mientras en el mundo ya operan los Estados-continentes, América Latina sigue cavilando entrampada en discusiones que son más propias del siglo XX o incluso del siglo XIX que de la actualidad. Veinte supuestas naciones enfrentadas unas a otras y divorciadas de un pensamiento común, más allá del esfuerzo de pensadores y de líderes de la historia latinoamericana, desde José de San Martín y Simón Bolívar, hasta llegar a quienes en los tiempos modernos, ya cerca de nosotros, han propiciado la idea de una tarea común, de una comunidad de naciones.

Por ello, frente a este panorama, frente a este desafío, bueno es volver a prestar oídos a aquellos líderes que con su pensamiento y con su acción nos han dejado enseñanzas en las que aún hoy podemos abreviar, no como reiteración mecánica de acciones o conceptos que pertenecen al pasado sino como instrumentos de navegación que nos impidan errar el camino.

Como demuestra en forma contundente Miguel Ángel Barrios, podemos colocar a Juan Perón, con su teoría del continentalismo, como el primer teórico y político del realismo de la periferia, recreando desde una dinámica innovadora la actualidad del líder justicialista en las exigencias nuevas que emanan de la globalización.

Es, desde esta perspectiva, un libro imprescindible para los dirigentes políticos y sociales actuales, diplomáticos, militares, académicos, estudiantes y actores de la sociedad civil, que deben afrontar los problemas de sus comunidades en tiempos de globalización y que deciden no tomar el fácil camino de servir a los poderosos sino el infinitamente más arduo de ponerse al servicio de los pueblos.

Constituye una gran ayuda para superar la queja y dotarla de un contenido político estratégico, un aporte al necesario esfuerzo por superar los límites históricos de las políticas localistas y para brindarnos un pensamiento universalista para poder afrontar este nuevo tiempo de los Estados-continentes. Tarea ardua e inconclusa la unidad de Nuestra América, resulta el único camino posible si pretendemos conducir nuestros propios destinos.

Miguel Ángel Barrios logra en esta obra aunar el análisis teórico-práctico con un grado de contemporaneidad, convirtiendo a este libro en punto de inflexión en los estudios de Perón y el peronismo en los marcos de la globalización y en nuestro compromiso con la integración latinoamericana a partir del continentalismo.



# INTRODUCCIÓN

**T**erminado el último foro económico mundial de Davos, en enero de 2008, la “novedad” del mundo económico-político académico reunido en la meca del mundo consistió en haber “descubierto” que el siglo XXI se está desplazando desde un “orden unipolar” a un “orden multipolar”.

Expresiones como “desplazamientos del poder del Norte hacia el Sur”, “desdibujamiento de la economía norteamericana”, “países del BRIC (Brasil, India, Rusia y China)”, “desacople entre la industria y las finanzas y entre el Norte y el Sur”, por consiguiente, adquieren status de dogmatismo ideológico al ser incorporado en el debate en la “meca”.

Desde nuestra perspectiva, esas expresiones en sí mismas dicen mucho y dicen nada al mismo tiempo. Allí también se redescubrió “la importancia del retorno del Estado”, sin tampoco precisar qué tipo de Estado, por lo que esos dogmatismos, al convertirse en ideología, se pueden volver engañosos. La globalización no existe en forma neutra y en una geografía vacía. Se puede decir que a mayor globalización, mayor regionalización, y esto implica que el sistema-mundo como espacio unificado de interacción, conflictos y competencias es producto de un sistema histórico y se halla en pleno proceso de bifurcación hacia otro sistema-mundo.

Un sistema-mundo, nacido en Yalta, de “equilibrio de poderes” de variante bipolar empieza a transmutarse en un sistema-mundo de matriz multipolar.

Pero de lo que se trata no es solamente de llevar a cabo un diagnóstico sino también de advertir cuáles son los rumbos y los cauces principales que tomaría el sistema-mundo multipolar del siglo XXI,

así como nuestras responsabilidades, nuevas exigencias, necesidad de evitar repeticiones, ante estos tiempos cambiantes. Ello, además, en nuestros países cobra un doble significado. Nos encontramos en la víspera del bicentenario del nacimiento de nuestra primera independencia y esto nos conduce a un interrogante central: ¿cuál es el grado de soberanía real que tenemos en el sistema-mundo en transición?

La tarea que nos espera desde la geocultura, es decir desde nuestro ser situado en un espacio y un tiempo en comunidad, es buscar incesantemente desde la teoría y la praxis las respuestas más profundas a esos interrogantes que nos vienen de la historia.

Poder sin conocimiento es poder formal, administrativo, electoral del día, sin el mínimo horizonte histórico de ir un poco más allá de un período de gobierno y conocimiento sin espacio de reflexión de la realidad a partir de un compromiso de transformación de nuestro futuro; es un conocimiento reducido a un ámbito tecnocrático peligroso, tentado a llevarnos a un despotismo ilustrado en la actual sociedad del conocimiento, que intrínsecamente debe ser y será democrática. La ética interpela al conocimiento desde este enfoque. Ética y compromiso por el terruño van de la mano.

Poder y conocimiento constituyen la ecuación necesaria para retomar la política desde un proyecto que, desde la gestión, solucione los problemas del día a día y, desde la estrategia, vaya generando las condiciones reales de nuestra segunda independencia, al decir de la generación latinoamericana del 900 de José Enrique Rodó y Manuel Ugarte.

En este contexto aparece la figura del general Juan Domingo Perón. Su propio nombre y la historia de su movimiento trascienden fronteras y despiertan, como todo personaje indiscutible que ya se ganó un lugar en la historia, amores y odios, pasiones y tempestades.

Sin embargo, el trabajo que presentamos trata de no entrar en el carril clásico de analizar a los gobiernos, al personaje, las aristas o vertientes de su política o del sistema de poder del peronismo en sus diferentes etapas, tema fascinante para las ciencias sociales del mundo, pero también –por qué no decirlo– estudiado en forma muy prejuiciosa en los círculos académicos del exterior.

Lo que intentamos realizar y esperamos que a lo largo de este libro se cristalice pasa por reconocer en Perón al primer teórico y político de la autonomía periférica en el campo de las relaciones internacionales. El valor agregado de nuestra hipótesis consiste en la coherencia del teórico y el realista político.

La teoría del continentalismo de Perón, sintetizador y recreador del nacionalismo latinoamericano del 900 y de la geopolítica de Friedrich Ratzel de los pueblos-continente, le brindó a su política exterior y a su pensamiento en el sistema-mundo una contemporaneidad absoluta, por lo que ya es un clásico. Únicamente el Estado continental industrial de América del Sur en América Latina nos hará viables en las permisividades y fracturas de un sistema-mundo en bifurcación.

Hoy observamos que el sistema-mundo tiene a los Estados continentales industriales como únicos actores soberanos del nuevo milenio: Estados Unidos, China, India, Rusia, Europa. Pero también es válido señalar que Perón no ha ingresado al mundo académico de nuestros países, en nuestra opinión, por los mismos prejuicios que existen en el extranjero. Tener un pensamiento estratégico desde nosotros mismos nos conduce necesariamente a Perón.

El continentalismo anterior cronológicamente a las corrientes cepalianas y de la dependencia las ha trascendido en este tiempo histórico por su presente y actualidad, con la diferencia de que ambas corrientes están incorporadas en el paradigma de dependencia o estructuralismo, y desde el abanico de planteos Perón es visto como “un político voluntarista”, “un político de consumo demagógico” o incluso “un político de imperialismo vecinal”.

Sin embargo, en la reciente cumbre del Grupo Río de marzo de 2008 hemos notado la contemporaneidad y la vigencia del latinoamericanismo en el rechazo unánime a la posibilidad de aplicación de la llamada “doctrina de la seguridad preventiva” para combatir al terrorismo de Colombia, violando el espacio territorial ecuatorial, bajo los mismos argumentos utilizados por Estados Unidos en Oriente Medio.

Podemos afirmar que ha sido tal vez el triunfo diplomático más importante de la historia de América Latina dentro de una organización de cuño latinoamericano que condicionó posteriormente la propia resolución de la OEA. Este hecho central da status de legitimidad y realismo tanto a la idea como a la praxis del continentalismo de Perón.

Es ya tarea del mundo académico traer a Perón a su seno y ubicarlo en los estudios de nuestras universidades latinoamericanas. Pero también se debe hacer un redescubrimiento desde la praxis política. La única política real para Perón era y es superar la dependencia en forma unida; de lo contrario nos condenaríamos a la desunión y a convertirnos en indefendibles.

El Estado continental industrial consiste en llevar a lo máximo el planteo de José de San Martín y de Simón Bolívar, o sea, la independencia, en los términos relativos de la interdependencia del sistema-mundo. De lo contrario, no hay destino histórico.

En la actualidad América del Sur posee un producto bruto interno de 973.613 millones de dólares, con lo cual se constituye en la quinta potencia mundial; cuenta con una población de 361 millones de habitantes, punto en el cual es la cuarta a nivel mundial; ocupa una superficie superior a los 17 millones de kilómetros cuadrados, sus exportaciones ascienden a 181.856 millones de dólares, posee el 27% de agua dulce del mundo, dispone de 8 millones de kilómetros cuadrados de bosques, dos océanos, es la región que más alimento produce y exporta en el mundo, dispone de hidrocarburos para cien años, sus habitantes hablan dos lenguas mutuamente comprensibles y tienen una historia común y valores compartidos<sup>1</sup>.

La construcción del Estado continental a partir de las ideas núcleo de Perón, que presentamos en este libro, nos obliga a diseñar programas de desarrollos regionales para darle funcionalidad al futuro Estado continental más allá del “economicismo”.

En una rápida enumeración encontramos una agenda común compartida: a) el problema energético y su integración desde el petróleo al gas, pasando por otras fuentes alternativas, donde política e investigación científico-tecnológica se potencian; b) una planificación en la integración de infraestructura de transporte y comunicaciones que tome en cuenta el mercado regional; c) un programa industrial común que materialice integraciones de cadenas productivas; d) una política de defensa y seguridad común de cooperación en el sistema-mundo y de protección ante futuras “amenazas”; y e) una política de la cultura que será el sustento de una ciudadanía común que establezca la validez y homogeneidad de los diplomas en el sistema educativo sudamericano.

La integración es condición de supervivencia histórica y sus tres patas son la política, la económica y la cultura, hecho que pasa por una regionalización de nuestra historia común. Esta tarea está pendiente, como señaló en numerosas oportunidades Alberto Methol Ferré.

1. Todos los datos corresponden al año 2008, cuando se publicó la edición original de esta obra. (Nota del Editor)

Estas tareas, condición vital para lograr la independencia, nos llevan a Perón, nuestro contemporáneo. Él nos interpela como argentinos, latinoamericanos, peronistas, no peronistas, con su sentencia máxima: “¡Unidos o dominados!”. Si la independencia se encuentra enferma o en trance de recuperación, de nosotros depende recobrarla, para que el bicentenario no sea simplemente un anecdotario de eventos.



PRIMERA PARTE

---

# **EL SISTEMA-MUNDO EN LA DINÁMICA HISTÓRICA**



# EL SISTEMA MUNDIAL EN LOS COMIENZOS DEL SIGLO XXI

## TIPOS IDEALES DE “ORDEN MUNDIAL”

**L**a implosión de la Unión Soviética no significó, como al principio pareció a simple vista, el triunfo del polo capitalista por sobre el polo socialista burocrático. En realidad, la caída de un polo llevaba consigo la caída del otro, para comenzar a construirse una nueva lógica mundial donde la bipolaridad moría para siempre.

El debate de la construcción de un orden político internacional es una de las cuestiones más complejas y espinosas desde el punto de vista práctico y teórico en la vida política de los Estados. La propia construcción del concepto de orden internacional no es unidimensional y se halla inmersa en una amplia diversificación de interpretaciones y subinterpretaciones.

Desde un sentido funcional, podemos encontrar dos grandes definiciones generales:

El orden político internacional concebido como un patrón de actividad estatal orientado a la gestión del sistema internacional en función de determinadas metas o como un conjunto de suposiciones y acuerdos, formales o informales, mediante los cuales se conduce la política internacional. (Russell, 2004: 15)

En los dos casos entran a jugar la distribución simétrica o asimétrica del poder, el papel de la diplomacia, el derecho, el rol de la fuerza, las organizaciones internacionales, la cooperación y el conflicto.

Para el neorrealismo, el “orden” político internacional consiste en la construcción autointeressada de los grandes poderes, por lo que no es la resultante de la acción sumatoria de todos los Estados en búsqueda de la paz. Otros asocian la idea de “orden” con cooperación y, por lo tanto, ausencia de guerras.

Siguiendo el esquema de Roberto Russell (16-18), podemos afirmar que se podrían identificar tres tipos ideales de orden político internacional: *el equilibrio de poder, la solidaridad de las naciones y el hegemónico*.

El “orden” de equilibrio de poder se armoniza a partir del concepto de anarquía y se caracteriza por la existencia de dos o más poderes que se contraequilibran con el objetivo de evitar que uno de ellos domine a los demás. La Guerra Fría fue un equilibrio de poderes de variante bipolar.

El tipo ideal de solidaridad de las naciones posee como principio ordenador el “imperio de la ley”. A lo largo de la historia esta concepción ha sido más una aspiración que una realidad.

Por último, el tipo hegemónico remite a un sistema jerárquico y traduce subtipos. Se puede ir del hegemonismo extremo –imperio formal– a una hegemonía benevolente –mecanismos más flexibles e informales de dominación–. En la práctica, el tipo hegemónico fue el que más prevaleció en la historia, si bien nunca alcanzó un dominio absoluto global, en el sentido de la globalización territorial del mundo a partir de un centro unilateral sin igual.

El siglo XXI, en sus grandes tendencias que hoy empiezan a dibujarse, si bien todavía no en forma nítida, se debatirá en los próximos veinte años entre un “orden” sustentado en el equilibrio de poderes o en un orden hegemónico. Ello nos permite señalar –aunque sea en forma provisoria– que resulta difícil la emergencia de un “orden” basado en el pilar del “imperio de la ley” o la “solidaridad de las naciones”.

La primera posibilidad es que el orden hegemónico nos conduzca a una era histórica de fuerte globalización inexorable pero impregnada de un unilateralismo arraigado en el poder militar. Esta situación está actualmente en ciernes puesto que, no obstante el obvio predominio de Estados Unidos, no llegó hasta ahora a configurar una hegemonía estable y universal (los ejemplos de Irak y Afganistán son elocuentes).

Además de factores externos de contención de una hegemonía universal, operan, en sentido contrario, decisivos factores internos de Estados Unidos. En última instancia, se trata del hecho de que

a partir de la guerra de Vietnam se rompió el consenso nacional respecto del papel a ejercer en el mundo por Estados Unidos. Existe una crisis de redefinición cultural entre el ethos fundante calvinista anglosajón y un fuerte multiculturalismo cada vez más crítico que se advierte, por ejemplo, en el rol de la inmigración hispánica y asiática en el país del norte (Huntington, 2004: 40-41). Sin embargo, no podemos dejar de señalar que Estados Unidos está desarrollando con avances y retrocesos una política dirigida a consolidar y expandir su preponderancia mundial.

La segunda posibilidad pasa por construir un “orden” sostenido en el “equilibrio de poderes” y es la única alternativa conducente a recrear un sistema mundial autorregulado que empiece a bucear caminos concretos de paz y de brindarle un humanismo real a la globalización, como proceso histórico de alcance planetario.

Esta posibilidad sólo será efectiva si se producen cauces de respuestas exitosas de los procesos de integración regional a la globalización, por lo que ésta no es incompatible con la regionalización sino que la regionalización es un fenómeno concomitante con la globalización.

En esta variante nos encontramos con que, a pesar de la multiplicidad de actores públicos y privados en la globalización, el Estado sigue siendo el principal actor, y en última instancia el depositario de la política y del destino del bien común ante los mercados financieros.

Esto quiere decir que no estamos ante el fin del Estado, afirmación convertida en eslogan del neoliberalismo, sino en presencia del nacimiento de un nuevo tipo de Estado resultante de los procesos de integración regional y que será el único protagonista real del siglo XXI en la construcción de un “orden”, sea unipolar o multipolar: el Estado continental industrial. Nos parece vital subrayarlo porque a veces los conceptos se pierden en la dinámica de la política real y se generan confusiones.

Entendemos que Estado supranacional, Estado central, Estado-región comunitario, expresan verdades parciales que pueden llevarnos a abundar en conceptos caóticos sin llegar a la naturaleza real de fondo.

La globalización produjo Estados continentales industriales, los únicos viables para practicar y ejercer soberanía operativa en el actual sistema mundial.

Pero los tiempos turbulentos que corren nos exigen inéditas formas de repensarnos para estar a la altura de los acontecimientos

históricos, como afirmaba Raymond Aron. Desde este axioma, nos parece que el Mercosur obliga a replantearnos los caminos que vayan más allá de los necesarios pasos intermedios de un mercado común para materializar el Estado continental sudamericano.

Una teoría es una aproximación sistemática desde la reflexión de los hechos singulares a conceptualizar los procesos históricos universales. Desde esta definición simple y precisa, Juan Domingo Perón percibió, previó y proyectó desde una asociatividad dinámica entre la idea y la praxis la teoría del continentalismo como fase previa al universalismo en el proceso evolutivo histórico.

En el pensamiento de Perón el núcleo del Estado continental se tradujo en su acción de gobierno, lo que lo transforma en el teórico fundamental de la política internacional de América Latina, retomando a José de San Martín, Simón Bolívar y la generación de la Patria Grande de José E. Rodó, José Vasconcelos y Manuel Ugarte (Barrios, 2007).

Si bien no examinaremos las causas, más allá de la existencia de algunos estudios, encontramos un gran vacío en cuanto a ubicar a Perón dentro de la teoría de la política internacional y en el campo de las ciencias sociales como el refundador en la teoría y en la práctica de la política de integración que nos lleve a una verdadera integración de los pueblos, cuestión muy diferente a que los campos de la integración se reduzcan a teorías de economistas, necesarios pero no únicos ya que sin política no habrá nunca un Estado continental industrial. Sin mengua del aporte original desde el paradigma de la dependencia que ha realizado la teoría cepaliana con todas sus vertientes, desde nuestro continente, en el campo de la teoría política internacional, tal tarea resultará incompleta si no contempla una voluntad política que parta de una estrategia de acción real.

En este aspecto resaltamos nuevamente que el continentalismo sudamericano de Perón es el aporte teórico-práctico más compacto por su vigencia en el campo de las relaciones internacionales para reconstruir un camino de desarrollo endógeno desde nuestras capacidades reales, sin desconocer la globalización, y materializar de una vez y para siempre en el mapa del mundo el “continente de la esperanza”, como lo definiera Juan Pablo II.

# LA GLOBALIZACIÓN: PROCESOS E IMÁGENES

**A**mérica Latina ingresa al siglo XXI en un punto de inflexión, donde la incertidumbre está por encima de la certidumbre, en un escenario donde en el sistema mundial operan fuerzas contradictorias, tensiones, fricciones, dinámicas homogeneizantes y fracturas. La soberanía de los Estados es el resultado de un comportamiento práctico desprendido de sus capacidades reales; nada más erróneo que analizar la soberanía desde un dogmatismo jurídico.

La búsqueda de un pensamiento estratégico nos exige reordenar la vertiginosidad que imprime el ritmo tecnológico de la globalización.

Nuestra hipótesis consiste en señalar que América del Sur alcanzará el grado de interlocutor soberano en tanto haya éxito en los procesos de integración subcontinental que nos lleven a la meta de la creación de un Estado continental industrial. De ahí que consideramos la teoría del continentalismo sudamericano de Perón el camino apropiado que conducirá a ese destino.

Sólo en estas condiciones será posible que los países latinoamericanos sean capaces de preservar tanto su identidad nacional como su destino histórico. En el fondo, se hallan en una de las horas decisivas de su historia, para resolver su segunda independencia, en las palabras de la generación latinoamericana del 900. En este aspecto, nuestro punto de partida pasa por analizar las principales dinámicas del sistema mundial.

La globalización es un fenómeno histórico mucho más complejo y que va más allá de una fase financiera, acelerada por los ritmos de la digitalización en tiempo y simultaneidad total. En ese sentido, nuestro análisis sería parcial si confundiéramos neoliberalismo y

globalización, apreciación muy común en la década de los 90 del siglo pasado, producto de la hegemonía del Consenso de Washington.

En realidad, la matriz predominante neoliberal práctica a partir de las políticas económicas en nuestros países –derivadas de los centros financieros del poder mundial– constituyó un subperíodo del proceso de mundialización, pero nada más grave que confundir –reiteramos– mundialización con neoliberalismo.<sup>1</sup> No podemos eludir este hecho central porque es imposible desconocer que en forma general predominan las imágenes contrapuestas del mismo fenómeno, que al mismo tiempo nos sirven a los fines de este ensayo para ir entrando en tema.

Una imagen fundamentalista o absolutista de la globalización es la construida a partir de la imagen del surgimiento supuesto de un mundo sin fronteras, gobernado exclusivamente por las fuerzas del mercado totalmente sin capacidad regulatoria del poder político, es decir, al margen del control de los Estados y los actores políticos. Esta visión de la globalización estaría representada por el legendario consultor de empresas Kenichi Ohmae en su obra *El fin del Estado-nación* (1995). Para Ohmae, los Estados-nación –y aquí advertimos que no realiza una tipología del Estado en el sistema mundial: para él “todos los Estados” implica la sumatoria de la totalidad de los existentes y por lo tanto crea confusión– estarían muriendo por sus efectos prácticos. No sólo han perdido la capacidad de controlar sus tasas de intercambio y moneda: ya no generan verdadera actividad económica y perdieron su papel decisivo en la economía mundial.

Las cuatro “íes” –inversión, industria, tecnología de la información e individuos consumidores– han roto con las “limitaciones geográficas” a las que estaban sometidas por los Estados (Ohmae, 1995: 16-17). El mundo se ha transformado en una “ilusión cartográfica” en la que el debate público se torna “prisionero de un lenguaje anticuado de las fronteras políticas” (23). Ohmae arriesga su tesis al punto de afirmar que “en términos económicos, apelar al interés nacional es la decadente industria de los que han sido superados por la economía mundial” (89).

1. Véase *Notas para el estudio de la globalización*, obra coordinada por Perla Aronson (2007) que constituye un excelente estudio crítico del fenómeno de la globalización en sus diferentes dimensiones.

La pregunta que subyace es la siguiente: ¿cuáles serían los nuevos actores en la globalización sin fronteras para Ohmae? Son unidades geográficas a las que denomina “región-Estado” (110), no en el sentido de Estados-región como embriones de un Estado supranacional, sino en la ecuación inversa. La “región-Estado” serían unidades económicas flexibles como enclaves financieros de la economía global y por lo tanto las que le brinden dinamismo a la globalización. Pone como ejemplos: “Gales, San Diego/Tijuana, Hong-Kong/China del Sur, Silicon Valley/Bahía de San Francisco en California y Pusan (en el extremo sur de la península de Corea) y las ciudades de Fukuoka y Kitakyushu en el norte de la isla japonesa de Kyushu” (110), entre otras.

En un mundo sin fronteras, éstas son las zonas económicas naturales. Aunque de dimensiones geográficas limitadas, tienen una enorme influencia mundial. Y Ohmae llega al núcleo de su pensamiento cuando dice: “Estas región-Estado pueden o no encontrarse dentro de la frontera de una nación determinada. Que sea así es un simple accidente histórico. En términos prácticos, no tienen ninguna importancia histórica” (112). La ventaja de la región-Estado en la idea de Ohmae es que no se subordina a los imperativos de la lógica política y en el fondo de las exigencias del pueblo en su lógica democratizadora.

En una obra más reciente, *El próximo escenario global. Desafíos y oportunidades en un mundo sin fronteras*, el estratega de negocios Ohmae (2005) sigue apostando en la misma línea: “Podrán seguir existiendo las fronteras, pero hay una nueva lógica geopolítica y el deceso del Estado-nación” (110). Define con precisión el concepto del actor de la globalización, la región-Estado, en estos términos: “El tamaño de la población es importante, pero no crucial: constituye una variable flexible. El tamaño es un estado mental. Diez millones de habitantes, un buen aeropuerto y una actitud de apertura al mundo son ‘las capacidades necesarias’” (122).

En síntesis, en su visión hemos entrado en la era posnacional donde los Estados-nación ya no cuentan, pues se han convertido en un fetiche, y donde la región-Estado irá desplazando toda “ilusión geopolítica nacional” (125).

Desde una concepción filosófica y política que lo diferencia claramente de Ohmae, Zygmunt Bauman expresa una visión pesimista y catastrófica del fenómeno de la globalización que no brinda casi alternativas superadoras en su imagen nefasta y pesimista:

Por todo esto, el proceso de “extinción” de los Estados nacionales que está en curso se encuentra rodeado por una aureola de catástrofe natural. No se comprenden plenamente sus causas: aunque se las conoce, no se pueden prever con exactitud y aunque se las prevea, de ninguna manera se pueden impedir. [...] En pocas palabras, nadie controla el mundo. (Bauman, 78-79)

En el fondo, desde concepciones filosóficas opuestas, optimista la de Ohmae y pesimista la de Bauman, llegan a conclusiones idénticas.

Otra imagen ubica la globalización como un fenómeno coexistente con los espacios nacionales y regionales, en los cuales se realizan la mayor parte de las transacciones económicas, de generación de empleos e inclusión social.

Desde aquí, antes del “fin del Estado-nación” o del “nacimiento de la región-Estado” o de la “era posnacional”, se reconoce que un nuevo tipo de Estado será el único sujeto político con soberanía práctica y por lo tanto con capacidad para regular las fuerzas del mercado financiero global.

Nos referimos al Estado continental industrial, por lo que, lejos de hallarnos inmersos en una “ilusión cartográfica” o en el “fin de la historia y de la geografía”, afirmamos que en realidad el espacio y la suma de capacidades de un poder político continental son vitales para la autodeterminación soberana.

Nuestro análisis nos ubica con este segundo enfoque. La interdependencia global no ha anulado las realidades geopolíticas y neoeconómicas en la reconfiguración de los Estados, en su carácter de principales actores, no los únicos, pero sí actores de primera jerarquía del sistema mundial. No cualquier Estado, sino los Estados continentales industriales, serán los únicos sujetos viables del siglo XXI.

Y aquí, en esta hipótesis, como ya dijimos, existe un hueco en las ciencias sociales. Por ello, debemos clarificar con precisión estratégica la naturaleza del Estado continental. En este punto, sin duda el continentalismo sudamericano propuesto desde la idea y la praxis por Perón lo transforman en el principal teórico de la política internacional latinoamericana del siglo XX, y la globalización le brinda una inusitada actualidad.

Resulta inevitable asociar la idea de política de Estado continental industrial de sus capacidades de estatalidad, o sea de soberanía real, en las dimensiones política, tecnológica, cultural, económica y militar. Teñirlo de economía nos deja prisioneros de la idea de un

mercado común incompleto y de un juridicismo de derecho comunitario e institucionalismo abstractos.

Plantear desde el vamos la meta del Estado continental industrial clarifica y jerarquiza las acciones políticas, porque en última instancia este tipo de Estado consiste en pensar soberanía dentro de los márgenes de la globalización.

En esta segunda imagen citamos a Eric Hobsbawm cuando afirma:

Así es la compleja naturaleza de la política de hoy. En nuestra época todavía prevalecen los Estados-nación y ése es el único aspecto en el que la globalización no parece tener efecto. (Hobsbawm, 2007: 7)

En otra obra, Hobsbawm ahonda en una concepción del Estado que nos servirá luego:

Creo que debemos distinguir entre dos significados del término Estado-nación. En el sentido tradicional significa un Estado territorial sobre el cual la gente que lo habita, la nación, tiene alguna soberanía política. Éste es el sentido del Estado-nación tal como salió de la Revolución Francesa y en parte de la revolución de Estados Unidos. No es una definición del Estado en un sentido étnico o lingüístico sino político, el pueblo que elige su gobierno y decide vivir una determinada Constitución y leyes concretas.

El otro significado que ha adquirido el término es, en comparación, mucho más reciente y consiste en la idea de que cada Estado territorial pertenece a un pueblo determinado, caracterizado por peculiaridades étnicas, lingüísticas y culturales y que eso es lo que constituye la nación. De acuerdo con esta idea, en un Estado-nación existe una sola nación, siendo los otros, en cambio, minorías que viven en el mismo lugar pero del que no forman parte. Hay una crisis en la actualidad en ambos tipos de Estado-nación. Pero debemos saber distinguirlos. (Hobsbawm, 2000: 39)

A mediados del siglo XX, Perón había distinguido el tipo de Estado que sobrevendría a la crisis del Estado-nación o de los mismos Estados étnicos, y aquí reside el leitmotiv de nuestro trabajo: incorporarlo al campo de estudio de las relaciones internacionales.



# LAS NUEVAS REALIDADES INTERNACIONALES

**R**ealizado un dibujo somero sobre las imágenes contrapuestas de la globalización, nos parece útil y esencial realizar una descripción de las principales variables dinámicas de la sociedad mundial.

La segunda mitad del siglo XX ha dado margen a la conformación de una sociedad mundial, que ha suplantado a la sociedad interestatalista que tenía sus orígenes en Europa y había nacido formalmente a partir de la Paz de Westfalia en 1648. En este punto nos servirá como marco el núcleo analítico del prestigioso internacionalista español Celestino del Arenal, quien afirma:

Hemos asistido a un importante proceso de cambio en el que los Estados eran actores casi exclusivos de las relaciones internacionales y sujetos exclusivos del derecho internacional, hasta una sociedad internacional en que las dimensiones transnacional y humana han pasado a tener, junto a la dimensión interestatal, una importancia y un protagonismo igualmente decisivo en las relaciones internacionales y en menor medida en el derecho internacional. Por otro lado, hemos pasado desde una sociedad internacional en la que las relaciones internacionales, a pesar del alcance universal y planetario que ya tenían, estaban condicionadas decisivamente por el espacio y el tiempo, a una sociedad global, caracterizada por la mundialización, la transnacionalización y la inmediatez y la instantaneidad de una parte importantísima de sus relaciones. (Del Arenal, 1992: 475-476)

En este devenir que ha vivido la sociedad internacional desde la mundialización oceánica de los descubrimientos marítimos del siglo XV, desde las ciencias sociales debemos aprehender una serie de dinámicas novedosas porque, de no hacerlo, corremos el riesgo de quedar desacoplados entre un cuerpo de disciplinas antiguas que no puede, no sabe o no quiere brindar respuestas nuevas a problemas nuevos, razón de ser y existir de las ciencias sociales.

Ulrich Beck, profesor del Instituto de Sociología de la Universidad de Munich, dice al respecto que es urgente crear “un nuevo paradigma para las ciencias sociales. Porque la sociología, la ciencia política, y muchas otras humanidades, son en gran medida prisioneras del Estado-nación en su pensamiento. Ello se remonta al siglo XIX cuando se desarrollaron las ciencias sociales con los supuestos del Estado-nación como la unidad básica para la sociedad, la cultura y la identidad política. De modo que necesitamos una perspectiva distinta”. Y remata:

Sencillamente, no podemos seguir usando el Estado-nación y la sociedad del Estado-nación como unidad de investigación. Es lo que yo llamo: nacionalismo metodológico.<sup>1</sup>

El dinamismo de la globalización trae como contrapartida la producción de un “manantial” de obsolescencias que, según Octavio Ianni, “se combina con novedades, innovaciones, modernidades y posmodernidades”. En la misma línea se advierte que “si la sociedad industrial tuvo un modo de conocimiento de ella misma, las ciencias sociales (la economía política, la sociología, la ciencia política), la sociedad posindustrial globalizada no ha producido aún un tipo particular de ciencia” (citado por Perla Aronson, 16-17).

En realidad la globalización arrasa y desborda las barreras disciplinarias y en muchas ocasiones la fragmentación y la especialización generan intereses corporativos de grupo, por ello la urgencia desde las ciencias sociales de despojarse de la unidisciplinarietà en aras de una ínter y trans-disciplinarietà para que la globalización no las desborde y les cree una situación de impotencia, de modo de impulsar una teoría que tenga vida práctica. O sea, se trata de refundar la

1. U. Beck, “En la globalización necesitamos tener raíces y alas a la vez”, *Clarín*, Buenos Aires, 13 de diciembre de 2007. p. 47.

alianza entre conocimiento y práctica, y ello constituye el máximo desafío de la sociedad del conocimiento.

Ante el imperativo de estudiar el sistema mundial en sus múltiples dinámicas, nos parece útil la conceptualización de Immanuel Wallerstein por su carácter de herramienta conceptual totalizadora:

Entiendo al sistema-mundo como un sistema social histórico que está unido por la tensión entre sus fuerzas conflictivas y contradictorias. Esas fuerzas, hoy, están llevando al fin de un sistema mundial. Estamos entrando en una situación de crisis estructural hacia la construcción de un nuevo sistema mundial, todavía incierto. Es lo que los físicos de la complejidad denominan “bifurcaciones”: bruscas ondulaciones de todas las estructuras y procesos que hemos conocido, inestabilidades que eventualmente se inclinarán en una dirección u otra, y donde no podemos prever qué lado de la bifurcación será el lado definitivo del sistema. Será un siglo de transición y de incertidumbre. No creo que vaya a existir una potencia dominante o hegemónica.<sup>2</sup>

Wallerstein sostiene que la única posibilidad de análisis que queda sobre un mundo complejo y en transición es tomar como eje el propio sistema mundial en su dinámica de sistema sociohistórico. Este paradigma supera al eurocentrismo de las ciencias o las fragmentaciones hiperespecializadas y para ello propone reestructurar las ciencias sociales para llegar a un saber unificado (Wallerstein, 1996).

Lo expuesto obliga desde las ciencias sociales al enorme desafío de abordar de un modo teórico totalizador las dinámicas de su funcionamiento en sus grandes tendencias, partiendo del epicentro de sistema-mundo en su naturaleza de sistema social-histórico, al decir de Wallerstein.

Nos parece imprescindible retomar a Celestino del Arenal (2001: 30-45), quien nos sirve de orientador y guía para establecer las dinámicas básicas de la sociedad mundial como sistema-mundo y que al mismo tiempo nos permitirá entender mejor el núcleo de nuestra hipótesis, al descomponer en las siguientes variables a la sociedad mundial: a) mundialización y universalización; b) interdependencia;

2. I. Wallerstein. “América Latina puede contar más en la nueva geopolítica mundial”. *Clarín*, Buenos Aires, 23 de septiembre de 2007. pp. 36-37.

c) globalización; d) heterogeneización; e) humanización, y f) estatalización.

## MUNDIALIZACIÓN Y UNIVERSALIZACIÓN

El paso de un mundo de sociedades internacionales o de islas ecuménicas a una sociedad planetaria y universal, un proceso histórico que lleva ya cinco siglos, constituye un hecho histórico trascendental en todos los aspectos (Ferrer, 1996, 1999b).

La mundialización hace referencia al proceso de conformación de un sistema-mundo producto del devenir histórico, es decir, de un único mundo a escala planetaria considerado en términos geográficos, políticos y económicos.

La universalización se refiere al proceso mediante el que todas las unidades políticas del planeta, como actores con iguales derechos soberanos reconocidos, pasan a conformar una sociedad universal, regida por un derecho internacional universal. La sociedad internacional en suma es, hoy, planetaria, mundial y universal, comprendiendo a todos los Estados y a toda la humanidad.

## INTERDEPENDENCIA

La interdependencia es la dinámica clave para comprender la creciente vinculación que se ha generado en el campo de las relaciones internacionales en todos los niveles y ámbitos, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX con la intensificación de las interacciones económicas, políticas, informáticas y comunicacionales, científico-técnicas, culturales y sociales entre los Estados, y entre los demás actores internacionales y las personas.

Existen especialistas que niegan el carácter novedoso de esta interdependencia pero ello es materia opinable. Lo que sí resulta sumamente novedoso es la densa amalgama de redes de relaciones y comunicaciones instantáneas que escapan al control de los Estados, por ejemplo, internet, la fuerza de la opinión pública mundial, la cadena Al Jazeera, etcétera.

Sin embargo, nos parece importante subrayar que la noción de interdependencia entendida como situación mutua de dependencia

de los Estados en forma sistemática, con similares costos y beneficios, constituye una máscara que nos puede llevar a ignorar u ocultar las asimetrías o jerarquías de poder en el sistema-mundo.

Por consiguiente, somos críticos del paradigma de la interdependencia en el campo de las relaciones internacionales cuando es enfocado en forma pura, y nos inclinamos hacia la integración interparadigmática vinculándola en el campo de las ciencias sociales, como sosteníamos de este apartado.

Hecha esta aclaración, no podemos negar que los altos niveles de interdependencia han reducido la capacidad de regulación de los Estados. Estados en su manifestación clásica, es decir, del Estado-nación surgido de la modernidad europea como paradigma del poder político con capacidad soberana máxima y que ha dado protagonismo a nuevas formas que coexisten con el Estado-nación. Ellos son los estados microétnicos productos de los procesos de desintegración (por ejemplo, Yugoslavia) con ínfima capacidad soberana, y los resultantes de los procesos de integración, cuyo fin consiste en ampliar soberanía, los Estados continentales industriales (Europa, India, China, Rusia y Estados Unidos), y que serán protagonistas en el sistema-mundo del siglo XXI.

Por razones históricas algunos son un Estado continental industrial en sí mismos –como China– y otros encuentran en los procesos de integración la única viabilidad para posicionarse en el escenario mundial –como la Unión Europea–. O sea que el móvil esencial de esta última no fue la moneda común, en realidad un subperíodo del proceso, sino la conformación de un Estado continental industrial, repetimos, en calidad de inexorable destino histórico para que Europa juegue un rol en el porvenir del mundo.

Esta voluntad política estuvo en el pacto del Carbón y del Acero de 1951, o Tratado de París, en sus inspiradores Robert Schuman, Konrad Adenauer, Jean Monnet y Alcide De Gasperi. José Luis de Ímaz señala que “uno de los significados de la palabra Europa viene de la expresión ‘del que extiende su mirada a lo lejos’. [...] Estos hombres supieron ver más allá de las posibilidades que les ofrecía el presente y, ante la imposibilidad de lograr la unión de Europa de un solo golpe, debido fundamentalmente a las resistencias por parte de los Estados europeos a ceder competencias soberanas a un organismo supranacional, tuvieron la grandeza de pensar en el bien común por sobre el bien individual y de proponer una integración gradual y progresiva” (De Ímaz, 2007: 17).

Queda clarísimo en el análisis de De Ímaz que el mercado común del Pacto del Carbón y del Acero entre Francia y Alemania en términos estratégicos constituía el inicio de un proceso de integración que tenía como meta el nacimiento del Estado europeo industrial y que las fases sucesivas del itinerario integracionista sólo fueron etapas hacia ese objetivo. Este objetivo era el único posible para que Europa no perdiera la posibilidad de ser actor en el sistema-mundo ante la crisis de defunción del Estado-nación clásico, herido de muerte luego de las guerras mundiales y la emergencia de los Estados continentales industriales que iniciaban el ciclo del sistema-mundo bipolar conformado por Estados Unidos y la Unión Soviética.<sup>3</sup>

Haciendo esta aclaración medular, no podemos negar que la interdependencia en lo científico-técnico, en lo deportivo, en sus múltiples manifestaciones, sean estatales o no estatales, ha fortalecido el desarrollo del poder “blando” o cultural.

Asimismo, la interdependencia ha provocado un cambio en el problema de la seguridad nacional, al plantear la necesidad de formular políticas de seguridad cooperativa intrabloques mundiales y la emergencia del concepto de seguridad humana impulsada desde Naciones Unidas, Y ello más allá de la brecha existente entre el discurso y la práctica concreta, porque el surgimiento de la comunidad de seguridad cooperativa y la seguridad humana coexiste con el avance de la seguridad unilateral de la estrategia preventiva impulsada desde el unilateralismo del centro de poder mundial, que ocasiona respuestas como las doctrinas de seguridad de contención en otros Estados, como Rusia o China.

Podemos afirmar que en realidad la interdependencia trajo como resultados diversas doctrinas de seguridad: seguridad cooperativa en la Unión Europea con dificultades en su vínculo con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), seguridad preventiva unilateral en Estados Unidos, seguridad nacional estatista de contención en China, Rusia y la India, y aquí no podemos eludir el gran desafío de incorporar la defensa como política central en la constitución del Estado continental sudamericano. Más allá de algunos avances en los mecanismos de confianza mutua o ejercicios conjuntos, el Mercosur se encuentra limitado en la agenda si no supera el tinte economicista que lo condiciona.

3. Para apreciar una lectura integral de la historia europea remitimos a Charles Olivier Carbonell (2001).

La dinámica de la interdependencia, que continúa abierta y en pleno proceso, no afecta por igual a todos los Estados, pues quedan excluidos muchos en vías de desarrollo que no pudieron o no supieron por razones externas o internas generar políticas de desarrollo y que son tipificados o calificados unilateralmente con un nuevo vocablo o categoría política nacido desde los centros de poder: “Estados fallidos” (Fukuyama, 2005) o “zonas grises” (Maisonneuve, 1998).

En realidad, y he aquí lo crucial de llegar a la raíz del problema, es que aquellos Estados microétnicos o Estados-nación –con sus variantes– que no logren articular el Estado continental industrial serán Estados sin capacidad de soberanía real y por lo tanto zonas propicias para guerras civiles intraestatales o déficits eternos de las democracias, por lo que identificar hoy en un sistema-mundo en transformación o en mutación a un Estado como “fallido” sin ahondar en las causas que lo llevaron a esa situación constituye una categoría ideológica de los centros hacia la “periferia”, y con el mismo dogmatismo con que se aplicaba el Consenso de Washington en los 90 bajo la premisa irreductible “el mercado gobierna y la política administra”.

## GLOBALIZACIÓN

Relacionada en forma directa con la dinámica de la creciente interdependencia y con la mundialización, está la dinámica de la globalización. Podemos señalar que con la velocidad y vertiginosidad que le brindan los métodos de comunicación y la digitalización financiera la globalización se convierte “en un régimen de producción en tiempo y espacio” (49), como la define Néstor García Canclini diferenciándola de la mundialización en sentido estricto.

Es decir, mientras la mundialización posee como componente esencial el dominio y la unificación del territorio y del tiempo, la globalización supone la superación de ambos como escenarios de actuación. Esto se ve claro en el continente de la virtualidad que supone internet o en la desregulación de los mercados financieros y las repercusiones de los ritmos de las bolsas en tiempo real y virtual instantáneamente.

En este sentido, se puede definir la globalización como un movimiento planetario en el que las sociedades renegocian su relación con el espacio y el tiempo (local, regional, subcontinental y global)

por medio de concatenaciones que ponen en acción una proximidad planetaria.

El proceso de globalización se caracteriza por ser un fenómeno de raíz histórica, de carácter complejo y multidimensional, parcial, desigual, exitoso y contestatario. Es complejo y multidimensional porque no es unidireccional: abarca todos los campos. Es parcial porque es inacabado y en evolución, y nos afecta a todos por igual. Es desigual porque afecta con intensidad variable a Estados y poblaciones, mientras amplias zonas del mundo y una parte importante de la población mundial quedan excluidas.

En este aspecto, la globalización ha contribuido a acrecentar la desigualdad tanto a nivel de las relaciones internacionales entre los países desarrollados y los en vías de desarrollo, como dentro de los propios Estados entre los sistemas exitosos o más dinámicos y aquellos otros que permanecen al margen.

El resultado está siendo un proceso de “bifurcación” o mutación del sistema-mundo donde la emergencia tanto de un “orden” unipolar o multipolar tendrá como principales protagonistas a los Estados continentales industriales mientras quedan en la marginación Estados, regiones, territorios que no llegan a ese objetivo estratégico, que desde nuestra óptica constituye hoy por hoy el único principio de vialidad soberana de los Estados. Por ello se hace más visible la vigencia y la actualidad del continentalismo sudamericano de Perón.

## HETEROGENEIZACIÓN

La heterogeneización ha sido otra de las dinámicas que ha caracterizado al sistema-mundo desde el siglo XV. En la sociedad internacional coexisten dos dinámicas contradictorias como son *la tendencia hacia la integración* por la globalización que favorece las tendencias a los procesos de integración (como es el caso de la Unión Europea o del Mercosur en distintos niveles) y *la tendencia hacia la fragmentación* o micronacionalismos étnicos separatistas, sin ninguna posibilidad real de sustentabilidad soberana, pero que obedecen a razones históricas atendibles (por ejemplo, los kurdos o la ex Yugoslavia).

No existe una globalización pura, neutra y absoluta. La heterogeneidad se agudizará aun más debido a la reacción de actores terroristas no estatales o grupos guerrilleros contrainsurgentes, donde

la guerra asimétrica cobra vigor y fuerza inusitada como reacción a los efectos uniformadores de la globalización.

La extraordinaria heterogeneidad del actual sistema-mundo explica la dificultad para lograr un consenso o una agenda internacional (por ejemplo, el Protocolo de Kyoto sobre el medio ambiente o el Tribunal Penal Internacional de Roma respecto de los crímenes de lesa humanidad).

## HUMANIZACIÓN

Históricamente las sociedades internacionales se han caracterizado por la superioridad de la “razón de Estado” que llevó a muchos de ellos a autoconsiderarse sujetos únicos de la expansión y colonización de pueblos, con un discurso darwinista que dividía a pueblos superiores de inferiores, o pueblos providentes guiados por un “destino manifiesto”.

La gran evolución del desarrollo del derecho internacional de los derechos humanos en su expresión más concreta ha llevado a un alto grado de conciencia planetaria de los atropellos de las potencias a las poblaciones civiles.

Existe una tensión creciente entre la soberanía, los Estados y los derechos humanos. Las críticas que se pueden hacer en relación con la sistemática instrumentación política que las grandes potencias están haciendo o tratan de hacer no debe impedirnos reconocer un proceso en contra de los atropellos, aún lento pero importante y constante, que se materializa, por ejemplo, en el Tribunal Internacional de Roma.

En este contexto, emerge con vigor el concepto de seguridad humana. Impulsado desde Naciones Unidas, el problema de la seguridad entendida y centrada en términos exclusivamente estatistas y militaristas está siendo reemplazado por una concepción multi-dimensional. Ella no se basa en una antinomia –o un antagonismo insuperable, en nuestra opinión– entre la seguridad nacional y la internacional, más aún, afirman que deben y necesitan complementarse. Al contrario, *la seguridad humana atraviesa, enlaza y envuelve sin anular, sino potenciando, la seguridad nacional y la internacional.*

El proceso de humanización de las relaciones internacionales lleva a plantear la imperiosa necesidad de la seguridad humana como contenido solidario. Consecuencia decisiva de la evolución es que

cada vez son más los retos a la seguridad frente a los cuales el uso unidireccional del duro poder militar ya no sirve, sin por ello descuidar, por supuesto, una política de defensa nacional en el contexto de la seguridad cooperativa intrabloque.

El carácter multidimensional de la seguridad es algo que está asumido ya por todos los especialistas. Barry Buzan, en un texto ya clásico, identifica en concreto cinco dimensiones: *militar, política, económica, social y medio ambiente*, que deben entender como profundamente entrelazadas en una red de interdependencia, que nos remite al carácter global de la seguridad. La dimensión militar tiene relación tanto con los aspectos objetivos como con los aspectos subjetivos, percepción que los Estados tienen unos de otros. La dimensión política hace referencia a la estabilidad del Estado, sus sistemas de gobierno y las bases internas de su legitimidad. La seguridad económica se refiere a la capacidad de acceder a los recursos, a las finanzas y los mercados necesarios para mantener unos niveles estables de bienestar y poder del Estado. La seguridad de la sociedad está relacionada con la capacidad de las sociedades para hacer frente a las amenazas y vulnerabilidades que afecten a su cultura e identidad. Finalmente, la seguridad medioambiental hay que enfrentarla con la capacidad para mantener la biosfera del planeta, en cuanto soporte físico para la vida humana. (Del Arenal, 1992: 442)

## ESTATALIZACIÓN

La estatalización, es decir, el proceso de extensión y afirmación del Estado como forma de organización política económica y social de base territorial en todo el ámbito global, es otra de las caracterizaciones del sistema-mundo.

El Estado como forma de organización y regulación de una sociedad existe desde la ciudad-estado griega y los imperios tradicionales agrarios. Sin embargo, el rasgo esencial del Estado moderno en su versión occidental europea, el Estado-nación, constituye el paradigma de la sociedad industrial.

Desde la Paz de Westfalia en 1648 un sistema europeo de Estados acompaña el proceso de expansión de Europa y se impone como

modelo de organización política, más en sus formas que en reales y potenciales recursos de soporte.

Primero en América, después en Asia y en África, el Estado será el referente del sistema-mundo. El proceso de actual mutación o transición del sistema-mundo obliga a las ciencias sociales a establecer una tipología de Estados con sus correspondientes jerarquías de poder, porque si, como dijimos, se analiza desde un lenguaje juridicizante o desde categorías desacopladas se puede crear un caos ininteligible de conceptos que harán imposible tratar de interpretar las claves del mundo, ya que hoy existen en Naciones Unidas 194 entidades territoriales bajo la denominación de Estados.

Antes de ir al meollo de la cuestión, coincidimos con Torcuato Di Tella cuando dice:

Las palabras están enfermas. Están agobiadas por la carga de significados, de metáforas, de definiciones prematuras que ponemos en ellas... Para prepararnos ante la nueva etapa que, con diversos tiempos en cada uno de nuestros países, estamos comenzando a recorrer, es bueno hacer inventario de las palabras con que nos agredimos, con las que pretendemos comprender la realidad y eventualmente entendernos unos a otros... La complejidad de la realidad estudiada en las ciencias sociales hace poco útil pretender llegar a definiciones demasiado exactas, que a menudo terminan siendo meros juegos de palabras. Hay que demostrar el movimiento moviéndonos, enseñando el empleo de los términos. (Di Tella. 2004: 9-10)

Estas palabras nos parecen altamente clarificadoras para encarar una desmitificación de la naturaleza del Estado con el fin de no quedar atrapados en conceptos estáticos e ir moviéndonos desde las ciencias sociales al compás de la dinámica del sistema-mundo.

Tomaremos como marco teórico del análisis un autor para luego ir ampliando el abanico a otros. Nos referimos a Juan Gabriel Tokatlian (2004a), y su obra *Hacia una nueva estrategia internacional. El desafío de Néstor Kirchner*.

Tokatlian aborda un tema, eje de la teoría política internacional: tomar el Estado como equivalente a soberanía y como capacidad de autodeterminación máxima. Al identificarse desde una tradición dominante del derecho internacional, la asociación entre Estado y soberanía como cualidad esencial no entraba en discusión. La teoría

de Jean Bodin de la soberanía como concepto inmutable y eterno, reiteramos, constituía y constituye en innumerables casos una afirmación incuestionable. Tokatlian aborda la cuestión sin prejuicio y es categórico al decir al respecto:

La soberanía es un comportamiento empírico y más que la soberanía legal, hay que enfocarse en el sistema internacional en “la soberanía fáctica”. De ese modo se manifiesta una situación particularizada por la existencia de grados de soberanía. En breve la soberanía es una cuestión de gradación más que una condición uniforme. El carácter nacional del Estado se ve jaqueado por la globalización. (44-45)

El analista internacional estadounidense Stephen Krasner afirma:

A lo largo de la historia, los gobernantes se han visto siempre motivados por el deseo de mantenerse en el poder, nunca por una adhesión abstracta a los principios internacionales, hipocresía organizada, la presencia de normas permanentes, con frecuencia brutalmente violadas, durante dilatados períodos, [...] ha constituido un atributo constante en el mundo de las relaciones internacionales.

Todo ello nos lleva a la conclusión de que la mejor manera de actuar de los Estados no reside tanto en las normas internacionales como en las diferencias entre las naciones en cuestiones de poder, así como en sus distintos intereses. (13-14)

Siguiendo el mismo argumento, llega a decir:

Consecuentemente, la globalización incide sobre la soberanía de los Estados. Sin embargo, no todos los Estados sufren en la misma medida un deterioro de su soberanía. (47)

Ahora se vuelve ineludible combinar el concepto de poder ya que de él depende la capacidad de soberanía o de margen de maniobra de un actor estatal o incluso no estatal. En ese sentido Krasner recurre a dos conceptos: *poder estructural* y *poder rotacional*. Poder estructural “se define como la capacidad de establecer las reglas de juego para

tratar ciertos temas” y poder relacional indica “la capacidad, dada por la calidad de recursos, de lograr que el otro cambie su percepción o acción de acuerdo con las preferencias de quien ejerce el Poder”. Tokatlian cita a la británica Susan Strange para reconocer las fuentes de poder, que ya no son únicamente de los Estados:

Control de la seguridad, conocimiento e información, finanzas y producción. Tener control sobre estos elementos implica tener poder estructural. (54)

Strange resume la definición de poder estructural en los siguientes términos:

El poder estructural no se encuentra en una única estructura sino en cuatro, diferenciables pero relacionadas. Estas cuatro estructuras interactivas no son propias del sistema mundial [...] son las mismas que encontramos en pequeños grupos humanos, como la familia [...], el control sobre la seguridad, el control sobre la producción, el control sobre el crédito y las ideas. (Citada por Esther Barbé, 146)

Hasta aquí hemos definido soberanía y poder entrecruzados con el concepto de Estado, con la finalidad de reconocer que el principal actor y sujeto del sistema-mundo, más allá de la pluralidad de actores públicos y privados, sigue siendo el Estado y ya no cualquier Estado sino el continental industrial. Esto demuestra una vez más la actualidad y vigencia del continentalismo de Juan Perón en el sistema-mundo.

La otra dificultad que encontramos es la “certeza tácita” de que el único modelo de Estado es el Estado-nación producto de la modernidad, resultado de la tradición de pensamiento de las disciplinas clásicas de la teoría del Estado. Si realmente fuera así, no existirían unidades políticas ni poder centralizado territorial hasta el 1500. Lo que sí resulta una novedad es el fenómeno del Estado-nación industrial actor y sujeto de los orígenes del sistema-mundo global, de esto no hay ninguna duda.

El problema más serio que encontramos hoy en las relaciones internacionales, y de ahí el objetivo de este ensayo, es lograr una unidad conceptual, no uniforme ni definitiva, de una tipología de caracterización de los diferentes tipos de Estado existentes en el

mundo con sus grados de soberanía que nos permita desde las ciencias sociales ir moviéndonos en el sistema-mundo.

Para precisar mejor lo dicho, “países en vías de desarrollo” o “países medianos” pueden ser desde la Argentina hasta España o Italia, pero en grados de soberanía empírica España e Italia son Estados de la Unión Europea y la Argentina o Uruguay de un Mercosur que se debate entre una zona de libre comercio, mercado común o integración subcontinental.

Lo mismo puede decirse del concepto “gran potencia” o “hiperpotencia” con respecto a Estados Unidos y “grandes países periféricos” en referencia a China y la India. Ni Estados Unidos es la hiperpotencia global nacida del Pacto de Yalta ni China es un gran país periférico o potencia regional; la India y China representan el 50% de la población mundial. En nuestra opinión, estos ejemplos al azar muestran la confusión o el desorden en la teoría y la praxis política, habitual también en los sistemas universitarios.

Un mercado común, o sea el Mercosur, es un paso o una fase hacia el Estado continental sudamericano en América Latina; de lo contrario, se reduce a una fase economicista que posee un techo infranqueable. Muchos planes de estudio de grado y posgrado plantean la integración económica como una fase en sí misma, cuando eso no ha ocurrido nunca a lo largo de la historia. Economizar los procesos de integración es obviar el sujeto principal de la integración, constituido por las comunidades, o sea, los pueblos.

No hay Estado continental industrial que no tenga raíces en la cultura de los pueblos que incluye a la política, la economía, la ciudadanía común, las instituciones, la educación; en suma, el destino del bien común de un Estado ampliado que cede espacios estratégicos para ampliar soberanía y no para achicar, como se puede mal entender desde la óptica en que se lo mire.

Realizadas estas precisiones político-conceptuales cruzaremos la variable poder y la variable soberanía con su actor y sujeto: el Estado. Para ello realizamos una indagación histórica del origen del Estado, su evolución, su ampliación de capacidades, sus mutaciones, sus desafíos y sus transformaciones o desapariciones, ya que no hay un proceso uniforme.

Aclaremos desde ya que lo que nos lleva a presentar un bosquejo consiste en el interés de ubicar hoy al Estado, pero haremos la advertencia de que no se presentará aquí una teoría de la evolución histórica de éste, pues ello excedería y desbordaría los fines de este trabajo.

Con el fin más didáctico posible, vamos a manejarnos con el concepto aristotélico de que el hombre es un ser social inmerso en un sinfín de relaciones cooperativas y conflictivas por el hecho vital de vivir y convivir y de existir y coexistir en comunidades.

Pues bien, “la política es el gobierno de las situaciones sociales, la actividad de dirigir las, ordenarlas e integrarlas. La política en sentido amplio es la actividad de gobierno de las situaciones sociales, su dirección y su control”. Y para gobernar esas situaciones “es imprescindible el poder” (Caminel Badía, 40) como capacidad social.

Decíamos que existe una creencia tomada como certeza de que el Estado como poder territorial y regulador de la vida social de las comunidades es un fenómeno típico y exclusivo de la modernidad europea. Nos parece sugerente introducir dentro de la evolución del poder político territorial la fase evolutiva, es decir, el itinerario de la conformación del Estado desde una etapa anterior a la modernidad europea como erróneamente ocurre al confundirse al Estado-nación como el único Estado en la historia, desconociendo otras formas de Estado.

No toda sociedad agraria ha tenido Estado. Éste aparece como aparato especializado en la mantención del orden en una sociedad de cierta complejidad cuando ya el excedente agrario ha permitido el nacimiento de las ciudades y éstas, el alfabeto o la escritura. En la era agraria el alfabeto es sólo patrimonio de unos pocos. Ernest Gellner dice:

En el Estado agrario alfabetizado tipo, la clase dirigente está formada por una pequeña minoría de la población estrictamente separada de la gran mayoría de los productores agrícolas directos o campesinos. En términos generales, su ideología, más que atemperar, acentúa la desigualdad de clase y el grado de alejamiento del Estado dirigente. Éste, a su vez, puede subdividirse en cierto número de capas más especializadas: guerreros, sacerdotes, clérigos, administradores y ciudadanos. Algunas de éstas (el clero cristiano, por ejemplo) pueden o no ser hereditarias y pasar una triada en cada generación, aunque los estratos hereditarios tengan la posibilidad de vigilar atentamente ese reclutamiento. (Gellner, 21)

Sin embargo, el punto más importante es el siguiente:

El estrato dirigente, tanto en general como para los diferentes sub-estratos que alberga, hace hincapié, más que en la homogeneidad, en la diferenciación cultural. Cuanto más diferenciados estén

los diversos estratos en toda clase de detalles, menos fricción y ambigüedad habrá entre ellos. Todo el sistema propicia una división cultural en series horizontales. A fin de fortalecer la diferenciación y darle autoridad y persistencia se atribuyen diferencias genéticas y culturales a lo que en realidad no son más que estratos diferenciados por su función.

Debajo de la minoría horizontalmente estratificada que está en la cúspide existe otro mundo, el de las pequeñas comunidades separadas entre sí verticalmente que forman los miembros legos de la sociedad. En este caso la diferenciación cultural está también muy marcada, pero las causas son muy diferentes. Atadas a la región por la necesidad económica, cuando no por prescripción política, las pequeñas comunidades campesinas suelen llevar una existencia vuelta a sí mismas... enseguida cierta deriva cultural engendra diferencias dialectales y de otros tipos. Nadie o casi nadie tiene interés en promover la homogeneidad cultural en este nivel. Las preocupaciones del Estado no van más allá de recaudar impuestos y mantener la paz y no tiene ningún interés en promover la comunicación entre las comunidades verticales que le estén subordinadas.

Esto puede sintetizarse así:

Las culturas desarrolladas agrarias eran realización minoritaria de especialistas privilegiados y se distinguían de las culturas populares mayoritarias fragmentadas y decodificadas sobre las que prevalecían y lucharon por dominar. [...] La sociedad productora de alimentos era ante todo una sociedad que permitía a algunos hombres no ser productores de comida, pero que obligaba a la mayoría de ellos a serlo. (25)

Dentro de este polo agrario descrito por Gellner surgieron formas políticas de control territorial. Tal descripción y análisis responde al Estado tradicional en su fase agraria.

Anthony Giddens (88) habla de Estados tradicionales ubicándolos históricamente desde el 6000 antes de Cristo hasta el siglo XIX. Sostiene que hoy todos han desaparecido y que su característica esencial era la economía agraria, algunas ciudades incluso de gran tamaño, aparatos de gobierno encabezado por un rey o emperador y desigualdades de clases. Para el sociólogo británico estos Estados

tradicionales fueron precedidos por las sociedades de cazadores y recolectores y las sociedades de pastoreo, no obstante existen hasta hoy sociedades agrarias rudimentarias compuestas por pequeñas comunidades rurales, sin pueblo o ciudades gobernadas por jefes.

En la misma línea interpretativa Juan Carlos Agulla sostiene que “con anterioridad” a las apariciones de las sociedades nacionales en Europa existieron tanto otras formas de comunidades territoriales como otra forma de dominación, a las que, como ordenamiento social, se conoce como feudalismo.

La historia nos dice, además, que las comunidades territoriales europeas (feudos), como formas típicas de vida social, tuvieron un sistema de dominación que se caracterizaba por asentarse en una estratificación social estamental, por manifestarse institucionalmente con una estructura de poder aristocrático y justificarse ideológicamente bajo la concepción comunitaria e integrista (teológica) y que las sociedades nacionales (Estados) como formas típicas de vida social, industrial, tuvieron un sistema de dominación que se caracterizaba por asentarse en una estratificación social clasista, por manifestarse institucionalmente con una estructura de poder burocrático y justificarse ideológicamente bajo una concepción nacional (políticas). (13)

Al presentar una evolución de los modelos históricos de organización política de la sociedad, Luis Bouza-Brey (46) distingue dentro de la fase agraria tres tipos de organización territorial preexistente al Estado (Atenas o la Roma republicana): el imperio burocrático (por ejemplo, el imperio azteca y el inca), el imperio chino desde el siglo I antes de Cristo al XX después de Cristo y el romano desde el siglo I antes de Cristo al VI después de Cristo, que son paradigmáticos. Nacen y se perciben desde un centro que emprende grandes objetivos sociales, desde la regulación de los recursos a la realización de grandes monumentos o conquistas, dirigidos por una minoría guerrera sacerdotal, apoyada por un gran ejército, una importante burocracia y el sector agrario. Antecedieron a estas organizaciones territoriales tradicionales la sociedad acéfala, o sea un poder localizado y transitorio de una jefatura al límite de la supervivencia económica, y la sociedad segmentada, agrícola, sedentaria y guerrera con un poder más concentrado, objeto de estudio de la antropología política.

Jacques Lagroye ayuda notablemente a esclarecer el problema:

Aquí se tomará partido desde el comienzo por llamar política a lo que se relaciona directamente con el gobierno de una sociedad en su conjunto. Gobierno precisamos que aquí no se trata de la instancia particular de los Estados contemporáneos encargados de tomar decisiones, hacer ejecutar leyes y conducir políticas, sino de los actos que tienden a organizar y dirigir la vida en sociedad. (21)

Enumera un sinnúmero de organizaciones políticas y toma tipos de sociedades en el polo agrario de acuerdo con su grado de institucionalidad hasta llegar al polo industrial, al que divide en tres: 1) sociedades de gobierno “mínimo”, donde un pequeño grupo ejerce el poder a través de una coacción débil sobre los miembros del grupo: 2) sociedades de gobierno “difuso”, aquéllas donde diversos grupos de distinta naturaleza (efímeros, estables, religiosos o militares, etc.) controlan el conjunto de las relaciones sociales y las actividades colectivas, y, por último, 3) las sociedades “de gobierno estatal”, donde el poder centralizado es ejercido nítidamente por dirigentes que, diferenciados de los demás miembros, disponen de aparatos de coacción especializados (Lagroye, 28).

Nos detendremos a realizar algunas conclusiones provisorias que se desprenden de la exposición de los estudiosos citados:

- a) El poder no se irradia simultáneamente y en forma equitativa a lo largo y lo ancho de la geografía. Al asentarse en la territorialidad política, es imposible eludir la geografía política o geopolítica.
- b) La política y su fuente natural para sus objetivos de regulación y coordinación de la vida de una comunidad no surge con el Estado-nación industrial en el siglo XV.
- c) La fase o polo agrario de la evolución de la humanidad (aclaramos nuevamente que no lo presentamos con un criterio determinista sino indicativo del proceso civilizatorio, al decir de Darcy Ribero) ha generado formas de organización territorial como los denominados “Estados tradicionales”.
- d) En nuestra hipótesis el Estado es una forma transitoria de organización política que puede tomar nuevos cauces para su fin existencial que consiste en regular la vida social, de lo contrario pueden desaparecer, existir normalmente sin capacidad de poder o ampliar poder en términos de soberanía de acuerdo con las demandas de la sociedad y la capacidad de respuesta del poder político.

- e) A lo largo de la historia no ha existido una única forma de organización del Estado a pesar del enorme peso en la tradición occidental de la idea de que el Estado-nación industrial ha sido el único tipo existente.
- f) La fase industrial genera a partir del sistema-mundo el Estado-nación industrial que, como veremos, será como protagonista central del sistema mundial.
- g) Desde un intento interdisciplinario de las ciencias y no desde el absolutismo disciplinario podemos aprehender la complejidad del sistema-mundo.

Pasemos entonces al polo industrial. En el fondo fue en la cristianidad latino-germana de los siglos XI al XIII cuando se inició la primera revolución industrial europea junto con la emergencia de las ciudades medievales y la escolástica de Albergo Magno y Roger Bacon. Éste fue el primer salto cualitativo de Occidente, que pudo alcanzar entre otros la superioridad de tecnología y militar que abrió paso a la “política mundial” de Portugal y Castilla. Esta primera revolución industrial también sentó las condiciones para el doble salto siguiente, el de la revolución científica de la físico-matemática con Galileo Galilei, René Descartes e Isaac Newton, y el de la revolución industrial británica, que se unifican indisolublemente en el curso del siglo XIX.

En verdad la revolución industrial medieval sentó las “bases modernas”, pero su poder de transfiguración productiva no pudo emerger arrolladoramente sobre los mundos agrarios. No tuvo ni la velocidad ni la productividad que le dio la revolución industrial británica: a cada paso, la aceleración es mayor.

Las más diversas perspectivas de la historia universal reconocen la existencia global del paso de “sociedades agrarias” a “sociedades industriales”. Esta visión está alejada de cualquier concepción racionalista evolutiva o concepción de “occidentalización” con “industrialización”; como suele suceder, este movimiento se da en los marcos de los tiempos históricos y culturales de las áreas o los círculos culturales del sistema mundial.

Las ciencias sociales nacen de alguna manera como espacios fragmentados de conocimiento justamente en la transición de lo agrario a lo industrial del siglo XVIII y el XIX. Hoy nos encontramos en el camino inverso de integración de las disciplinas sociales para abordar las “bifurcaciones” del sistema-mundo, desafío y riesgo que asumimos en este libro.

Uno de los goznes del pasaje de lo agrario-urbano a lo urbano-industrial ha sido el Estado-nación, que desde el círculo cultural europeo de los siglos XVIII y XIX se ha ido “planetizando”, dando forma al sistema del Estado a partir de la Paz de Westfalia.

En el “sistema-mundo” en mutación del siglo XXI nos encontramos que los Estado-nación han tenido un surgimiento o nacimiento histórico en tiempos relativamente recientes, que parece estar, en apenas dos siglos, en un momento de crisis, no sabemos si de transformación o desaparición.

Nuevamente recurrimos a Gellner cuando dice del pasaje de lo agrario a lo industrial:

La humanidad está irremisiblemente entregada a la sociedad industrial y por lo tanto a una sociedad con un sistema productivo basado en la acumulación de ciencia y tecnología. La era industrial heredó tanto las unidades políticas como las culturas desarrolladas y no desarrolladas de la era anterior; no había una razón para que hubieran de fundirse súbitamente en una sola, pero sí las había –y buenas– para que no fuera así. El industrialismo no llegó a todas partes al mismo tiempo y tampoco de la misma forma. Visionarios y comentaristas, tanto de izquierda como de derecha, auguraron a menudo el internacionalismo, pero en realidad advino todo lo contrario: el nacionalismo. (42)

La comunicación y por lo tanto la cultura adquieren importancia nueva y sin precedentes. En efecto, la sociedad industrial, cuya esencia hoy es más fácil de percibir,

...ha llevado la división del trabajo hasta un límite sin precedentes, pero mayor importancia que esto tiene que ha engendrado un nuevo tipo de división del trabajo: una división de trabajo que exige a los hombres que forman parte de ella estén preparados para poder cambiar la ocupación durante su existencia y ni qué decir de una generación a otra. Estos hombres no sólo necesitan una cultura común sino también que esa cultura sea alfabetizada y avanzada. [...] La movilidad, la comunicación, la capacitación que origina el refinamiento de la especialización que impone el orden industrial por su sed de riqueza y de crecimiento obliga a que sus unidades sociales sean grandes, pero también culturalmente homogéneas. El mantenimiento de este tipo de cultura, inevitablemente desa-

rollada (por ser alfabetizada), requiere la protección de un Estado, de un agente o más bien un conjunto de agentes que mantenga el orden centralizado y que pueda reunir y dispersar los recursos necesarios para sustentar una cultura desarrollada como para asegurar su difusión a toda la población, un logro increíble y que ni siquiera se planteó en el mundo preindustrial. (Gellner. 53-54)

Se comprende así cómo la era de la industrialización fue dejando atrás –más allá de su coexistencia con otras unidades políticas– la era agraria de los Estado-nación industriales, que a su vez fueron dejando atrás –más allá de su coexistencia con otras unidades políticas de la era agraria– a las ciudades-estados, los señoríos feudales, las aldeas auto subsistentes o los imperios agrarios multiétnicos, por lo común desmesurados y frágiles.

El movimiento de ondas oscilante de marchas y contramarchas de la historia del polo agrario al industrial es una categoría conceptual que permite operacionalizar la tipología de los distintos tipos de Estados al sistema-mundo, donde cabe expresar desde un principio un concepto clave: el sistema-mundo nace con el Estado-nación industrial; anteriormente existían subsistemas fragmentados, hegemónías regionales, es decir desconectados unos de otros, desde el subsistema incaico, el subsistema chino, pasando por el subsistema romano, todos con una característica esencial, constituían mixturas agrario-urbanas con islotes industriales, pero de ninguna manera sociedades nacionales-industriales como fue la novedad del Estado-nación. Rafael Calduch Cervera ahonda este planteo al explicar la terminología conceptual y la aplicación práctica en una tensión cooperativa o conflictiva de Estado, nación, nacionalismo y etnia, ineludible en el desarrollo de nuestro trabajo:

La nación, el pueblo y el Estado constituyen tres conceptos diferenciales ya que se refieren a realidades sociales, políticas y culturales netamente distintas. Ello significa que no tiene por qué existir, aunque los excluye, una estricta coincidencia entre las realidades que traduce cada uno de estos términos.<sup>4</sup>

4. Rafael Calduch Cervera, conferencia pronunciada en el curso de verano “La nueva Europa en los albores del siglo XXI. Conflictos, cooperación, retos y desafíos”, celebrado en Palencia, julio de 1998.

La nación se aglutina a partir de un largo y profundo proceso histórico en el que se conjugan aspectos objetivos y subjetivos. La integración cultural en consonancia con la autonomía funcional –tanto interna como externa (o sea, el Estado)– son para Calduch Cervera los dos elementos para que la nación pueda articularse y subsistir. Ambas potencian la identificación personal y con ello los mecanismos de socialización colectiva, en otro nombre: los sistemas educativos nacionales.

Precisamente, los elementos de integración cultural y de identificación personal explican por qué el Estado-nación sustituye plenamente las formas históricas previas de integración grupal, es decir al grupo étnico o clan. Así se dio en el nacimiento del Estado-nación, que como unidad absorbe al clan o grupo de linaje que no busca necesariamente la articulación política en el Estado. La confusión se da posteriormente cuando a partir de 1870 las etnias, con un nuevo envión del “principio de las nacionalidades”, buscan crear Estados monoétnicos, y se produce entonces el problema no resuelto de las minorías nacionales, según describe Calduch Cervera.

Esto no quiere decir que la tensión entre Estado y nación oscila en dos extremos, uno cooperativo y el otro conflictivo. Ello es así porque el Estado tiene que ver con la dimensión política y la nación, con la dimensión histórico-cultural. Para Calduch Cervera:

La nación aporta legitimidad al Estado y a los grupos políticamente dominantes, al tiempo que cohesionan poderosamente su base social a través de la integración cultural. El Estado aporta la base material (territorio) y jurídica que protege y fomenta el núcleo cultural de la nación a la par que facilita sus relaciones con otras sociedades, dentro y fuera de las fronteras, permitiendo con ello la participación histórica de ésta.

Calduch Cervera admite que los nacionalismos de la segunda mitad del siglo XIX y todo el XX son ya de carácter monoétnicos, desencadenantes de conflictos y crisis de legitimidad política en toda Europa que, con mucha frecuencia, trataron de resolver en el campo de batalla.

Eric Hobsbawm (1995) brinda elementos contundentes en la línea investigativa planteada:

La característica de la nación moderna y de todo lo relacionado con ella es su modernidad. Por ejemplo, el Diccionario de

la Real Academia Española, cuyas diversas ediciones se han examinado atentamente para este fin, no utiliza la terminología de Estado, nación y lengua en el sentido moderno antes de su edición de 1884.

[...] Antes de 1884, la palabra “nación” significaba sencillamente “la colección de los habitantes en algunas provincias, país o reino” y también “extranjero”. Pero en 1884 se daba como definición “Estado o cuerpo político” que reconoce un centro común supremo de gobierno. (23)

¿Qué es una nación para el historiador británico? Podemos resumir su posición diciendo: a) el nacionalismo es el principio que afirma que la unidad política y nacional deben ser coincidentes, he aquí la diferencia con el clan o grupo, donde la unidad política y nacional no constituía un fin esencial; b) la nación no es una entidad invariable históricamente: pertenece a un período concreto de la historia donde el grupo comunitario se transforma culturalmente en nacional creando el Estado territorial moderno, el “Estado-nación”, y c) las naciones existen no sólo en función de una determinada clase de Estado territorial o de ideas movilizantes a partir de la unidad cultural o política (por ejemplo, el Estado ciudadano de la Revolución Francesa) sino también en una etapa de desarrollo tecnológico y económico:

La mayoría de los estudiosos de hoy estarán de acuerdo en que las lenguas nacionales estándar, sean habladas o escritas, no pueden aparecer como tales sin actos de la imprenta, la alfabetización de masas y por ende, su escolarización. (18)

Hobsbawm cita a Friedrich List, quien durante su estadía en Estados Unidos en los años 20 había adquirido sus ideas sobre el concepto de nación inspirado en George Hamilton:

Tenía que ser del tamaño suficiente para formar una unidad de desarrollo que fuese viable. Si quedaba por debajo de este umbral, no tenía ninguna justificación histórica. (39)

Ahora bien, List afirmó claramente:

Una población numerosa y un territorio extenso dotado de múltiples recursos nacionales son requisitos esenciales de la nacionalidad común, [...] una nación restringida en el número de la población y en su territorio, especialmente si tiene una lengua propia, sólo puede poseer una literatura inválida, instituciones inválidas, para la promoción del arte y la ciencia. Un Estado pequeño puede llevar a la perfección completa dentro de su territorio las diversas ramas de la producción. (Citado por Hobsbawm. 1995: 40)

Recapitulando, surge claramente que “el principio de las nacionalidades” de la primera mitad del siglo XIX en Europa sólo era aplicable a nacionalidades con condiciones de desarrollo para llegar al Estado-nación.

La autodeterminación cultural tenía posibilidad con viabilidad económica, de lo contrario se adhería a la nación que cruzaba “ese principio del umbral” que mencionaba Hobsbawm. Es decir que en las ideas políticas subyacentes no existía “el principio de las nacionalidades”, más aún, era incompatible una definición de naciones basadas en la etnicidad. “En todo caso, nadie ha negado multiethnicidad real de los Estados-nación más antiguos y más incontestables, por ejemplo, Francia, Gran Bretaña...” (43).

Siguiendo con Hobsbawm, nos parece que llegamos a uno de los núcleos centrales de nuestro ensayo y de los esfuerzos por aclarar los equívocos en una tipología de Estado en el sistema-mundo, primordial y estratégico para entender el siglo XXI y de la situación de mutación e incertidumbre en que nos encontramos:

En pocas palabras, aunque podría confundirse con el “principio de nacionalidad” que transformó el mapa político de Europa entre 1830 y el decenio de 1870, en realidad pertenece a una posterior y diferente. El nacionalismo de 1880-1914 difería en tres aspectos importantes de la fase de nacionalismo de Manzini. En primer lugar, abandonó el “principio del umbral” que, como hemos visto, ocupaba un lugar central en el nacionalismo de la era liberal. En lo sucesivo cualquier conjunto de personas que se consideraba como “nación” reivindicó el derecho a la autodeterminación que, en último término, significaba el derecho a un Estado aparte, soberano e independiente para su territorio. En segundo lugar, y a consecuencia de esa multiplicidad de

naciones “no históricas” en potencia, la etnicidad y la lengua se convirtieron en los criterios centrales, rara vez más decisivos o incluso únicos en la condición de nación en potencia. Sin embargo, hubo un tercer cambio que afectó no tanto a los movimientos nacionales no estatales, que ahora se volvieron cada vez más numerosos y ambiciosos, sino a los sentimientos nacionales dentro de los Estados-nación establecidos; un marcado desplazamiento hacia la derecha política de la nación y la bandera para el cual se inventó realmente el término nacionalismo. (112-113)

El “principio de las nacionalidades” en su transformación, hacia 1870, pasaba a asociar Estado con etnicidad, o Estado con dominio hegemónico de una etnia y no el pluralismo –como en el Estado-nación industrial–, y serviría más que como un factor de aglutinación y unificación de un factor de desintegración y de guerras civiles que hasta el día de hoy son potenciales zonas de tensión irresueltas gracias a la coexistencia de Estados monoétnicos con Estados-nación en procesos de convertirse en Estados continentales industriales.

Craig Calhoun (19) dice que no hay una definición unívoca de nación pero sí ciertos patrones comunes que sirven de guías para distinguir un proceso y concepto complejo. Sostiene que el nacionalismo posee tres dimensiones que configuran una “matriz”: 1) el nacionalismo como discurso: un sistema de comprensión cultural o asociando la idea de nación e identidad nacional basado en una producción de versiones y lenguaje en situación y tradiciones particulares; 2) el nacionalismo como proyecto, donde se combinan los intereses colectivos y el Estado, y 3) el nacionalismo como evaluación, aspecto donde se cruza el imperativo étnico o la superioridad de una nación en particular, en este caso suerte el exceso de lealtad, por ejemplo, depuraciones étnicas, xenofobia, etcétera.

Podemos decir que el nacionalismo es tan amplio en su devenir que no puede ser explicado desde una teoría. Estamos demostrando que el nacionalismo fue el factor aglutinador del Estado-nación industrial en Europa con un móvil que significaba el desarrollo de la territorialidad en función de sus condiciones materiales internas y externas. El equívoco surge de que el mundo –o, mejor dicho, el sistema-mundo, desde la modernidad y a partir de Westfalia, a través de todo el siglo XIX y comienzos del XX– se fue dividiendo en Estados formalmente equivalentes, basados en un patrón estandarizado.

Supuestamente, cada uno de esos Estados representaba a una nación en particular; de ahí el término “Estado-nación”.

Una característica del caos que fue emergiendo en la teoría y la praxis es que, sobre la base de una conceptualización uniforme desde el derecho internacional de Estado-nación a múltiples formas de unidad política, el supuesto tratamiento de la cuestión era y es formalmente equivalente en términos de soberanía de una sumatoria caótica de Estados.

En realidad, la soberanía en cuanto a comportamiento empírico o facticio, como define Tokatlian, al principio del XX era propiedad exclusiva de los Estados-nación industriales.

Cerramos este prolífico y esclarecedor debate, que tiene como finalidad entender qué hay en el origen del Estado-nación industrial para evitar su aplicación estándar desde un dogmatismo conceptual estático, con Monserrat Guibernau:

A fin de examinar el carácter político del nacionalismo debemos establecer una distinción conceptual básica entre nación, Estado, Estado-nación y nacionalismo. Por Estado, tomando la definición de Weber, entiendo una “comunidad humana que reivindica (con éxito) el monopolio del uso de la fuerza física dentro de un territorio dado, aunque no todos los Estados han conseguido ejercer dicho monopolio y algunos ni siquiera aspiran a conseguirlo”. Defino la nación como un grupo consciente de formar una comunidad que comparte una cultura y está ligado a un territorio claramente común delimitado, tiene un pasado común y un proyecto colectivo para el futuro y reivindica el derecho de autodeterminación. La nación incluye cinco dimensiones: psicológica (conciencia de formar un grupo), cultural, territorial, política e histórica.

Defino “nacionalismo” como un sentimiento de pertenencia a una comunidad cuyos miembros se identifican con un conjunto de símbolos, creencias y formas de vida concretas y manifiestan la voluntad de decidir su destino sobre su destino común. Pero aún hay otro término que debe distinguirse del que acabo de mencionar: el Estado-nación. El Estado-nación es un fenómeno moderno, caracterizado por la formación de un tipo de Estado que posee el monopolio de lo que se define como el uso legítimo de la fuerza dentro de un territorio delimitado y que busca conseguir la unidad de la población sujeta a su gobierno

mediante la homogenización. Con este fin, el Estado-nación crea una cultura, símbolos y valores comunes, restablece o inventa tradiciones y mitos de origen. [...] En mi opinión, para comprender el nacionalismo es imprescindible considerar el deseo de conseguir y ejercer el poder del Estado, tanto en lo que se refiere a la reivindicación de crear un Estado independiente como al proceso de su construcción. (58-59)

Realizando un balance de lo expuesto hasta aquí, podemos afirmar en primera instancia que una sociedad nacional supone aspiraciones humanas junto al advenimiento de la técnica moderna, o se basa en la reivindicación de igualdad en la posesión, uso, ejercicio y distribución de los bienes materiales y espirituales.

El Estado-nación refleja esencialmente la experiencia de vida común y voluntad de vivir juntos históricamente. No sería capaz de mantener la unidad nacional, de resistir fuerzas separatistas, ni de lograr el continentalismo de los súbditos –siempre hablamos de Estado-nación en Europa, que es donde nace–, si no hubiese una base material sólida. Encuentra una base material sólida cuando el comercio y la industria exigen tales industrias y tales mercados.

Pero el factor económico en sí mismo es insuficiente. Elementos objetivos y subjetivos son parientes y, más aún, hasta más fuertes, pero la nación –aunque creada con otros factores– no podrá desenvolverse si no existe la base material de técnica, industria y comercio. En una palabra, la nación supone y exige para consolidarse las bases de una sociedad industrial.

Una reflexión provisoria y recapituladora de lo que hasta ahora hemos visto del Estado-nación industrial, como unidad política central del sistema-mundo que comienza en el siglo XV: llamamos “clásico” al paradigma más normal de los Estados-nación como lo fueron Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Japón. Los más paradigmáticos han sido Gran Bretaña y Francia, ya que los otros son posteriores.

¿Qué elementos confluyen en la constitución del Estado-nación clásico? ¿Por qué lo consideramos paradigmático? Un Estado con su “burocracia” organizada –que implica una gran herencia del derecho romano–, que incluye al ejército, símbolo mayor del monopolio de la violencia. Una “industria” que, desde la revolución maquinista inglesa, implica de más en más la unidad de ciencia y tecnología con la misma industrialización. Cada vez más, desde el siglo XIX,

no es posible ninguna sociedad industrial moderna sin un creciente dominio y difusión científico-tecnológicos. Lo industrial implica lo científico-tecnológico de modo progresivamente indisoluble. Una sociedad que no posea el mayor despliegue científico-tecnológico será literalmente industrialista pero no industrial. Una “alfabetización universal”, lo que implica una lengua común, un idioma literario, si no total, sí hegemónico, puesto que la cultura y la comunicación que instaura una dinámica nacional igualitaria se objetiva en la alfabetización total, a la altura de las exigencias de la época. Este espacio “homogeneizador” se manifiesta en una cultura común nacional. De ahí deriva que el Estado-nación industrializador sea tendencialmente, de modo no desarraigable, democrático.

*Estado* (burocracia), *industria* (ciencia-tecnología), *idioma común* (alfabetización, cultura común, narración, democratización); a estos tres elementos sería pertinente agregar un cuarto: *empresas que compitan en el mercado*. En realidad, en el aspecto *industria*, incluimos la dinámica del mercado, la incesante innovación tecnológica y el aumento de productividad.

Podría decirse que los tres elementos se enlazan íntimamente en su complejidad y que sus relaciones y graduaciones recíprocas pueden generar tipologías diferentes, variadas. Así, por ejemplo, el Estado no es sólo burocracia, ni sólo responsable de una educación común moderna, sino también garantía de participación política democrática. Puede no ser democrático en un momento, pero en la sociedad industrial al Estado le es inherente la exigencia democratizadora. Por eso el Estado es aun indirectamente “nacionalizador”, por más que respete el derecho de las minorías. De tal modo, hay una exigencia de circulación entre los tres elementos del Estado-nación industrial. En los últimos dos siglos ha habido una gran lucha con las supervivencias aristocráticas de las sociedades agrarias más estáticas, en transformación.

En Europa occidental es donde surgen los primeros dos Estados-nación industriales en los términos analizados. Gran Bretaña y Francia son los primeros que brindan una base relativamente suficiente a las industrias para un desarrollo a escala. Aparecen como los más cohesionados, amplios y bien poblados, como decía List. Ya alrededor de 1820 el conde de Saint-Simon escribía sobre “la sociedad industrial”.

Gran Bretaña era entonces la más poderosa e incomparable: efectuó su salto industrial muy íntimamente ligada al mercado mundial

que había ido formando el capitalismo comercial. Su industria tenía la amplia plataforma de un gran mercado interno de trabajadores libres, un espacio cultural homogéneo, que le daba el conjunto de recursos modernos que le permitían el despliegue mundial.

Sobre la base del “principio del umbral” del que habla Hobsbawm o de la “nación normal” de Friedrich List, no todos llegan a cumplir ese requisito con relación a los elementos expuestos anteriormente: *burocracia, ejército, alfabetización e industria y comunicación*.

Con este paradigma, además de Gran Bretaña y Francia, sólo cumplieron Alemania, Italia y Japón, por lo que fueron “naciones normales”. Y en cierto sentido ninguno otro país. Nada ocurrió equiparable durante el siglo XVIII y XIX aparte de estos cinco Estados-nación, o sea que pocos eran “normales” y muchos los que no alcanzaron el “umbral”.

Pero ¿no existe acaso multitud de Estado-nación? ¿Son otras especies? Sin duda. La mayoría es de menor rango que los cinco Estados-nación industrial ejemplares y unos pocos son de mayor rango, es decir los Estados continentales modernos, fenómeno del siglo XX.

Detengámonos primero en los de menor rango, que entre ellos está América Latina. En el siglo XIX y luego de la Primera Guerra Mundial, la descomposición de tres vastos imperios multiétnicos antiguos (el otomano, el de los Habsburgo y el de los Romanov) da lugar a la proliferación de los Estados-nación o, mejor dicho, ficciones de Estado-nación, sin las dimensiones potenciales analizadas.

Surgieron múltiples “nacionalidades”, pero ninguna cumplía el paradigma descripto. Fueron múltiples Estados-nación, predominantemente agrarios, situados al este de Europa y en los Balcanes. A ellos se refiere Hobsbawm en el capítulo 4 de *Naciones y nacionalismo desde 1870* –capítulo al que titula “La transformación del nacionalismo 1870-1918” (111-141)– cuando se abandona el criterio anterior de “viabilidad industrial” y todo se reduce a la “etnicidad y a la lengua” que se vuelven centrales y hasta únicos. En nuestra perspectiva, es una suerte de una “regresión medievalista” de la idea de Estado-nación.

Esta idea de Estado-nación es la que manejan paradójicamente de modo similar V. Lenin y Woodrow Wilson, pero con fines diferentes. Para Lenin se trataba de consolidar el pasaje del viejo imperio zarista multiétnico a un Estado continental moderno, y para ello afirmaba la multiplicidad de autonomías “nacionales” para conformar un gigantesco Estado económicamente centralizado como el de la Unión Soviética. En tanto, al multiplicar los “Estados-nación”, Wilson

agravaba la impotencia de Europa en cuanto a gestar un Estado continental moderno. Es decir, dividía preventivamente más a Europa en el momento que emergía el primer Estado continental industrial moderno, Estados Unidos (como lo veremos), que presidía Wilson. Multiplicó su poder con su “principio de nacionalidades”, que poco tiene que ver con la modernidad industrial.

Ahora bien, creemos que hay un vacío geopolítico de la explicación del origen de la formación del Estado en el campo concreto de la ciencia política y de las relaciones internacionales que crea un hueco enorme, ya que este proceso se explica sin contextualizarlo y se vuelve abstracto, y por cierto deformador.

José Antonio Gabriel afirma al explicar la formación del Estado moderno:

El Estado, definido como un poder político y un complejo institucional organizado sobre un territorio en el que es capaz de ejercer con una eficacia razonable el monopolio de la legislación y del uso de la fuerza sobre la sociedad o las personas bajo su jurisdicción, no es un invento moderno ni europeo. Sí lo es, sin embargo, un tipo concreto de Estado, el Estado europeo moderno, que triunfa en algunos reinos europeos occidentales en los siglos XVI y XVII. Él es el origen de los Estados nacionales contemporáneos en los que hoy está dividido todo el mundo habitado. [Cuenta] con una serie de instrumento de gobiernos y administración a gran escala: la administración burocrática, el aparato fiscal y la diplomacia permanente. (51)

Aparece nítido en este análisis la manera cómo estandarizar el Estado-nación industrial surgido en Europa, que hasta principios del siglo XX fueron cuatro en Europa: Francia, Inglaterra, Italia y Alemania, y uno en Asia: Japón, como modelo equivalente a la suma de estados del sistema-mundo. Esto creó un desorden no sólo teórico sino también práctico.

La uniformidad del fenómeno de Estado-nación como unidad simultánea y equivalente en el sistema-mundo también se produce en el excelente libro de Daniel García Delgado *Estado-nación y globalización*. Allí reflexiona: “El Estado-nación como actor soberano o autónomo por excelencia de las relaciones internacionales de los últimos tres siglos ha entrado en crisis. La estructura decisional y su soberanía son sometidas a presiones por ambos lados: ‘desde arriba’,

cuestionada por instituciones supranacionales, y ‘desde abajo’, y aquejada por los localismos. [...] En cierta forma, la idea de soberanía se remonta incluso más allá de la emergencia del moderno Estado-nación ya que hace referencia a la defensa del señor feudal frente a adversarios regionales o al poder del Papa. La soberanía nace como un concepto excluyente y rígido. Con la formación de los Estados modernos, la potestad soberana se mantiene como un atributo del nuevo sujeto político, en un contexto diferente y más dinámico”. Señala la emergencia en los últimos años de nuevos problemas no resueltos: medio ambiente, flujos migratorios, terrorismo, interdependencia económica creciente y flujos económicos especulativos de corto plazo ponen en problemas al Estado-nación:

Esta crisis del Estado-nación permite distinguir formas de Estado (o comunidades políticas) que se fueron sucediendo desde la Antigüedad hasta nuestros días: la ciudad-estado (Atenas) y el Estado- imperio (Roma) en la antigüedad; el Estado-feudo en la Edad Media y el Estado-nación en la modernidad en sus distintas configuraciones absolutista, liberal, democrático, social y neoliberal. Ahora bien, en la postmodernidad se estaría produciendo la transición hacia un nuevo tipo de comunidad política, la del Estado-región o supranacional. Esto no implica la desaparición del Estado-nación, sino su integración paulatina en polis más amplias. (19)

La explicación de García Delgado sobre el jaque al Estado-nación es clarísima, pero encontramos nuevamente la ausencia de la identificación espacial o geopolítica. De esta lectura se desprende que las comunidades políticas han vivido un simultáneo proceso de evolución, cuando no todos son Estado-nación más allá de la superficialidad jurídica, ni tampoco todas las unidades políticas han pasado por las etapas del Estado-nación industrial y menos aún por la etapa neoliberal, excepto nuestros países (García Delgado, 18).

Esta construcción de núcleos conceptuales certeros produce, sin embargo, eventuales pérdidas del hilo conductor de comprensión teórica y práctica si no realizamos una tipología concreta que sirva para movernos con el movimiento del sistema-mundo.

El siglo XX se inicia con una novedad histórica: la aparición del primer Estado continental industrial de la historia, Estados Unidos de América.

Dejamos hablar a Alberto Methol Ferré:

Para explicarme recurriré a una de las concepciones más lúcidas de finales de siglo XIX, la del alemán Ratzel. Su viaje por Estados Unidos reviste fundamental importancia para su visión del mundo; visión que se encarga de transmitir en una excelente obra. Este insigne geógrafo viaja por el país en pleno boom industrial, observa locomotoras mucho más potentes y con más vagones que las alemanas: ve el territorio de Estados Unidos atravesado de costa a costa por tres o cuatro líneas ferroviarias transcontinentales. Él, alemán, admirador de la industrialización de su propio país, se encuentra con un país gigantesco. En Estados Unidos reencuentra, sí, todo lo que ya existía en Europa, pero en proporciones, por lejos, mucho más grandes, gigantescas. A sus ojos, las dimensiones cuantitativamente más vastas determinaban también un salto cualitativo.

Sus siguientes reflexiones muestran todo el impacto que Ratzel recibe del mundo que se abre ante sus ojos. Afirma que la era de los Estados-nación industriales del tipo de Gran Bretaña, Francia, Inglaterra, Italia y Japón fue superada por un nuevo paradigma emergente. Por él, el siglo XX abrirá la era de los “Estados continentales” industriales. A su parecer, Estados Unidos de América eran el nuevo arquetipo que determinaría el curso de la historia futura. Europa dejaba de ser el centro hegemónico, salvo que alcanzara una acelerada unificación como Estado-continente. Ratzel señala otro candidato posible en el número de los Estados-continente: Rusia, si pudiera acelerar su industrialización.

A mi juicio, Ratzel entrevió la lógica profunda del siglo XX que continúa en el siglo XXI. Quien no forma parte de un Estado-continente terminará, y más que nunca en un mundo globalizado, constreñido a expresarse como lamento, furia o silencio. (Methol Ferré. 2006: 66)

A partir de esta reflexión estratégica de Methol Ferré nos encontrarnos con la lógica del siglo XX, ya que si enumerarnos hallaremos seis Estados-nación industriales: Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania, Japón y Canadá (área de influencia anglo-norteamericana) y dos Estados continentales industriales: Estados Unidos y Rusia, que regularon el sistema bipolar del siglo XX. Y, de ahí, ningún Estado llegó al paradigma, a pesar de denominarse Estado-nación.

Zbigniew Brzezinski esbozó raudamente que, en el fondo, la bipolaridad fue la pugna de dos Estados continentales donde los modelos ideológicos antagónicos tenían fuerza en el sentido de que se apoyaban en la fuerza de esos Estados:

Los cincuenta años siguientes estuvieron dominados por la lucha entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En algunos aspectos, esa lucha representó el cumplimiento de las teorías más caras a los geopolíticos: enfrentaba a la principal potencia marítima mundial, dominante tanto sobre el océano Atlántico como sobre el Pacífico, a la principal potencia terrestre, la fuerza suprema en el territorio asiático (con el bloque sino-soviético abarcando un espacio muy similar a aquel sobre el que se extendía el imperio mongol). La dimensión geopolítica no podía haber quedado más clara. América del Norte versus Eurasia disputándose el mundo. El ganador dominaría verdaderamente el globo. No había nadie más que pudiera obstaculizar el camino, una vez que se alcanzara la victoria. (Brzezinski, 1998: 15)

Sin duda Brzezinski, como hijo intelectual del inglés Harold Mackinder (de radical importancia en el pensamiento geopolítico debido a que en 1904 planteó que quien gobierna el *heartland* –isla mundial– domina el mundo –Eurasia–), no se le escapa el hecho de que Estados Unidos –isla continental– se halla fuera de la isla mundial y su gran imperativo consiste en dominar Eurasia –el megacontinente– geográficamente desde afuera del *heartland* o Europa central.

Queda claro que poner en la misma olla del Estado-nación a todas las unidades políticas es asegurarse ininteligibilidad y confusión para siempre.

Pero este desorden, lo veremos más adelante, esta suma de “Estado-nación” se multiplica aún más intensamente si salimos de Europa occidental y pasamos desde el siglo XIX a América Latina y al mundo árabe, al África negra, a los nuevos Estados asiáticos nacidos del estallido de la Unión Soviética y al mundo del sudeste asiático. La equivocidad del “Estado-nación” llega al paroxismo. No basta ahora sólo una referencia a la originalidad de América Latina a este respecto para luego esbozarla en su itinerario histórico. Aquí Estado-nación tiene un origen y un sentido no equivalente a la aplicación del “principio de nacionalidades” en Europa, en África, en Arabia o en Asia. Posee una acepción y un significado propios e

incomparables a los demás conocidos, pues originalmente se trata de “ciudades-estados antiguas” que se disfrazan de Estado-nación modernos al menos en su primera etapa. Volveremos al respecto.

Decíamos que al iniciarse el siglo XX solamente habían logrado llegar al “principio del umbral” seis Estados-nación industriales – Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Japón–, luego se incorpora Canadá (área anglo norteamericana) y los dos Estados continentales industriales (Estados Unidos y Rusia), que construirán “el orden” de equilibrio de poderes de variante bipolar, o sea que –como advirtió Ratzel<sup>5</sup>– el siglo XX (y el XXI) fue ya el de los Estados continentales. Brzezinski (2005) dice al respecto:

Posiblemente, la jerarquía internacional de 1900 estaba formada en orden descendente por el Reino Unido, Alemania, Francia, Rusia y Estados Unidos, formando un grupo bastante apretado de Estados. En 1960, el liderazgo había pasado a manos de Estados Unidos y Rusia (la Unión Soviética), con Japón, China y Reino Unido muy a la zaga; en 2000, Estados Unidos está solo en la cima, seguido a mucha distancia por China, Alemania, Japón y Rusia. (21)

Si nos detenemos en forma atenta en esta cita de Brzezinski encontramos que está utilizando la misma línea argumentativa que tratamos de ensayar: cuando dice “formando un grupo bastante apretado de Estados”, lo hace desde presupuestos tácitos teóricos y prácticos que en nuestros países se hallan ausentes.

Los Estados-nación industriales “normales” del siglo pasado, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Japón, fueron silenciosamente rebasados de manera inexorable por el gigantesco Estado continental industrial: Estados Unidos de América. Esta nueva situación fue gestándose desde comienzos del siglo XIX, desde la compra

5. Friedrich Ratzel nació en 1844 en Badén, Alemania, y falleció en 1904. Es interesante recordar que a fines del siglo XIX realizó un viaje a Cuba, México y Estados Unidos. En el ensayo de 1901 *Espacio vital. Estudio biogeográfico* ahonda en la idea clave de que el siglo XX era el de la aparición de las grandes masas geográficas políticas continentales como sujetos protagónicos de la política mundial. Sus obras más difundidas son *Los Estados Unidos de Norteamérica* (1880), *Antropogeografía* (1882) y *Geografía política* (1897), cuya segunda edición apareció en 1902 con el título de *Geografía de los Estados, del comercio y de la guerra*.

de Luisiana en 1803 hasta la conquista de California sobre el océano Pacífico, realizada contra México en 1848. Se acuñaba una situación excepcional, con relación a los parámetros entonces “normales” de las potencias industriales. Éstas pasaban de ser paradigmáticas a ser “potencias medianas”. De esto no tomaron plenamente conciencia hasta la Segunda Guerra Mundial.

En su conjunto, el proceso de fantástico crecimiento de Estados Unidos, sin parangón en la historia, fue una marcha “interna”, en cierto sentido “aislada”, de la política mundial. Fue sólo “intracontinental”, sin interferir en el mundo. Sus industrias se desarrollaron desde el principio, impulsadas por George Hamilton y Henry Clay, con duras vicisitudes a causa de conflictos de intereses con los agroexportadores, en especial los esclavistas algodoneros. El algodón era la mayor expansión estadounidense y estaba destinado a Inglaterra. Esto desembocó en la Guerra de Secesión (1860-1864) y la victoria de los industriales proteccionistas del norte. De ahí en adelante, sucede la extraordinaria eclosión de la Revolución Industrial estadounidense del último tercio del siglo XIX, de modo paralelo con Alemania. Sólo que esta última emergía en Europa, sensible centro del poder y la política mundial, en tanto que el nuevo coloso se deslizaba en los márgenes de América, en la “isla continental”.

Estados Unidos no tuvo que esperar tanto tiempo. Se estaba preparando la mayor potencia mundial del siglo XX y quizás del siglo XXI. Hizo irrupción en 1898, en la guerra con España por Cuba, Puerto Rico y Filipinas, tomó Panamá para construir el canal interoceánico en 1903 y puso fin a la guerra ruso-japonesa. Theodore Roosevelt, siguiendo la doctrina geopolítica del avance al océano del almirante Alfred Mahan, envió a la flota estadounidense a una gira de presencia mundial. Así se abría el siglo XX. Aparecía el primer Estado continental industrial de la historia. Es el más avanzado el que se vuelve “normal” para los otros. A partir de esta irrupción de Estados Unidos, las dimensiones se volverán mucho más amplias, para los que no quieren dejar de ser actores reales y no formales. Vale la pena detenernos aquí.<sup>6</sup>

En este punto tenemos una guía autorizada. Se trata de Hans Weigert (1943) en *Geopolítica, generales y geógrafos*. Weigert es un

6. Para profundizar en la irrupción de Estados Unidos, véase Triás (1975) y Moniz Bandeira (2007).

geopolítico de origen alemán antinazi, que se exilió por el ascenso de Adolf Hitler y se hizo ciudadano estadounidense. Al entrar Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial escribió la obra que señalamos, para enterar al público estadounidense de qué era la “geopolítica alemana”, en especial la Escuela de Haushofer. Su libro tuvo mucho eco en el Río de la Plata, donde todo aficionado a la geopolítica ha pasado por ella.

Weigert sabe que la visión de los grandes espacios estadounidenses fueron decisivos para la formación de la geopolítica alemana, que hará énfasis en los Estados continentales, como un más allá de los Estados-nación clásicos. Dice al respecto:

La visión americana del mundo se adueñó de las opiniones de Ratzel y List e influyó en aquél en sus explicaciones de la política como un factor de espacio y distancia, tamaño, situación y fronteras. (109)

Weigert no trata las perspectivas del economista Federico List, pero es interesante recordarlas brevemente. List fue uno de los apóstoles del *Zoll-verein* (unión aduanera) que preparó la unidad de Alemania. Perseguido por sus opiniones, viaja a Estados Unidos en 1825. Allí asume el programa de “Report on Manufactures” de Hamilton y se vincula íntimamente con los industrialistas Mathew Carey y Henry Clay. Regresa a Alemania en 1832 y escribe en su *Sistema nacional de economía política* que “Estados Unidos dentro de pocos años habrá alcanzado el rango de primera potencia naval y comercial”. Concluye:

Las mismas causas que han llevado a Gran Bretaña a su elevado estado actual llevarán probablemente, en el transcurso del siglo próximo, a la compacta América a un grado de riqueza, de poder y desenvolvimiento industrial que sobrepasará al que hoy se halla en Inglaterra en la misma proporción en que ésta aventaja actualmente a la pequeña Holanda. Por el curso normal de las cosas, Norteamérica en ese plazo aumentará su población en cientos de millones y desbordará su población, sus instituciones, su cultura, su espíritu, sobre la América Central y del Sur, como ya en nuestros días lo ha hecho sobre las provincias mexicanas fronterizas: el nexo de la Confederación abarcará todos esos inmensos países, una población de varios cientos de millones

explotará un continente que aventaja infinitamente al europeo en extensión y riquezas naturales; la potencia máxima del mundo occidental aventajará a la de Gran Bretaña tanto como sus costas y sus ríos sobrepasan a los de Inglaterra en extensión y caudal. Así, en un futuro próximo, la necesidad natural impone a los franceses y alemanes la formación de una alianza continental frente a la supremacía británica, impondrá también a los ingleses la fundación de una coalición europea frente a la supremacía norteamericana. Entonces Gran Bretaña tendrá que buscar y encontrará en la hegemonía de las potencias europeas unidas protección, seguridad y prestigio contra el predominio de América, y una compensación por la supremacía perdida. (List, 83)

De este modo, List no se detiene en el clásico Estado-nación industrial como la ansiada unidad de su propio país, Alemania, sino que va más allá y en plazos relativamente previsibles. Ve el gigantesco y nuevo Estado continental proyectarse como la cabeza aún más amplia de un Estado hemisférico, de toda América, y reclama un “nuevo sistema continental” europeo, con una alianza franco-alemana. Aspira a una especie de Unión Europea que incluya a Gran Bretaña en la “libre unión”. Hoy, secundaria, Gran Bretaña oscila entre Estados Unidos de América y la Unión Europea, a tal punto que el estratega y geopolítico polaco-norteamericano Brzezinski (1998) define a Inglaterra en los siguientes términos:

Es el apoyo clave de Estados Unidos, un aliado muy leal, una base militar vital y un socio muy próximo en actividades de inteligencia de máxima importancia. Es necesario alimentar su amistad pero sus políticas no requieren una atención continua. Es un jugador geoestratégico jubilado que descansa en sus espléndidos laureles y que está bastante poco comprometido con la gran aventura europea de la que Francia y Alemania son los principales actores. (51-52)

Friedrich Ratzel fue un antropólogo, geógrafo y político al que Weigert llama “precursor de la geopolítica”, pero en realidad se lo considera unánimemente el primer geopolítico de vocación sistemática. Nació en 1844 en Badén, Alemania. Baste recordar que realizó viajes por Europa (1869) y luego a Cuba, México y Estados Unidos entre 1872 y 1875.

En Alemania se dio a conocer en los años 70 del siglo XIX a través de unos artículos periodísticos de viajes. Años más tarde publicó cuatro libros donde recoge sus experiencias de viajes y estudio. La obra que lo consagró fue *Antropogeografía* (dos volúmenes, 1882 y 1891). Los trabajos de Ratzel en la última década del siglo XIX y los primeros años del siglo XX giraron en torno a la geografía política. En 1880 publicó *Los Estados Unidos de Norteamérica*, como resultado de su experiencia en ese país, obra maestra de la geografía política. Su pensamiento legitimó el accionar del canciller Otto von Bismarck (Gómez Rey, 4). En 1897 publicó *Geografía política*, cuya segunda edición (1903) llevó como subtítulo *Geografía de los Estados, del tráfico y de la guerra*, “como consecuencia del concepto desarrollado sobre el Estado en cuanto elemento vivo, que por la geografía y la etnografía, confiere contenido real a la ciencia política”. *Espacio vital, estudio biogeográfico* es otro ensayo que publicó en 1901, de donde extraemos estos conceptos:

Estados Unidos y Rusia, imperios arraigados en grandes masas continentales, se verán libres del fatalismo de la decadencia por efecto del industrialismo y del desarrollo de los medios de comunicación y transporte.

Los dos nuevos grandes imperios hacen pensar en la necesidad de una Europa unida, como sistema de poder capaz de equilibrar el poderío de aquéllos. (Citado por Justo P. Briano, 36-37)

No podemos continuar sin destacar que la escuela geopolítica de Ratzel tuvo una influencia excepcional en la escuela prusiana, de la cual hay que distinguir al futuro subteniente Juan Perón, quien egresa en 1913 como integrante de la primera promoción del Colegio Militar que estudia sobre la base de los planes del modelo prusiano. Su profesor fue el barón Colmar von der Goltz.

Weigert hace algunas precisiones que nos parecen oportunas:

El concepto político del espacio y los factores geográficos en general no pueden separarse de las ideas políticas, [...] las ideas políticas que no están arraigadas en la tierra y que no se desarrollan en el espacio, no existen. Ni existen espacios que no encarnen ideas. [...]

Cada nación reacciona de manera específica ante los factores geopolíticos, suelo, mar, espacio deben tener significados

fundamentalmente distintos para rusos, alemanes, japoneses, chinos y norteamericanos. [...]

No existe en absoluto una ciencia general de la geopolítica que puede ser aceptada por todas las organizaciones estatales. Existen tantas geopolíticas como sistemas estatales en conflicto; en el caso de potencias terrestres y potencias navales, son fundamentalmente distintas. Hay una *geopolitik* alemana y una *geopolitique* francesa, hay geopolíticos distintos para Estados Unidos e Inglaterra. Cada nación tiene una geopolítica que se merece. (114, 115, 117)

Weigert empieza a recordar que Ratzel, envuelto en las conmociones de la revolución industrial alemana del último tercio del siglo XIX, asiste maravillado a las contemporáneas transformaciones de la revolución industrial estadounidense. Así, Ratzel escribe un ensayo periodístico en 1880, *Los Estados Unidos de Norteamérica*. Aquí, cuando vuelve a Europa, al decir de Weigert, “veía estos problemas con los ojos de un Gulliver que regresara del país de los gigantes” (122).

Ratzel traslada los grandes espacios americanos como factores de la península europea. ¿Podrían romperse aquellos pequeños espacios? ¿Qué efecto podría tener ese traslado? Ratzel “asumía un nuevo paradigma que ya no era el de Inglaterra y Francia”. Era Estados Unidos. Entonces acuña su ley de los *espacios crecientes*. En 1896, en su nuevo ensayo *Sobre las leyes del crecimiento espacial de los Estados*, es donde llega a una mayor sistematización. Este esfuerzo culminará en su *Geografía política*. Ratzel muere en 1904.

Sintetizamos la visión que Weigert tiene de Ratzel en lo que nos atañe:

Todo esto es la explosión de la nueva visión global que se desarrolló en la época de las revoluciones industriales. Una época revolucionaria requería una visión dinámica e inquieta de la geografía. (127)

Para Ratzel el espacio debe ser conocido, poblado, lleno políticamente antes de alcanzar a ser poder. En la historia ese desarrollo, como vimos, comenzó primero por los espacios menores y luego fue progresando, creciendo, hacia espacios mayores. Los grandes imperios antiguos alcanzaron tamaños que no podrán sostener, frágiles en comunicaciones y en orgánico entrelazamiento y complejización.

Muy posteriormente, Brzezinski (1998: 24) lo explica consistentemente al analizar los imperios o poderes anteriores al estadounidense, como el poder imperial romano, el chino y el mongol, potencias agrarias aspirantes a un poder global.

Podían fragmentarse fácilmente, recaer en distorsión aldeana, en localismo. Sólo con la Revolución Industrial la complejidad y la intercomunicación de economía, sociedad y cultura se imbrican de tal modo que los “espacios crecientes” se vuelven irreversibles.

Pero en la sociedad industrial ya no se puede predecir la ruina como con los grandes imperios agrarios. Pues los Estados-nación industriales sólo pueden crecer, aunque cambien de formas, hacia los nuevos Estados continentales (que suponen las revoluciones industriales) y éstos anotarse en el sistema-mundo. Es un crecimiento, reiteramos, irreversible, salvo la destrucción de la sociedad por suicidio, como una catástrofe nuclear, por ejemplo. No menos de eso y sólo posibilitado por el crecimiento mismo de la sociedad mundial.

Los espacios se unifican por la industrialización, la población y la cultura, y se vuelven “continentales” en entrelazamiento con el sistema mundial: los que no lo logren quedarán fuera del siglo XXI. Ésta es la médula de la “ley de los espacios crecientes” en la historia universal de Ratzel. Los Estados continentales modernos responden a las exigencias de la industrialización y la democratización de la sociedad industrial, es decir, son radicalmente distintos de los imperios agrarios arraigados en una era, podemos decir, aristocrática.

Entonces Weigert nos conduce al corazón del siglo XX (y del XXI):

Ratzel cree que Estados Unidos también debería ser capaz de evitar la acción de la ley aparente que predice la ruina inevitable de los imperios [agrarios]. Los medios revolucionarios de comunicación y transporte han cambiado definitivamente el papel de las grandes potencias continentales en la política internacional. Ratzel halla en esto la conclusión más importante de una concepción global que considera los cambios fundamentales que la edad industrial trae consigo, [...] parece natural que la ley de los espacios crecientes llevara a Ratzel a examinar el futuro de los dos mayores imperios continentales, Estados Unidos y Rusia, cuyos espacios, en sus días, estaban aún lejos de haber alcanzado su forma final.

Cree que sus destinos no pueden compararse con los imperios que decayeron en el pasado, a causa del papel vital que los

nuevos medios de comunicación y transporte desempeñarán en la vida de grandes imperios arraigados en grandes masas de tierras continentales. Sin los medios de comunicación modernos, seguirían siendo gigantes encadenados de pies y manos. Con el progreso de la revolución industrial en sus últimas fases, del cual Ratzel no vio más que el comienzo, las posibilidades para el auge y la estabilización de los imperios continentales de Estados Unidos y Rusia alcanzaron proporciones gigantescas. El ferrocarril y la carretera, el telégrafo y el teléfono, se convirtieron para el pensamiento geográfico-político de las últimas décadas del siglo XIX en los instrumentos con que podía levantarse un sistema estatal orgánico de máximas dimensiones continentales. Sin el desarrollo de un cuerpo político orgánico, unido, dentro de los límites de los grandes espacios, los imperios basados en ellos no pueden fundarse ni asegurarse. Tales convicciones prepararon el camino para la firme convicción de todos los partidarios de la escuela de Ratzel de que los futuros imperios serían imperios continentales, que remplazan a las viejas potencias europeas. (115-117)

En el umbral del siglo XX, en *Geografía política* Ratzel centra lo esencial en los grandes Estados continentales emergentes de Estados Unidos y Rusia, luego Unión Soviética. Va más allá de las premoniciones de Alexis de Tocqueville en *La democracia en América*, de 1835, acerca de una Europa oprimida entre los dos grandes bloques, el estadounidense y el ruso<sup>7</sup>. Pues Tocqueville, que ve la dimensión democrática que emerge del fin del antiguo régimen, no asume directamente la revolución industrial como tal, en cambio, Ratzel sí. La Revolución Bolchevique, en su raíz, intentará profundizar a marchas forzadas la construcción de una sociedad industrial en la Unión Soviética. Tenía que transformar un imperio agrario multiétnico en un Estado continental industrial moderno por una vía no capitalista, sino de economía planificada, centralizada y totalitaria.

7. “Interés personal y dejar obrar sin dirigir las fuerzas y la razón de los individuos. El segundo concentra en cierto modo en un hombre todo el poder de la sociedad. El uno tiene por principal medio de acción la libertad, el otro la servidumbre. [...] Su punto de vista es diferente, sus caminos son diversos, sin embargo cada uno de ellos parece llamado por un designio secreto de la providencia a sostener un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo” (Tocqueville, 382).

Hubo lucha “ideológica mundial”, porque el marxismo hizo pie en el único Estado continental en ciernes que podía llegar a competir con Estados Unidos. La experiencia colapsó en 1989-1991 poniendo fin al “corto siglo XX” (Hobsbawm, 1998: 15).

Podemos ya concluir con Weigert: “Los espacios mismos no se equilibran entre sí si el equilibrio está en el elemento humano, políticamente organizado, que llena las vastas áreas –continentales–; Estados Unidos y Rusia representan un poder continental tan superior sobre los pequeños espacios de los Estados europeos que Ratzel no puede dejar de preocuparse acerca de la ruina de los sistemas políticos occidentales. Incluso pregunta si tal proceso no debe llevar a una Europa unida, a un sistema europeo de poder frente a los poderes de Rusia y Estados Unidos. Piensa que nunca antes en la historia de la humanidad ha tenido un carácter verdaderamente continental. Nunca antes las poblaciones de continentes enteros han sido llevadas a adoptar un espíritu político unido y a ocupar su puesto como poderes realmente continentales. Ha comenzado una nueva fase de la historia continental que llevará tal vez al propósito final, espacial, de toda la historia, a que la humanidad abarque el mundo. Si un día pudiéramos ver a Norteamérica como un organismo histórico, unido en espíritu y acción, a Australia y la Rusia asiática, tal vez incluso a Sudamérica, todas en su grandeza como poderes continentales, entonces Europa sería insignificante a despecho de todas sus ventajas” (126). Los nuevos tiempos requieren lo que Ratzel denomina una “ciencia de distancia”. En la actualidad, la tendencia de la historia es crear imperios cada vez más grandes, porque las crecientes hazañas culturales del hombre han acarreado su mayor capacidad para dominar los espacios. La nuestra es la era de la historia continental, cuyo curso lo determinarán las grandes potencias que dominen los grandes espacios (126).

Sin embargo, la idea de la centralidad o de “nueva centralidad” no ingresa a las ciencias políticas o a las relaciones internacionales. Superpotencia, Estado-nación, Estado regional, Estado hegemónico, Estado en vías de desarrollo, son conceptos vacuos, vacíos y abstractos. Pero esa idea toma encarnadura en la generación latinoamericana del 900 con Rodó y Ugarte, y con Perón que estudia en forma directa el hecho de que había llegado la hora del continentalismo, como única estrategia viable de soberanía y muy lejos de una afirmación discursiva, como veremos en la Segunda Parte de este libro.

En los umbrales del siglo XX, que ahora cerramos, Ratzel veía la arrolladora irrupción de los Estados continentales, el estadounidense

y el ruso, por sobre los Estados-nación industriales vueltos “medianos”, no más protagonistas de la historia mundial (aunque desencadenaron las dos guerras mundiales “calientes” del siglo XX) de lo que se enteraron medio siglo después. Europa tardó cincuenta años en saber que sus divisiones la dejaban obsoleta, salvo que la Unión Europea fuera capaz de generar un nuevo Estado continental como verdadero interlocutor.

Para Ratzel se había abierto ya la “era de los Estados continentales”. Es cierto que la multiplicación de Estados monoétnicos que surgirían en el siglo XX, sin llegar al paradigma normal, ocultaban tal evidencia histórica.

En estos términos culminaba y se abría el siglo XX en América Latina. Por un lado James G. Blaine convocaba a la Primera Conferencia Panamericana de 1889-1890 y lanzaba su perspectiva unificadora “hemisférica”. Por otro lado, como consecuencia de la irrupción estadounidense en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, venía surgiendo el “latinoamericanismo” que reponía a Bolívar, con Rodó, seguido por Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona y Francisco García Calderón, entre otros, que levantan la idea de la unidad nacional de América Latina a escala continental, siguiendo el ejemplo del nuevo paradigma del Estado continental de Estados Unidos (Barrios, 2007).

La irrupción americana y mundial del Estado continental de Estados Unidos de América hacía replantear la cuestión de la Patria Grande a escala de un nuevo Estado continental latinoamericano. Así se abre el siglo XX.



## EL SISTEMA-MUNDO EN TRANSICIÓN

**E**l siglo XX tiene como característica y cualidad en el sistema-mundo que a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial dos Estados continentales extraeuropeos, Estados Unidos y la Unión Soviética, reconstruyen desde las cenizas de la guerra y con el Pacto de Yalta un “orden” de equilibrio de poderes de variante bipolar.

La novedad se caracterizaba en que los Estados-nación industriales de Europa, actores principales de la política mundial desde el siglo XV, pasaban a ser secundarios. Las premoniciones de Ratzel pasaban a ser realidad concreta en el plano de la política real.

Sin embargo, este hecho central aparecía eclipsado, oscuro y lateral, ante lo aparentemente medular que estaba en juego, la contienda bipolar sustentada en dos modelos ideológicos en pugna: el capitalismo versus el socialismo. Pero en verdad, tanto un modelo como el otro tenían fuerza sólo en la medida en que se encarnaba y enraizaba en Estados continentales.

Aquí reside, para nosotros, la cuestión de fondo de la debilidad del movimiento de países no alineados o del Tercer Mundo, que terminaban siempre por una razón u otra alineados en el Primer Mundo o el Segundo Mundo. Muy distinto a la capacidad de respuesta que brindó Europa con el Pacto del Carbón y del Acero o la búsqueda de continentalización del nuevo ABC que buscó Perón, incluso antes de la fundación de los movimientos de los países no alineados. Esto no invalida para nada, al contrario, el fructífero proceso histórico de este grupo que hasta el día de hoy está fortalecido a través del grupo de los 77.

Nos parece además que la Guerra Fría, que funcionaba sin dudas bajo el eslogan descripto por Raymond Aron, “Guerra imposible, paz

improbable”, al tomar un estado de fuerte ebullición ideológica como tópico condicionante alineó y subordinó a las ciencias sociales que no podían escapar a las tensiones de la época. En el fondo, el pacto bipolar fue una distribución de áreas influencias de dos diarquías apoyadas ambas en sendos Estados continentales industriales.

Cuando cayó la Unión Soviética en 1991 no significaba que murió el socialismo sino la implosión del Estado continental industrial de la Unión Soviética que encarnaba en nombre del socialismo una dictadura totalitaria del Partido Comunista, y el aparente triunfo del capitalismo engendraba una nueva lógica mundial, todavía incierta, llamada “post Guerra Fría”.

Pero lo sustancial es que la Guerra Fría culminó cuando cae el pilar que sostenía ideológicamente al comunismo: el Estado continental industrial de la Unión Soviética; no es que hayan desaparecido los socialismos.

Y aquí una aclaración, socialismo no es sinónimo de comunismo burocrático, así como capitalismo no es sinónimo de Estados Unidos o nacionalismo de nazismo. Una ideología es un sistema de ideas que trata de brindar respuestas a las tensiones de la realidad histórica de una época, e implica un sistema de pensamiento, un sistema cultural y un sistema ético, entrelazados orgánicamente. Es decir que existen múltiples formas de capitalismo, socialismos o nacionalismos con mixturas inclusive. Es primordial realizar esta desmitificación.

Nos parece también que el fin de la Guerra Fría ha producido un sinfín de microteorías varias y abstractas llegadas desde los centros generando en nuestras disciplinas sociales –ciencias políticas, relaciones internacionales, economía, etc. – una repetición mecánica al trasladarse a nuestro espacio político y cultural, convirtiéndose en dogmas reduccionistas, desde el paradigma de la interdependencia compleja a la teoría del constructivismo. No es que no tengan validez, sino que repetirlas acríticamente fabrica teorizaciones vacías a nuestra realidad.

Por ejemplo, llama la atención que hoy la teoría del constructivismo surgida hace unos años en la post Guerra Fría en Estados Unidos, “descubra” que el factor cultural sea una dimensión potencial en un estado, cuando desde siempre constituye el factor intangible de la voluntad política de los pueblos, sin mengua de los estudios influyentes de esta corriente como Alexander Wendt, uno de los principales divulgadores del constructivismo social, entre otros.

El otro inconveniente que observamos, siempre con el riesgo de equivocarnos, pasa por estudiar a consagrados especialistas como Samuel Huntington, Henry Kissinger, Zbigniew Brzezinski, Anthony Giddens, entre otros, como dogmas y certezas incuestionables, cuyos presupuestos necesitan ser traducidos y comprendidos desde nuestra realidad. Como asimismo es necesario no ignorar que además de científicos sociales son referentes prácticos de escuelas de la política exterior de sus respectivos países, por lo que sus valiosísimos trabajos traducen también una fuerte carga ideológica hegemónica.

Por último, también observamos que una de las dificultades en todo el arco de las ciencias sociales, especialmente en la ciencia política y en las relaciones internacionales, es la indiferencia hacia la geopolítica. Sin geopolítica el mundo se nos aparece como un bulto amorfo sin ninguna forma y contenido, sin escalas de poder, por lo que se hace una tarea ineludible realizar una tipología de los Estados no en función de una mecanización jurídicista del derecho internacional sino desde una estratificación del sistema-mundo que permita a las ciencias sociales ir creando opciones, y escenarios teóricos y prácticos.

Esta indiferencia hacia la geopolítica tiene algunas razones históricas, como entenderla como la “ciencia del imperialismo”, la “disciplina del nazismo” o últimamente asociarla con la Doctrina de la Seguridad Nacional. Sin embargo, totalizar verdades parciales como vincular a la geopolítica como lógica exclusivamente del conflicto armado conduce a rumbos equivocados con conceptos huecos y un sinfín de microteorías sin encarnadura en el mundo real, y produce el divorcio entre un empirismo microteórico acumulativo desactualizado permanentemente bajo el disfraz de una actualización permanente, corriendo el riesgo de empachar al aficionado de tantos escalones de teorías.

Como estamos ante el desafío de entender el sistema-mundo en mutación y permitirnos comprender la actualidad del continentalismo de Perón, en su carácter de sistema histórico concreto, queremos actualizar y desmitificar lo que entendemos por geopolítica como enfoque teórico de las relaciones internacionales. Michael Klare afirma:

El término geopolítica pareciera venir de otra era, de fines del siglo XIX. Por geopolítica o competencia geopolítica quiero significar la competencia entre grandes poderes y aspirantes a ser grandes poderes por controlar territorios, recursos y posiciones

geográficas importantes tales como puertos, canales, sistemas de ríos, oasis y otras fuentes de riqueza o influencia. Si se mira para atrás, uno se encuentra con que tal tipo de enfrentamiento ha sido la fuerza dirigente en la política mundial y especialmente del conflicto mundial en gran parte de los siglos recientes. La geopolítica como un modo de análisis fue muy popular desde fines del siglo XIX y hasta la primera parte del siglo XX. Si usted estudiaba entonces lo que los académicos llamaban hoy día “relaciones internacionales”, habría estado estudiando geopolítica. (Klare, 6)

Alberto Methol Ferré (Prólogo a Barrios, 2007) dice:

En mi caso siempre he tenido aprecio a las perspectivas espacio-temporales de la historia y rehúso en la historia las “narraciones sin espacio”. La geopolítica se inicia propiamente a fines del siglo XIX y principios del siglo XX cuando, al decir de Halford Mackinder, la historia forma por primera vez “un solo sistema” que abarcaba toda la tierra. Era la primera plenitud del proceso de globalización iniciado por Castilla y Portugal a fines del siglo XV. (23)

Juan Gabriel Tokatlian (2004b) analiza:

En ambos espacios la geopolítica –la intersección y la gravitación de los factores materiales y espaciales en el diseño y práctica de la política exterior– parece haber retornado y adquirido un significado relevante en el despliegue de la *grand strategy* de Estados Unidos. (159)

James E. Dougherty y Robert L. Pfaltzgraff concluyen que “el medio, entonces, suministra un punto focal excepcional no sólo para la teorización antigua y contemporánea, sino para la teoría analítica y normativa de las relaciones internacionales de los años futuros, porque en última instancia todas las políticas exteriores y los demás modelos de interacción internacional se plantean dentro de un entorno político, social, cultural y geográfico” (86). Henry Kissinger no duda en sostener que los Estados son los principales actores de la política internacional al decir que “países como Rusia, China, Japón e India siguen teniendo de la nación la misma visión

que tiene Estados Unidos y que tenían los Estados europeos antes de la Segunda Guerra Mundial. Para ellos, la geopolítica no es algo execrable; es la base de su análisis interno y de sus acciones externas. El concepto de interés nacional todavía mantiene unida a la opinión pública y dirigencial. El equilibrio de poder afecta sus cálculos, en particular en sus relaciones recíprocas”. Concluye: “La mayor comprobación de que la geopolítica existe son los cambios de mapa”.<sup>1</sup>

Al analizar el escenario mundial Paul Kennedy reflexiona que no se puede “obviar la geopolítica, la cual puede definirse como la influencia de la geografía en la política, la forma en que la distancia, el terreno y el clima afectan los asuntos de Estado y hombres”.<sup>2</sup>

El ex consejero para la Seguridad Nacional de Estados Unidos Zbigniew Brzezinski (1998) dice que “el ejercicio de primaria global estadounidense ha de ser sensible al hecho de que la geografía política sigue siendo un aspecto muy importante en los asuntos internacionales. Se dice que Napoleón afirmó cierta vez que reconocer la geografía de una nación equivale a conocer su política exterior. Nuestra valoración de la importancia de la geografía política debe adaptarse, sin embargo, a las nuevas realidades del poder”. Profundiza sosteniendo:

Los Estados-nación siguen siendo las unidades básicas del sistema mundial –aunque el declive del nacionalismo de las grandes potencias y el desvanecimiento de las ideologías hayan reducido el contenido emocional de la política global– al mismo tiempo que las fuerzas nucleares introdujeron importantes restricciones en el uso de la fuerza –la competencia basada en la territorialidad sigue dominando los asuntos mundiales por más que actualmente sus formas tiendan a ser más civilizadas–. En esa competencia, la situación geográfica sigue siendo el punto de partida para la definición de las prioridades externas de los Estados-nación y el tamaño del territorio nacional sigue siendo también uno de los principales indicadores de status y poder.

1. H. Kissinger, “Se desplazan los polos de poder”. *Clarín*. Buenos Aires, 3 de agosto de 2004, p. 19.

2. P. Kennedy, “Estados Unidos no puede dejar el mundo librado a su suerte”. *Clarín*, Buenos Aires, 29 de junio de 2004, p. 47.

A pesar de la extensa cita, con relación a lo que venimos sosteniendo la interpretación de Brzezinski resulta muy ilustrativa al enfocar los fundamentos últimos de la Guerra Fría dejando en un segundo plano el dilema capitalismo versus comunismo cuando alude a que, “en algunos aspectos, esa lucha representó una contienda más que ideológica de raíz geopolítica –la dimensión geopolítica no podrá quedar más clara: América del Norte versus Eurasia disputándose el mundo–” (15). La carga ideológica se hallaba motorizada y motivada por fuerzas geopolíticas.

Como una conclusión provisoria y aproximativa al problema planteado, sostenemos que el favor con que contó la geopolítica entre algunos teóricos del nazismo hizo que en décadas pasadas su “mala” reputación manchara la visión que pretende entender el mundo a partir de la dinámica espacio-temporal. Además, los cambios de producción de los últimos cincuenta años, la primacía en algunas economías de los servicios, el surgimiento y la proliferación del poder nuclear, el debilitamiento de los Estados-nación y la interdependencia de la economía global, entre otros muchos factores, parecían debilitar los presupuestos centrales del pensamiento geopolítico. “Geografía y poder político –la esencia de ese sistema– parecían haber tomado cierta distancia recíproca”, afirma Oscar Raúl Cardoso.<sup>3</sup>

Por su carácter didáctico y profundo para avanzar con nuestro esbozo analítico volveremos a Tokatlian. A fin de precisar los escenarios internacionales, él puntualiza los cambios que se fueron produciendo en el sistema-mundo luego de la Segunda Guerra Mundial materializando una clasificación de Estados, en la que toma como variable la relación Estado-sociedad, como no podía ser de otra manera:

Conceptualmente asumimos una complementariedad entre el Estado y la sociedad. Esta última se entiende como esfera de las interrelaciones entre individuos, grupos y clases sociales que se desarrollan fuera de –aunque están influidas por– las relaciones de poder que caracterizan a las instituciones estatales. La sociedad es el terreno de los conflictos económicos,

3. O. R. Cardoso, “Petróleo: las razones que mejor explican la geopolítica”. *Clarín*, Buenos Aires, 17 de junio de 2007, p. 31.

ideológicos, sociales y culturales, entre otros, los cuales son mediados o suprimidos por el Estado. Además, la sociedad es la base de la que parten las demandas al sistema político, así como el campo de distintas formas de asociación y movilización que se ordenan al control del poder político central. (Tokatlian, 2004a: 65)

Sobre la base de la ecuación Estado-sociedad, en forma muy didáctica Tokatlian ofrece un cuadro –que reproducimos– donde grafica que el mundo de la segunda posguerra o post Guerra Fría contaba con cuatro tipos de configuración estatal y con cuatro tipos de configuración social

<b>Estado</b>	de bienestar	Desarrollista	nominal	centralizado
<b>Sociedad</b>	de integración pasiva	de incorporación parcial	de construcción truncada	de asimilación totalizante

En el cuadrante noroccidental del planeta (Estados Unidos, Europa occidental, al que se suma Japón) el Estado de bienestar a través de políticas keynesianas integraba socialmente a la ciudadanía en forma masiva, robustecía al Estado y estimulaba una economía industrial afianzada como comunidad cultural de base nacional.

En los países del “socialismo real”, el Estado centralizado, basado en el partido único, con jerarquías burocráticas y militares controladoras de todo el proceso industrial, creaba una ciudadanía de asimilación totalizante por parte del Estado y sin autonomía. Aquí residen las bases profundas de su implosión posterior.

En la mayoría de los países de Asia y África proliferaba un Estado nominal, precario en lo institucional y en lo económico. Las sociedades no pasaban de un estadio de construcción truncada, con eje en las relaciones tribales o de clases.

En buena parte de América Latina y en algunas naciones del sudeste asiático el Estado desarrollista alcanzó un grado de industrialización que produjo la incorporación parcial de ciudadanía social.

En los años 90 –como lo señala el siguiente cuadro tomado de Tokatlian (2004a)– se destacan nuevos modelos de Estado-sociedad:

<b>Estado</b>	de bienestar	1. desertor	<i>fracasado</i>	1) Adaptado
	gerenciado	2. enraizado		2) Colapsado
				3) Actualizado
<b>Sociedad</b>	de integración compleja y asimétrica	1) Desarticulación	<i>desmembramiento</i>	1) De integración selectiva
		2) Movilización dirigida/captada		2) Fragmentación cleptocrática
				3) Movilización contenida

Tokatlian describe que en los países del centro desarrollado (Estados Unidos, Europa, Japón) encontramos un Estado de bienestar gerenciado. Estos países, con un régimen burocrático operativo, siguen siendo los principales promotores de la calidad de vida de sus pobladores. La sociedad va cambiando hacia un modelo de integración compleja y asimétrica.

En los países del este comunista y ex comunista hay tres experiencias distintas. Algunos –Europa oriental– van camino hacia un Estado adaptado a los cánones occidentales con sociedades de integración selectiva. Rusia ha experimentado un Estado colapsado incapaz de poner un orden a grupos particulares y su sociedad es testigo de una fragmentación cleptocrática, es decir, de conformación de núcleos mafiosos.

China marcha hacia un Estado actualizado, modernizando su economía y algunas instituciones sin perder control político, y cuenta con una situación de movilización contenida desde el Estado.

En las regiones más pobres (la mayoría de África y parte de Asia) es posible hablar de un Estado fracasado con vidas en comunidades con lazos tribales de clanes o religiosos cuyo resultado es el desmembramiento.

El sudeste asiático y América Latina también han transitado caminos diferentes. En el primero, un Estado enraizado en la sociedad, asociado al empresariado (régimenes poco democráticos, en algunos casos), ha impulsado un desarrollo industrial acelerado, dirigido a la exportación. América Latina ha conocido un Estado desertor y desarticulador de los lazos de solidaridad cultural histórica con un correlato de sociedad fragmentada.

Tokatlian introduce sin ambages el tema de la soberanía en la globalización y dice al respecto:

Así entonces, la globalización impuso la pérdida de la centralidad estatal o, mejor dicho, la pérdida del predominio social de la lógica nacional-estatal, aunque no su desaparición. (46)

Y aquí es medular:

Consecuentemente, la globalización incide sobre la soberanía de los Estados. Sin embargo, no todos los Estados sufren en la misma medida un deterioro de su soberanía. En este sentido, algunos países en particular ven su soberanía desafiada “desde arriba” por instituciones regionales, supranacionales e internacionales que vulneran su capacidad de tomar decisiones legalmente soberanas dentro de su territorio, y “desde abajo” por procesos de descentralización y por nuevos actores no gubernamentales violentos (mafias, terrorismo, etc.) que amenazan el poder estatal. Los Estados también tienen su soberanía comprometida “desde el costado” debido a la acción directa o indirecta de las grandes potencias, lo cual conduce a una injerencia desmedida de éstas en sus asuntos internos. A su vez, los países tienen afectada su soberanía “desde adentro” debido a la existencia de regímenes autoritarios que, en muchos casos, no solamente han desvirtuado los indispensables componentes de legalidad y legitimidad de las decisiones políticas, sino que han dejado como legado dificultades jurídicas para una recomposición plena de la soberanía. (47)

En este esquema Tokatlian llega hasta la raíz de lo que estamos estudiando: las distintas capacidades de soberanía y, por lógica, de Estados en el sistema-mundo.

Podemos distinguir tres tipos de soberanía: 1) la *soberanía negativa* entendida como formal y legal solamente; 2) la *soberanía positiva*, en la que el Estado posee capacidad para garantizar bienestar y seguridad a los ciudadanos, y 3) la *soberanía operativa*, que le permite al Estado un mayor margen de negociación para coactuar en mejores condiciones ante otros actores estatales y no gubernamentales (grandes corporaciones) con el fin de alcanzar determinados objetivos.

Tokatlian aclara que hay Estados que poseen los tres tipos de soberanía, algunos los dos primeros y otros el primero. Y es categórico cuando dice que hay “Estados fallidos” (Burundi, Sierra Leona) que al no poder controlar sus territorios ni siquiera llegan al primer tipo.

Para el analista argentino, sólo Estados Unidos tiene la condición de ser identificado como “supersoberano”. La Unión Europea y China todavía no llegan a serlo. Y hay Estados que pueden incidir en la agenda mundial, es decir que poseen una soberanía funcional. Casos como Alemania, Japón, Canadá, serían en nuestra opinión los ejemplos de la capacidad sobreviviente que le queda a los Estados-nación industriales clásicos.

Otros Estados, con una cultura cohesionada, son representantes típicos de *soberanía mínima o formal*. Corresponde incluir en este caso, según Tokatlian (49), a la Argentina y algunos países medios de Latinoamérica y Asia.

Finalmente, hallamos *Estados fracturados*, sin capacidad de independencia territorial, que tienen soberanía negativa, parecen “suzeranías” (vasallaje) a la usanza medieval, es decir, países vasallos que tributan a un poder superior. Varios casos de África, Asia, el Caribe y América Latina se inscriben en este plano.

Los recursos que potencian la soberanía en su triple dimensión con relación a los Estados débiles son el territorio, la autoridad política interna, el poder regulador del Estado, la identidad nacional, la autonomía interna del Estado (esto es, su primacía frente a los intereses particulares, con un diseño a la vez integrador de las políticas públicas), los elementos democráticos, etc. Todo ello les permite, por un lado, mayor autonomía externa (respecto de las presiones del exterior) y mejores condiciones de negociación exterior y, por el otro, más capacidad de actuar en conjunto con otros países (regionalmente, por ejemplo) que si bien muchas veces les significa pérdidas de soberanía individual, les reporta una ganancia conjunta de soberanía y cierto margen de negociación frente a terceros actores. (49)

Nos hemos detenido con tanto detalle en Tokatlian porque este autor marca taxativamente el objetivo de este trabajo, pues resulta muy preciso, claro y gráfico sobre la tipología de Estados y su correlato de soberanía, y nos sirve para entrar de lleno a responder las incertidumbres que nos plantea el sistema-mundo.

Helio Jaguaribe divide la globalización como proceso histórico en tres olas. La primera fue en el siglo XV como resultado de los descubrimientos marítimos y la revolución mercantil que modificó las formas de producción de la Edad Media. La segunda ocurrió con

la Revolución Industrial y la transformación que produjeron, en los modos de producción, la electrificación y otros tipos de energía alternativa. Ahora estamos viviendo la tercera ola, producto de los descubrimientos científicos de la primera mitad del siglo XX y de las innovaciones de la última década.

Hoy, con una globalización severamente agravada por el unilateralismo de Estados Unidos, el mundo se está dividiendo en cuatro niveles diferentes.

- 1) Nivel supremo. Supremacía absoluta (o casi) de Estados Unidos.
- 2) Nivel de elevada autodeterminación. Allí se encuentran sólo la Unión Europea y Japón.
- 3) Nivel que yo llamaría de resistencia. Ahí están China, India y Rusia, que tienen capacidad de limitar la interferencia de la globalización en su propio territorio. O sea, tienen autodeterminación interna y muy limitada autodeterminación externa.
- 4) Nivel de dependencia. El resto de los países.<sup>4</sup>

Aquí realizaremos tres observaciones. En el caso de Japón advertimos que se trata de la supervivencia de un Estado-nación industrial. En el caso de los países que poseen capacidad de resistencia, se trata de Estados continentales industriales –China, Rusia e India– en crecimiento. Y por último, los países del Mercosur se hallan en los niveles de dependencia y la única posibilidad de subir de niveles, para Jaguaribe, es la integración, entendida como la concreción de un nuevo Estado supranacional.

¿Cuál sería, para Jaguaribe, el escenario del siglo XXI?

A mi juicio hay dos alternativas:

- 1) El imperio se consolida y se universaliza, o sea, se abre un período de pax americana que no será eterno pero cuyo fin no vamos a ver ni nosotros ni nuestros descendientes.
- 2) Otros centros de poder –China, Rusia– adquieren capacidad de equipolaridad en el siglo XXI. Yo preveo que lo segundo es altamente probable si China mantiene su extraordinaria tasa de desarrollo anual y si Rusia, un país con un nivel de educación y

4. H. Jaguaribe. “Argentina y Brasil: equilibrios en la cornisa de la historia”, *Clarín*, Buenos Aires, 23 de noviembre de 2003. p. 42.

de cultura superior al promedio americano, se recupera como pareciera que lo está haciendo. Su poder nuclear es un poco obsoleto pero todavía mata.<sup>5</sup>

¿Y el Mercosur?

En el actual proceso de globalización y unilateralismo, ni Argentina ni Brasil están en condiciones de resistirse aisladamente a ser absorbidos por el sistema imperial norteamericano. Si se consolida una alianza estratégica –y no sólo retórica– primero a nivel Mercosur y luego a nivel de Sudamérica para la formación de un poder económico, tecnológico y cultural (no un poder militar), podemos elevarnos del nivel de dependencia al de resistencia.

En este contexto, fascinante, peligroso, Europa [...] no va a tener ninguna posibilidad de una fuerza política propia, porque las diferencias internas son demasiado grandes.

En la Unión Europea se formarán subsistemas políticos con marcadas diferenciaciones. Hoy ya existen dos: el subsistema atlántico, comandado por Inglaterra, y el subsistema europeísta, de la alianza franco-alemana.

En el primer escenario, el de la paz americana, el haber logrado esta integración nos permitirá entrar en el imperio como una provincia de primera clase detrás de los europeos, y no como las provincias africanas.

En el segundo, si hay un nuevo multilateralismo, la formación de un sistema sudamericano de cooperación basada en el núcleo duro del Mercosur nos permitirá un nivel de interlocución muy importante.<sup>6</sup>

Queremos agregar algunos elementos a lo expresado por Jaguaribe:

- a) Cuando habla del Mercosur, se refiere a la creación de un poder multidimensional que va más allá de lo económico: como masa crítica, no se detiene en el poder económico solamente.

5. *Ibidem*.

6. *Ídem*, p 43.

- b) Los niveles de resistencia sólo son accesibles mediante la sumatoria de ese poder, del que hablamos en el punto anterior.
- c) La integración tiene un pilar intangible que le otorga vida que es la cultura, de ahí su pesimismo con respecto a Europa.
- d) Jaguaribe habla de Sudamérica, nosotros agregamos no hay integración de América Latina sin integración de América del Sur, pero ello no se agota en el subcontinente del macizo sudamericano: México y el Caribe son la frontera latinoamericana frente a Estados Unidos.

En otro escrito, Jaguaribe (2006b) dice: “Grandes países, como China y la India, por su masa crítica y por otras circunstancias, logran preservar su autonomía interna y un margen significativo de autonomía externa” (203), pero no logra definir con precisión en qué consiste esa masa crítica o Estado continental.

Methol Ferré (Prólogo a Barrios, 2007) es contundente:

En cursos, conferencias, artículos y libros hice hincapié en el proceso de los Estados-nación industriales del siglo XIX (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Japón) que fue desbordado por el salto cualitativo del primer Estado continental industrial moderno, Estados Unidos de América. Éste los volvió secundarios. Según el geopolítico alemán Friedrich Ratzel, se abrió así la “era de los Estados continentales” para el siglo XX (y el XXI). Los que no alcancen ese umbral forman parte del “coro” de la historia. Éste es un acontecimiento de alcance universal aún en proceso. Y esto permite ver de modo unificado cómo Ratzel ve a las potencias europeas obsoletas ante Estados Unidos y cómo contemporáneamente la generación del 900 ve las necesidades del resurgimiento del imperativo bolivariano de la Patria Grande. Esto permite ver las raíces del continentalismo de Perón, que une las dos tradiciones y que es lo que he procurado puntualizar. Esta unión permite unificar el escenario mundial y sus desafíos más radicalmente que hasta ahora en el pensamiento político vigente. (12)

¿Y qué está planteado como horizonte del siglo XXI?

Un concierto de Estados continentales industriales. Los grandes Estados continentales, también industriales como los Estados-

nación, pero de dimensiones gigantescas, con mercados internos enormes, producen un salto cualitativo que produce un cambio cuantitativo en la historia. Son Estados Unidos, China, Rusia, la India y la Unión Europea si logra consolidarse. En ese contexto tiene que comprenderse el destino del Mercosur, la Unión Sudamericana y América Latina. La globalización no avanza sola. Avanza la vecindad y con ella la política sudamericana. (Methol Ferré, 2006: 40)

La unificación de América del Sur puede obedecer a tres tipologías distintas: la de ser un continente unificado a partir de la hegemonía de Brasil sobre América del Sur o la de unificarse teniendo como centro una equilibrada integración del área hispánica y portuguesa.

En el primer caso, el continente asumiría el aspecto de un gigantesco Puerto Rico, en el segundo asistiríamos a un camino hecho de avances y retrocesos, en una lucha perpetua entre potencias que aspiran a ser continentales. Además, un hegemonismo brasileño consolidaría la intervención de otros poderes extra latinoamericanos. Sería un modo de mantener la actual disgregación. Sólo la tercera vía de equiparación entre el conjunto hispanoamericano y el brasileño llevaría a la comunidad nacional sudamericana.

Es la tercera posibilidad. La viabilidad del proyecto de integración tiene necesidad de dos mitades equivalentes. Sólo así será posible una fusión real. La alianza argentino-brasileña muestra, por una parte, al país hispanohablante más importante, y por otra, al único país lusohablante del continente. Por eso la Argentina, mucho más que Brasil, tiene necesidad no sólo de una buena estrategia con los ocho países de lengua española. Es la única forma en que la Argentina puede representar un poder equivalente al brasileño. Sin una paridad real sería difícil construir una integración verdadera.

Los países de América del Sur deben ser conscientes de que sus destinos están ligados a su equivalencia, una política inteligente apuntará a sostener esta alianza argentino-brasileña para sostenerse a sí mismos. La objetivación más significativa es que lo hispanoamericano concentre su equivalencia en la Argentina. De esto era consciente Perón, pero en su país nadie más se le ha equiparado. Por ejemplo, la política de fondo de Uruguay, el país más pequeño del Mercosur, debe ser la equidistancia entre

Brasil y la Argentina, pero para ser equidistante Uruguay debería estar más cerca de la Argentina que de Brasil. A mi parecer ésta es una regla general para todos los países sudamericanos, que de otro modo quedarían en una posición de clara inferioridad con respecto a Brasil y, por lo tanto, no podrían realizar una integración con bases sólidas y duraderas. (106-107)

De lo expuesto por Methol Ferré extraemos las siguientes conclusiones:

- a) Únicamente tendrán soberanía operativa en el siglo XXI los Estados continentales industriales: Estados Unidos, China, Rusia, India y la Unión Europea (si se consolida).
- b) Los Estados continentales industriales son polos de poder multidimensional fijados comunicativamente en espacios geográficos o macizos continentales, lo que significa un salto cualitativo y cuantitativo con respecto al Estado nación industrial clásico.
- c) La constitución de un Estado continental sudamericano dependerá del tipo de integración que se realice. Una integración bajo la conducción de Estados Unidos significaría un espacio de libre comercio continental panamericano, una integración bajo el exclusivo liderazgo brasileño generaría inestabilidad y la emergencia de poderes extracontinentales con estados de tensión permanente en el subcontinente, un Mercosur que privilegie la relación de Argentina y Brasil exclusivamente potenciaría la balanza hacia el polo lusitano: sólo la equipolaridad argentina-brasileña y la concentración de los países hispanohablantes con la Argentina como principal país de ese polo brindaría equivalencia ante Brasil. El rostro cultural de América del Sur es bifronte luso-castellano, y la simetría de los dos polos culturales y políticos dará como resultado el Estado continental. Así lo pensó Perón cuando planteó el nuevo ABC.

Samuel Pinheiro Guimaraes (2005) introduce el concepto de Estados periféricos:

Esa categoría de países, a la que Brasil pertenece y a la que denominarnos “grandes Estados periféricos”, se enfrenta a un escenario internacional proveniente de un proceso histórico y

que se organiza en torno de “estructuras hegemónicas de poder”, cuyo núcleo es formado por los “Estados centrales”.

Pese a las diferencias notables, Brasil comparte semejanzas e intereses comunes con ciertos Estados de la periferia precisamente por ser, como ellos, un “gran país periférico”, lo que lo distingue radicalmente de los países medianos y pequeños.

¿Qué son para Pinheiro Guimaraes los Estados periféricos?

Son aquellos países no desarrollados, de gran población, de gran territorio, no inhóspito, razonablemente capaz de explotación económica y donde se formaron estructuras industriales y mercados internos significativos. (23)

Constituyen Estados con contrastes y semejanzas como la India, Brasil, China, Argentina, Nigeria, Angola, Congo, Mozambique, Sudáfrica, Irán. etc. A diferencia de éstos, “los países medios, y más aún los pequeños, mini y micro Estados, estarán más sujetos a choques naturales o artificiales y a presiones externas, tanto políticas como económicas. Son más vulnerables y dependientes de las estructuras hegemónicas de poder y más sujetos a los efectos de la evolución de los grandes fenómenos que caracterizan al escenario internacional” (24).

Extraemos las siguientes conclusiones del análisis de Pinheiro Guimaraes:

- a) Existe una asimetría del sistema internacional y la permisividad y acumulación de poder para provocar fracturas en este sistema puede surgir de los grandes Estados periféricos. Éstos son definidos en términos de tamaño, población, productividad, etc. Se trata de un concepto similar al que estamos utilizando, que tiene como teórico más importante a Methol Ferré. Ahora bien, una vez que Pinheiro Guimaraes inicia la identificación geopolítica de los grandes Estados periféricos no encontramos una matriz en ella; no es lo mismo China e India que Mozambique o Angola o el Congo. Nos parece que se produce una confusión entre Estados continentales industriales y Estados que incluso no han llegado al umbral de Estado-nación industrial, sin desconocer ciertos “patrones de familiaridad” en sus semejanzas o diferencias.

- b) Al plantear la razón de ser de los países pequeños Pinheiro Guimaraes no hace hincapié en la necesidad de éstos de acumular poder a partir de los procesos de integración (el caso de Uruguay o Paraguay, por ejemplo).
- c) A pesar de promover la “profundización del Mercosur” y la cooperación con América del Sur, notamos un razonamiento último en sus argumentaciones de raíz brasileñista, natural por ser su país de origen, pero no se traduce en su pensamiento una exigencia más radical que vaya más allá de Brasil en función de una equipolaridad con la América de raíz hispánica, como lo promovía Perón. Dice: “América del Sur es la circunstancia inevitable, histórica y geográfica, del Estado y la sociedad brasileña” (171), pero no ahonda las razones históricas de semejante afirmación.

En otro pasaje afirma: “Brasil es el único país, debido a sus dimensiones y potencial, que puede competir política y económicamente en América del Sur con Estados Unidos” (139). Nos parece errónea esta afirmación porque da por sentado que Brasil debe liderar el proceso de integración. Y además, cuando fundamenta la incorporación de este país al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, dice: “Aunque Brasil no tenga el mismo poder que las grandes potencias, ya es la octava economía del mundo, posee un parque industrial (y por lo tanto un potencial militar) amplio e integrado, una población numerosa que llegará a 240 millones en 2025 y que hoy en día es superior a las poblaciones del Reino Unido y Francia juntos”. Entretanto, con el derecho de veto, el poder de Brasil “determinaría el aumento de su poder político en la comunidad internacional y haría que pudiese defenderse mejor y promover los intereses de la sociedad brasileña” (133).

Nada dice Pinheiro Guimaraes de promover a través de Brasil los intereses del Estado continental industrial sudamericano o “gran espacio periférico”. Concluimos que su obra es muy útil para comprender el funcionamiento del sistema-mundo y marcamos, sobre la base de nuestro eje del continentalismo de Perón, las coincidencias y diferencias con sus propuestas.

Luis Alberto Moniz Bandeira pone como eje la fortaleza de América del Sur unida:

América del Sur, compuesta por doce países, dentro de un espacio contiguo, tiene 360 millones de habitantes, cerca del 67% de toda América Latina, y el equivalente al 6% de la población

mundial, con integración lingüística, dado que casi la totalidad habla portugués o castellano.

Su población es mayor que la de Estados Unidos (293.027.571), su territorio cerca de 17 millones de kilómetros cuadrados, es el doble del territorio estadounidense (9.631.418 kilómetros cuadrados) y posee una de las mayores reservas de agua dulce y biodiversidad del mundo, e inmensas riquezas minerales, pesca y agricultura.

La integración del Mercosur, con un producto bruto interno de 1.000 billones de dólares y la CAN, más Chile, hace de la Comunidad Sudamericana de Naciones una potencia mundial con una masa económica mayor que la de Alemania y muy superior a la suma del producto bruto interno de México y Canadá.<sup>7</sup>

Algunos de los llamados líderes progresistas de América del Sur no perciben las tendencias de la economía mundial capitalista, que evoluciona hacia un sistema multipolar, pero en el cual solamente jugarán algún papel las grandes masas territoriales, demográficas y económicas. Brasil es, entre los países de América del Sur, el único que presenta actualmente tales características, las características de una potencia regional. Hay en Itamarati, sin embargo, una clara conciencia de que es necesario formar una Comunidad Sudamericana de Naciones, para seguir un camino parecido al de la Unión Europea. Su objetivo es estratégico, no tiende a transformar a Brasil sino a toda la América del Sur, en una potencia mundial, tanto económica, como política. Y remarco que algunos gobiernos del continente que estén atados a concepciones políticas que ya no corresponden a la realidad histórica. Y llegan al gobierno sin entender lo que pasa en el mundo. Por eso algunos países de América del Sur no tienen política exterior y carecen de diplomacia. Por ello, en algunas situaciones suelen ocurrir hasta enfrentamientos bélicos entre esos gobiernos y países.<sup>8</sup>

Sistematizando los puntos destacados por Luis Alberto Moniz Bandeira, considerado en Itamarati el maestro de la diplomacia de su país, sistematizamos las siguientes ideas eje:

7. L. A. Moniz Bandeira, “¿América Latina o Sudamérica?”, *Clarín*, Buenos Aires, 28 de julio de 2004, p. 30.

8. L. A. Moniz Bandeira. “Brasil tiende a transformar a toda Sudamérica en una potencia mundial”, entrevista de *La Onda Digital*. Montevideo, diciembre de 2006.

- a) No tiene duda en sostener que el “orden” mundial evoluciona hacia un sistema multipolar donde jugarán un rol las grandes masas territoriales, demográficas y económicas. En el fondo, vislumbra un más allá del Estado-nación industrial.
- b) En ese sistema multipolar reconoce a América del Sur como un polo de poder mundial si ésta solidifica su proceso de integración, que para Moniz Bandeira es claramente un proceso de integración política.
- c) Nos quedan algunas sombras en su definición categórica de que Brasil es el único país de dimensiones de grandes masas territoriales, demográficas y económicas. Al sostener tan contundentemente esta definición da por sentado que ese país es el único que puede conducir la integración sudamericana. Hemos dicho anteriormente, en sintonía con Methol Ferré, que un reduccionismo de los procesos de integración en función únicamente de la conducción política de Brasil está condenado a eternas tensiones que llevarán a la fortificación de actores extrapolares.
- d) Para Moniz Bandeira hay una diferencia tajante entre América Latina y Sudamérica:

Los intereses de las dos regiones son por consiguiente distintos y tornan a América Latina un concepto genérico, sin consistencia con la realidad geoeconómica y geopolítica. Brasil, al impulsar la creación de la Comunidad Sudamericana de Naciones, tiene un objetivo estratégico, el de hacer de América del Sur una potencia económica y política mundial, y en eso, el rol de la Argentina es fundamental.<sup>9</sup>

En este punto, coincidimos en que no hay integración de América Latina sino que hay integración de América del Sur, cuya alianza fundante es la argentina-brasileña, cuyos precursores son la generación del 900 con Rodó y Ugarte, y, desde el plano político, el nuevo ABC de Juan Perón.

México geopolíticamente se halla fuera del macizo continental sudamericano, extrínseco geopolíticamente. Ahora bien, únicamente la equipolaridad geopolítica luso-castellana culminará con éxito

9. L. A. Moniz Bandeira, “¿América latina o Sudamérica?”. *Clarín*, Buenos Aires, 28 de julio de 2004, p. 30.

la integración sudamericana que no es incompatible con la unidad geocultural de América Central y el Caribe, en carácter de frontera directa con Estados Unidos. O sea que la geopolítica no está divorciada de la geoeconomía y de su base geocultural, donde reiteramos que América Central y el Caribe, es decir América Latina, juega un rol central. No podemos obviar el “nuevo muro” que instauró Estados Unidos en su frontera con nuestros hermanos mexicanos.

La inmigración hispánica de América Central y el Caribe obligan a una redefinición cultural del *ethos* cultural calvinista fundador de Estados Unidos, cuestión que no está divorciada de las luchas por la integración de América Latina desde América del Sur, como lo proclamó Perón en Latinoamérica: ahora o nunca. La cuestión de la inmigración hispánica forma parte de la agenda política estadounidense, como lo advierte Samuel Huntington (2004).

Nos parece ilustrativa la opinión de Varun Sahni (2007) cuando sostiene:

Aunque Brasil sea por lejos el mayor país de la región en cuanto a su superficie y población, no es así si se comparan otros indicadores socioeconómicos: Argentina, Uruguay y Chile tienen un producto bruto interno per cápita y mejores tasas de mortalidad infantil y de analfabetismo adulto femenino. En la región entera, sólo las mujeres bolivianas y peruanas tienen una esperanza de vida menor que las de sus contrapartidas brasileñas. Por ende, en términos de indicadores socioeconómicos, Brasil tiene varios rivales regionales a los que aún tiene que alcanzar; consecuentemente, mientras que el tamaño total de Brasil en cuanto a geografía, demografía y economía asegura su primacía en la región, no puede decirse de modo significativo que domine el Cono Sur. (103)

Desde nuestro enfoque geopolítico el Estado continental industrial, a partir de la opción de un modelo de integración que descarte el panamericanismo de la zona de libre comercio, ALCA O NAFTA ampliado, que nos condena a ser un supermercado en el nivel de segmento financiero de la globalización así como también a un Estado sudamericano en función de una conducción única de Brasil con el riesgo de revitalizar antiguos conflictos históricos, cobra vigor teniendo como núcleo a la alianza fundante argentino-brasileña, cuyo papel es análogo a la alianza franco-alemana de la

Comunidad Europea. Así lo concibió Perón en el nuevo ABC. El centro de aglutinación de América del Sur, en el razonamiento de Perón, era la alianza entre Argentina y Brasil. Alrededor de este núcleo duro podría realizarse la confluencia del conjunto. Con estos rasgos se prefigura el actual Mercosur.

América Latina se divide en dos partes: México, las Antillas y América Central son la frontera de América Latina con el mayor imperio mundial contemporáneo, Estados Unidos. La otra parte es el conjunto macizo y fundamental de América del Sur. Sólo puede gestarse alguna forma de unidad en América Latina comenzando desde su parte maciza, que es América del Sur.

América del Sur es el bloque vital; ese bloque está articulado en forma nítida, tiene un centro que es Brasil. No hay unidad de América del Sur sin Brasil; es necesario por su extracción geopolítica real. El único centro de situación real de este país como rostro lusitano de América del Sur es la Cuenca del Plata con su interlocutor de rostro hispánico más importante, la Argentina. Repetimos, el único centro de articulación real está acá y en consecuencia la unidad básica de América del Sur empieza aquí, que es la frontera ausente.

Pero Methol Ferré aclara –a diferencia, en nuestra opinión, de Pinheiro Guimaraes y Moniz Bandeira–:

El núcleo fundamental ha tenido una rectificación, lo fundamental no es ya la unidad de Argentina, Brasil y Chile sino que la verdad básica es la alianza entre la Argentina, Brasil y Venezuela. Eso es lo que ni Perón ni Vargas percibieron con total claridad, porque no había aún condiciones suficientes para poder pensarlo.

Estamos frente a la extraordinaria percepción y la nueva navegación de la historia venezolana que por primera vez se lanza hacia el Atlántico Sur a la frontera viviente: Venezuela era originariamente un mundo antillano. Y el primero que da un contexto continental suramericano es Bolívar, que le abre la ruta andina y llega hasta Bolivia. Chávez en cambio inaugura la gran ruta del Atlántico Sur, es decir la Alianza de Venezuela con Brasil y Argentina. Esto introduce un equilibrio nuevo. Hace medio siglo la Argentina podía hacer una alianza más equilibrada con Brasil. Hoy no está en condiciones de hacerlo. En consecuencia, gracias a la bipolaridad Argentina-Venezuela junto a la frontera con Brasil es que existe un mínimo de equivalencia posible para

fundar una unidad común en serio. Una unidad entre hermanos sin hegemonías.

Venezuela en su camino del Atlántico Sur se lanza decisivamente a salvar el equilibrio del núcleo inicial argentino-brasileño. Esto constituye mejores y mayores condiciones de igualdad para la integración. Una integración entre desiguales termina en hegemonía. Una integración entre iguales, o más o menos iguales, termina en hermandad. Se trata de llevar una delicada política que evite una hegemonía brasileña porque una hegemonía traería la destrucción de América del Sur y de América Latina como posibilidad. Sería una hegemonía más entre otras y llevaría al fracaso común. Tanto de quienes intentan ejercer esa hegemonía como de los que lo resistan. Sería el mayor perjuicio para el destino de Brasil. Todos perderíamos. Hay que ayudar a la realidad. Y la realidad es que Venezuela suple las insuficiencias básicas argentinas y permite una relativa mayor igualdad en asuntos básicos. Y desde este núcleo Argentina, Brasil, Venezuela, podrían impulsar una clara política hacia los países más pequeños para que no quedemos huérfanos en los asuntos básicos que hablábamos.<sup>10</sup>

Abel Posse (2003) ilustra claramente en los pilares de apoyo de nuestro ensayo:

Ya no podemos ser país normal dentro del marco razonable de los países dependientes, caídos de su sueño de independencia y grandeza propia. La aspiración de normalidad, en el ámbito de una situación de fracaso de la autoestima, conduciría simplemente a someterse a la frustración. Se necesita comprender las mutaciones mundiales en curso, la realidad nueva de la post globalización y concentrar un poder nacional de grandes convergencias, para ubicar a Argentina en una nueva vía sin la cual no será posible renacimiento alguno.

El poder administrativo normal no bastaría. [...] La política imperial –eterna lacra occidental– no se interesa sólo por los países sino que busca afirmaciones geopolíticas y geoeconó-

10. Entrevista del autor al profesor Alberto Methol Ferré realizada en Montevideo, 19 de octubre 2007.

micas. Oswaldo de Rivero, el lúcido tratadista peruano, destacó los puntos vitales para la viabilidad de una Nación o de una región: 1) poder alimentario; 2) agua; 3) energía; 4) población, y 5) renta estratégica.

Con Brasil, Mercosur y Sudamérica, podemos tener en una década una considerable fuerza disuasiva continental. (218)

Posse llega al punto neurálgico de nuestro trabajo en las siguientes ideas eje:

1. Un “país normal”, o sea un Estado clásico, es únicamente un poder administrativo condenado a la dependencia.
2. Es prioritario comprender “las mutaciones mundiales” que apuntan a las “grandes convergencias”, o sea, a los espacios continentales o megaespacios.
3. Un poder administrativo para traspasar a poder decisorio, es decir político, debe poseer cinco principios de viabilidad conducente al Estado continental: poder alimentario, agua, energía, población y renta estratégica.
4. El Mercosur tiene los prerrequisitos para convertirse en poder político si junta esas dimensiones que son geoeconómicas y geopolíticas, en la línea que lo proclamó Perón en el nuevo ABC.

Juan Gabriel Tokatlian sostiene que el 11 de septiembre significó, “desde la perspectiva de las relaciones internacionales, un cuádruple retorno: el del Estado, el del nacionalismo, el del bilateralismo y el de la competencia global. La revalorización del Estado en los países centrales se manifiesta a través de sus políticas militares, el nacionalismo se expresa en clave energética, la propensión a la bilateralidad demuestra el debilitamiento del multilateralismo y la mayor competición económico-tecnológica se revela en la geopolítica de los recursos energéticos”.<sup>11</sup>

En este escenario, Tokatlian prevé la emergencia de una estructura internacional más jerárquica e inestables apetencia y presión hacia las zonas que poseen recursos energéticos y que generan incertidumbre (desorden político, polarización social, “Estados fallidos”)

11. J.G. Tokatlian. “Los desafíos de la geopolítica”. *La Nación*. Buenos Aires, 11 de noviembre de 2007, p. 86.

y las regiones que logren una ecuación energética tendrán mayor peso en el sistema mundial.

Advierte:

En breve, la geopolítica de los polos oscila hacia formas de tensión y fricción. Reconocerlo no significa potenciar el conflicto, implica aceptar que la viabilidad de las alternativas cooperativas exige un Estado dotado y una sociedad comprometida. De lo contrario la quimera de un supuesto mundo ideal y de una Argentina potencia, [...] puede obnubilarnos e impedirnos comprender que estamos en un período de grandes turbulencias y tenemos escasos recursos de poder.<sup>12</sup>

En otra parte, Tokatlian va a fondo en las coincidencias con nuestro trabajo:

Asistimos a una compleja correlación de fuerzas caracterizadas por la redistribución de poder internacional a favor de Asia y por la profundización de la pugna geopolítica entre los mayores protagonistas mundiales. El debilitamiento de la institucionalidad internacional es, además, cada vez mayor. Los compromisos comerciales multilaterales se empantanar, la inestabilidad financiera se agrava, la economía estadounidense continúa deteriorándose, las carreras armamentistas crecen en distintas regiones y las formas de aislamiento, proteccionismo y xenofobia se agudizan.<sup>13</sup>

Según Tokatlian, las características del contexto son:

- a) Reacomodamientos estratégicos: la mayoría de las naciones intermedias, los poderes regionales y las potencias emergentes están redefiniendo su política exterior y su política de defensa. Lo hacen en forma heterodoxa, no con un criterio clásico de aislamiento o confrontación, sino que cambian forma de resistencia y colaboración con Estados Unidos. A pesar de que esta situación pone en cuestión la credibilidad de Estados Unidos,

12. *Ibidem*

13. J.G. Tokatlian. "Pugna geopolítica entre los mayores protagonistas mundiales", *La Nación*. Buenos Aires, 20 de enero de 2008, p. 93.

nada supone que la estrategia de primacía mundial de este último país, que suplantó a la estrategia de contención, se modifique con las elecciones de noviembre de 2008.

- b) La globalización es percibida por estos sectores de la sociedad civil mundial como fuente de inseguridad, lo que puede conducir a reacciones favorables al chovinismo y al nacionalismo.
- c) Después del 11 de septiembre se alteró la delicada ecuación libertad-seguridad que define a la democracia. Bajo distintos argumentos (“guerra al terrorismo”, “disciplinas a la globalización”), las naciones centrales van creando un autoritarismo larvado que empieza a tomar forma en el ámbito mundial.
- d) La nueva geopolítica de los recursos estratégicos –hidrocarburos, alimentos, fuentes de agua, biodiversidad, entre otros– está produciendo una feroz competencia entre Estados y corporaciones. De ahí el retorno de la diplomacia del petróleo y la Realpolitik: los países quieren asegurarse el control directo de fuentes de energía, garantizar la provisión y proyectarse en otras subregiones con importantes activos de petróleo y gas.

Tokatlian recomienda que, más que potenciar un Mercosur debilitado, se fortalezca el Cono Sur como un “espacio de cooperación” en América del Sur. Concluye:

La condición de posibilidad de un espacio de cooperación en el Cono Sur surge de la existencia de un sustrato político, económico, militar y social que ha ido cimentado muchos valores, intereses y objetivos compartidos. Pero la continuidad de un aspecto de cooperación supone no sólo que los participantes sean amigos, sino también que tengan el anhelo de ser aliados. Ése es el desafío actual de la política exterior argentina.<sup>14</sup>

Realmente contundente, categórico y definitivo resulta el análisis de Tokatlian, lo que nos lleva a extraer conclusiones valiosas:

- a) Las relaciones internacionales han pasado desde la confrontación ideológica que eclipsaba a la dimensión geopolítica a una pugna geopolítica que retoma la vía de la Realpolitik.

14. Ídem, p.94

- b) Se está generando un sistema internacional más asimétrico con la novedad de una redistribución del poder a favor de Asia.
- c) A pesar de las resistencias que ocasiona y habilita respuestas heterodoxas de confrontación y colaboración simultáneamente, Estados Unidos no abandonará su política de primacía mundial.
- d) La incertidumbre mundial se irá agudizando: falta de institucionalidad, desvalorización del dólar, crisis en los mercados, etcétera.
- e) Se advertirá mayor desconfianza de la sociedad civil en la globalización asociada a la inseguridad mundial y su correlato en el deterioro de los regímenes democráticos.
- f) La geopolítica de los recursos energéticos apuntará a Estados que poseen los recursos codiciados por las potencias centrales. Se fortalecerán las acusaciones bajo las formas de “guerra al terrorismo”, “Estados fallidos”, “Estados canallas”, que son categorías políticas devenidas del vocabulario de la estrategia de primacía y que en ocasiones repetimos trasladando esos conceptos sin procesarlos. Por nuestra parte agregamos que no constituye una casualidad que el jefe del Comando Sur de Estados Unidos, el almirante James Stavridis, afirmara con respecto a la Triple Frontera, anillo estratégico del Mercosur: “Nuestra preocupación se debe a que se trata de un área de financiamiento del terrorismo islámico, según tengo entendido”<sup>15</sup>; o Francis Fukuyama (2005), alertando sobre el peligro de los “Estados fallidos” o “áreas sin ley”, dijera que son caldo de cultivo del terrorismo, sin ahondar en las causas reales de las debilidades de la estatalidad de nuestros Estados, consecuencia en su mayor parte de la aplicación de los programas económicos emanados del Consenso de Washington, por lo que hay un grado de corresponsabilidad concreta con los organismos financieros de Estados Unidos.
- g) La oportunidad que poseen la Argentina y América del Sur es fortalecer el sustrato geocultural de una profundización cooperativa en todas sus dimensiones como viabilidad única. La geocultura es la base para una política de integración económica, política, militar, educativa, social, o sea, el espacio político continental al que se refería Perón. Y aquí también un señalamiento: no se trata únicamente de una cuestión de buena voluntad sino en realidad

15. J. Stavridis. “El problema número uno en el hemisferio es la pobreza”, *DEF*, 3. 21 de mayo de 2007. Buenos Aires, p. 36.

del resultado de un camino de voluntad política. La integración, como venimos sosteniendo, nace de la política y supera a la economía, que es un componente pero no único.

El geopolítico Carlos Alberto Pereyra Mele (2007) coincide en que, en primer término, debemos reconocer que a partir de 2001 reaparece el criterio de las tensiones geopolíticas y geoestratégicas en los conflictos internacionales y no ideológicos:

Estados Unidos priorizó su superioridad militar, para lograr sus objetivos, no por el logro del “espacio” como fue la consecuencia de la Segunda Guerra Mundial sino por la conquista geopolítica de los grandes mercados. (5)

Pero “ningún Estado es inmortal”, dice el historiador Paul Kennedy, “ya que los equilibrios de poder del mundo nunca permanecen estables”. Continúa en estos términos:

Sólo alguien desconocedor de las mareas de la historia podría suponer que tal Estado duraría eternamente. El mundo ha avanzado. Europa, habiéndose recuperado de heridas autoinfligidas y unida en una gran entidad comercial, es un jugador tan importante como Estados Unidos en el tablero económico mundial. Más significativo aún es el hecho de que los gigantes-  
cos Estados de Asia, es decir China e India, crecen tan rápido que están modificando los equilibrios productivos mundiales a un ritmo más veloz que nunca. Ambos países afrontan enormes problemas internos pero, a menos que se produzcan catástrofes, tendrán un peso internacional cada vez más grande.

Lógicamente Estados Unidos (y probablemente Europa) tendrá menor peso que el que tiene ahora. Algunos pronosticadores serios anticipan que el producto bruto interno de China superará al de Estados Unidos en el término aproximado de una generación. Qué implica esto, nadie lo sabe. Pero con seguridad será otro capítulo en la vieja historia del auge y la caída relativa de determinados países. Si cayeron Roma y Cartago, decía con agudeza Rousseau, ¿qué Estado es inmortal? La excepcionalidad que se atribuyen los estadounidenses chocará con fuerzas globales más grandes.

La pregunta no es entonces si Estados Unidos está en relativa decadencia, como resulta de los cambios en el poder productivo

global. Por supuesto que lo está. La pregunta es si puede implementar políticas que mitiguen el impacto de esas grandes tendencias seculares, aprovechar sus indudables y enormes puntos fuertes y evitar acciones que son esencialmente autodebilitantes, incluso podría haber una decadencia relativa inteligente por contradictoria que parezca.<sup>16</sup>

Lo preocupante sería que adoptara una vía reduccionista militar, es decir potenciar la estrategia de primacía de que hablaba Tokatlian, porque allí el mundo se vuelve más inseguro e incierto. En este marco debemos analizar los rumbos del sistema-mundo del siglo XXI.

Estados Unidos ha establecido cerca de mil bases militares en alrededor de ciento ochenta países e inició dos guerras: las de Afganistán e Irak.

Con esta metodología de la superioridad militar se asegura el control de recursos naturales renovables y no renovables, que al tener control de los mismos primero se asegura la provisión y segundo controla los desarrollos de posibles competidores. (Pereyra Mele. 2006: 4)

Pero Pereyra Mele advierte que están surgiendo “espacios continentales económicos”, como China, Rusia e India, a los que debemos sumar la Unión Europea y Japón, y eso conllevará el fortalecimiento del multilateralismo.

El mismo autor brinda cifras de las potencialidades de un espacio continental sudamericano:

Tierras, reservas cultivables en gran cantidad y bajo suelos degradados. Energía: 11% de reserva de petróleo, 15% de la producción mundial del crudo, 6% de las reservas de gas y el 20% del potencial mundial de recursos hidroenergéticos; agua: 20% del agua del planeta del Acuífero Guaraní es el tercero del mundo, y biodiversidad: el pantanal de Matto Grosso es la mayor extensión húmeda del planeta y la mayor reserva de biodiversidad del planeta.

Debe tenerse presente el despliegue en la región del continente

16. P. Kennedy. “Ningún Estado es inmortal”. *Clarín*. Buenos Aires, 19 de septiembre de 2007. p. 28.

suramericano de bases militares de Estados Unidos que es la siguiente: Aruba: base Reina Beatriz; Curazao: base Hato, control de Venezuela; Colombia: bases aeronavales el Arauca, Tres Esquinas, Larandia y Puerto Leguizamón, todos éstos dentro del Plan Colombia; Ecuador: base aeronaval de Manta –el presidente Rafael Correa no le reconocería la prórroga–; Perú: bases fluviales Iquitos y Nanay; y Paraguay: Base Mariscal Estigarribia y por último la Base de su socio el Reino Unido de Gran Bretaña con su base militar Malvinas. (6)

Como podemos apreciar, no se trata de teorías conspirativas sino de realidades concretas como lo son los recursos naturales de América del Sur y el despliegue de bases militares estadounidenses. Únicamente la formación de un sistema sudamericano de cooperación basado en el núcleo duro del Mercosur (Argentina, Brasil y sus socios Uruguay, Paraguay, Venezuela, Bolivia) brinda las posibilidades para subir del nivel de dependencia al de resistencia. Además, la matriz del sistema basado en un dólar como eje de todas las transacciones comerciales y el control del petróleo por el mismo grupo que se complementa con los grandes grupos bancarios de Estados Unidos está en “crisis”: hoy están recibiendo subsidios del Estado del país del norte. No es sólo un problema de hipotecas y tasa de interés sino una gran crisis de deudas que abarca incluso al gobierno de Estados Unidos, el mayor deudor del planeta de fondos asiáticos. Desde hace años, Estados Unidos financia su pasivo atrayendo –alternativamente– eurodólares, petrodólares, excedentes japoneses y otras inversiones del tesoro.

Pero ese proceso terminó por convertirlo en rehén financiero de esos nuevos actores internacionales. Por ejemplo, China posee bonos del Tesoro norteamericano por valor de 650 mil millones de dólares y tiene una fuerza de disuasión de 954 mil millones de dólares (sus reservas de cambio. alimentadas por sus enormes excedentes comerciales).

Hoy Estados Unidos tiene una posición externa negativa de 3.5 billones de dólares. A ese pasivo habría que agregar una deuda externa de 12 billones de dólares.<sup>17</sup>

17. Luisa Corradini, “Los países emergentes financian a los ricos”, *La Nación*. Buenos Aires, 19 de febrero de 2007, p. 44.

¿En qué consiste la evaluación del sistema-mundo de los analistas o especialistas o estrategias más reconocidos del mundo? ¿Cuáles son sus parámetros del sistema-mundo en mutación?

Empezaremos por Henry Kissinger (2004), exponente del realismo clásico estadounidense:

Desde el Congreso de Viena, la política exterior ha relacionado a las naciones entre sí; de ahí el término relaciones internacionales. En el siglo XIX, el surgimiento así fuese de una sola nación –como la Alemania unida– produjo décadas de inquietud. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial han surgido casi cien naciones, muchas de ella totalmente distintas de la histórica nación-Estado europea. El desplome del comunismo en la Unión Soviética y la descomposición de Yugoslavia han creado otras veinte naciones, muchas de las cuales se han dedicado a saciar una ya centenaria sed de sangre.

La nación europea del siglo XIX se basó en un lenguaje y una cultura comunes y, dada la técnica de los tiempos, constituyó el marco óptimo para la seguridad y el desarrollo económico y para influir sobre los hechos internacionales. Por último quedan los Estados de tipo continental, que probablemente representarán las unidades básicas del nuevo orden mundial. Las dos superpotencias del período de la guerra sucia nunca fueron naciones-Estado en el sentido europeo. (804)

Según el estratega estadounidense, la diplomacia de su país debe reorientarse hacia el equilibrio de poderes: “Lo que sí es nuevo en el naciente orden mundial es que, por primera vez, Estados Unidos no puede retirarse del mundo ni tampoco dominarlo” (13).

En el siglo XXI existirán al menos seis potencias mundiales: Estados Unidos, Europa, China, Japón, Rusia y la India (detengámonos en cinco Estados continentales y un Estado-nación superviviente, Japón).

En su obra *Does American Need a Foreign Policy* (2001), la tesis general de Kissinger es que en el mundo coexisten diversas “edades” de la historia. Oriente Medio no está alojado en el siglo XXI sino en el siglo XVII. En ese siglo aparecieron en Europa las feroces guerras de religión entre católicos y protestantes, cuya expresión más fatal fue la Guerra de los Treinta Años en 1618. Concluyó con la Paz de Wetsfalia, que inauguró la tolerancia religiosa y se instaura el sistema internacional.

¿En qué edad vive Asia? Para Kissinger, en el siglo XIX, cuando lo que caracterizó a Europa hasta la Primera Guerra Mundial fue un delicado equilibrio –Francia, Austria, Alemania, Rusia–. Hoy se rediseña en Asia un comparable equilibrio entre Japón, Rusia y China.

La comunidad occidental comprende los miembros ricos de América del Norte y Europa, que constituyen Estados-continentes que superaron al Estado-nación:

La conclusión práctica de esta visión “plurihistórica” es que el peor error del analista sería aplicar las reglas de la edad en que él vive a situaciones que atraviesan otra edad. (Grondona. 2002: 2)

La geopolítica de Kissinger, si bien parte de las antípodas de nuestra concepción, llega a la misma conclusión. Los protagonistas del “nuevo orden mundial” multipolar serán los Estados-continentes. Perón ya lo anticipó.

Brzezinski (2005) no ve peligros inminentes a la hegemonía de Estados Unidos, pero sí se manifiesta preocupación al mediano plazo:

La hegemonía global estadounidense es ya una realidad más de nuestra vida. Nadie, ni siquiera Estados Unidos, tiene ninguna otra opción. La hegemonía es una fase histórica pasajera. Al final (aunque no sea en breve) el dominio global de Estados Unidos acabará por desvanecerse. Así pues, no es demasiado pronto para que los estadounidenses decidan qué forma quieren que tenga el legado final de su hegemonía. (243)

Se inclina por una forma de supremacía consensuada y no por la opción de la fuerza reduccionista militar de “quien no está con nosotros está contra nosotros” (243). La cuestión pasa por la forma en que Estados Unidos asume su liderazgo global. Y aquí Brzezinski es claro:

Una auténtica alianza transatlántica Estados Unidos-Unión Europea, fundada en una perspectiva global común, ha de proceder de una interpretación estratégica igualmente compartida de la naturaleza de nuestro tiempo, de la amenaza central a la que se enfrenta el mundo y del papel y la misión de Occidente en su conjunto. (249)

En el fondo, ambiciona un mundo liderado por Occidente, en una nueva situación histórica, liderazgo que pasa por imponer una agenda consensuada de las relaciones internacionales en los espacios regionales y globales y no por el unilateralismo agresivo:

El principal dilema de Estados Unidos seguirá siendo, de hecho, cómo alcanzar un equilibrio tanto entre una hegemonía soberana existencial y una comunidad global emergente como ante los valores de la democracia y los imperativos del poder global. (254)

En el antiguo consejero de seguridad nacional de Estados Unidos es permanente la insistencia de la alianza Estados Unidos-Unión Europea como poder regional ante los nuevos desafíos estratégicos que implica Eurasia, isla mundial en la concepción geopolítica de Mackinder, en la cual Brzezinski está alineado.

Es sugerente cómo termina su libro porque, sin perder su rigurosidad científica, realiza un llamado patriótico a su nación:

Cualquier fortaleza situada en lo alto de una colina está sola por definición y proyecta una sombra amenazadora sobre todo lo que se extiende a sus pies. Si Estados Unidos se convierte en algo así, acabará siendo el blanco central del odio global. Sin embargo, erigida en auténtica ciudad sobre la colina, podría iluminar el mundo con la esperanza del progreso humano. Eso es algo que, de todos modos, sólo logrará en un entorno en el que ese progreso constituya el foco central de la imagen de un futuro y una realidad alcanzable por todos. Una ciudad en lo alto de una colina no puede esconderse. Hagan brillar su luz delante de todos para que ellos puedan ver sus buenas obras. Que así sea, y que Estados Unidos brille. (256)

Samuel Huntington (1997), director del Centro de Estudios Estratégicos de la Universidad de Harvard, ahonda en el hecho de que la post Guerra Fría nos exige nuevos mapas mentales, conceptos, modelos. Sin tales elaboraciones intelectuales, sólo hay “confusión de zumbidos”:

Encontrar el camino en un territorio desconocido, *escribió acotadamente John Lewis Gaddis*, exige por lo general un mapa de algún tipo. La cartografía, como la cognición misma es una

simplificación necesaria que nos permite ver dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos. (31)

Se observa claramente la importancia que le otorga a la geopolítica, disciplina denegada y renegada en nuestros ámbitos, como lo explicamos.

¿Cuál es el “orden mundial emergente” para Huntington? ¿Cuáles son sus características distintivas y novedosas? ¿Por qué hay que crear nuevos paradigmas y crear mapas cartográficos de acuerdo a las nuevas realidades?

- a) Por primera vez en la historia, la política global es a la vez multipolar y multicivilizacional. La modernización no conduce a la occidentalización del mundo.
- b) El equilibrio entre civilizaciones está cambiando. Occidente (Estados Unidos y Europa) va perdiendo influencia, el islam y las civilizaciones no occidentales potencian su identidad reafirmando sus propias culturas.
- c) Está surgiendo un orden mundial basado en las civilizaciones y los países se agrupan en torno a áreas culturales.
- d) La pretensión universal de Occidente colisiona con otras civilizaciones como el islam y China.
- e) La supervivencia de Occidente depende de Estados Unidos y de la reafirmación de su propia identidad. De ahí su posterior preocupación en su libro *¿Quiénes somos?*, en referencia a la inmigración latina y asiática en Estados Unidos.
- f) Una civilización, según Huntington, es una entidad cultural más amplia y puede contener una o muchas unidades políticas. Así distingue las siguientes civilizaciones: china, japonesa, india, islámica, occidental, con tres componentes, Europa, Latinoamérica y Norteamérica, y África (posiblemente). La religión es el soporte básico de las grandes civilizaciones. ¿Cómo traduce Huntington (1997) su paradigma al plano del sistema-mundo?

En la Guerra Fría, los países se relacionan con las civilizaciones como Estados miembros, Estados centrales, países aislados, países escindidos, países desgarrados. (159)

Un *Estado miembro* es un país identificado desde el punto de esta cultura con una civilización. Ejemplo: Italia con la civilización europea-occidental; Egipto, con la civilización islámica.

El *Estado central o núcleo* es un Estado aglutinado dentro de una civilización. A veces un Estado central consiste en una sola civilización, por ejemplo, Japón. Occidente ha tenido varios Estados centrales a lo largo de su historia; ahora cuenta con el núcleo franco-alemán en Europa y con Estados Unidos. El islam, Latinoamérica y África carecen de Estados centrales, para Huntington. En ese aspecto, el analista estadounidense no percibe el núcleo argentino-brasileño como fundante de un Estado central.

Trasladando el concepto de Huntington a nuestro análisis, el Estado central o núcleo sería lo que nosotros entendemos como Estado continental industrial.

Un *país aislado* carece de elementos culturales con otras sociedades. Haití y Etiopía son ejemplos de países aislados. El país aislado más importante es Japón, que es también el Estado central y único de la civilización japonesa.

Un *país escindido* es donde coexisten varios grupos de civilizaciones diferentes, por ejemplo, Checoslovaquia.

Un *país desgarrado*, en cambio, tiene una cultura predominante pero sus líderes pretenden desplegar otra distinta, por ejemplo, México con el NAFTA, Rusia con Boris Yeltsin, Turquía con Kemal Atatürk.

Para Huntington la principal amenaza proviene de una posible alianza de la civilización china y el islam contra Estados Unidos. Según su perspectiva, el Estado-nación industrial en su tipología no juega ningún rol, excepto que sea unidad política de un Estado central o núcleo o, en segundo término, pero en un nivel menor un Estado miembro de una civilización.

La tesis de Huntington ha tenido apoyos y críticas a lo largo de los últimos años pero no ha provocado indiferencia. Su audaz posición refleja la raíz de los conflictos mundiales. Sin embargo, en ningún momento se plantea un análisis crítico del rol de Estados Unidos sino, al contrario, procura mantener la supremacía de Occidente en el mundo y defiende la convicción de que únicamente Estados Unidos como Estado central de ese núcleo civilizacional está en condiciones de hacerlo. Acuñó para ello el concepto de *orden internacional unimultipolar*.

\* \* \*

Hemos esbozado en forma esquemática las reflexiones, los análisis y la construcción de escenarios de cuatro de los tal vez más

prestigiosos analistas internacionales de Estados Unidos: Henry Kissinger, Zbigniew Brzezinski, Paul Kennedy y Samuel Huntington.

Realizaremos ahora un ordenamiento sistematizador elemental de sus núcleos conceptuales:

- a) La geopolítica aparece como marco vertebrador en sus análisis, lo que les permite no entrar en la confusión o el caos de unificar a la sumatoria del sistema mundial con el nombre de Estado-núcleo.
- b) Los cuatros representan una simbiosis entre teoría y práctica de un pensamiento hegemónico, planteado sin menoscabo y tampoco en detrimento de la rigurosidad metodológica. Reflejan un pensamiento basado en la preocupación del destino histórico de su pueblo.
- c) Kissinger, Kennedy y Brzezinski no dudan de que Estados Unidos mantendrá el poder hegemónico pero amortiguado a través de un sistema hegemónico consensual o de equilibrio de poderes.
- d) Emerge en los cuatro la idea subyacente de un Estado-continente; no existen claros oscuros en la existencia de un pensamiento geopolítico que vaya más allá del Estado clásico.
- e) Huntington es el que más confía en el apogeo occidental a pesar de las amenazas chinas e islámicas. De todas maneras, en *¿Quiénes somos?* percibe una posible fractura de la civilización occidental a causa de la inmigración latina.

Subrayamos que la concepción geopolítica de los estrategas estadounidenses, más allá de la economía, deviene naturalmente en la idea de los megaespacios continentales apoyados en un Estado superador del Estado-nación. El único que utiliza directamente la denominación “Estado-continente” es Kissinger. Huntington lo denomina “Estado núcleo”; Brzezinski, “grandes espacios” y Kennedy se refiere a “poderes de dimensiones continentales”. *Todos nos llevan al continentalismo de Perón.*

Para culminar esta rápida lista queremos sumar a Eric Hobsbawm y Peter Drucker quienes, al igual que los anteriores, llegan a la misma conclusión estratégica. Hobsbawm (2007) dice:

El enorme poder de una tecnología constantemente revolucionada se afirma en el terreno económico y sobre todo en el militar. El poder político a escala global exige hoy el dominio de

esa tecnología combinado con un Estado geográficamente muy grande. La extensión no era algo que contara anteriormente. Gran Bretaña, que reinó sobre el imperio más extenso de su tiempo, era apenas un estado de tamaño mediano, aun para los criterios de los siglos XVIII y XIX. En el siglo XVII, Holanda –Estado comparable al tamaño de Suiza– podía convertirse en un actor global. Hoy en día es inconcebible un Estado, por más rico y tecnológicamente avanzado que sea, que se convierta en una potencia mundial si no es relativamente gigantesco. El imperio estadounidense, me parece a mí, es el resultado lógico de una expansión en todo un continente. (52-53)

Desde otro enfoque pero llegando al mismo resultado, el famoso consultor Peter Drucker afirma:

En la economía del saber ni el proteccionismo industrial, ni el comercio libre tradicional, pueden funcionar por sí mismos: lo que se necesita es una unidad que sea económicamente lo bastante grande para establecer un libre comercio y una fuerte competencia interior significativos. Esta unidad tiene que ser lo bastante grande como para que las nuevas industrias de la alta tecnología se desarrollen gozando un alto grado de protección. La razón para esto reside en la naturaleza de la alta tecnología, esto es, la industria del saber.

Esta industria no sigue las ecuaciones de oferta y demanda de la economía clásica, neoclásica o keynesiana. En ella los costos de producción, en las industrias de alta tecnología, bajan y muy rápido, según sube el volumen de producción, es lo que ahora se llama la curva de aprendizaje. La importancia de esto es que una industria de alta tecnología puede afianzarse de tal manera que destruya a cualquier competidor. Cuando esto ha sucedido casi no hay ninguna posibilidad de que la industria derrotada pueda volver, ha dejado de existir. No obstante, y al mismo tiempo, la nueva industria de alta tecnología ha de contar con la suficiente competencia y los suficientes retos, de lo contrario, dejará de crecer y desarrollarse, se volverá monopolística y perezosa y pronto quedará obsoleta. La economía del saber exige por lo tanto unidades económicas que sean mayores incluso que un Estado nacional de buen tamaño, si no es así, no habrá competencia. Pero también exige la capacidad de proteger y

comerciar con otros bloques comerciales sobre la base de la reciprocidad más que de la protección o el libre comercio. Ésta es una situación sin precedentes, hace que el regionalismo sea al mismo tiempo inevitable e irreversible. (128-129)

“Poder militar, poder económico, poder político y poder cultural. Y existe una relación indisoluble entre tecnología, cultura y espacio geográfico. Es decir, entre la tecnología, la extensión y la cultura de un Estado” (150), dice Marcelo Gullo, y es así; en el fondo de las reflexiones de Hobsbawm y Drucker revolotea el Estado continental industrial, sin que lo lleguen a expresar con nitidez.

En este entrecruzamiento entre la realidad y las teorías que nacen de ella, afirmamos que al tomar como horizonte máximo de su paradigma el Estado continental industrial sudamericano, el continentalismo de Perón implicó un paso adelante respecto de las teorías cepaliana y de la dependencia. Ello no implica desconocer los aportes inmensos de éstas, pero no pueden eclipsar a la teoría y la praxis de Perón, anteriores a ellas e incluso con una actualidad nítida en el sistema-mundo.

La teoría cepaliana o del estructuralismo nos remite a la tensión centro-periferia que conlleva a analizar el deterioro de los términos del intercambio en lo que hace a las exportaciones de las materias primas de la periferia y por ende el necesario impulso del mercado interno dirigido, a través del Estado, a fomentar una política industrial en economía de escala mediante la integración. De lo contrario la periferia estaba condenada al fracaso de su economía en esta relación económica asimétrica. En esto consistió fundamentalmente la teoría cepaliana, reconocida mundialmente en el campo de las ciencias sociales.

Para nosotros, destacamos nuevamente, Perón visualizó el escenario mundial y la tendencia hacia los Estados-continentes al buscar el poder multidimensional encarnado en un Estado para ganar soberanía y lograr la segunda independencia, al decir de la generación del 900. Y, por ello, lo consideramos el principal teórico y político: por su actualidad estratégica con el continentalismo de América Latina en el sistema-mundo del siglo XXI.

Las limitaciones del cepalino con relación a Perón están demostradas hoy por el BRIC:

El poder económico y el militar van de la mano y cualquier inclinación de la balanza conducirá a un cambio en la relativa

influencia de las naciones. Visto bajo esa luz, ustedes se interesarán en un nuevo estudio de un equipo de economistas y planificadores de Goldman Sachs, llamado “Soñando con BRIC: el camino a 2050”: BRIC –un nuevo acronismo en la jerga de los asuntos internacionales– se refiere a Brasil, Rusia, India y China. Son países grandes tanto en materia de territorio como de recursos, tienen una abultada población, y, tal como lo afirma el equipo de Goldman Sachs, se van para arriba desde el punto de vista económico.

Y aquí plantea nuevamente Paul Kennedy, coincidiendo con Goldman Sachs y en la línea de Perón:

La posibilidad de todo esto es un mundo para 2050 con tres potencias realmente grandes –China, Estados Unidos e India– y un puñado de otras medianas como Japón, Alemania y Gran Bretaña.

Otras como Francia e Italia comenzarán a caerse del mapa (por la merma de su población y su lento crecimiento). Para Europa esto tampoco es una buena noticia y es el mejor argumento para una buena unificación.<sup>18</sup>

Ahora bien, este informe de 2003, ¿se está cumpliendo? ¿Cuál es la situación del BRIC en la actualidad?

Ya está en marcha una reconfiguración de la geografía de la producción mundial. Además, se están produciendo importantes modificaciones de los patrones de intercambios comerciales y financieros, así como en las pautas de consumo energético. De hecho, parece como si la clásica distinción entre centro y periferia planteada por los teóricos del estructuralismo hace medio siglo finalmente estuviera quedando obsoleta. (Steinberg, 2-4)

Para entender la magnitud de estos cambios, basta con ejemplificar que la entrada de China y la India en el sistema de producción global supone un impacto mayor que el que implicó la entrada de

18. P. Kennedy. “Cuatro grandes pelean por su lugar en el futuro”. *Clarín*. Buenos Aires, 18 de noviembre de 2003, p. 47.

## Estados Unidos en la economía mundial en el siglo XIX.

Según las estimaciones del Banco Mundial, el FMI y el Banco de Inversión Goldman Sachs (que acuñó en 2003 el concepto de BRIC), durante las próximas décadas el conjunto de las economías emergentes de Asia, Europa del este, América Latina y África continuará creciendo al menos tan rápidamente como en los últimos años, con China y Japón desacelerándose a partir de 2020. Sobre todo por el envejecimiento de su población, pero con la India y otros emergentes asiáticos acelerando su crecimiento. Ya existen datos suficientes como para apreciar una transformación estructural de la economía mundial. (Steinberg, 6)

El aumento del peso de BRIC en la economía mundial no tiene precedentes: mientras que hace tan sólo treinta años eran responsables del 34% del producto bruto interno mundial medio en paridad de compras, hoy supera el 50% (la cifra alcanza el 30% si se calcula a tipo de cambio de mercado). Además, ya generan el 45% de las exportaciones mundiales, poseen el 75% de las reservas de bancos centrales, consumen más de la mitad de la energía mundial y han sido responsables del 80% del incremento de la demanda mundial de petróleo durante el último decenio: con todo ello su producción ha crecido en un 35% mientras que en los países desarrollados lo han hecho a sólo un 13%.

Este panorama puede completarse con una última cifra de carácter más bien anecdótico: el 80% de las grúas de construcción del mundo están en China; un cuarto de ellas en una sola ciudad, Shangai. (Steinberg, 7)

Otro actor regional emergente en el esquema de los espacios regionales es el grupo IBSA, que a partir de 2003 tuvo origen entre la India, Brasil y Sudáfrica:

Dos hilos conductores fundamentales recorren los ensayos de este libro. Uno es explícito: la relevancia ya lograda por un novedoso mecanismo IBSA de concertación entre poderes influyentes de la periferia y su valiosa contribución a las relaciones intrasur, en particular, y a la política internacional en general. (Tokatlian. 2007: 10)

Culminamos este punto referente al sistema-mundo del siglo XXI y tomando posición en cuanto a que nos hallamos ante un proceso de bifurcación o mutación del sistema-mundo hacia el surgimiento de un sistema de poderes regionales, en los cuales Estados continentales serán los sujetos principales de las relaciones internacionales, afirmaremos que la actualidad histórica de Perón y también nuestro análisis tendió a demostrar este sistema en el pasado de transición a otro.

Para no dejar nuestro enfoque disociado de los estudios académicos actuales recurrimos a Brantly Womack:

Ser un poder regional no es tarea sencilla. Del lado práctico, mientras que sus vecinos más pequeños tienen como opción recurrir a los actores globales confundiendo de este modo el balance de poder regional, en el planteo global un poder regional deja de ser un poder, quedando sujeto a las mismas fuerzas y preocupaciones que los demás. Del lado teórico, la situación es peor. Mientras que los “grandes poderes” reciben casi toda la atención de la teoría realista de las relaciones internacionales, las teorías que enfatizan la interdependencia económica someten a todos los Estados, grandes y pequeños, a las leyes de hierro de la globalización. Los dilemas de un país que es mayor que sus vecinos, pero no disputa el poder global, son que recibe poca simpatía y aún menos comprensión.

*La falta de atención teórica a la situación de los poderes regionales es lamentable.* Los poderes regionales no sólo son importantes por sí mismos, sino que la calidad de su liderazgo es por lo general el factor más importante para las situaciones de normalidad o de crisis en su región. Asimismo, los poderes regionales tienen un especial interés en la construcción de instituciones predecibles a nivel global y sus esfuerzos en este sentido puede influir la calidad general del orden global.

El status intermedio de los poderes regionales tiene tres dimensiones distintivas. En primer lugar, se encuentra la estructura regional interna, que es el foco de esta sección. En segundo lugar, se encuentra la relación entre la región y la estructura global. Y por último, se encuentra la posibilidad de cooperación entre poderes regionales. (15-16)

# ESBOZO DE UNA HISTORIA GEOPOLÍTICA DE AMÉRICA LATINA

A partir de todo lo expuesto hasta el momento surgen en forma lógica una serie de interrogantes. ¿Cómo ubicamos a la Argentina? ¿Los Estados que conforman parte de América Latina son Estados-nación como sugieren sus nombres? ¿El Estado-continente es una posibilidad concreta o es una posibilidad remota? ¿Los Estados latinoamericanos poseen márgenes de viabilidad o recursos de soberanía en el sistema-mundo del siglo XXI? La soberanía como comportamiento fáctico está lejos de ser asumida con carácter intangible, cerrada en sí misma, perenne. Es un resultado de la historia.

Esta afirmación nos remite necesariamente a una reflexión sobre nuestro horizonte global mundial contemporáneo que nos determina a todos. ¿Qué implica para los Estados el sistema-mundo cada vez más intenso que abre el nuevo milenio?

Queda claro que si el Mercosur no se realiza por lo menos en el Cono Sur le será difícil incorporarse verdaderamente en diez o quince años más al concepto de los Estados continentales. Si otras zonas del mundo como la africana o los espacios musulmanes no logran construir en los próximos años tres o cuatro nuevos Estados continentales quedarán también fuera del sistema-mundo, cada vez menos apto –como vimos– para admitir la “soberanía” de Estados pequeños y medianos.

Nos encontramos ante la dificultad para ir a un más allá, o sea al Estado continental imaginado por Perón, si mantenemos un enfoque en muchas ocasiones dominado por proyecciones alimentadas desde una posición comercialista, necesariamente cortoplacista y limitada, ajena a nuevos despliegues culturales sustanciales. Pues

un mercado común no es un fin en sí mismo; nada más erróneo: un mercado común afecta la vida de los pueblos que lo componen en nuevas lógicas culturales.

Esto refleja el sentimiento de quienes viven el statu quo tradicional, o sea la mayoría. Sin embargo, el nacimiento del propio Mercosur es una novedad en la historia, más de lo que imaginan sus actores inmediatos. O mejor de lo que nadie quisiera imaginar. Lo nuevo viene siempre enmascarado en lo viejo. Nadie soporta problematizarse demasiado. (Methol Ferré, 2002b: 2)

El papel de la identidad ha tomado una importancia crucial y un gran valor en el campo de las relaciones internacionales:

En efecto, la pregunta esencial de tipo industrial referida al quién soy se ha trasladado al campo colectivo bajo la forma de “quiénes somos”, lo cual remite a la autopercepción y autorrepresentación vinculadas a la percepción y representación del otro. En esa dirección, se ha asumido que la identidad nacional junto al poder nacional definen los intereses nacionales e influyen en el comportamiento de la política exterior de los países, lo que conduce a entender que sin una autoimagen unificada y robusta una nación no tiene incentivos para acumular o usar su poder material y no puede defender su interés nacional.

El auge de las identidades ha estado acompañado de nuevos aportes en la formación teórica de las relaciones internacionales.

En particular cabe destacar la contribución del constructivismo. [...] Este enfoque ha ido incorporando el papel de las creencias, las ideas y las expectativas de los Estados en la configuración de la vida internacional. (Tokatlian, 2004a: 64-65)

El Mercosur, “si consolida una identidad grupal más firme y franca”, facilitará su capacidad negociadora: “En este sentido, el rol de la identidad es y será trascendental” (65).

Un proceso de integración supone la conformación de nuevas lógicas culturales que hacen a la identidad frente a los desafíos del siglo XXI. La necesidad de viabilizar el Estado continental industrial sudamericano nos exige impostergablemente repensarnos desde una nueva lógica histórica más allá de los límites clásicos westfalianos.

Sin conciencia histórica común es imposible lograr una identidad común latinoamericana; ello se convierte en una frase hueca de nuestros planes de estudio bajo el nombre de “regionalización de los contenidos”; no hay integración sino parte de las raíces de la cultura y la educación deberá ser el soporte de esa finalidad cultural.

Esto es una exigencia para los países latinoamericanos y para Sudamérica en sus dos polos: el lusitano –Brasil– y el hispanoamericano –Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Uruguay y Venezuela–. Nunca hay economía sola. Es la historia la que exige sus innovaciones.

Un futuro Estado continental industrial como horizonte y posibilidad estratégica no puede ser sostenido ni alimentado con las historias de sus componentes.

Al cambiar las perspectivas, hechos y significaciones antes postergadas o borrosas pasan ahora a un primer plano. Cambia todo el paisaje, aunque muchas veces no se perciba.

El nuevo paisaje de nuestra actualidad genera la necesidad de ser comprendido y sostenido por otra historia que la de antaño. Hay que hacer inteligibles las dinámicas profundas que lo sostienen, para percibir incluso mejor el nuevo horizonte que nos moviliza y nos reordena.

Un nuevo mañana exige un nuevo ayer. Y en cierto sentido, tanto más verdadero, el nuevo ayer que el viejo ayer. El nuevo ayer está siempre desterrado en el viejo ayer.

Nuestras historias fueron vistas y pensadas desde otras perspectivas y para responder a otras necesidades de nuestras respectivas comunidades.

No se trata de un ejercicio teórico de incorporar u omitir tales o cuales hechos. Omitir hechos reales de enemistad es peor. No se trata de edulcorar la historia, se trata de encontrar una nueva lógica profunda que las unifique, que abarque y explique las antiguas historias, que abra y potencie el futuro.

Una nueva lógica histórica a la altura de nuestro tiempo nos exige un nuevo descenso a las raíces. Sólo las grandes raíces pueden sostener un vasto horizonte, en el caso de que abarquen a América Latina en América del Sur. (Methol Ferré, 1996: 40-41)

Esta extensa cita ubica certeramente el papel de la historia fortaleciendo a una identidad cultural superadora de nuestras

historias particulares, con el fin de crear y recrear una cultura de la cooperación que tenga como pilar una proyección unificadora, de lo contrario la identidad sin conciencia histórica común corre el riesgo de ser una declamación.

A partir de los supuestos del pensamiento geopolítico de Methol Ferré (2001) realizaremos un pequeño esbozo de una historia geopolítica de América Latina en el sistema-mundo.

## EL NACIMIENTO DE AMÉRICA LATINA

Tras una etapa preparatoria en las Antillas y en América Central de 1520 a 1560 aproximadamente, sucede la conquista y colonización de lo que comenzará a ser un nuevo pueblo mestizo en la historia: América Latina.

Todas sus partes entran en relación, en conflagración luego de milenios de dispersión, de comunicaciones fragmentarias. En pocas décadas se junta la red de villas y ciudades de América Latina que incluye casi todas las que serán sus capitales.

Antes de ese ciclo sólo había dos imperios, el azteca y el inca, que al estar hechos “a pie” quedaron muy lejos de agitar todo el conjunto de lo que luego sería América Latina. Se trataba de islas ecuménicas pero siempre islas, ignoraban la existencia de otros ecúmenos. Se ignoraron.

Los dos imperios –como movimiento de concentración– duraron apenas un siglo y fueron arrancados por la conquista y la colonización, que tuvieron una velocidad inédita, producto de la combinación del barco oceánico y los caballos.

Esa ebullición general, la primera “latinoamericana”, fue a la vez el primer fruto del comienzo de la globalización encabezada desde Europa por Castilla y Portugal en los tiempos de la alianza peninsular (1580-1640).

América Latina venía a ser la periferia trasatlántica más inmediata de Europa. Significó para América el momento en que comienza una relación mercantilista con Europa.

Luego le seguirán, a partir de sus tres núcleos, México (con América Central y las Antillas), Perú y Brasil (las partes castellanas y portuguesas de América del Sur), y comunidades desconectadas entre sí y, como contrapartida, ligadas a sus centros metropolitanos.

América Latina (Ibérica o Hispánica en su sentido original) fue dividiéndose y madurando un *círculo histórico cultural*, que hoy somos nosotros desde nuestras raíces. Mestizos, hijos de la cristiandad latina en su último gran despliegue barroco y el primero para nosotros. Es la primera ebullición fundadora de América Latina. Todo se junta en un todo y luego va partiéndose.

## LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA LATINA

La segunda ebullición estalla desde 1808 hasta 1830. La dilatada América española entra en efervescencia general, se vuelve a interpretar en todos sus fragmentos. Es el ciclo de los unificadores: San Martín y Bolívar. Todo culmina en la imposibilidad de la unificación en el congreso de Panamá de 1826 convocado por Bolívar.

En la medida en que se independiza, América Latina se fragmenta, se divide el todo de la primera etapa. Nacen Estados-ciudades que encabezan la periferia agraria de la división internacional del trabajo. Ciudades-estado como las de una gigante Grecia primitiva. Lo opuesto totalmente de los Estados-nación industriales emergentes de la modernidad europea o de la “nación de repúblicas” confederadas que quiso Bolívar.

¿Qué eran los Estados-ciudad? Eran todas sociedades antiguas, agrarias, preindustriales. Se trató en cada caso de una ciudad principal desde la que se estructuró un nuevo Estado. Esas ciudades eran los puertos principales, o eran la ciudad interior principal ligada al puerto fundamental, como Santiago y Valparaíso en Chile o Quito y Guayaquil en Ecuador.

Las *polis* oligárquicas que así surgen, las veinte repúblicas dependientes latinoamericanas, son los últimos Estados-ciudad mediterráneos. La legislación de Felipe II sobre la fundación de ciudades toma siempre como modelo la ciudad mediterránea, la *polis* griega y la ciudad romana. Es decir que lo que surge de la independencia es el extraordinario conjunto de los últimos Estados-ciudad ubicados sobre gigantescos, casi deshabitados, territorios.

Hacia la época de la independencia América Latina tiene unos catorce millones de habitantes mientras que hoy cuenta con aproximadamente cuatrocientos cincuenta millones, pero todavía estamos deshabitados profundamente. No dominamos todo el interior. De modo que eran ínfimos los Estados-ciudad de la independencia,

pero estaban sostenidos por el Imperio Británico, que fue el primer Estado-nación en experimentar la revolución institucional y en convertir a los Estados-ciudades en anexos agroexportadores, y comprador, de las manufacturas inglesas, o secundariamente de las francesas.

El imperio inglés, en realidad, aunque fue derrotado durante las invasiones inglesas, sin embargo tuvo éxito máximo ante la debilidad de los Estados-ciudad que surgieron de la fragmentación de la independencia. Mientras, en la América portuguesa el imperio inglés consolidó su dominio trasladando a toda la corte, más de quince mil personas –una ciudad de la época– en una ilota inmensa. Porque la América lusitana fue un centro decisivo desde que el imperio inglés operó para disgregar Hispanoamérica. El anacrónico enfoque de Fernando VII, al no aceptar la nueva alianza propuesta por San Martín y Bolívar, sentencia la disgregación.

*Por lo tanto, se forma un conjunto de Estados-ciudades que importan las teorías de los Estados-nación, industriales. Son los últimos exponentes de una antigüedad que se disfrazó de Estado-nación.*

Todo el siglo que sigue a la independencia, el XIX, que es en verdad el fracaso de la auténtica independencia, termina en una atomización. A partir de allí se va formando el imaginario nacional de cada nuevo país. Nos convertimos en pseudo Estados nacionales como imitadores del proceso de los Estados-nación. Y ahora nos encontramos con la *necesidad de un nuevo imaginario colectivo sudamericano para avanzar en la integración.*

Y los múltiples imaginarios nacionales, de cada Estado-ciudad, se convierten en gran obstáculo para realizar lo que nos puede salvar: *una identidad cultural común.* Esa identidad cultural común está en nuestra base hispánica, luso-castellana, de la Hispania romana, y es una sola entidad, como lo fue durante la unión de las dos coronas de España y Portugal (1580-1640).

América Latina fue formada por barcos y jinetes. La independencia fue gesta sólo de jinetes. Ello volvió desmesurada a América Latina para los latinoamericanos, que no pudieron controlar sus espacios.

Los barcos eran ingleses. Y nos volvimos radicalmente periféricos. Esto nos obliga a tomarnos como central no solamente en la economía sino en la política de la cultura común. Sin política de la cultura común no habrá política de la economía.

## DESDE EL MERCOSUR

Desde comienzos del siglo XX los medios de comunicación latinoamericanos empiezan su paulatino acrecentamiento e intensificación por mar, tierra y aire. El sistema-mundo avanza, pero no sin marchas y contramarchas.

*Estamos en una gran transición. La gran transición de las veinte ciudades-estado al Estado continental del siglo XXI.*

A comienzos del siglo XX, Ratzel tuvo inconscientes imitadores en nuestros Estados-ciudad, que fueron sus equivalentes epocales. La famosa generación del 900 latinoamericana con el uruguayo José E. Rodó, el argentino Manuel Ugarte, el venezolano Rufino Blanco Fombona, el peruano Francisco García Calderón, entre otros, intentaron pensar nuestra unidad. Querían la Patria Grande, o sea, un Estado continental. Sus posturas –como la de la generación del 98 española– en parte fue una respuesta a la irrupción visible de Estados Unidos en la historia mundial, a través de la guerra de Cuba y de Filipinas, cuando los cowboy se transformaron en marines.

La generación del 900 estuvo profundamente inspirada a su vez en el portugués Joaquim Oliveira Martins, quien publicó en 1879 su *Historia de la civilización ibérica*. Participó del *iberismo*, el movimiento que alentó la unión de Portugal y España. Pero al aparecer el panamericanismo norteamericano, el *iberismo* se vuelve *iberoamericano* en respuesta al avance de Estados Unidos sobre América Latina –o América hispano-portuguesa– a fines del siglo XIX.

José Martí a su vez pensaba que en Cuba no solamente se peleaba contra el imperio español sino que allí también se daba la lucha por la “segunda independencia” contra la irrupción estadounidense sobre el conjunto de América Latina. Eso solamente era posible con una América Latina unida, sosteniendo a Cuba en la frontera decisiva del nuevo imperio anglosajón.

¿Cuál es el dilema contemporáneo? La lucha que generan Rodó, Ugarte, Blanco Fombona, Vasconcelos, *la gran generación del 900*, a la que sigue el APRA de Víctor Raúl Haya de la Torre, se continúa con Juan Perón, Getulio Vargas y Carlos Ibáñez (con su asesor Felipe Herrera) y culmina con el proceso de integración que se abre en la segunda mitad del siglo XX en América Latina.

Porque las tres dimensiones inseparables de nuestra modernización son *democratización, industrialización e integración*. Las

tres se implementan y exigen mutuamente. No hay democratización verdadera sin industrialización, ni hay industrialización sin las dimensiones del mercado interno que sólo es posible a través de la integración.

*Perón ve el núcleo de la integración de América Latina en la unidad de América del Sur, y, a su vez, el núcleo de América del Sur es la alianza argentino-brasileña.*

La realidad es que forman una nación, sólo que fragmentada, pero en trance necesario de una nueva conjugación con el Mercosur, hacia el impostergable doble salto de Estado-ciudad a Estado continental. Es lo que Perón llamó “continentalismo” en el nuevo ABC en 1951.<sup>1</sup>

1. Lo expuesto en este punto es una síntesis medular del pensamiento geopolítico del pensador uruguayo Alberto Methol Ferré (1997a, 1987, 1995a, 1990. 1997b, 1997c, 1999a. 2001, 2002a. 2002b).

# LOS TRES PERÍODOS DEL SISTEMA-MUNDO

**I**mmanuel Wallerstein utiliza como núcleo transversal de las ciencias sociales el concepto de sistema histórico. Aunque cada sistema histórico es único, afirma que se pueden clasificar en tres tipos principales según su modo de producción, que Wallerstein concibe, en términos generales, como la organización de la base material de la sociedad. Utilizando esta amplia definición, distingue tres formas básicas de organizar la base material de la sociedad. Estos “tres modos de producción están asociados a un tipo de entidad o sistema de cambio, el minisistema, el imperio-mundo y la economía-mundo” (Taylor y Flint, 7). Son sistemas porque se componen de partes interrelacionadas que forman un todo único; pero también son históricos en el sentido de que nacen, se desarrollan durante un cierto período y después entran en decadencia. Podemos señalar las cuatro formas fundamentales que puede adoptar el cambio social: *transición, incorporación, ruptura y continuidad*.

A fin de evitar confusiones, no está de más repetir que estas entidades –minisistemas, los imperios-mundo y la economía-mundo, que son objetos de cambio– son las sociedades que estudia esta teoría social histórica. (Taylor y Flint, 9)

El *minisistema* es la entidad basada en un modo de producción recíproco y de linaje. Es el modo de producción primaria y se basa en la caza y la recolección o la agricultura rudimentaria. Han existido numerosos mini-sistemas pero ninguno ha sobrevivido.

El *imperio-mundo* es la entidad basada en un modo de producción redistributivo tributario, por ejemplo, el Imperio Romano, la Europa feudal.

La *economía-mundo* es la entidad basada en el modo de producción capitalista. El criterio que rige la producción es la obtención de beneficios y el incentivo fundamental del sistema es la acumulación del excedente en forma de capital. Se inicia, para Wallerstein, con el siglo XV en la modernidad europea.

Independientemente de la teoría social histórica de Wallerstein y las coincidencias o no, lo central es que “devuelve la historia y la geografía a la ciencia social, [...] el propio Wallerstein se refiere a las realidades espacio-temporales” (Taylor y Flint, 7) como objeto de su interés.

Las mismas expresiones “política mundial” o “sistema-mundo histórico” transmiten una sensación “de escala geográfica de Estados o localidades concretas y otros actores desarrollan una serie de actitudes (diplomacia, acción militar, cooperación, actividades fiscales y monetarias, regulaciones legales, beneficencias, etc.) cuyo objeto es ejercer poder o aumentar tareas. Y estas actividades responden a una serie de supuestos geográficos más específicos acerca de dónde es mejor actuar y qué sentido tendrá esta actuación. El mundo es activo, especializado, dividido, etiquetado, clasificado por geógrafos políticos, otros académicos y líderes políticos en una categorización de lugares de mayor a menor importancia” (Agnew, 3).

En función de esta introducción intentaremos elaborar una visión geopolítica del sistema-mundo, para apuntalar la actualidad estratégica de Perón en el sistema histórico del siglo XX. “La imaginación geopolítica moderna es un sistema de visualización del mundo con hondas raíces históricas en el descubrimiento europeo de la totalidad del mundo. Se trata de una imagen elaborada del mundo y no de una imagen sencilla y espontánea que nazca de una mera contemplación del mundo desde el ‘sentido común’” (Agnew, 7). En el fondo la imaginación geopolítica moderna intenta ser un sistema de teoría y práctica, que cobra mayor importancia para nosotros porque demostraremos la vigencia estratégica tanto en la teoría como en la práctica del continentalismo sudamericano de Perón.

Al abrirse el siglo XX, el geógrafo, político y parlamentario inglés Halford Mackinder señalaba en una memorable conferencia de enero de 1904 “que la explosión geográfica estaba virtualmente terminada” (citado por Jorge Atencio, 298). Era el fin de un período histórico de cuatro siglos al que llamaba “la época colombina”, la era de la formación unificada del “sistema-mundo” abierta por Castilla y Portugal, cuando iniciaron la navegación de altura oceánica. Ahora

se necesitaban otros caminos para la geografía, más intensivos e incluso de síntesis (geoeconómicos, geoculturales, geoproductivos, geopolíticos). La geografía descripta ya no alcanzaba.

La primera fase del sistema-mundo, la “era colombina”, ha terminado. Le había precedido la cristiandad medieval, refugiada en una pequeña región; en cambio, la época colombina significó la expansión mundial de Europa.

“De aquí en adelante, en la era poscolombina nuevamente nos hallaremos con un sistema político cerrado y, lo que no tiene menos importancia, la esfera de acción del mismo será el mundo entero. Todas las explosiones de fuerza sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el que dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo y, debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados”. De ahí, para Mackinder, que en adelante se traslada de la “expansión territorial” a la “eficiencia”. Y agregaba:

Considero, en consecuencia, que en la década actual nos encontraremos por primera vez en condiciones de intentar la determinación más o menos completa de la correlación que existe entre las más amplias generalizaciones geográficas e históricas. Por primera vez podemos percibir algo de las verdaderas proporciones que tienen los acontecimientos y las características cuando se muestran en el escenario de todo el mundo. (Citado por Atencio, 299)

Desde el 900 el mundo es un sistema. Se trata de la segunda fase o periodo del sistema-mundo. En adelante hay definitivamente una sola historia, donde todo repercute en todo. De tal modo, lo que ante todo importa es determinar, desde una reinventiva geopolítica del siglo XXI, las fases globales del único sistema-mundo en proceso, del que todos somos partes y donde no hay más comprensión de sí mismos sin el horizonte de la situación específica del sistema mundial. Ésa es la originalidad que inaugura el siglo XX, que puede hablar así de “guerras mundiales”.

Geopolítica es perspectiva global de la historia en la dinámica de los espacios. Hoy, repetimos, nadie puede pensarse a sí mismo sin ubicarse en la ecúmene. Quienes han pensado más el conjunto de la tierra son las grandes potencias. La geopolítica es propia de las

grandes potencias, ya que está ligada a su proyección en la tierra, pero no se reduce a ellas. Toda política es geopolítica. Si la política es relación del hombre con el hombre tomando en sus conjuntos, es siempre relación “localizada” en espacios concretos. El hombre es un animal social y terrestre. No hay historia sino especializándose.

La historia no es sólo tiempo sino espacio-tiempo. El espacio humano está siempre cualificado políticamente. El espacio sólo es neutro en tanto no dominado por el hombre: apenas dominado, se “politiza”. Las luchas y los problemas humanos implican siempre conflictos y desplazamientos espaciales en todas las dimensiones, desde el hogar, pasando por la fábrica, hasta llegar al Estado. En suma, esquematizar una “imaginación geopolítica” con un sentido de teoría y praxis implica un análisis geográfico de la política y un análisis político de la geografía.

La geopolítica puede ser de corto o largo alcance. Lo común es que Estados poco poderosos (es decir, que inciden poco en los otros) tengan geopolítica de corto alcance, vivan el día a día y reciban más la política de otros antes que hacer la propia. Pero en realidad, sólo hay política propia si se logra una mirada de “largo alcance”. Entonces si quienes han pensado más el conjunto de la tierra son las grandes potencias, se nos vuelve indispensable atravesar sus pensamientos para poder vernos mejor.

Por mediación del saber de las grandes geopolíticas es que los Estados pequeños podrán elaborar la propia, por lo que la indiferencia de las disciplinas sociales hacia la geopolítica en nuestros planes de estudio, es preocupante y alarmante, especialmente en ciencias políticas y relaciones internacionales, absorbidas por un sinfín de microteorías sin tiempo y espacio que vienen de los centros o, mejor dicho, de los grandes centros universitarios del mundo, únicas posibilidades de crear teorías. De esto se desprende el desconocimiento del pensamiento geopolítico de Perón y su actualidad sorprendente, en medio de la ausencia casi absoluta en nuestros sistemas universitarios, salvo excepciones contadas en los dedos de una mano.

En rigor, la geopolítica como pensamiento político que pretende abarcar orgánicamente el conjunto de la tierra puede darse por iniciada en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos en los años de tránsito del siglo XIX y XX por Friedrich Ratzel, Halford Mackinder y Alfred Mahan. Lógico que fuera un hombre del Imperio Británico en su apogeo quien diera la conferencia deslumbrante, por su capacidad de visión sintética mundial, del “pivote geográfico de la historia”. Por

primera vez teníamos los perfiles totales y los itinerarios especiales de pueblos y cultura.

La visión de Mackinder es de máxima simplicidad: la Tierra se divide entre una inmensa isla mundial (Asia, Europa, África) rodeada por los mares y sus islas, entre las cuales las más importantes eran la isla continental americana y la isla continental australiana. Hasta entonces la historia había transcurrido en la isla mundial. Ésta tiene una configuración definitiva: todas las grandes culturas la bordean en un arco que va desde Europa y el Mediterráneo, pasa por lo que hoy es Irak e Irán, la India, y se cierra en China. Estas cuatro regiones coinciden grosso modo con las cuatro grandes religiones universales: cristianismo, islam, brahmanismo y budismo. Ese cinturón de altas culturas agrario-urbanas ha sido controlable desde un centro, que Mackinder llama *el heartland*, que se ubica en las estepas de la Rusia asiática. Desde allí se dispararon con gran movilidad los pueblos jinetes sobre las altas culturas del borde o márgenes, durante siglos (Methol Ferré, 1999b: 58).

Desde su centro se podía acceder con facilidad a cualquier punto de las cuatro regiones. Pero este proceso fue cerrado por la movilidad de la navegación oceánica que inaugura la era colombina y por lo tanto el sistema-mundo, como rápido proceso de unificación mundial. Por tierra, el hombre se había dispersado durante miles de años en tanto que el dominio oceánico en el siglo XVI le abrió la intercomunicación total.

El barco tenía más movilidad ecuménica que el caballo: “La revolución comenzaba por lo grandes marinos de la generación colombina que dotaron a la cristiandad de la movilidad de poder más amplia que se conoce, si se exceptúa la movilidad de las alas” (Mackinder, citado por Atencio, 307). De este modo Mackinder anticipaba la emergencia de la aviación (y la coherencia intercontinental). Nadie imaginaba que al término del siglo XX se estaba en la “guerra de las galaxias”.

El proceso de unificación del sistema-mundo en su itinerario histórico en el que nace América Latina, como vemos en el punto anterior, fue igual a la constitución de grandes potencias marítimas en Europa occidental: Portugal y Castilla, Holanda, Inglaterra y Francia.

*La era colombina es la de los grandes imperios marítimos coloniales dispersos en la ecúmene*, imperios de gran heterogeneidad en su constitución. Es también el surgimiento de las “nuevas Europas” en Estados Unidos y Canadá, en la América Latina más mestiza que occidental, en Australia y Nueva Zelanda y en la ascendida Sudáfrica:

son las creaciones relativamente “homogéneas” de los imperios talasocráticos mundiales. Pero en su conjunto los imperios coloniales se caracterizaron por su dominación sobre pueblos y culturas no vecinas, lejanas y muy heterogéneas culturalmente respecto del centro metropolitano europeo, de algún modo más pequeño. Los dos últimos grandes imperios coloniales fueron el inglés y el francés que se descompusieron entre 1945 y 1970, con los procesos de descolonización.

La expansión colonial, iniciada de modo mercantilista por las potencias europeas, prosiguió con la Revolución Industrial. Inglaterra y Francia rehicieron los más vastos imperios coloniales que culminan al término de la Primera Guerra Mundial. En el grupo de los cinco Estados-nación industriales, Alemania, Japón e Italia, que habían llegado más tarde, también pretendieron esa expansión. Les resultó mucho más difícil y la perdieron. Esta segunda etapa del colonialismo de Estados-nación industriales se expresaba en la creencia de que la expansión de los mercados para la industria llevaba a la colonización. El político y educador de la Tercera República en Francia Jules Ferry decía: “La política colonial es hija de la política industrial” (citado por Pierre Renouvin, 357). Se trataba del aprovisionamiento de materias primas, de colocación de manufacturas, de reservas de mercados. Y sigue Ferry: “El predominio económico sigue al predominio político. Se trata del porvenir de cincuenta a cien años... Será la herencia de nuestros hijos” (361).

Pero el siglo XX cerraba el primer período del sistema-mundo y con él la era de los imperios marítimos coloniales, que terminaron con la descolonización.

La era final de los imperios marítimos coloniales se superponía a la emergencia de la era de los Estados continentales industriales, segundo período del sistema-mundo. Sólo luego de la Segunda Guerra Mundial se afirmó la bipolaridad dominante y determinante de Estados Unidos y la Unión Soviética y muere la era talasocrática y sus potencias ahora en medianía (Methol Ferré, 1999b: 60).

Esta situación híbrida del siglo XX se complejiza con el surgimiento de innumerables Estados-nación, que sólo tenían de éstos el nombre y, peor aún, ya en la era de los Estados continentales se creó una confusión teórica y práctica de los actores en el sistema-mundo.

El siglo XX se abrió con el primer Estado continental moderno. Sin embargo, tanto el inglés Harold Mackinder como luego el alemán Karl Haushofer no percibieron ese magno acontecimiento, prisioneros de algún modo de la historia que tenía su eje desde siempre en la isla mundial.

Pero pocos meses después de la célebre conferencia de Mackinder, “en una disertación de julio de 1904 habló Mahan sobre las posibilidades de que Estados Unidos de América e Inglaterra se unieran de nuevo... lo decisivo, a su juicio, era la necesidad de mantener el dominio anglosajón en el mar y que eso sólo podía lograrse sobre una base insular, mediante la unión de las dos potencias angloamericanas. Inglaterra misma se ha hecho demasiada pequeña, a consecuencia de los últimos adelantos y por eso ya no es una ‘isla’ de los nuevos tiempos. Debido a su extensión, no se ha tenido hasta ahora conciencia de ello, pero corresponde sin embargo a las proporciones y medidas de hoy en día. El carácter insular de Estados Unidos debe conseguir que el dominio de los mares puede ser reservado y ejercido en adelante sobre bases más amplias. América es la gran isla desde la que debe ser perpetuada la conquista inglesa de los mares y continuada en gran escala la hegemonía marítima que los angloamericanos ejercían en el mundo” (Schmitt, 106; para un desarrollo analítico, véase Carlos Fernández Pardo, 75-76).

En el fondo, a través de su máximo exponente geopolítico, el almirante Alfred Mahan, el primer Estado continental industrial le ofrecía al último imperio talasocrático de la era colombina convertirse en su apéndice (Methol Ferré, 1999b: 60).

El poder del nuevo Estado continental se hizo evidente durante la Primera Guerra Mundial, en la que Estados Unidos apenas se movió y la decidió. Europa no percibió cabalmente esta evidencia y creyó que seguía siendo el centro político del mundo.

En la Segunda Guerra Mundial la ecúmene entera supo la realidad. A Estados Unidos no le costó absolutamente nada. Volvió a ser, en escalas más amplias, una fácil victoria. *Desde 1945 a 1989-1991, la historia mundial fue regida abiertamente por el conflicto de los dos Estados continentales: Estados Unidos y la Unión Soviética.*

Sin embargo, la idea de la nueva centralidad, reiteramos, histórica, del sistema-mundo no ingresó en toda su profundidad en las ciencias políticas ni en las relaciones internacionales; sólo se hablaba vagamente de “superpotencias”, sin explicar los nuevos

significados y los nuevos paradigmas históricos que se alcanzaban irreversiblemente.

La idea de la era de los Estados-continentes quedó arrumbada en los trastos viejos de la geopolítica alemana y los ensueños catastróficos de Haushofer. Los conflictos de “democracia liberal” versus “marxismo” o de “mercado” versus “planificación total”, en vez de enmarcarse en los Estados continentales, quedaron en la “olla podrida” de los Estado-nación. (Methol Ferré. 2005; 7)

En nuestro tiempo político, sin la idea del Estado-nación nada se entiende. Pero con la sola idea del Estado-nación tampoco nada se entiende. Una idea que sirve para todo corre el riesgo de terminar no sirviendo para nada; de ahí la necesidad de clarificar.

El segundo período del sistema-mundo, cuando ya el mundo es un solo sistema histórico, es principalmente la época del enfrentamiento bipolar Estados Unidos-Unión Soviética donde bajo el rostro de una contienda ideológica se dirime una vasta guerra civil del “Occidente” nacida en el seno de sus Estados-nación industriales. Esa “guerra cruel”, propia de la “civilización occidental” hegemónica desde el primer período del sistema-mundo a partir del siglo XVI, se cierra en la primera contienda de los Estados continentales. Así, el segundo período del sistema-mundo determinará la primera lucha de los Estados continentales como última etapa del exclusivo protagonismo de occidente en la ecúmene. Y con el derrumbe de la Unión Soviética en 1989-1991 queda en pie un solo Estado continental, Estados Unidos de América.

¿Qué rasgos tiene entonces el tercer período del sistema-mundo que se abre en nuestros días? ¿Qué características principales tiene esta nueva fase? Sin duda, los intentos de comprensión más interesantes acerca de la situación vienen de las usinas de pensamiento de los centros de poder mundial, que incluso desde visiones a veces opuestas llegan a conclusiones idénticas.

Como pudimos apreciar, Henry Kissinger, Samuel Huntington, Zbigniew Brzezinski, Paul Kennedy, Peter Drucker y Eric Hobsbawm, con matices, dimensiones analíticas complementarias u opuestas, llegan a la conclusión de que el sistema-mundo del siglo XXI tendrá como protagonistas decisiones de Estado de grandes masas críticas en tamaños geográficos continentales, porque las tecnologías exigen un poder regulador a la economía de escala y donde el núcleo

cultural será el factor aglutinante. Todos los ejemplos de los citados estudiosos suponen el Estado continental.

En resumen, si el segundo período del sistema-mundo fue el surgimiento del Estado continental industrial moderno y la lucha de los primeros –Estados Unidos-Unión Soviética– como última fase de la hegemonía de Occidente, el tercer período en el que entramos en el siglo XXI es el de los nuevos Estados continentales agrupados en grandes círculos o áreas histórico-culturales. Esos Estados nucleares serán los constructores básicos del “nuevo orden internacional”, lo que exige de modo imprescindible, al decir de Methol Ferré, “pasar América Latina desde el Estado-ciudad al Estado continental industrial”.

El arzobispo de Buenos Aires, el cardenal Jorge Mario Bergoglio, en el Prólogo al libro de Guzmán Cairiquiry *Una apuesta por América Latina* dice:

En efecto, la vasta producción bibliográfica sobre América Latina desde la “sociología comprometida” a la teoría de la dependencia, desde la teología de la liberación a los cristianos para el socialismo, desde los tintes fuertes de literaturas de denuncias a los debates sobre estrategias revolucionarias, fue agotándose ya desde los años 80. Ofreció ciertamente dispares y significativos aportes, pero finalmente terminaron pesando más sus fuertes impregnaciones ideológicas, reductoras de la realidad.

En las próximas dos décadas América Latina se jugará el protagonismo en las grandes batallas que se perfilan en el siglo XXI y su lugar en el nuevo orden mundial en ciernes. Ante todo, se trata de recorrer las vías de la integración hacia la configuración de la Unión Sudamericana y la Patria Grande latinoamericana. Solos, separados, contamos muy poco y no iremos a ninguna parte. Sería un callejón sin salida que nos condenaría como segmentos marginales, empobrecidos y dependientes de los poderes mundiales. (7-8)

El 20 de diciembre de 1951 aparecía en *Democracia* un artículo bajo el título “Confederaciones Continentales”, de Juan Domingo Perón, con el seudónimo “Descartes”:

Varios estudiosos del siglo XIX ya habían predicho que al siglo de la formación de las nacionalidades, como se lo llama a éste,

debía seguir el de las confederaciones continentales. [...] Hace ya muchos años, un brasileño ilustre que veía lejos –Rio Branco– lanzó la idea del ABC, pacto político-regional destinado a tener proyecciones históricas. [...] El mundo se encuentra abocado a su problema de superpoblación. Su necesidad primaria es producir comida ya insuficiente. La lucha del futuro será económica y, en primer término, por esa producción. Ello indica que un aporte sustancial del futuro económico del mundo se desplazará hacia las zonas de las grandes reservas territoriales aún libre de explotación. [...] La batalla de esa nueva forma colonial se decidirá sin duda en el último cuarto del siglo XX. El año 2000 llegará con ese signo o con el triunfo de las confederaciones continentales, [...] entretanto, ¿qué hacemos los sudamericanos? Vivimos en pleno siglo XIX en el siglo XX, cuando el porvenir puede ser nuestro según el fatalismo histórico y geográfico, a condición de despertarnos a tiempo.

El futuro ha de tocarnos a nosotros. Por lo menos estamos sindicados en el devenir histórico por situación de tiempo y espacio. No sea que la hora llegue y nos pase lo que a otros, que tuvieron el mundo en sus manos sin saber qué hacer con él. Si nos preparamos para enfrentar las tareas del destino, es menester preparar a estos pueblos en la mística emergente de ese destino. La unidad básica comienza por la unión y ésta por la unificación de un núcleo básico de aglutinación.

El futuro mediato e inmediato, en un mundo altamente influenciado por el factor económico, impone la contemplación preferencial de este factor. Ninguna nación o grupo de naciones pueden enfrentar la tarea que un tal destino impone sin unidad económica.

El signo de la Cruz del Sur puede ser la insignia de triunfo de los penates de la América del hemisferio austral. Ni Argentina, ni Brasil, ni Chile aislados pueden soñar con la unidad económica indispensable para enfrentar un destino de grandeza. Unidos forman, sin embargo, la más formidable unidad, a caballo sobre los dos océanos de la civilización moderna. Así podría intentar desde aquí la unidad latinoamericana con una base operativa polifásica con inicial impulso indetenible. Desde esa base podría construirse hacia el norte la Confederación Sudamericana unificando en esa unión a todos los pueblos de raíz latina ¿Cómo? Sería lo de menos, si realmente estamos decididos a hacerlo.

Si esa Confederación se espera para el año 2000 qué mejor que adelantarnos, pensando que es preferible esperar en ella a que el tiempo nos esté esperando a nosotros.

Sabemos que estas ideas no harán felices a los imperialistas, que “dividen para reinar”. Pero, para nosotros, los peligros serán tan graves desde el instante en que la tercera guerra mundial termine, que no hacerlo sí será un verdadero suicidio. Unidos seremos “inconquistables”; separados indefendibles. Si no estamos a la altura de nuestra misión, hombres y pueblos sufriremos el destino de los mediocres. La fortuna nos ha de tender la mano. Quiera Dios que atinemos a asirnos de ella. Cada hombre y cada pueblo tienen la hora de su destino. Ésta es la de los pueblos de estirpe latina.

Nosotros, los argentinos, preparados, estamos listos y esperamos. Si arrojamos la primera piedra, es porque estamos exentos de culpa. (En Perón, 1990: 142)

Transformado en núcleo conceptual teórico-práctico, el continentalismo de Perón cobra una contemporaneidad absoluta en el tercer período del sistema-mundo, siendo nuevamente el punto para repensarnos en la ecúmene mundial.



SEGUNDA PARTE

---

**EL CONTINENTALISMO Y SU ESTRATEGIA  
ANTE EL SISTEMA-MUNDO**



# EL SISTEMA-MUNDO: DESAFÍO, CRISIS Y OPORTUNIDADES

**D**esde los descubrimientos marítimos del siglo XV, al iniciarse la globalización oceánica y luego mundial, se conformó en el sistema-mundo una relación asimétrica de centro-periferia que se desarrolla en distintas fases históricas y continúa acelerando su proceso en el siglo XXI, y que desemboca luego de la Segunda Guerra Mundial en la hegemonía de Estados Unidos.

La implosión de la Unión Soviética y la disolución de un sistema estructurado bajo la égida del comunismo burocrático dejaron a Estados Unidos en condición de única superpotencia y como el máximo centro económico, tecnológico y militar del mundo, con capacidad de ejercer, virtual y potencialmente, una incontestable hegemonía planetaria. Todo suponía que se iniciaba una nueva era de la historia, bajo el rótulo de la paz americana.

Esa situación, no obstante el obvio predominio de Estados Unidos, no llegó a configurar una dominación unilateral estable y universal. Por una parte la Unión Europea, en un proceso de ampliación de nuevos miembros, formó un sistema económico superior al de Estados Unidos y presenta una tendencia de redefinición y debate creciente sobre la necesidad de equiparación de una política exterior y de defensa con más autonomía de Estados Unidos. Por otra parte, la China de Deng Xiaoping y sus sucesores, con un crecimiento extraordinario y único en la historia de los últimos veinte años, se encamina inevitablemente a constituirse en otra superpotencia en el siglo que comienza y ya se configura como autónoma en el sistema internacional (Castro, 2007). Hay que tomar en cuenta, asimismo, el peso internacional de los países que el embajador de Brasil Samuel Pinheiro Guimaraes denomina “grandes países periféricos”, como India y Rusia.

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Además de factores externos de contención de una hegemonía universal, operan en Estados Unidos, en sentido contrario, factores internos. En última instancia, se trata de que a partir de la guerra de Vietnam, tanto por causa de ésta como por la intervención de otros factores, se rompió el consenso nacional respecto del papel a ser ejercido por Estados Unidos en el mundo.

Por diversas razones, el pueblo norteamericano no está más dispuesto –como en épocas de Theodore Roosevelt e incluso de John Kennedy– a cargar con sacrificios financieros o en términos de vidas y de esfuerzos humanos para imponer una hegemonía mundial. El Imperio Romano, desde Escipión a César y Trajano, fue conquistado por legiones romanas con la participación activa de romanos de toda Italia y de las provincias romanas. Los imperios coloniales europeos del siglo XIX y comienzos del XX contaron con gran apoyo popular en las respectivas metrópolis. El proyecto hegemónico de la elite de poder norteamericano debe ser ejecutado sin ese activo respaldo popular, enfrentándose eventualmente a objeciones moralistas en el ámbito doméstico. (Pinheiro Guimaraes. 37)

Las dificultades internas y externas constituyen un serio obstáculo para la plena consolidación de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Sin embargo, convendría agregar que la estrategia de la elite de poder de ese país posee cierto nivel de éxito por el hecho de su hegemonía bélica sin igual, a pesar de los fantasmas de Irak y Afganistán.

Además, a diferencia de Roma –*pax romana*– o Inglaterra –*pax victoriana*–, Estados Unidos alimenta un proyecto imperial basado en el poderío militar y en enclaves de libre comercio en un mundo que tiende a la regionalización en la globalización.

Con México ya incluido en el NAFTA y con América Central y el Caribe como perímetros internos de la política de defensa de Estados Unidos y ante el fracaso del ALCA, Estados Unidos tiene en la mira a América del Sur a través de la conquista por la vía de tratados de libre comercio o de la militarización bajo el pretexto de la “guerra al terrorismo”.

La hipótesis de que América del Sur alcance el grado de “interlocutor nacional independiente” depende fundamentalmente de la materialización del Mercosur como Estado continental sudamericano. Si

esto ocurre, América del Sur emergerá, en la hipótesis de un futuro régimen internacional multipolar, como otro interlocutor independiente. En tales condiciones sería posible que los países sudamericanos fueran capaces de preservar tanto su identidad nacional como su destino histórico.

Estamos frente a uno de los más decisivos y dramáticos momentos de la historia sudamericana, con sus relevantes implicaciones latinoamericanas y mundiales. Es ahora o nunca. (Jaguaribe, Prólogo a Gullo, 17)

*En este “ahora o nunca” se renueva y se reactualiza el continentalismo sudamericano de Juan Domingo Perón como único pensamiento totalizador del conjunto de América Latina en la senda de Bolívar, San Martín y Ugarte, para que la región, al decir del Libertador Simón Bolívar, emerja al mundo como la nación de repúblicas donde reine la dignidad y la justicia.*

A partir de ahora vamos a analizar los diversos planos de la realidad social del sistema-mundo del siglo XXI para proyectar a Perón más allá de su tiempo histórico, hacia la actualidad del continentalismo.



# LAS TRES REALIDADES SOCIALES DEL SISTEMA-MUNDO

La transición de la post Guerra Fría hacia la construcción de un “orden” mundial –sin rostro definido todavía– nos conduce a reconocer las tres realidades sociales coexistentes en el sistema-mundo del siglo XXI. Celestino del Arenal (2001a) nos orienta en la identificación de estas tres realidades: *el sistema político diplomático, el sistema transnacional y la sociedad humana*.

El *sistema político diplomático* está constituido por el conjunto de actores de esa naturaleza política, comunidades políticas en general y en la actual sociedad internacional, Estados y organizaciones internacionales, es decir, por las relaciones que se producen entre las diferentes unidades y grados de poder.

Aquí coexisten, por un lado, un mundo de actores diversos y, por otro, un mundo estadocéntrico: pero en función de nuestra hipótesis únicamente poseerán soberanía operativa los Estados continentales.

En este plano se produce una gran confusión al uniformizar a todos los Estados bajo la categoría de Estado-nación o realizar una tipología sobre la base de nombres que dicen mucho y nada al mismo tiempo, como *superpotencia, potencia regional, Estados medianos, Estados pequeños*, etcétera.

El *sistema transnacional* está integrado por las relaciones que tienen lugar entre actores de diferente naturaleza, empresas transnacionales, organizaciones no gubernamentales, fuerzas religiosas, carteles del narcotráfico, mafia, internet y un sinfín de actores. Muchos de esos actores poseen mayor poder que los llamados “Estados pequeños” o “medianos” (por ejemplo: la facturación anual de la Toyota Corporation es muy superior al producto bruto interno de Haití). La *sociedad humana*, por el contrario, está constituida por

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

las relaciones entre las personas, en tanto actores y sujetos de una sociedad. Estas tres realidades son fuertemente interdependientes y estuvieron siempre a lo largo de la historia.

Hay que rechazar, por lo tanto, la imagen de la sociedad internacional (como exclusivamente sociedad de comunidades políticas o de Estados, defendida por los realistas) y asumir la realidad de una sociedad internacional que, al mismo tiempo que es interestatal, es también transnacional y humana, en razón de la diferente naturaleza de los actores y de la interrelación e interacción que se produce en su seno y del alcance común y global de los problemas y soluciones. (Del Arenal, 2001a: 478)

De todas maneras, volvemos a resaltar que dentro del plano de las tres realidades sociales interdependientes, en última instancia los actores protagónicos del sistema-mundo son los Estados continentales que se ubican dentro del sistema político diplomático.

# APROXIMACIONES A LAS TEORÍAS DE LA “AUTONOMÍA” EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN AMÉRICA LATINA

Las teorías de las relaciones internacionales, tal como los paradigmas de la ciencia social en general, son el resultado de un tiempo y un espacio social y político determinado. La interpretación del mundo que expresa un paradigma se hace desde un punto de vista definible en términos de nación, clase social, poder ascendente o declinante, etc. Cuando una teoría aparece divorciada de la realidad, disociada del tiempo y el espacio, puede ser ya una ideología y no un instrumento metodológico. (Bernal Meza, 55)

**L**a teoría como espacio de reflexión sistemática que se retroalimenta de la realidad tiene encarnadura en un espacio y un tiempo específicos. Desde esta definición abordaremos, sin ahondarlas, algunas teorías elaboradas desde y para América Latina; podemos denominarlas “emancipatorias” de los modelos macro-micro, teorías llegadas desde los centros de poder y repetidas acriticamente en nuestro “espacio y tiempo”, en el concepto de Haya de la Torre. Ello nos permitirá dimensionar o visualizar desde un enfoque más claro la originalidad y la vigencia del continentalismo de Perón en el sistema-mundo del siglo XXI.

De todas maneras, precisamos que no se trata de un estudio exhaustivo y pormenorizado de esas teorías sino de una aproximación con la finalidad expuesta en el párrafo anterior: cómo ubicar la teoría y la praxis de Perón en los modelos teóricos de las relaciones internacionales.

Según Raúl Bernal Meza:

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

El pensamiento denominado como “Prebisch-CEPAL” constituye el punto de inicio del desarrollo de un pensamiento propio latinoamericano en relaciones internacionales, a partir de la economía política. En efecto, la crítica a la teoría clásica y neoclásica de la especialización en el comercio internacional (división internacional del trabajo) se sustentó en el modelo centro-periferia. Éste, centrandó su aplicación en el análisis del (sub)sistema de relaciones económicas internacionales, constituyó el origen del pensamiento estructuralista latinoamericano. [...]

La explicación modélica, conocida como centro-periferia, fue construida sobre la teoría del deterioro de los términos del intercambio, convivencia del papel del progreso técnico, de su difusión internacional (desde los países desarrollados a los subdesarrollados) y la distribución profundamente desigual de sus frutos, así como, derivado de lo anterior, su impacto relativo en el aumento de la productividad. (67, 80)

En síntesis:

La formulación permite construir una filosofía de la historia y una teoría del sistema histórico del capitalismo o –como el mismo Prebisch definió– una teoría global del desarrollo. (85)

Para situarnos históricamente, agregamos que en el tercer período de la historia geopolítica de América Latina (desarrollada en la Primera Parte, “Desde el Mercosur”), luego de los movimientos nacionales populares con sus impactos integracionistas, democratizadores e industriales en los que el peronismo fue uno de los principales epicentros, se inicia una subfase estructuralista, que básicamente postulaba que a la unidad no se llega por una declaración abstracta sino a través de “regiones concretas”. Y vino luego la primera oleada regionalista en los años 60, simbolizada por Raúl Prebisch<sup>1</sup> y Felipe Herrera, la ALALC, el Pacto Andino de 1969. Luego el reflujo, y desde 1985 la segunda oleada se levanta a partir del ensamble de Brasil y Argentina. La alianza argentina-brasileña se

1. Para estudiar el pensamiento de Raúl Prebisch véase Francisco Alburquerque Llorens (1989).

constituye en el pivote regionalizador fundante de la futura unidad de América del Sur.

El Mercosur debe jugar un doble papel en el sistema-mundo: ser un Estado continental y, desde allí, contribuir a un “orden” de equilibrio de poderes junto a la Unión Europea, China, Rusia, etc., con el fin de generar contrapesos a la unilateralidad de Estados Unidos. Ése es el desafío que tenemos para los próximos diez a veinte años, según Helio Jaguaribe.

Sin embargo, queremos realizar algunas puntualizaciones respecto de lo que estamos tratando. Nos permitimos disentir modestamente con Bernal Meza en lo que hace al reconocimiento que hace de la teoría cepaliana como “el punto decisivo del desarrollo de un pensamiento propio latinoamericano en relaciones internacionales, a partir de la economía política” (67).

El pensamiento latinoamericano como sistema de ideas en búsqueda incesante de su originalidad y por lo tanto de su identidad como “filosofía sin más”, al decir de Leopoldo Zea, siempre tuvo por característica una base que le brinda identidad internacional a partir de su identidad cultural común.

No podemos asociar al nacimiento de un pensamiento propio porque toma envergadura en un organismo internacional, en este caso la CEPAL., O con el nacimiento, agregamos nosotros, de los estudios internacionales en las universidades. Estaríamos desconociendo todo el itinerario del siglo XX iniciado con Rodó, Ugarte, García Calderón, que no constituye una manifestación de afirmación culturalista sino el nacimiento del bolivarismo en un plano político.<sup>2</sup> Manuel Ugarte plantea los “Estados Unidos del Sur” en 1901.

Más aún, estaríamos salteando a los únicos pensamientos dinamizadores del pueblo latinoamericano que fueron los movimientos nacionales populares y sus exponentes máximos: Haya de la Torre y Juan Perón, hijos de la generación latinoamericana del 900 (Barrios, 2007). En este plano, el continentalismo de Perón –como teoría y praxis original de un intento de regionalización endógena en cooperación con el sistema-mundo, no como conflicto– brinda una proyección estratégica única en el siglo XXI.

2. Para un estudio del pensamiento latinoamericano, véase Eduardo Devés Valdés (2000, 2003, 2004).

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Es enriquecedor el balance que hace Theotonio Dos Santos (2002) de la teoría de la dependencia a mediados de la década del 60, donde queda demostrada “la incapacidad del capitalismo de reproducir experiencias exitosas de desarrollo en su ex colonia. (...) Aun países que presentaban tasas de crecimiento económico bastante elevadas, como los latinoamericanos, cuya independencia política había sido alcanzada a principios del siglo XIX, estaban limitados por la profundidad de su dependencia económica y política de la economía internacional. Su crecimiento económico parecía destinado a acumular miseria, analfabetismo y una distribución de renta decisora” (20).

Los postulados de la dependencia, en forma sintética, se resumen así:

- a) El subdesarrollo está conectado de manera estrecha con la expansión de los países industrializados.
- b) El desarrollo y el subdesarrollo son aspectos diferentes de un mismo proceso universal.
- c) El subdesarrollo no puede ser considerado primera condición para un proceso evolucionista.
- d) La dependencia no es sólo un fenómeno externo sino que se manifiesta también bajo diferentes formas en la estructura interna (social, ideológica y política) (Magnus Blomstron y Bjorn Hettne, citados por Dos Santos, 25)

Nos parecen reveladoras y brillantes las coincidencias y diferencias como instancia de diagnóstico y superación entre estas teorías y la Tercera Posición, puntualizadas por Malvina Eugenia Rodríguez (2006):

En realidad, el planteo de la dependencia comparte con la Tercera Posición peronista la denuncia de la situación regional con que se perfilan las relaciones entre el norte desarrollado y el sur dependiente en el marco del capitalismo y que se acentúa con el creciente deterioro de los términos de intercambio en el período de posguerra, situación que afecta notoriamente al mundo periférico productor de materias primas, algunos de cuyos actores estaban iniciando un proceso de industrialización que aún se presentaba sumamente vulnerable.

Si bien la teoría de la dependencia contribuyó a la difusión del diagnóstico referido, desnaturalizando las injusticias existentes

entre el centro y la periferia, [...] los dependentistas relegaron la urgencia de presentar un proyecto que valora los márgenes de autonomía y las estrategias a seguir en consecuencia para modificar la situación de dominación. En lugar de ello, la respuesta fue descorazonante y nihilista como una consecuencia automática (André Gunder Frank, Dos Santos) o semiautomática (Celso Furtado, Fernando Enrique Cardoso, Octavio Ianni) de asimetrías estructurales por el modo capitalista de producción. (41)

Malvina Rodríguez la diferencia de la originalidad de la Tercera Posición:

Perón encuentra a los dos imperialismos –comunismo y capitalismo– aliados coordinados e integrantes en la distribución acordada del gobierno y dominación mundial. En ese marco en *La hora de los pueblos* Perón dice: “La existencia del mundo enfrentado a los actuales imperialismos constituye el intento de gravitación hacia una integración histórica que ha de ser simultánea a la integración geopolítica”. (72)

La integración latinoamericana como Estado continental resulta estratégica para generar fisuras en el “orden internacional” bipolar dentro de las capacidades de márgenes posibles. De ahí la sentencia de Perón: “El año 2000 nos encontrará unidos o dominados”. A partir de estos conceptos, Eugenia Rodríguez profundiza:

Aquella necesidad de diferenciación de los dos frentes imperiales que había tenido su expresión en la Argentina con la presentación de la Tercera Posición tuvo su variante internacional en el Movimiento de Países No Alineados que durante la década del 70 se proyectó con una importante posibilidad de alteración de la balanza de poder que había caracterizado al mundo bipolar desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Ya desde los comienzos de los 60 numerosos países latinoamericanos manifestaron sus deseos de no alineación y alejamiento del enfrentamiento americano-soviético, adhiriendo al movimiento no alineado. Pero es particularmente en la década siguiente cuando este movimiento adquiere especial relevancia. (43)

Para Atkins esta alternativa al statu quo del equilibrio de poder ha tenido la ventaja práctica de colocar a los participantes en condiciones de negociar ayuda de ambos bandos en la competencia este-oeste.

Es en este último punto donde puede rastrearse una diferenciación entre las orientaciones del movimiento de los no alineados y la formulación de la Tercera Posición. El primero no pudo escapar en la mayor parte de su desarrollo a las disputas bipolares, por cuanto no alineación no se traducían en una política concreta que proyectaba a los países miembros a otro forma de cooperación en las relaciones internacionales. La Tercera Posición, en cambio, no se propone como estrategia de presión hacia las potencias dominantes sino como separación y, a la vez, camino de entendimiento hacia la integración nacional en un contexto de desigualdad universal. (43)

La Tercera Posición no es una abstracción dogmática; poseía y posee una estrategia: la integración histórica de nuestra comunidad latinoamericana simultánea a la integración geopolítica, es decir el Estado continental, para abrir cauces, contraequilibrios, grietas sin fisura total, para un “orden internacional”, unipolar, bipolar o multipolar que brinde capacidad de soberanía. Integración geopolítica que significa crear un poder tangible (económico, militar, poblacional, político, científico), dinamizado por un poder intangible (la comunidad histórico-cultural) que nos fortalezca en la voluntad política para realizarlo. La operacionalización política de la Tercera Posición, para que ésta no sea un eslogan, en la estrategia de Perón se llamó “continentalismo”.

Ahora bien, tomaremos cuatro modelos teóricos de “autonomía” en las relaciones internacionales, que nos servirán para ubicar a Perón y proyectarlo aún más allá. Lo haremos, como dijimos, en un abordaje sintético y aproximativo, a partir de los planteos de Juan Carlos Puig, Helio Jaguaribe, Juan Gabriel Tokatlian, Roberto Russell y por último Alberto Methol Ferré.

Russell y Tokatlian caracterizan a los autores que se ocuparon de la autonomía, tomando a Juan Carlos Puig y Helio Jaguaribe como ejemplos de estudiosos que produjeron una ruptura teórica con los enfoques de la dependencia. Sostienen que tuvieron un puente intelectual con Prebisch en lo que hace al rechazo del statu quo mundial. Los dividen en dos corrientes: “el realismo de la periferia” y el “utilitarismo de la periferia”, donde ubican a Carlos Escudé, del

cual no nos ocupamos puesto que enfocaremos exclusivamente a los realistas periféricos.

Existe un patrón o matriz conceptual en estos actores:

- a) Advirtieron la existencia de un sistema internacional asimétrico y desfavorable para América Latina, pero reconocieron –de ahí su importancia– la “permissividad” de tal sistema, que podía ser aprovechado creativamente por los Estados de la región.
- b) Adoptaron una ideología nacionalista, donde el Estado puede adoptar un rol de impulsor de un capitalismo nacional.
- c) Reconocieron al Estado-nación como unidad de análisis principal del sistema.
- d) Consideran la autonomía nacional, traducida en términos de interés nacional, como objetivo y no como resultado de un mero voluntarismo.
- e) Articulan los recursos de poder tangible e intangible para sumar poder en el camino de encaminar una estrategia de autonomía nacional.
- f) No asociaron la autonomía de América a un régimen político.
- g) Priorizaron en su análisis las relaciones asimétricas del poder en su dimensión vertical, es decir, el fenómeno del imperialismo y de Estados Unidos.

En suma, estos realistas de la periferia construyeron una teoría normativa orientada a la acción política. (Russell y Tokatlian, 89)

El análisis de Jaguaribe parte de la estratificación internacional de la Guerra Fría, que él denomina “sistema interimperial”. De ello resultan cuatro niveles: *primacía general* (Estados Unidos), *primacía regional* (Unión Soviética), *autonomía* (en general los países más desarrollados) y *dependencia* (los países del Tercer Mundo).

Define la autonomía señalando que ésta, “sin asegurar la inexpugnabilidad del territorio propio, se caracteriza por el hecho de que los titulares disponen de medios para imponer severas penalidades, materiales y morales, a un eventual agresor. Disponen además de un margen bastante amplio de autodeterminaciones en la conducción de sus negocios internos y una apreciable capacidad de actuación internacional independiente” (citado por Bernal Meza, 207).

Para Jaguaribe la “autonomía” es el objetivo supremo de una política internacional derivada de las capacidades internas. Establece

una relación entre autonomía y dependencia: ésta incluye a la mayoría de los países del mundo, que no disponen de ningún atributo para ubicarse en niveles más altos. Se trata de una soberanía nominal. Señala que “en términos estructurales el acceso a la autonomía depende de dos condiciones básicas: la viabilidad nacional y la permisividad internacional” (208).

La primera depende de los recursos humanos y naturales y de la capacidad de intercambio internacional en un determinado momento histórico de un Estado: en esta dimensión Jaguaribe no excluye las características cualitativas (integración sociocultural y patrones ético-educacionales multiplicadores de la eficacia de los recursos). Con respecto a la permisividad, sostiene, “la categoría de permisividad internacional es de más difícil caracterización abstracta. Se refiere fundamentalmente a la medida en que, dada la situación geopolítica de un país y sus relaciones internacionales, este país disponga de condiciones para neutralizar el riesgo proveniente de terceros países, dotados de suficiente capacidad para ejercer sobre él formas eficaces de coacción. Estas condiciones podrían ser puramente internas, como el desarrollo de una apropiada capacidad económico-militar o, también, el establecimiento de convenientes alianzas defensivas” (208).

Para Jaguaribe los niveles de dependencia son cuatro: 1) *colonial* (colonia formal); 2) *neocolonial* (colonia informal); 3) *satélite* (subordinación política informal), y 4) *provincial* (tiende a ser una profundización del satelismo).

Como vimos en la Primera Parte, Jaguaribe caracteriza el sistema-mundo del siglo XXI con un nuevo sistema de estratificación:

- a) *Nivel supremo*: Estados Unidos. Soberanía máxima.
- b) *Nivel de autonomía relativa*: Soberanía funcional, Europa.
- c) *Nivel de resistencia*: China, India, Rusia, con posibilidad concreta de subir de nivel.
- d) *Nivel de dependencia*: Meros segmentos del mercado financiero mundial. Soberanía mínima (Ferrer y Jaguaribe, 71).

Para Jaguaribe, en caso de éxito el Mercosur proporciona a sus miembros un poder de negociación que ninguno de los países que lo integran podría tener aisladamente y señala que, de no materializarse ese poder político-estratégico, tenderían a convertirse en un plazo relativamente corto “en segmentos anónimos del mercado

internacional, exógenamente dirigidos por las grandes multinacionales y potencias con jurisdicción sobre sus matrices” (71).

Esos países conservan los aspectos formales de su soberanía: bandera, fuerzas armadas, hasta “elecciones libres” si son sociedades democráticas. Fue para preservar su soberanía ante su declinante competitividad internacional que se firmó el acuerdo franco alemán formando la Comunidad Europea, hoy convertida en Unión Europea. Países continentales como China, India, Rusia, dotados de amplios niveles de autosostenimiento, escapan a la dependencia y generan espacios de permisividad internacional. Creo que puedo concluir estas consideraciones subrayando la absoluta indispensabilidad, dentro de condiciones apropiadas, de la alianza Argentina-Brasil. Por otro, reconociendo la perfecta viabilidad de ese proyecto y concibiéndolo en función del Mercosur y del sistema sudamericano de cooperación como única manera de preservar nuestra identidad y destino histórico. (Jaguaribe. 2006c: 87)

Los trabajos de Juan Carlos Puig se empeñaron en el enfoque analítico del tratamiento de la autonomía. Además de ser uno de los primeros teóricos de las relaciones internacionales de la Argentina, Puig se desempeñó como canciller del gobierno peronista de 1973. Señala:

Por lo general, las preteorías, teorías y doctrinas en boga, enfocadas desde el ángulo visual de los recursos de poder que la realidad social internacional ofrecía a los países en desarrollo, enfatizan la posición predominante, virtualmente hegemónica, de las grandes potencias, en detrimento del papel que en una apreciación más objetiva ofrecería a los países pequeños y medianos. ¿Tal vez nuevamente porque tales instrumentos teóricos han sido elaborados por especialistas conectados a los centros? (Citado por Bernal Meza, 213)

Con relación a los cambios de la dinámica internacional de los 70 Puig formula una actualización de la Tercera Posición. En su diagnóstico maneja dos dinámicas: *la percepción de que se estaba gestando un nuevo “orden” tendiente hacia la multipolaridad y los procesos de transformación en América Latina.*

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Su interpretación sobre la autonomía tiene dos elementos: 1) la voluntad de los grupos de poder de llevar a un Estado a la máxima capacidad soberana, y 2) la relación entre viabilidad, autonomía e integración.

El tránsito de la dependencia a la autonomía ha sido estudiado como:

- a) *Dependencia paracolonia*: soberanía formal-neocolonial.
- b) *Dependencia nacional*: cuando los grupos de poder de un Estado racionalizan la dependencia y buscan fijar un proyecto nacional.
- c) *Autonomía heterodoxa*: se verifica cuando los grupos que detentan el poder de un Estado adoptan la conducción estratégica de la potencia dominante del bloque pero discrepan abiertamente en tres cuestiones: 1) en el modelo de desarrollo interno que puede no coincidir con lo que desea aquella potencia; 2) en las vinculaciones internacionales que no son determinantes, y 3) en no aceptar dogmáticamente lineamientos estratégicos de la potencia dominante que a veces puede o no coincidir con el interés nacional del país.
- d) *Autonomía secesionista*: significa aislarse y enfrentarse directamente a la potencia dominante.

El factor *viabilidad* se transformaba en el insumo vital de su teoría. Por consiguiente, “la integración regional o latinoamericana que tuviera objetivos autonómicos, apoyados en un modelo de desarrollo nacional congruente, pasaba a ser instrumental” (213-215) y estratégica.

Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlian sostienen:

Las circunstancias mundiales (el cambio sistemático producto del fin de la Guerra Fría y de los atentados de 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, así como la relativa desaceleración del proceso de globalización) y de América del Sur (democratización e integración, con luces y sombras) requieren una resignificación profunda del concepto de autonomía entendida como una condición del Estado-nación. (96)

Esta nueva situación vuelve anacrónico el concepto de autonomía tradicional:

Al igual que en las bases del sistema interestatal y de la sociedad transnacional, la autonomía como condición guarda una estrecha correlación con la posición de los países en la estructura del poder global y con la forma en que estas mismas naciones utilizan sus recursos de poder. Sin embargo, otros factores afectan en forma creciente los patrones de relaciones entre países. En particular, las redes, normas e instituciones que los vinculan y las características internas de los Estados. (97)

Para estos estudios, en América del Sur se dan las condiciones de “un contexto para la acción” que favorece al tránsito de una autonomía que se define por contraste a otra que se construye dentro de un contexto de relaciones, la “autonomía relacional” (97).

A diferencia de la noción de autonomía tradicional que ayudó en dos direcciones opuestas (pues valoró la concertación e integración regional y simultáneamente privilegió la lógica del conflicto al poseer un sustento realista y neorrealista tendiente a la autosuficiencia), la noción de autonomía relacional se nutre de la teoría política clásica, la sociología política, los estudios de género, la psicología social y la teoría del pensamiento complejo.

La autonomía relacional como condición se refiere a la capacidad y disposición de un país para actuar independientemente y en cooperación con otros, de manera competente, comprometida y responsable. La autonomía relacional como interés nacional objetivo, esto es, la preservación y ampliación de grados de bilateralidad, se funda en un nuevo patrón de actividad, una nueva estructura institucional y un nuevo sistema de ideas e identidades prácticas. Instituciones, ideas e identidad se definen y desarrollan dentro de un marco de relaciones en las que el “otro” en vez de lo opuesto comienza a ser parte integral de la que uno es. (103)

Como práctica, la autonomía relacional implica interacción, negociación y participación en el régimen internacional tendientes a facilitar la gobernabilidad global: la autonomía no se define por el poder para aislarse sino por su poder para influir en los asuntos mundiales.

La autonomía relacional abarca todas las áreas de acción estatal, incluida la militar, la económica, la profundización de la democracia,

la participación estatal, la cesión de soberanía ampliada, la interdependencia regional, la integración física y la convergencia política.

El primer círculo externo para el ejercicio de la autonomía relacional estaría formado principalmente por los países de América del Sur. (107)

Alberto Methol Ferré, por su parte, sostiene que “América Latina debe mirarse geopolíticamente”, esto se “le vuelve exigencia vital”, e insiste en que es necesario superar las “ideologías sin espacio”. Para el pensador uruguayo, desde un modelo teórico enfocado de la actualidad histórica, no existe actualidad por sí misma: “Bolívar, San Martín y Lucas Alamán fueron herederos de las elaboraciones geopolíticas hispano-portuguesas”. No obstante ello, debido a la disgregación del área hispánica en una veintena de repúblicas, “se descompuso y se redujo a nada esa herencia”. Brasil, en cambio, mantuvo la unidad y así “la continuidad de las vastas perspectivas que lo fueron configurando” (citado por Eduardo Devés Valdés, 2003: 253).

En América Latina “la nueva unidad continental es igual que la realización de su antiguo origen nacional quebrantado, pues aquí continental y nacional pueden ser lo mismo” (253).

Methol Ferré ha sostenido en sus obras *Geopolítica de la Cuenca del Plata*, *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*, *El Uruguay como problema*, *La América Latina en el siglo XXI*, la tesis integracionista de que sin la conjunción argentino-brasileña no habrá Latinoamérica. Su ideario puede resumirse así: “Somos múltiples patrias de una sola nación” (Recondo, 2001: 179).

Su modelo teórico y práctico parte de que una economía global implica respuestas regionales. Los únicos que pueden controlarla y regularla son los Estados continentales. Sólo los Estados continentales, al agotar su viabilidad el Estado-nación, construirán el “orden internacional” del siglo XXI. El Mercosur implica el doble desafío de saltar, cualitativa y cuantitativamente, de los Estados-ciudad o Estados-puertos al Estado continental industrial sudamericano, que es el único que puede llevar a la *democratización, la industrialización y la integración y cuyas fuerzas sociales sólo la pueden llevar a cabo los movimientos nacionales populares, los únicos pensamientos dinamizadores del pueblo latinoamericano*.

El refundador de la política latinoamericana del salto al Estado continental industrial -que implica una revolución cultural- ha

sido el general Perón. Fuera de esto no hay destino (Methol Ferré, 2000).

El Estado continental significa un poder de la cultura, la economía, la ciencia tecnológica, la ciudadanía común, la seguridad, la defensa, es decir, un avance mucho mayor que el de la economía solamente.

De este modo, Methol Ferré transforma la geopolítica de disciplina ocupada en la seguridad y la guerra en disciplina para el desarrollo, la integración y los derechos humanos. (Devés Valdés, 2003: 254)

Realizando un ordenamiento en función de unidades conceptuales podemos extraer las siguientes conclusiones:

- a) La teoría de la autonomía en los referentes seleccionados parte de la identificación de un sistema internacional estratificado.
- b) La autonomía como suma de recursos tangibles e intangibles para lograr un principio de viabilidad en un proceso de transición de un sistema-mundo a otro es posible a través de la integración.
- c) La integración no se agota en la dimensión derivada de los procesos de crecimiento de economía hacia adentro, o sustitución de importaciones, sino que pasa por un salto a una economía de escala industrial en un espacio regional.
- d) El poder resultante es multidimensional: político, científico, tecnológico, cultural, militar y económico.
- e) La primera área geopolítica es América del Sur y el núcleo, la Cuenca del Plata, en carácter de una frontera viviente.
- f) En la construcción del nuevo “orden” el poder multidimensional es el canal hacia un poder continental o supranacional que suma soberanía y no resta.
- g) Una política de integración en última instancia es una política de la cultura que atraviesa todas las dimensiones del poder ya que su finalidad es crear y recrear un nosotros más amplio.
- h) No encontramos diferencia sustancial entre el realismo periférico de Jaguaribe y Puig o autonomía clásica y la autonomía relacional de Russell y Tokatlian. La diferencia sería de tiempo-espacio: la primera se verifica durante la Guerra Fría y la segunda en el final de la post Guerra Fría.
- i) Ninguno de los pensadores analizados parte de una ingenuidad, de un voluntarismo idealizado o de una lógica del conflicto

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

estatalista o aislacionista. La mejor manera de insertar América Latina al mundo es a través de la cooperación, que pasa por sumar poder.

- j) Para Jaguaribe el Mercosur es la masa crítica para preservar nuestra identidad y destino histórico a resolver en no más de veinte años.
- k) Methol Ferré reconoce en Perón al reinventor –desde el realismo político– de la política sudamericana, que estaba estancada desde San Martín y Bolívar, y el Estado continental es el único camino. América latina debe pasar del Estado-ciudad al Estado continental.

# PERÓN, CREADOR DE LA TEORÍA Y LA PRAXIS DE LA “AUTONOMÍA” EN AMÉRICA LATINA

**A** lo largo de este texto hemos visto cómo surgieron las teorías de la autonomía en América Latina a partir de la segunda mitad del siglo XX. Hemos hecho un análisis del itinerario con la intención de construir un bosquejo de la reinención de la política latinoamericana, a partir de la teoría y la praxis, y del realismo político de Perón a través del continentalismo.

En este punto demostraremos nuestra hipótesis, según la cual consideramos a Perón creador de la teoría y la praxis de la autonomía en relaciones internacionales en América Latina, en función de los desafíos del siglo XX y XXI, hecho del cual se desprende una contemporaneidad plena, aunque ésta pase desapercibida o, mejor dicho, sea relegada a un segundo plano en el campo de los estudios internacionales e incluso en su propio movimiento.

En una interpretación sobre el campo de la teoría de las relaciones internacionales, Mario Rapoport (1997) se remite a Jean Baptiste Duroselle y específicamente a la obra de este último *Todo imperio perecerá*, cuyo subtítulo es más sencillamente *Teoría de las relaciones internacionales*.

Para Duroselle, la teoría de las relaciones internacionales debe introducir el factor tiempo o de los ritmos históricos, de continuidades y rupturas. En primer lugar, la historia ayuda a entender las marchas, los avances y los retrocesos de las sociedades no en forma lineal; en segundo término los actores, los sistemas de información y el cálculo estratégico; por último el proceso de toma de decisiones que resultan de las fuerzas que interactúan.

Rapoport dice que lo primero que hay que precisar es al otro, al “diferente”, al extranjero que puede ser amigo o enemigo. Con el

Estado esto es lo que nos permite diferenciar la política interna de la política externa. La noción de “extranjero” va mucho más allá de lo jurídico y está cargada de historicidad.

La frontera y los grupos son otros dos conceptos clave. Las fronteras son productos también de la historia. Al mismo tiempo los grupos (de la familia a la tribu, de los imperios primitivos al Estado-nación) suponen un largo camino y también coexistencia en un espacio de jerarquía. Duroselle también introduce la noción de las diferentes organizaciones de los grupos y la importancia de los factores subjetivos (la voluntad) y objetivos (la estructura de las relaciones).

Las *fuerzas demográficas*, las *fuerzas económicas* y las *fuerzas del sistema de valores* son los tres tipos principales de fuerzas actuantes en la sociedad.

La decisión en política exterior es así una confluencia de la finalidad (decisión tomada en vista de un objetivo por el pequeño grupo que detenta el poder) y de la causalidad (reacción de las comunidades humanas).

En política internacional las ventajas o desventajas de una decisión tienen que tener en cuenta el tiempo histórico más que los resultados inmediatos. (Rapoport, 1997: 31-32)

Duroselle sostiene:

Ninguna teoría de las relaciones internacionales es posible si ella no se sitúa en el tiempo, en la perspectiva dinámica, en la del movimiento. [...]

En todo caso, sólo a partir del factor histórico es posible avanzar en el estudio de las relaciones internacionales abordando los distintos tipos de vínculos entre los países y los pueblos sin caer en criterios biologists. (Citado por Rapoport. 1997: 31, 35)

En primer lugar, el mundo pasó de un sistema cerrado y separado a conformar un vasto espacio comunicado. En segundo lugar, las relaciones entre pueblos son de dos tipos: asimétricas y simétricas. En tercer lugar, las relaciones internacionales pueden ser pacíficas o violentas. Finalmente, abarca campos que pueden actuar separados o juntos: comerciales, financieros, políticos o militares.

En concreto, no se pueden elaborar teorías a priori; la teoría de las relaciones internacionales es empírica pero puede establecer

regularidades y ser conceptualizada o generar reglas que funcionan para el largo o el corto plazo, en suma, excluir de las relaciones internacionales a la historia es como ignorar la realidad (Rapoport, 1997: 19-38).

La conceptualización de Duroselle, a partir de la síntesis que realiza Rapoport, nos servirá de marco teórico para introducir la vigencia del continentalismo de Perón y su vigencia en el sistema-mundo del siglo XXI.

La teoría cepaliana surgida en la década del 50 sin duda significa un aporte novedoso al campo de las relaciones internacionales y la figura de Prebisch, su máximo exponente, traspasó las fronteras a tal punto que hoy es reconocido en el campo científico como parte del paradigma de la dependencia, en la tensión centro-periferia. En esencia, esta teoría elaboró una interpretación del desarrollo latinoamericano centro-periferia.

El resultado del proceso desigual y asimétrico comercial de la periferia al centro, que tendía entonces a ser menor, se reflejaba en el deterioro sistemático de los términos del intercambio. Luego esta situación se torna estructural.

La CEPAL, creada en 1948 en el seno de Naciones Unidas a través de la acción del gran diplomático chileno Hernán Santa Cruz –incluso su sede está en Santiago–, criticó la teoría económica ortodoxa por considerar estática la división internacional del trabajo.

Para lograr un camino estructural, la CEPAL apoya los procesos de crecimiento hacia adentro, o sustitución de importaciones, que se dan en los años 50 en nuestros países, lo que permitiría lograr un desarrollo de industrias orientadas al mercado interno, y aconseja llevar a cabo a través del Estado un proceso de integración económica regional para facilitar la economía de escala y la productividad. La teoría cepaliana se convirtió en la escuela del estructuralismo latinoamericano y sus herederos se declaran neoestructuralistas.

El posicionamiento de la CEPAL y del mismo Prebisch en el campo internacional creó un foco de atención en el campo de las ciencias sociales.

Como balance podemos decir que, en nuestra opinión, la CEPAL fortalece una teoría desde la periferia en el seno de la mismísima Naciones Unidas y como interrogante consideramos que por el propio hecho objetivo de tratarse de un organismo técnico internacional sus aportes se limitaron a recomendaciones, cuando los procesos de integración son netamente políticos. En segundo lugar, en el fondo

–aparte del innegable enfoque sistémico del mundo– se partía de un sustrato netamente economista. En realidad, paradójicamente en eso residía su fortaleza y su debilidad simultáneas.

Ahora bien, una aclaración desde el punto de vista histórico muy puntual e importante: Perón es hijo político de dos tradiciones complementarias: de la *geopolítica* de Ratzel y del *bolivarismo* y *sanmartinismo de la Patria Grande* de la generación del 900, con lo que el planteo teórico de Ugarte de 1901 de plasmar los Estados Unidos del Sur se torna en exigencia política en febrero de 1946, dos días después de la victoria del 24 de febrero de 1946, o sea, casi tres años antes de la creación de la CEPAL (Barrios, 2007).

Perón, al percibir el factor histórico de la emergencia de un “orden” de equilibrio de variante bipolar de dos Estados continentales, está convencido de que “geopolíticamente, había llegado la era de los continentalismos”, una etapa intermedia entre el predominio de los Estados nacionales y el inevitable universalismo que se impondría en el futuro. Al día siguiente de su aplastante triunfo electoral, el 26 de febrero de 1946 dirige una carta a Luis Alberto de Herrera, líder del nacionalismo uruguayo y del Partido Blanco, donde plantea la necesidad de pensar en términos continentales. (Cisneros y Piñeiro Iñiguez, 242)

Perón sostiene en esa carta:

Muy hermoso sueño, pero de difícil realización... Sin embargo, hay que agitarlo para preparar los espíritus al nuevo orden económico. Hay que formar los Estados Unidos de Sudamérica. (Citado por Cisneros y Piñeiro Iñiguez, 242)

Es indudable que la evolución humana en sus diversos aspectos vitales, nacionales e internacionales, se dirige, como ha sucedido a lo largo de la historia de nuestra tierra, hacia integraciones mayores. Del hombre aislado pasamos a la familia y de ésta a la tribu, luego del Estado primitivo a la ciudad, al Estado medieval y a la nacionalidad. Ahora avanzamos en el continentalismo, como lo prueban las organizaciones del Mercado Común Europeo... En el año 2000 las agrupaciones menores serán los continentes. (Perón, 1982: 34)

Vicente Massot (2007) afirma:

Semejante evolución marchaba, según él, al compás de factores y fuerzas sobre las cuales el género humano carece de control. Quizá sea éste uno de los aspectos menos conocidos y más polémicos de sus pensamientos: el de considerar que hay un determinismo histórico cuyo derrotero sería independiente de la voluntad de los hombres. Tratar de torcer el curso de las cosas representa, para Perón, un esfuerzo baldío, si bien resulta cierto que ante la imposibilidad de eludir sus consecuencias la sabiduría política del conductor reside en la capacidad no de frenar su desarrollo sino de comprender el sentido y la dirección de ese rumbo y, por ende, “construir una montura para cabalgar la evolución”.

Clausurada la Segunda Guerra Mundial, había sonado, de acuerdo a su criterio, el momento de los continentalismos, etapa ésta intermedia entre el mundo de las patrias y los Estados-nación y el universalismo, que tarde o temprano sería una realidad superadora de la anterior. Una de las condiciones de ese desenvolvimiento era la “abolición de las Naciones como entidades soberanas”, de las Naciones en el sentido del Estado-nación, y no tuvo empacho de expresarlo a Luis Alberto de Herrera.

Es imposible saberlo a ciencia cierta, aunque por hiperbólicos que parezcan sus vaticinios, Perón fue un adelantado en términos de la necesidad de que América Latina se integrase sobre la base de un soporte supranacional. Ante la imposibilidad de formalizar tamaña unión imaginó, con poco éxito, que la montura de su tiempo era dar forma a los Estados Unidos de Sudamérica. A eso apuntó la reconstitución del ABC –Argentina, Brasil y Chile– en 1953, fracasada en razón de la negativa del mayor país del subcontinente a sumarse al mismo.

Sea de ello lo que fuere, Perón entrevió más que cualquiera de sus contemporáneos hispanoamericanos que el mundo se hallaba en los umbrales de la integración a escala regional y continental.

Que fuera producto de una fatalidad histórica y que el mencionado proceso formase parte de una evolución ineluctable hacia el mundo uno, es algo abierto, y por lo tanto, opinable. No lo es, inversamente, la fuerza de la globalización en marcha que, sin dar mayores detalles de su curso, Perón –en tantas otras predicciones errado– supo anticipar a grandes rasgos con una lucidez poco común. (287-288)

¿Qué nos enseña la geopolítica? Perón contesta:

La geopolítica, conocimiento que estudia el Estado como un fenómeno en el espacio, es pseudociencia o a veces ciencia *port-manteau* para aquéllos que la emplean como un disfraz solapado y vergonzoso de sus designios imperialistas. Es de la primera de la que hablamos. Ella entiende que roto el concierto de las Naciones Europeas en 1914 con la Primera Gran Guerra, que en afianzamiento a grandes potencias no europeas y el despertar nacionalista y viril del continente asiático nace una política de fuerza que tiende indefectiblemente hacia mayores espacios. Las naciones crecen o se marchitan, mas nunca permanecen inmutables. Grandes espacios según los geopolíticos garantizan precisamente la supervivencia nacional. La tierra ha sido totalmente explorada. El aunar las políticas de fuerza es lo que se propone la nueva cartografía de los *Weltzonen* alemanes; esfera euroasiática y continental la una, americana e insular la otra: entre ambas, Bretaña y su imperio que luchan por no perecer. La primera, zona mundial: tierra central y eje geográfico de la historia.

Nace un nuevo materialismo. Si el del siglo XX es económico, marxista en su origen e imperialista en su desenlace, los tiempos venideros vivirán el materialismo geográfico de Haushofer, Ratzel y Mahan.

Lo que la lucha de clases es para el marxista, la lucha del espacio es para el geopolítico.<sup>1</sup>

En función de lo expuesto sintetizaremos los principios vectores del continentalismo sudamericano de Perón tomando el marco teórico de Duroselle conceptualizado por Mario Rapoport:

- a) El factor tiempo de la dinámica en movimiento de la historia está permanentemente presente en Perón; “hay que cabalgar sobre la historia” era una idea rectora para él.
- b) El “diferente” o el “otro” en Perón era internalizado en su idea de comunidad histórica latina para luego avanzar hacia la

1. Documento del general Perón dirigido al Consejo Superior Peronista en junio de 1970, “Nunca nada ha sido fácil en la lucha por la libertad” (citado por Fernández Pardo y López Rita, 1973: 98-99).

integración geopolítica. El “otro” estaba condicionado por la bipolaridad de los imperialismos y la creencia de que una tercera guerra mundial podía producir fracturas, que en ningún momento se entiende como choque. La lógica geopolítica está sintetizada en integración histórica y no en una concepción geopolítica estatalista de tipo westfaliana.

- c) La frontera fue visualizada en su interés por la Cuenca del Plata, lugar de encuentros y desencuentros, y por la bioceanidad, de ahí el nuevo ABC. Esto lo llevó a la praxis.
- d) Los grupos en la dinámica de espacios menores a mayores junto a la coexistencia de jerarquías en el sistema le permitieron intuir estratégicamente que del clan se había llegado al continentalismo, en carácter de agrupación mayor, dando por inviable ya históricamente la “era de las patrias” o del Estado-nación. El continentalismo teórico llevado a la praxis conduce al Estado continental industrial.
- e) Perón entendía la geopolítica como política de los espacios, supone economía en escala, voluntad política, defensa nacional integrada, desarrollo científico-tecnológico. O sea la mutua interdependencia que no podía sostener la democracia social sin una economía industrial planificada y competitiva que fortalezca al movimiento obrero y al empresariado, pero es imposible la democracia social y la industrialización en los espacios del mercado chico que devenía de los procesos de sustitución de importaciones. El Estado continental industrial significaba un salto hacia un espacio mayor para ganar soberanía. En ese sentido era distinto su planteo al de la CEPAL y la teoría de la dependencia.
- f) El continentalismo no fue una teoría “ingenua”; provenía de un político realista, a tal punto que, como lo veremos más adelante, Perón reinventa la política latinoamericana en el siglo XX, que se hallaba encapsulada desde la Guerra de la Triple Alianza en 1870.
- g) Como toda teoría válida, la de Perón era el resultado de un espacio y un tiempo situados que fue el orden bipolar, pero toma más fuerza en el siglo XXI cuando se hace más nítido que el orden internacional de la post Guerra Fría tendrá a los Estados continentales industriales como actores decisivos.

Para brindarle un patrón de actualidad al continentalismo citamos al geopolítico Ignacio Ramonet, redactor jefe del mensual *Le*

*Monde Diplomatique*, que el 12 de enero de 2008 manifestó en una conferencia en Berlín:

India y China no sólo representan una buena tercera parte de la población mundial. Si además añadimos Brasil, Sudáfrica y Rusia, se ve entonces que el peso económico de ese grupo de Estados como motor de la economía ha llegado a ser mayor que el de Estados Unidos. Esos países están en vías de disponer de fondos soberanos estatales que los pondrán en situación de actuar sobre el núcleo mismo de la globalización. En mi opinión, entonces, se planteará más temprano que tarde la cuestión de una vuelta al proteccionismo.<sup>2</sup>

Immanuel Wallerstein sostiene:

El problema actual es que la hegemonía de Estados Unidos está en una crisis creo yo que irreversible e ingresamos en una situación que es y será ultraconfusa, caótica, con grandes cambios en una dirección y en otra, con múltiples polos de poder geopolítico, con una situación económica incierta y vacilante y con cierto grado de violencia en todo el mundo.

Es que así son las transiciones entre un sistema y otro. Estamos entrando en una situación de crisis estructural hacia la construcción de un nuevo sistema mundial, todavía incierto. Es lo que los físicos de la complejidad denominan “bifurcaciones”: bruscas oscilaciones de todas las estructuras y procesos que hemos conocido, inestabilidades que eventualmente se inclinarán en una dirección u otra, y donde no podemos prever qué lado de bifurcación será el lado definitivo del nuevo sistema. Será un siglo de transición y de incertidumbre. No creo que vaya a existir una potencia dominante o hegemónica.

Existen múltiples potencias aparte de Estados Unidos: Europa occidental, Rusia, China, Japón, India, Sudáfrica, Irán, Brasil y el Cono Sur, tal vez Sudamérica como bloque regional. *El sistema interestatal hacia el que vamos estará compuesto por unidades grandes, nacionales o regionales, que podrían jugar un mayor papel.*

2. Entrevista a Ignacio Ramonet, “La crisis política del Foro Social Mundial”, [www.ecoport.net/content/view/full/76001](http://www.ecoport.net/content/view/full/76001).

Si los países del Mercosur pudieran superar sus tensiones internas, si pudieran ampliar el Mercosur para recuperar a los países andinos, creo que esta parte del continente americano puede tener un papel más relevante en la nueva geopolítica mundial. Pero deben tener una política consistente conjunta sobre las grandes cuestiones, no solamente a nivel político sino también económico.<sup>3</sup>

Con relación a la crisis de los mercados el ex presidente de Chile Ricardo Lagos afirma:

Europa, Japón, la ASEAN y cada uno de los países del BRIC están tomando decisiones con impronta propia. América Latina tiene la misma oportunidad. Podemos demostrar fortaleza económica y defendernos del contagio con nuestras propias medidas económicas, debidamente coordinadas entre nosotros. Es otra forma de pensar la integración con la mirada en el siglo XXI.<sup>4</sup>

El sociólogo Manuel Antonio Garretón sostiene que el bicentenario nos obliga a una “aceleración del proceso integrativo de la región creando una arquitectura política como bloque supranacional que ubique a la región solitariamente en término estratégicos en el mundo. Sin una prospectiva de nueva época los bicentenarios no serán más que celebraciones importantes pero efímeras; más aún, es desde esta perspectiva que debiéremos analizar y evaluar lo que se está haciendo en materia de celebraciones y conmemoraciones”.<sup>5</sup>

Rafael Calduch Cervera se muestra contundente:

Lo primero que hay que recordar es que, desde una perspectiva geopolítica, las oportunidades tanto de democratización como de desarrollo que tiene América Latina, a partir de la década del 90 y hasta la actualidad, se vieron impulsadas porque se acabó la Guerra Fría. Eso ha hecho que la tendencia intervencionista

3. Wallerstein. “América Latina puede contar en la nueva geopolítica mundial”, *Clarín*, Buenos Aires, 23 de septiembre de 2007, pp. 36-37.

4. R. Lagos, “Podemos resistir la crisis de los mercados”. *Clarín*, Buenos Aires, 27 de enero de 2008. p. 28.

5. M.A. Garretón, “Bicentenario: tiempos de repensar la región”. *Clarín*, Buenos Aires, 20 de enero de 2008, p. 30.

norteamericana, que hubo en los 40, 50, 60 y 70, no exista ya, al menos no del mismo modo. Y la prueba es que en las dos administraciones de Bush Jr. América Latina se ha caído de la agenda norteamericana y nadie se ha rasgado las vestiduras en Estados Unidos. Eso es muy importante entenderlo, porque el cambio geopolítico mundial le ofrece oportunidades inéditas a América Latina, que debe saber aprovechar. Y que yo creo que, con dificultades, está aprovechando.

Es un momento en el que empiezan a jugar un papel fundamental las potencias regionales formando constelaciones de poder y estabilidad en su propia área de influencia y, al mismo tiempo, tienen un papel de interlocución en el tablero internacional con las potencias hegemónicas de otras regiones del mundo: China, India, Rusia, Sudáfrica.

Hay cuestiones que tienen un nivel de preocupación prioritaria para las principales potencias: la energía, en general, y la nuclear en su dimensión militar, en particular. El resguardo de las economías de las grandes fluctuaciones y crisis financieras es otro tema en el que es preciso contar con compromisos internacionales fuertes. Y la explotación y el uso racional de los recursos naturales, tema principal de la discusión geopolítica global. En estos y otros temas similares, los acuerdos globales requieren el concurso de América Latina. El escenario internacional es ya multipolar.<sup>6</sup>

El geopolítico Alfredo Jalife-Rhame afirma que las dificultades de Estados Unidos en Irak exhiben consecuencias mayúsculas: 1) se derrumba “la contención de China”, estrategia delineada en 1992 por la guía de política de planificación del Pentágono bajo la firma de Paul Wolfowitz, subsecretario de Dick Cheney; al revés de lo planeado, Beijing se asienta actualmente como una nueva potencia de primer orden; 2) se sacude la globalización financiera, abriendo paso al proceso de “desglobalización”; 3) el dólar pierde su hegemonía y desnuda la vulnerable realidad geofinanciera y neoeconómica de Estados Unidos, el único imperio deudor en la historia de la humanidad; 4) la multipolaridad se expresa en un “nuevo orden

6. R. Calduch Cervera, “Venezuela no puede competir con el liderazgo que ejerce Brasil”. *Clarín*, Buenos Aires, 29 de abril de 2007, p.34.

hexapolar” en ciernes (Estados Unidos, Unión Europea, Rusia, China, India y Brasil), y 5) emerge la teocracia de los ayatolas de Irán como la nueva potencia regional en el golfo Pérsico, un efecto totalmente indeseable por el trío conformado por Estados Unidos, Gran Bretaña e Israel, derrotado por la “guerra asimétrica” desde la frontera china con Afganistán, pasando por los países ribereños del golfo Pérsico, hasta la costa oriental del mar Mediterráneo:

La ecuación del siglo XXI es lo que podríamos denominar: declive del dólar y auge de dos binomios tangibles petróleo/gas y oro/plata. (Jalife-Rhame, 10-11)

Retomando luego de esta proyección o continuidad histórica del continentalismo de Perón en el sistema-mundo y acudiendo al factor tiempo, observamos las coincidencias en Ignacio Ramonet, Immanuel Wallerstein, Ricardo Lagos, Manuel Antonio Garretón, Alfredo Jalife-Rhame y Rafael Caldusch Cervera, entre otros analistas de prestigio mundial.

Volviendo a nuestros teóricos de la autonomía, queremos enfatizar algunos aspectos. Juan Carlos Puig realiza una actualización de la Tercera Posición ubicándola dentro del nivel de autonomía heterodoxa, que estuvo en el gobierno del Frejuli entre 1973 y 1975, ya veremos esto más adelante. Puig, uno de los grandes teóricos de las relaciones internacionales en la Argentina, ubica a Perón en el terreno de la praxis como el primer intento de autonomía. Señala que en la historia argentina podían distinguirse los siguientes períodos:

1) Dependencia nacional con referencia a Gran Bretaña (hasta 1914); 2) dependencia nacional con referencia a un espejismo: los injertos autonomistas (1914-1945); 3) la Tercera Posición: hay reconocimiento implícito a su vez figura como el primer realista en la integración, con los antecedentes del caso como Manuel Ugarte, al cual también Russell y Tokatlian lo caracterizan como uno de los precursores en la misma línea de nuestro enfoque. Autonomía heterodoxa con referencia a Estados Unidos (1945-1955); 4) dependencia nacional con referencia a Estados Unidos, con resabios autonomistas (1945-1973); 5) venturas y desventuras de un nuevo proyecto autonomista heterodoxo (1973-1975), y 6) persistencia del modelo heterodoxo en un contexto político económico disfuncional y dependentista (1976). (Citado por Bernal Meza. 250)

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Podemos observar claramente que para Puig la Tercera Posición entraba en su tipología de autonomismo heterodoxo, explicado anteriormente, es decir, una autonomía para sumar soberanía sin chocar con el poder regional del bloque y sin caer en el dogmatismo de los intereses de Estados Unidos, con el fin de, mediante la voluntad nacional, ir creando los procesos de mayor margen de capacidad. Perón ha sido el primero, según la perspectiva y clasificación de Puig.

Alberto Methol Ferré, declarado hijo intelectual de Luis Alberto de Herrera y Juan Perón, sostiene “que la política continentalista de Perón, inventor del Estado continental como superación del Estado-nación, es la única posibilidad de entrar en el orden multipolar del siglo XXI de América Latina a partir de América del Sur en base a una equipolaridad cultural de su matriz lusitana e hispana”.<sup>7</sup>

Roberto Russell y Juan Tokatlian afirman que con Perón se vivió una situación ambigua entre cooperación y ambición de la Argentina, que suscitaba sospechas y rechazos.

Algunas acciones genuinas orientadas al fortalecimiento de la autonomía regional mediante la constitución de uniones aduaneras y otras formas de complementación económicas fueron acompañadas por una indudable ambición de convertir al movimiento peronista en el eje de este proyecto. (35)

Más allá de que es materia opinable esta última afirmación, destacamos el concepto de “acciones genuinas, orientadas al fortalecimiento de la autonomía regional” de Russell y Tokatlian, y por ello también consideramos materia opinable la mentada “ambigüedad” de Perón.

Helio Jaguaribe (2006a) ubica los movimientos nacionales populares dentro del período nacional-desarrollista:

En esos mismos años se formuló, en los 50, un nuevo proyecto nacional que buscaba superar su condición semicolonial y proceder activamente a su industrialización, entonces entendida como condición necesaria y casi suficiente para lograr un pleno desarrollo. (50)

7. Entrevista realizada por el autor a Alberto Methol Ferré, Montevideo, octubre de 2007.

Con respecto a la Argentina dice Jaguaribe:

1) Tiene una sociedad educada y de un alto nivel civilizatorio. Cayó un poco en los últimos años pero Argentina mantiene el mejor nivel educativo de América Latina. 2) Tiene recursos naturales extraordinarios, riquísimos, prácticamente todo lo que se necesita. 3) La relación población-territorio es muy favorable porque es un país enorme con menos de cuarenta millones de habitantes. O sea, le ofrece a cada habitante una cantidad de recursos naturales que en los países superpoblados, donde se discute cada centímetro cuadrado, no se ve finalmente; la ubicación del país es muy buena, porque está en América del Sur, no demasiado cerca de Estados Unidos (como México) y con posibilidades de hacer una alianza estratégica con Brasil. Todo es extremadamente ventajoso. (50-51)

Con respecto al peronismo afirma:

Creo que se cerró el ciclo del peronismo como una formación que contenía en sí misma implícita o explícita una orientación programática. Hoy el peronismo está ante un gran desafío porque en la práctica es un campo donde existen las orientaciones más distintas. ¿Qué hay más antiperonista que la orientación del ex presidente Menem? Si Perón estuviera vivo lo ponía en la cárcel. Perón era un antineoliberal total, el primer hombre que en América Latina sostuvo la idea de una independencia, de orientación autonomizante. Era lo opuesto: bregó por la industrialización, era un desarrollista. Menem es antiperonista programático. Ninguno de nuestros países tiene capacidad de resistir aisladamente las devastadoras influencias que hoy existen y van existir a nivel internacional. Si no tenemos un Mercosur fuerte, nuestro destino se reducirá a ser un segmento anónimo del mercado internacional, internamente dirigido por las multinacionales extranjeras y externamente controlado por Estados Unidos. Nos quedan veinte años para llevar a cabo un Estado competente con el nuevo siglo.<sup>8</sup>

8. H. Jaguaribe. "Uno de nuestros peligros es la burguesía consular". *Clarín*, Buenos Aires, 19 de abril de 2003. p. 48.

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Para culminar este apartado, puntualizamos que nos hallamos lejos en nuestra intención de crear una visión apologética o indiferente de Perón, sino que tratamos de contextualizarlo como el inventor del Estado continental industrial en la teoría y praxis, desde un realismo autonomizante y de acuerdo con las demandas del siglo XX y el XXI. Pudimos comprobar cómo nuestros teóricos –algunos en forma directa, otros de maneras más indirectas pero nítidas– lo reconocen; sin embargo, como ya dijimos, constituye un tema estudiado parcialmente en las carreras específicas de relaciones internacionales y ciencias políticas, y también en la cultura política de su movimiento.

En el siguiente apartado intentaremos analizar la praxis orientada desde la teoría con un criterio flexible de pensamiento, entendiendo la praxis como *sistema de ideas que busca brindar respuestas a las “tensiones” del tiempo y el espacio históricos situados*, y la analizaremos en cuatro dimensiones: 1) como genética o concepción histórica; 2) como metodología de acción; 3) como imagen del adversario, y 3) como paradigma.

# LA EMERGENCIA DE LOS MOVIMIENTOS NACIONAL-POPULARES EN AMÉRICA LATINA

**E**l vocablo “populismo”, aplicado a un movimiento político y social, posee diferentes acepciones. Pero sólo en América Latina llegó a ser régimen de gobierno. Estas experiencias latinoamericanas de los años 40 y 50 del siglo XX se constituyen como movimientos políticos “desde arriba” por la acción aglutinante de un “líder”.

El populismo latinoamericano tendió a la redistribución del ingreso. Se trató de movimientos integrativos y aglutinantes de las “masas populares” y por esgrimir consignas antiimperialistas. Poseían un fuerte ingrediente autoritario, con la salvedad de que llegaban al poder en forma democrática (Imaz, 1984).

No es nuestra intención sumergirnos en el debate sobre el significado y el papel que jugaron en la política del continente, pero a partir de esta primera conceptualización como marco interpretador trataremos de extraer nuestras conclusiones en función de nuestra investigación.

Desde un primer plano descartamos aquellas interpretaciones cargadas de un valor previo y peyorativo tendiente a tipificar el populismo como “una ideología del resentimiento” o “dictaduras de tipo demagógicas”.

El siglo XX significa las crisis de las *polis* oligárquicas o repúblicas agroexportadoras sostenidas sobre la base del crecimiento hacia afuera en lo económico, basadas en un mercado y un puerto como elementos articuladores. La depresión de 1929, que se prolonga en la Segunda Guerra Mundial, debilita los vínculos políticos y comerciales entre el centro y la periferia, conmoviendo la estabilidad de las *polis* oligárquicas.

Los centros han sido proveedores tradicionales y puntuales de manufacturas para las economías periféricas y compradores de sus

productos primarios en la etapa del crecimiento hacia afuera que se consolida en el último tercio del siglo XIX y se extiende hasta 1930.

El esquema de crecimiento hacia fuera empieza a dejar lugar al esquema del crecimiento hacia adentro. Esta situación inesperada origina un proceso de sustitución de importaciones, con consecuencias políticas, sociales, económicas y culturales.

El ciclo populista es sin duda una ruptura con el pasado. Sus características serán nacionalización de los sectores claves de la economía, industrialización, distribución de la riqueza, liderazgos carismáticos, combinación de elementos autoritarios y democráticos, nacionalismo y antiimperialismo.

“El populismo como fase de un proceso largo y accidentado cuya contradicción principal es la lucha en torno al desarrollo, la democracia, la justicia y la soberanía de nuestras naciones”, define Vivían Trías (1988: 223).

Alain Rouquié ubica la expansión de los populismos en América Latina en los gobiernos situados entre 1930 y 1950: Getúlio Vargas, Juan Domingo Perón, José María Velasco Ibarra, Lázaro Cárdenas. “El populismo corresponde aparentemente a una coyuntura de las décadas de 1930 y 1949 en las que se produce tanto la desorganización de las corrientes comerciales tradicionales como la crisis de los sistemas agroexportadores” (241). El fortalecimiento del nuevo sector industrial, la urbanización, la redistribución económica, el equilibrio social, la acción decisoria del Estado, el nuevo rol de los sindicatos, serían sus elementos cohesionadores cuya “ideología común a todas estas experiencias es el nacionalismo popular” (242).

Por su parte, Aníbal Iturrieta afirma que “tal vez un concepto ampliamente usado y maltratado como el de populismo sea el más útil para calificar a movimientos políticos surgidos de la periferia. La amalgama de clases y actores sociales que conforma estos movimientos provoca en el plano del pensamiento una lógica de agregaciones de influencias ideológicas diversas. Pretender coherencia ideológica sería no comprender la naturaleza del fenómeno. El discurso varía según actores, coyunturas históricas y el público al que va dirigido. El populismo latinoamericano es un caótico y a veces aberrante accionar político hacia la participación popular, expansión del mercado interno y ejercicio del nacionalismo latinoamericano” (19).

El politólogo Ernesto Laclau afirma: “Si hay populismo en América Latina hoy en día, es porque los espacios políticos, porque la esfera política, empiezan a ser cercados por demanda de sectores

que antes no habían sido integrados al espacio público. O sea, si hay una ampliación democrática de la participación política en nuestro continente, necesariamente ésta va a adquirir una faz populista”. Luego afirma con una claridad medular:

El nuevo populismo va a ser la base de la implantación y la estabilización del Mercosur y el Mercosur es la condición para crear un espacio latinoamericano en una relación de negociación y competencia en la esfera internacional.<sup>1</sup>

Dice Laclau:

En el sentido que yo lo planteo, populismo son las demandas de los trabajos que todavía no están demasiado inscriptas en el discurso político, pero que empiezan a expresarse. Es en ese sentido que pienso que el populismo es un fenómeno positivo.

¿Cómo analiza Laclau la integración económica de América Latina?

Cuba está recibiendo de Venezuela tanto como recibía de la Unión Soviética y eso es una buena cosa para Cuba, porque se va latinoamericanizando en la medida en que entra dentro de este proceso más global. En los años 40 Abelardo Ramos había escrito un libro, *América Latina, un país*, que hablaba de la posibilidad de latinoamericanización de un proceso económico de carácter racional y parecía una utopía absoluta. La conformación del Banco del Sur, por ejemplo, demuestra que estamos en esa perspectiva.

El Mercosur es la perspectiva real para América Latina –con los populismos– de avanzar hacia una alternativa respecto de la política de Estados Unidos. O bien de reafirmar el proyecto del Mercosur y avanzamos en la dirección de una alternativa respecto de la política estadounidense o bien lo que va a ocurrir es una captación de los países latinoamericanos al proyecto norteamericano. Por eso es fundamental avanzar hacia un

1. E. Laclau. “El nuevo populismo es la base de la estabilización del Mercosur”. *Clarín*, Buenos Aires, 28 de agosto de 2007. p.19.

proyecto multilateralista y que la comunidad europea consiga constituirse como entidad autónoma. Si eso ocurre proyectos como el Mercosur van a tener una forma de integración política. Pero si no se consigue y el unilateralismo de Estados Unidos se impone, yo creo que toda verdad perecerá.<sup>2</sup>

Aquí los populismos juegan un rol central:

El uso del término “populista” me parece inducido desde afuera. Yo prefiero la expresión “nacional-popular”. Considero un deber intelectual acuñar los términos desde dentro de la misma historia de América Latina.

Populismo es una palabra acuñada en el mundo europeo, tiene su origen en la Rusia del siglo XIX y se resiente con las diferentes transformaciones, incluso en Estados Unidos. Allí, en ese contexto, es inteligible y utilizable: sirve para designar procesos, determinadas asociaciones. Una de las características de los populismos latinoamericanos es su simultáneo esfuerzo para elaborar una perspectiva nacional desde el “suburbio”, es decir, desde dentro de su centro existencial. Por lo demás, esta palabra, nacional-popular, establece la superioridad de este sujeto sobre los partidos comunistas, que no han superado nunca su subordinación a la Unión Soviética.

Es por eso que afirmo que los detractores de los movimientos nacional-populares le quitan lo esencial: la palabra “nacional”. Y le dan una connotación populista despectiva.

Habría dos fases de los movimientos políticos nacional-populares latinoamericanos. La primera, fundadora, desde las crisis del 1930, con Haya de la Torre, Vargas, Cárdenas y Perón. La exigencia intelectual de la generación del 900 se convirtió en acción política a partir de Haya de la Torre. A mi criterio culmina esta primera fase en la visión estratégica continental de Perón. Ahora estaríamos en la necesaria segunda fase nacional-popular que es la integradora propiamente dicha y sin la cual no habrá sociedad industrial en América del Sur, base de toda unidad posible en América Latina. Perón se proyecta en esta segunda fase

2. E. Laclau, “El populismo no es una amenaza para América Latina”. *Clarín*, Buenos Aires, 19 de mayo de 2007, p. 42.

con una contemporaneidad absoluta. (Methol Ferré, 2006: 47)

Una vez presentado el tema en el contexto de sus definiciones políticas, agregamos nuestros elementos de análisis:

1. El siglo XIX abrió la era de los Estados-nación industriales, cuyo paradigma fue Inglaterra en primer lugar y después Francia. Éstos mostraban a todos el modelo o “paradigma” para ser actor protagónico del escenario internacional. A ese modelo nacional-industrializador se suman posteriormente Alemania, Italia y Japón. Ningún otro Estado-nación alcanzó ese modelo, más allá de la variada aparición de monoetnias, reducidas a nuevas nacionalidades, que no llegaban a la condición de paradigmas de los Estados-nación clásicos (Hobsbawm, 1993, 1994).
2. En el siglo XX irrumpe un nuevo actor internacional superador del modelo anterior y por lo tanto “nuevo paradigma”, Estados Unidos de América: primer Estado continental industrial bioceánico de la historia.
3. El surgimiento del nuevo paradigma moviliza e inspira a la generación del 900 y a Manuel Ugarte, principal integrante argentino de esa generación, a rescatar la Patria Grande latinoamericana a través de la búsqueda de la instauración de los Estados Unidos del Sur. El latinoamericanismo del siglo XX constituyó la respuesta simultánea al paradigma predominante de Estados Unidos (Barrios, 2007). Este nacionalismo latinoamericano recupera a Bolívar, integra a Brasil en los marcos de la Patria Grande, y se mueve en función de tres exigencias: *democracia, industrialización e integración*.
4. Los movimientos nacionales-populares constituyen más importantes los pensamientos políticos movilizadores del pueblo latinoamericano del siglo XX. Se despliegan en su accionar tres dimensiones mutuas, hegemónicas de sus otras propiedades, las mismas que ya señalamos en el punto anterior: *democracia, industrialización e integración*.

El latinoamericanismo de Ugarte irradió en el continentalismo sudamericano de Juan Perón, constituyéndose en el nexo programático entre el bolivarismo hispanoamericano del siglo XIX y el nacionalismo industrializador continentalista de los movimientos nacional-populares del continente (Barrios, 2007).



# EL PERONISMO

## INTRODUCCIÓN

**J**uan Domingo Perón nació en la provincia de Buenos Aires. Existen algunos puntos oscuros sobre la fecha y el lugar de nacimiento; para algunos ocurrió el 7 de octubre de 1893 en la localidad de Roque Pérez; para otros, el 8 de octubre de 1895 (Alonso Barahona, 33). No entraremos en este punto porque excede nuestros propósitos aquí, sólo consignaremos que al respecto Norberto Galasso afirma:

Se ha sostenido tradicionalmente que Juan Domingo Perón nació en la zona urbanizada de Lobos, siendo hijo del matrimonio de Juana Sosa y Mario Tomás Perón. Hoy puede conjeturarse, especialmente debido a la investigación del doctor Hipólito Barreiro, que esta información se halla plagada de inexactitudes: no habría nacido el día 8, ni tampoco en el año 1895, ni en una casa de la calle Buenos Aires, de Lobos, ni sus padres se hallaban casados a la fecha de su nacimiento. Por el contrario, habría nacido el 7 de octubre de 1893, en la localidad de Roque Pérez, siendo hijo de madre soltera, Juana Sosa, por lo cual su nombre sería Juan Domingo Sosa. En este sentido resulta significativo que, durante su exilio, el general usase un pasaporte a nombre de Juan Sosa, documentación con la cual regresa a la Argentina después de diecisiete años de exilio, en 1972. (Hipólito Barreiro, *Juancito Sosa y el indio que cambió la historia*, citado por Galasso, 21)

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

El apellido Perón, de origen vasco-francés y que registra la variante Peronne, pasó por Cerdeña antes de afincarse en el Río de la Plata. Tenía también en sus venas sangre escocesa y ambas se unirían a la muy criolla Sosa y Toledo en plena Pampa. Por eso apuntó bien su padre don Mario Tomás Perón cuando, al recibirse el muchacho de subteniente, a fines de 1913, le regaló un *Martín Fierro* con esta dedicatoria: *Para que nunca olvides que por sobre todas las cosas sos un criollo.* (Chávez, 1984a: 7)<sup>1</sup>

El capitán Perón experimentó la fuerte influencia dentro de su carrera militar del general José María Sarobe, del teniente coronel Bartolomé Descalzo y del coronel Juan Lucio Cernadas. Perón no era un oficial cualquiera en 1931 cuando Cernadas prologó su libro *El frente oriental de la Guerra Mundial en 1914*, que había dedicado a Descalzo. Señalaba allí el coronel Cernadas: “El capitán Perón se ha superado a sí mismo, a su edad y a su propia jerarquía”.

A partir de 1932 la función del mayor Juan Perón junto al ministro de Guerra, el general Juan Manuel Rodríguez, como ayudante de campo, le sirvió como vivencia fundamental para conocer la dinámica en que se desarrolla el poder.

En 1937 actuó como agregado militar y aeronáutico en Santiago de Chile y luego fue trasladado a Europa.

De regreso a la Argentina integró la logia militar GOU que irrumpe en la vida política argentina el 4 de junio de 1943. Vicepresidente de la nación, secretario de Trabajo y Previsión y ministro de Guerra conformaron las funciones del coronel Perón durante la presidencia del general Edelmiro Farrell.

Luego de los sucesos del 17 de octubre de 1945 y a partir del triunfo de 1946, “Perón se propuso reunir a todos los recursos políticos dispersos, organizar su movimiento, definir su programa de acción y ventilar eslóganes resumidos por tres ideas fuerza de indudable eficacia proselitista y actitud sintetizadora de los sentimientos populares: justicia social, independencia económica y soberanía política. En esas tres expresiones, Perón lograba reunir la esencia de la prédica nacionalista de postulados socialistas, de temas caros al

1. Para profundizar en la biografía de Juan D. Perón véanse Enrique Pavón Pereyra (1952) y Joseph Page (1999).

radicalismo yrigoyenista y de principios expuestos por el catolicismo social” (Floria y García Belsunce, II: 399).

Perón representa la constelación de populismos latinoamericanos y simboliza sus movimientos, la dinámica de la fuerza de la integración, democratización e industrialización.

Conocer la génesis y conformación del pensamiento de Perón es una tarea difícil. “Estudiar la formación teórico-práctica del coronel de 1945 no es tarea sencilla, sobre todo a partir de sus disertaciones políticas previas a la puesta en marcha de su movimiento. Descubrir las lecturas de Perón, en esa etapa decisiva de su carrera que puede situarse entre 1930 y 1942, resulta una labor más ardua que determinar su experiencia político-social en el marco histórico correspondiente al mismo período, con la carga fundamental de los hechos y de determinadas figuras, en la cultura del líder en formación”, afirma Fermín Chávez. Además el estudio se vuelve más complejo porque:

El coronel no era aficionado a las citas, por cuanto se caracterizaba por comunicar ideas enteramente elaboradas o asimiladas, en síntesis originales y en un lenguaje muy suyo. (Chávez, 1984b, II: 105)

Podemos afirmar que confluyeron en la formación de Perón determinadas experiencias que iremos analizando: la “tensión” social de 1918-1921, la experiencia como agregado militar en Chile y Europa, la influencia de los generales Descalzo y Sarobe, los postulados del nacionalismo argentino y latinoamericano, y el modelo de desarrollo nacional industrial “prusiano” de la “nación en armas”. En el fondo, “la mayor parte de la obra doctrinaria del propio Perón representa una amplia amalgama constituida por una síntesis de ideas nacional-populista (especialmente de raíz forjista), sindicalista y social cristiana” (Buchrucker, 1983: 22).

En la dimensión trazada por el nacional-populismo el movimiento peronista impulsó el continentalismo como rasgo fundamental de la alianza sudamericana.

En esta hipótesis, ubicamos al argentino Manuel Ugarte como uno de los pensadores que influyó en la formación del líder respecto de la elaboración de su concepción continentalista latinoamericana, cumpliendo así nuevamente, como en el caso del APRA, el rol de polea transmisora entre el bolivarismo hispanoamericano del siglo XIX y

los nacionalismos latinoamericanos de los movimientos nacionales-populares (Barrios, 2007).

### NACE EL PERONISMO

Juan Perón egresa del Colegio Militar en 1913:

Por su protagonismo político y su pensamiento, Perón es –ante todo– un hombre de época que proyecta intuiciones estratégicas fundamentales sobre el mundo que viene. (Castro, 11)

¿Cuál es la época que le imprime las principales tensiones al pensamiento del joven oficial que constituirían las categorías esenciales de su pensamiento posterior? Perón pertenece a la época signada por la Primera Guerra Mundial, que invade el escenario europeo para convertirse en mundial con simultaneidad a la aparición de fenómenos determinantes del siglo XX: la Revolución Rusa y la consolidación definitiva de Estados Unidos de América como primer Estado continental industrial de la historia, hecho que vuelve anacrónicos los clásicos modelos de Estado-nación, y que convierte al país del norte en el nuevo paradigma mundial.

La Gran Guerra produjo un gran debate político en la Argentina, que dividió al país en neutralistas y rupturistas. Hipólito Yrigoyen adhirió a la política de neutralidad fundamentada en un alineamiento latinoamericano y Manuel Ugarte, desde su diario *La Patria*, llevó a cabo una campaña activa por la neutralidad argentina. En relación con este último Fermín Chávez dice:

Su presencia hispanoamericanista se hizo sentir en 1915, cuando fundó y dirigió el diario *La Patria* que tuvo una duración de tres meses, pero que despertó muchas mentes y creó conciencia neutralista, industrialista y nacionalista.

Entre los casi seguros lectores de *La Patria* había un joven oficial de infantería de veintidós años de edad, destinado en Paraná. Este oficial, no tropero, era un gran lector, como lo podemos afirmar hoy después de conocer documentos originales suyos que así lo revelan. No hace mucho tiempo dimos a publicidad y comentamos una carta suya de 1918 en la cual le comenta a su padre, radicado en

la Patagonia, hechos históricos con los que sustenta su posición antibritánica, en hora de los triunfos de los aliados europeos contra Alemania. En esa misiva el joven Perón revela, implícitamente, su posición neutralista ante el conflicto bélico central, coincidente con las posiciones de Ugarte e Yrigoyen. Por eso le dice a su padre que no se alegre tanto por la victoria anglófila.<sup>2</sup>

La neutralidad fue la respuesta a la “tensión” provocada por la guerra y la Revolución Rusa, por su parte, significó históricamente en la formación del oficial la convicción de que se acercaban nuevos tiempos donde la “era de lo social” dinamizaría la vida de los pueblos. En un discurso pronunciado el 24 de noviembre de 1945 el coronel Perón afirma:

La Revolución Francesa comienza su acción efectiva en 1786. Hace la lucha y termina su período histórico en 1814, derrotada y aherrojada por Europa, la Santa Alianza y el Congreso de Viena de 1815. Sin embargo, arroja sobre el mundo su influencia a lo largo de un siglo, por lo menos... Todos somos hijos del liberalismo creado en la Revolución Francesa. [...] Y si esa Revolución Francesa, vencida y aherrojada en Europa, ha arrojado sobre el mundo un siglo de influencia, cómo esta Revolución Rusa triunfando y con su epopeya militar realizada no va a arrojar sobre el mundo otro siglo de influencia. El hecho histórico es innegable... Si la Revolución Francesa termina con el gobierno de las aristocracias, la Revolución Rusa termina con el gobierno de las burguesías. Empieza el gobierno de las masas populares. (Citado por Ramos, 1989: 57)

Perón intuye y percibe que la era del tiempo social ha llegado a instalarse en el seno de la sociedad contemporánea. De ahí su labor y tarea en la Secretaría de Trabajo y Previsión para impulsar “la organización de los trabajadores, condición indispensable para la irrupción del protagonismo del mundo del trabajo, y [para] tratar de persuadir a los factores de poder en la sociedad argentina de un hecho crucial. Sostiene que la irrupción de lo social es imparable” (Castro,

2. Entrevista realizada por el autor a Fermín Chávez, Buenos Aires, noviembre de 1998.

13). Como podemos analizar. Perón irá forjando su pensamiento y sus categorías principales desde los focos de “tensión” que se irán produciendo en el contexto argentino mundial.

La irrupción de Estados Unidos como primer Estado continental industrial de la historia merece un análisis particular para dimensionar el foco de tensión que impacta. Al iniciarse el siglo XIX existen dos Estados nacionales esenciales modernos en tanto industrializados y con capacidad de desarrollo autosustentado: Gran Bretaña y Francia. Estos dos Estados son, además, generadores de imperios coloniales y utilizan sus colonias como aprovisionadoras de materia prima, como espacios estratégicos o simplemente como reservas de mercados.

Ambos Estados-nación son los que brindan el modelo paradigmático del Estado-nación de entonces, modelo que repercute rápidamente en Europa. Entre 1860 y 1880 surgen Italia y Alemania, los dos nuevos Estados-nación industrializados y autosustentados de Europa y que a su vez generan imperios: la Italia de Cavour y la Alemania de Bismarck. El tercero nace fuera de Europa y después de la Revolución Meiji en 1868, en Japón.

El siglo XIX está marcado por estos cinco Estados-nación industriales que sirven de paradigma o modelo a conseguir y que coexisten en el contexto mundial con los imperios agrarios multiétnicos que entrarían en crisis con la Primera Guerra Mundial: el Imperio Ruso, el Turco y el de los Habsburgo.

La irrupción de Estados Unidos como Estado continental industrial, que se había desarrollado dentro de su frontera interior continental, anexando gran parte de México, implica una transformación profunda:

Uno de los rasgos del desarrollo norteamericano no solamente fue el proteccionismo industrial que nace, desde los padres de la patria, con Hamilton, sino que además de eso fue realimentando necesariamente por un flujo de inmigrantes a una escala sin igual en la historia mundial durante todo el siglo XIX, hizo una ampliación incesante del mercado interno en su marcha hacia el oeste, permitiéndole generar industrias a gran escala. Al comienzo esas industrias fueron también financiadas por las exportaciones agropecuarias. En Estados Unidos uno de los conflictos entre el norte y el sur no fue solamente la esclavitud sino, fundamentalmente, el de las tarifas aduaneras. El sur era librecambista porque quería mandar el algodón a las fábricas

inglesas y comprarle a Inglaterra; en cambio, los fabricantes del norte querían protección. La gran batalla del norte y del sur fue entre los agroexportadores del sur contra los proteccionistas del norte. (Methol Ferré, 1996-1997: 179)

En su conjunto, el proceso de gestación del Estado continental industrial estadounidense constituyó un proceso de desarrollo interno y al margen del centro de la política mundial, cuyo escenario natural hasta ese momento era Europa. Nace en el contexto internacional en 1898 en la guerra contra España en torno a Cuba, Puerto Rico y Filipinas. En 1903 se apodera de Panamá.

Es decir, el siglo XX se inicia con un actor inédito: el primer Estado continental confederal industrial. Con esta nueva situación, simultáneamente nace un nuevo paradigma de Estado que desplaza a los Estados-nación industrial clásico.

Recapitulando, podemos afirmar que los tres acontecimientos contextualizadores y enmarcadores que brindan las categorías del pensamiento del joven oficial Juan Perón son la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y la emergencia del primer Estado continental industrial de la historia: Estados Unidos.

Ahora bien, en un estudio sobre el pensamiento de un líder de un movimiento nacional-popular latinoamericano no se puede obviar su propia experiencia de vida, que nos debe orientar metodológicamente en la investigación. En este aspecto es importante puntualizar que los ciento diez subtenientes egresados del Colegio Militar en septiembre de 1913, entre los que se contaba Juan Perón, constituyen los primeros en experimentar un nuevo plan de estudios con fuerte incidencia del modelo organizativo prusiano: “Los de mi promoción fuimos los primeros en trabajar con los métodos alemanes. Nuestros instructores del Colegio Militar eran alemanes y habían llegado en 1910 con una misión que presidía el general von der Goltz”.<sup>3</sup> El general Colmar von der Goltz fue una figura legendaria del ejército prusiano, autor de *La nación en armas*, y había visitado el país dos veces en 1910.

Alberto Círia afirma: “Es indudable la influencia militar de numerosos autores alemanes prehitleristas en las ideas del coronel Perón, lo cual se pone de manifiesto en sus trabajos de naturaleza castrense.

3. “Las memorias de Perón”, *Panorama*, Buenos Aires, 14 de abril de 1970.

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

[...] En especial mención del conde Alfred von Schlieffen, Karl von Clausewitz (1789-1831) y el mariscal prusiano Colmar von der Goltz (1843-1916)” (Ciria, 44). La aludida profesionalización del ejército se realizó sobre la base predominante de la enseñanza militar prusiana.

En su conferencia “El significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar” pronunciada en la Universidad Nacional de La Plata el 10 de junio de 1944, el coronel Perón aplica y enriquece la concepción de la nación en armas de von der Goltz a la realidad argentina:

Las dos palabras “defensa nacional” pueden hacer pensar a algunos espíritus que se trata de un problema cuyo planteo y resolución interesa solamente a las fuerzas armadas de una nación. La realidad es bien distinta: en su solución entran en juego todos sus habitantes, todas sus energías, todas sus riquezas, todos sus medios de transporte y vías de comunicación, etc., siendo las fuerzas armadas únicamente el instrumento de lucha de ese gran conjunto que constituye “la nación en armas”. [...] La defensa nacional exige una industria y no cualquier industria, sino una industria pesada. Pero para ello es indudablemente necesaria una acción oficial del Estado. (Citado por Chávez. 1984a: 11)

Podemos percibir con claridad la conexión entre la defensa nacional y el proyecto de industrialización del país, uno de los postulados fundamentales del peronismo. Además, es importante no obviar que Perón no reduce un proyecto industrial exclusivamente al plano militar sino que, en última instancia, busca traspasar el exclusivismo agrario del país.

También en esos discursos y siempre remarcando la influencia prusiana en Perón “aparece la experiencia de planificación del Estado Mayor Alemán en el transcurso de la Primera Guerra Mundial, que lleva a la práctica la concepción de von der Goltz sobre la nación en armas. Esta noción, que se transforma en uno de los conceptos políticos fundamentales del siglo XX, es la idea de que el poder se organiza, se construye, se prevé, se crea en forma deliberada, y que el planeamiento no es otra cosa que el intento de colocar los acontecimientos bajo control, a través de la construcción deliberada del poder. Para Perón esto es, ante todo, la organización como imperativo de la época” (Castro, 27).

En total coherencia y coincidencia con esta línea de planificación estratégica, cualidad de su formación militar, Perón define la necesidad de preservar y defender los recursos naturales para no dilapidarlos, y la necesidad de una nueva economía ecológica: advierte el problema inminente de la explosión demográfica y la carencia de alimentos, y, como contrapartida a este último problema, la importancia estratégica que cobrará la Argentina a través de la potencialidad y riqueza de su suelo.

Esta planificación estratégica debe servir a una real política de Estado de acuerdo con las necesidades impuestas por las distintas situaciones: por ello Perón (1982) aclara que las ideas no deben estar congeladas: “No creo que las ideas básicas tengan un contenido inmovible e inalterable, sino que pienso que están en constante evolución y que en el mundo futuro subsistirán los principios de libertad y de democracia y las normas de propiedad privada. Sin embargo su contenido no es igual al de hoy, como el de hoy tampoco se parece al de ayer” (27). Estas líneas de pensamiento o categorías le brindan una actualidad inusitada al pensamiento estratégico de Perón.

Otra influencia de origen alemán, resultante también del nuevo plan de estudios del Colegio Militar que se evidenció en los documentos del GOU, constituye la geopolítica de Karl Haushofer, Friedrich Ratzel y Rudolf Kjellén.

Ya hemos explicado en la Primera Parte de este libro el significado de la geopolítica para desmitificarla. Una vez precisada la importancia de esta disciplina, nos detendremos nuevamente en Ratzel, debido a su marcante influencia sobre Perón.

Friedrich Ratzel, al regresar de un viaje de Estados Unidos a su país, afirmó que con el siglo XX se inició una nueva era de la política mundial en la que los Estados continentales serían los actores protagónicos de la política global. En el fondo, la bipolaridad posterior expresada por la diarquía Estados Unidos-Unión Soviética, más que la lucha de dos modelos ideológicos, consistió en la lucha de dos Estados continentales.

El mundo de la post Guerra Fría, sin embargo, expresa una realidad en la cual los Estados continentales se agrupan en círculos civilizatorios ya no reducidos exclusivamente a Occidente, sino que la impronta central lo constituye un mundo “multicivilizacional”. El paradigma inicial de los Estados-nación industriales fueron Gran Bretaña y Francia, que mostraron el umbral que era necesario alcanzar entonces si se quería ser Estado protagonista de la modernidad globalizadora. También se consolidó la preferencia agroexportadora

de las repúblicas de los antiguos Estados-ciudad hispanoamericanos y el imperio esclavista del Brasil. El paradigma del Estado-nación industrial europeo fue alcanzado en la segunda mitad del siglo XIX por Alemania e Italia aspirará a ello. Japón lo alcanza al abrirse el siglo XX. Estos cinco Estados-nación industriales integran todavía el grupo de los siete más ricos del mundo.

Pero en la entrada al siglo XX, desde las márgenes del centro mundial europeo, irrumpe un nuevo poder o paradigma superador del umbral anterior: el Estado continental industrial de Estados Unidos de América. Se trata del nuevo umbral para ser realmente protagonista. Ratzel, el fundador de la geopolítica, comprendió la “nueva frontera” y anunció desde el 900 el fin del protagonismo de los Estados europeos, salvo que se unieran en un Estado continental. Y vislumbró que Rusia, que entonces iniciaba su industrialización acelerada, si podía superar su atraso agrario, podía ser el otro Estado continental hegemónico (Justo, 37)

Los ya “viejos” Estados-nación industriales tardaron medio siglo más en darse cuenta de su nuevo papel (1945). El siglo XX en su segunda mitad hizo ya evidente que sólo era apto para Estados continentales industriales. La Unión Soviética colapsó hace casi dos décadas.

Ahora Kissinger, apuntando al siglo XXI, ve la posibilidad de un concierto de potencias para organizar la globalización venidera. Señala a la única potencia mundial actual –Estados Unidos–, cuatro posibles Estados continentales modernos –Unión Europea, China, Rusia, India– y un eficaz sobreviviente de los Estados-nación industriales: Japón.

La geopolítica de Ratzel impacta en Perón en su idea y concepción del sentido y la marcha de la evolución del mundo. Es de gran trascendencia sobre el significado de comprensión del proceso histórico en que vive, condición fundamental para cualquier tipo de liderazgo, el discurso pronunciado en la ceremonia de entrega de sables y espadas a los nuevos subtenientes guardiamarinas y alféreces que tuvo lugar en el Teatro Colón el 24 de enero de 1974:

Pero para ser esos conductores militares del año 2000 deben comprender en primer lugar el proceso de cambio de la humanidad y el sentido de ese cambio. Y en eso la gran maestra es la historia, de donde arrancan y tienen continuidad las grandes tendencias que permiten vislumbrar ese cambio y las actitudes ante él. Conocido resulta –por la historia– que los hombres o las instituciones que se han marginado de esos procesos han sido aplastados por éstos o

por lo menos fatal o definitivamente postergados. También deben entender y ahora, en otra posición extrema, que los hombres no provocan la evolución, apenas si constituyen sistemas periféricos para poder cabalgar sobre la evolución. (Perón, 1982: 167)

En la concepción histórica de Perón el proceso de desarrollo histórico estaba constituido por la configuración sucesiva de fases integradoras de menor a mayor, es decir, el principio se funda antes que nada en una razón histórica, en el entendimiento de que la sociedad avanzará a través de agrupamientos y reagrupamientos cada vez mayores. En una alocución pronunciada por Perón en la CGT, el 25 de octubre de 1973, afirmó:

Contemplando sintéticamente la historia, vemos que al Medioevo corresponde un sistema feudal. El Medioevo es un producto de la evolución que no dominamos nosotros. El sistema feudal es lo que el hombre crea para poder andar dentro de ese sistema. Después del Medioevo viene la etapa nacionalista, es decir, la formación de nacionalidades. Y allí nacen el sistema neoliberal capitalista y el sistema comunista, porque los dos nacen en el siglo XVIII y se desarrollan en ese siglo y parte del siglo XIX. Uno es el capitalismo individualista y el otro es el capitalismo de Estado. En el fondo son dos sistemas capitalistas.

Ahora bien, esos sistemas han servido para el siglo XIX y principios del XX: hoy ya están perimidos... No sólo uno, los dos. Y voy a decir por qué están perimidos: porque han sido superados por la evolución. El sistema demoliberal está perimido porque fue creado para servir a la etapa de las nacionalidades, que hoy está terminada, para dar lugar a la etapa del continentalismo. Hoy los hombres ya están agrupados por continentes y no por naciones, y aquél fue creado para eso. [...]

La historia nueva es la historia de las grandes organizaciones continentales. (Perón, 1982: 94, 112)

En un mensaje leído en nombre de Perón el 7 de septiembre de 1973 en la Cuarta Conferencia de Países No Alineados, realizada en Argelia, se dice:

¿Qué nos espera en el futuro? Es indudable que la evolución humana en sus diversos aspectos vitales e internacionales se

dirige, como ha sucedido a lo largo de la historia de nuestra tierra, hacia integraciones mayores. Del hombre aislado pasamos a la familia, luego al Estado primitivo, la ciudad, el Estado medieval, la nacionalidad y ahora avanzamos hacia el continentalismo, como lo prueban las organizaciones al estilo del Mercado Común Europeo. Como esta evolución no ha de detenerse allí, frente a una tierra empedregada en el tiempo, sino en el espacio, por el progreso de la velocidad de los medios técnicos modernos, debemos pensar que la próxima etapa de la evolución será definitivamente el universalismo. (Perón, 1982: 134)

Para Perón el continentalismo y el universalismo son el sentido y la razón de la historia, pero esto no es contradictorio con la afirmación de una argentinidad esencial. Por el contrario, en el pensamiento de Perón la noción histórica de continentalismo adquiere su sentido en estrecha vinculación con la afirmación de la “patria de los argentinos”. Es a medida que avanza esa noción de “patria de los argentinos” –como su hogar, su identidad y como esencia de la argentinidad– que también avanza y adquiere sentido la noción de continentalismo-universalismo. (Castro, 20)

Volviendo a Ratzel para luego enlazarlo con el continentalismo de Perón, podemos observar claramente que su noción de continentalismo significa una exigencia de construcción de un poder político, no de una mera asociación administrativa, debido a que la irrupción de los poderes continentales de Rusia y Estados Unidos implican para Europa la necesidad de construir un poder continental al transformarse, en su perspectiva, en anacrónicos los Estados-nación industriales clásicos europeos. En la concepción de Ratzel la hora de la historia había llegado para los pueblos-continente.

Sin duda, Perón adquiere y recibe la influencia de Ratzel en lo que hace a la idea fuerza de la marcha evolutiva de la historia en el sentido virtual y político del continentalismo-universalismo que aplica a la realidad de América del Sur.

Por lo tanto nos interrogamos, ¿cómo aplica su concepción de continentalismo? ¿Qué significa para Perón en su dimensión esencial, el continentalismo? ¿Realiza una traslación mecánica de las lecturas de Ratzel al contexto argentino y latinoamericano? ¿Recibe influencia directa o indirecta de Manuel Ugarte en su continentalismo sudamericano?

En primer lugar afirmamos que nuestra primera y esencial respuesta consiste en sostener que el continentalismo de Perón se circunscribe como latinoamericanismo y no como panamericanismo. Es un *continentalismo del subcontinente*. Las ideas de San Martín y Bolívar de comunidad hispanoamericana, noción enriquecida y profundizada por Manuel Ugarte al proponer la conformación de los Estados Unidos del Sur como un espacio de autonomía de América Latina con la inclusión de Brasil –a diferencia de la primera etapa de los libertadores–, aparecen conjugadas en la concepción de Perón con la continuidad que vendría a darle el continentalismo.

Perón es la confluencia de dos historias. Una historia de principios de siglo que es la del latinoamericanismo de Ugarte, Rodó y García Calderón, entre tantos otros. ¿Cuál es el rasgo de este latinoamericanismo? Los pensadores que he mencionado se plantean a modo de modelo la unidad alemana italiana: “Tenemos que hacer la industrialización y el Zollverein”. La generación del 900 ve que sólo el Estado continental nacional es capaz de protagonismo. Si no, no es viable nada. Perón junta esta línea histórica, la latinoamericana, con el pensamiento geopolítico alemán. (Methol Ferré, 1998: 10)

En el itinerario del desarrollo del latinoamericanismo, Manuel Ugarte se destaca en su carácter de integrante de la generación del 900, al protagonizar el salto cualitativo de impulsar en 1900 la necesidad de conformar los Estados Unidos del Sur, entendiendo por ello a un Estado que conjugue las dimensiones de integración, democratización e industrialización, como única posibilidad de América Latina ante el agotamiento de la repúblicas agroexportadoras.

En rigor, aclaramos nuevamente volviendo al pensamiento continentalista de Perón y coincidiendo con Fermín Chávez en el sentido de que no era un hombre aficionado a las citas, debemos realizar un esfuerzo especial para arribar a las fuentes del pensamiento de Perón. Por ello, nos manejaremos con un criterio metodológico de “emancipación del documento”.

Una vez aclarado este criterio, analizaremos la relación Ugarte-Perón.

Podemos decir con seguridad que en su condición de voraz lector Perón conocía plenamente las fuentes del latinoamericanismo. Alberto Ciria reflexiona sobre las influencias latinoamericanas en su pensamiento:

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Manuel Ugarte, que empezó en el socialismo junto a Alfredo Palacios y José Ingenieros y terminó como embajador en México, Nicaragua y Cuba antes de su muerte en Niza en 1951, esbozó entre 1919 y 1924 conceptos muy parecidos a la Tercera Posición. (Ciria, 36)

Enrique Pavón Pereyra, uno de los “peronólogos” más reconocidos incluso por el propio Perón, afirma:

Perón –en agosto de 1962– redactó uno de sus mensajes más significativos y sugerentes: su propósito era establecer contactos con la Patria Americana. El documento contenía implícita una severa crítica a lo que el general denominaba “errónea política yanqui”. Nosotros observábamos las influencias de Vasconcelos, de Luis Alberto de Herrera, de Haya de la Torre. Este último también lo frecuentó en Madrid y en no pocos de sus enfoques coincidió con ese adalid de la Patria Americana que se llamó Manuel Ugarte (Pavón Pereyra, en *Perón*. 1952: 263)

Otro estudioso importante del peronismo como lo es Fermín Chávez (1984b) dice acerca de las fuentes del pensamiento de Perón: “Sería impropio dejar fuera las influencias que Perón recibió de escritores y pensadores políticos argentinos, así como también de círculos y núcleos activos en los años decisivos de su formación, correspondientes al movimiento de ideas que empieza a manifestarse a partir de 1927, aproximadamente. En ese curso se perfilan unas cuantas figuras, sin las cuales resulta poco explicable el pensamiento de Perón tal como se traduce una década después. Resultan ineludibles los nombres de Manuel Ugarte, el general Alonso Baldrich, Leopoldo Lugones y Alejandro Bunge entre los mayores”. Con relación a Ugarte indica: “Ugarte trabajó para crear conciencia hispanoamericana con lucidez propia de un genio nativo” (109, 111).

Otra dimensión puntualizada por Fermín Chávez en la influencia de Ugarte hacia Perón consiste en el concepto estratégico que adquiere en el coronel el fundamento y alcance de la necesidad de una *doctrina propia*.

En ese aspecto, Peter Waldman puntualiza:

La doctrina peronista surgió del esfuerzo por liberarse de esa doble carga ideológica: el fascismo y el comunismo. Por eso, creó

una doctrina propia para su movimiento, una *doctrina social argentina*. (Citado por Chávez, 1984a: 7)

En ese aspecto, Ugarte también escribió, comenta Fermín Chávez, en el diario *El Argentino de La Plata*, en cuyas páginas dio a conocer el 31 de agosto de 1929 el artículo “Cultura nacional”, con una primera parte titulada “La manía de imitar”. Su llamado de atención pudo llegar desde ese medio platense a muchos argentinos, que pudieron descubrir cosas como éstas:

“Esta manía de imitar ha sido el origen de la situación disminuida en que se hallan nuestras repúblicas, de las dificultades por las que hemos tenido que atravesar después de la guerra y las graves amenazas que se ciernen sobre nosotros. Si subrayamos la saturación de inspiración extranjera, sobre todo, en las órbitas del Estado ella impidió toda concepción o doctrina propia, no sólo en lo que se refiere a los asuntos interiores sino también, y en particular, por lo que atañe a la acción internacional.” Nosotros subrayamos el concepto de doctrina propia porque ella va a aparecer décadas después en los escritos estratégicos de Perón, quien ya era un estudioso de esos temas en 1929. (Chávez, s/f)

En *Nacionalismo y peronismo* Cristian Buchrucker (1987) afirma:

La influencia del nacionalismo sobre la formación ideológica de Perón y de sus cercanos colaboradores está bien documentada: desde 1936 Perón conocía las publicaciones de FORJA. En junio de 1943 los oficiales de GOU leían los libros de José Luis Torres y Scalabrini Ortiz, al mismo tiempo que se iniciaban también contactos personales, impulsados por el mayor F. Estrada, simpatizante del forjismo. (308)<sup>4</sup>

Aquí encontramos el núcleo fundamental para nosotros de la relación del latinoamericanismo de Ugarte en Perón a través de la

4. Consideramos relevante consignar que en la clasificación de la biblioteca de Perón realizada por el en ese momento director del Archivo General de la Nación, Miguel Unamuno, se halló la obra de Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, con nota preliminar de Enrique García. Buenos Aires, Hechos e Ideas, 1950.

vía indirecta o polea de relación por FORJA ya que “los seguidores de Manuel Ugarte y Haya de la Torre se nucleaban en FORJA” (Floria y García Belsunce, II: 365).

Solamente así podemos entender el reconocimiento de Perón hacia Ugarte y en ese sentido el propio Cristian Buchrucker (1987) destaca la posibilidad que le brindara Perón de ser embajador de su gobierno.

Jorge Bolívar reflexiona con respecto a Ugarte:

Leyendo sus ideas sobre el socialismo moderado, ajeno a toda perspectiva colectivista, sobre una justicia social que democratizará no sólo el poder político sino también el poder económico y sobre un nacionalismo abierto a la unidad con los otros, constituyen un antecedente importante en la conformación doctrinaria del justicialismo y no puede extrañar que el propio Perón lo viera como un gran embajador de la Argentina entre los países de América Latina. (14)

Coincidimos con las opiniones de los prestigiosos estudiosos citados, y consideramos que para fundamentar y argumentar la filiación entre el latinoamericanismo de Ugarte con el continentalismo sudamericano de Perón nos debemos interrogar acerca de cuál era la visión o dimensión histórica de tal continentalismo sudamericano.

“La idea de una comunidad hispanoamericana nace con la independencia de nuestros países. Primero desde Chile y Perú, luego por inspiración de Bolívar llegan los primeros intentos que siempre fracasaron por diversas circunstancias.” Al mismo tiempo Perón advierte que simultáneamente al desarrollo del bolivarismo existe un “intento de integración dependiente. El principio de dividir ha sido uno de los predilectos en el arsenal de recursos colonialistas del imperio yanqui”. Enumera las acciones estadounidenses hacia América Latina durante el siglo XIX desde James Monroe hasta el Primer Congreso Panamericano de 1889 denunciando la política de Estados Unidos: “Así entramos en el siglo XX bajo el signo de la famosa Doctrina Monroe”, afirma Perón en un artículo publicado el 23 de septiembre de 1967 (Perón, 1982: 43-44).

Aquí podemos destacar plenamente que la concepción continentalista sudamericana de Perón excluía expresamente a Estados Unidos: por el contrario, su planteamiento y concreción implicaba

un paradigma opuesto a la idea de una unión panamericana (América conducida por Estados Unidos).

En todos los discursos y análisis históricos de Perón son permanentes los rescates y la reivindicación de la comunidad de origen iberoamericana, concepción o dimensión histórica desarrollada en función y perspectiva de una proyección política continentalista, revisión histórica de dimensión latinoamericana que encuentra a Ugarte entre sus pioneros. Así Perón afirma en discurso en la Escuela de Oficiales en septiembre de 1948:

Frente a las nuevas fuerzas de carácter económico que pretenden dominarnos, nosotros, chilenos y argentinos, debemos retomar a los antiguos ideales de O'Higgins y San Martín. (Citado por Aníbal Iturrieta, 83)

Es muy singular e importante, siguiendo esta línea del continentalismo sudamericano de Perón, la lectura de fragmentos del discurso pronunciado el día de la raza y el cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra en octubre de 1947: Para nosotros, la raza no es concepto biológico; para nosotros es algo puramente espiritual. Constituye una suma de imponderables que hace que nosotros seamos lo que somos y nos impulsa a ser lo que debemos ser, por nuestro origen y por nuestro destino. Ella es la que nos aparta de caer en el remedo de otras comunidades cuyas esencias son extrañas a las nuestras, pero a lo que con cristiana caridad aspiramos a comprender y respetamos. Para nosotros la raza constituye nuestro sello personal ineludible e inconfundible. Para nosotros los latinos, la raza es un estilo. Un estilo de vida que nos enseña a vivir practicando el bien y a saber morir con dignidad... La difusión de la leyenda negra, que ha privilegiado la crítica histórica seria y desapasionada, interesaba solamente a los aprovechados detractores. Por una parte les servía para echar un baldón a la cultura heredada por la comunidad de los pueblos hermanos que constituimos Hispanoamérica. (Citado por Aníbal Iturrieta, 83)

En *El modelo argentino para el proyecto nacional* Perón reafirma: “Ya la idea de comunidad latinoamericana estaba en San Martín y Bolívar: ellos sembraron las grandes ideas y nosotros hemos perdido un siglo y medio vacilando en llevarlas a la práctica” (37). Como se

advierde, entre la concepción histórica de Perón y la de Ugarte hay una impronta común de fuerte matriz bolivariana y sanmartiniana, como mandato histórico incumplido hacia la construcción de la Patria Grande.

La investigadora Diana Quattrocchi-Woisson argumenta con respecto a este tema que en su primer período Perón no toma partido en los debates históricos que impulsan algunos integrantes de su movimiento, como Joaquín Díaz de Vivar o John William Cooke. Leemos en un discurso de Perón durante el acto de proclamación de su candidatura a presidente el 12 de febrero de 1946:

Estos vociferadores de la libertad quieren disimular, alucinando con el brillo de esta palabra (libertad) el fondo esencial del drama que vive el pueblo argentino. Porque la historia es ésta: en nuestra Patria no se debate un problema entre “libertad” o “tiranía”, entre Rosas o Urquiza, entre “democracia” y “totalitarismo”. Lo que en el fondo del drama argentino se debate es simplemente un partido de campeonato entre la “justicia social” y la “injusticia social”. (Citado por Quattrocchi-Woisson, 238)

La misma estudiosa señala que “durante su gobierno Perón tuvo bien cuidado de no mezclarse en la querrela historiográfica” (303).

En 1950 Perón organiza la “liturgia del año del Libertador” en homenaje al centenario de la muerte de San Martín.

*Podemos afirmar que recién en el exilio Perón tomará partido por el revisionismo histórico evocando la figura de Juan Manuel de Rosas y también su carácter de exiliado político para emparentarlo con su figura y el mismo infortunio.*

Alberto Ciria también coincide al indicar que las figuras de Napoleón y San Martín son paradigmáticas: cada uno fue un conductor y un maestro:

Esta noción reaparecerá muchas veces durante el período 1946-1955 en elogiosas referencias del presidente de la república a ambos conductores. (15)

La dimensión genética del continentalismo de Perón se expresa con toda nitidez en su discurso de clausura del Congreso Sanmartiniano en la Universidad Nacional de Cuyo en diciembre de 1950, donde se declaró heredero del mandato de los Libertadores,

“llamando a José de San Martín *genio militar* (supo elegir los campos de batalla y salir victorioso). Además a Bolívar lo calificó de *genio político* (por divulgar, sin abandonar nunca, el anhelo de la consolidación de la Patria Grande sudamericana)” (Oliva, 2005).

Manuel Urriza alumbró una obra muy importante donde refleja claramente la concepción histórica, o dimensión genética, de Perón, San Martín y Bolívar vistos por Perón. Allí dice: “Perón consideró tan importante el rol de San Martín y de Bolívar en las luchas independentistas de América del Sur que, en sus apuntes de historia militar, los menciona en el capítulo titulado “La conducción”, calificándolos de “grandes capitanes” y de “conductores” (56); y agrega que fueron capaces de dar nuevo brillo a las armas de las naciones oprimidas. Con referencia a sus respectivas actuaciones, expresa:

San Martín cambia totalmente la suerte de las armas americanas en esta parte del continente, la de Bolívar en el norte se produce en forma similar. (56)

Sobre la base de lo analizado, concluimos que la concepción histórica, o dimensión genética, del continentalismo sudamericano de Perón posee una fuerte filiación ideológica con la dimensión genética de la generación del 900. Esta afirmación de la comunidad nacional iberoamericana simbolizada en las figuras de San Martín y Bolívar encontró su vía de implementación hacia un proyecto político de unidad continental en el nacionalismo latinoamericano de principios de siglo y posee la particularidad de haberse desarrollado por encima de las controversias historiográficas internas de cada Estado, por el hecho de haber adquirido una dimensión continentalista.

Ahora bien, Perón accede al poder luego de haber realizado una larga carrera militar. Antes de estudiar las características de su gobierno en lo que hace a su política integracionista, no podemos perder de vista, metodológicamente, las “tensiones principales” de su carrera profesional hasta 1943, decisivas en su formación por la experiencia que irá adquiriendo, enriqueciendo su formación histórica vista anteriormente.

La caída de Yrigoyen en 1930 encuentra al capitán Perón en el grupo que participa del golpe del 6 de septiembre. Dice en “Lo que yo vi de la preparación y realización de la revolución del 6 de septiembre de 1930”:

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Hasta ese entonces mi vida se había reducido a los trabajos y estudios propios de la profesión. En 1916, cuando tuve que votar por primera vez, lo hice por Yrigoyen. Pero en víspera de la revolución del 30, se veía que Yrigoyen iba a caer solo. Ya estaba todo descompuesto: el terreno había sido abandonado por la Semana Trágica y por la inoperancia del gobierno ante los graves problemas que se le presentaban. Los jefes resolvieron entonces conversarnos a los oficiales. A mí me conversó el coronel Bartolomé Descalzo que era profesor de la Escuela. (Citado por Sarobe, s/f: 96)

Para esa ocasión Perón trabajó íntimamente junto con el coronel Descalzo y el teniente coronel Sarobe, quienes cumplieron una actuación estratégica en el movimiento del 6 de septiembre.<sup>5</sup>

El teniente coronel José María Sarobe fue el que dio lectura a un programa de acción para la junta de gobierno que él mismo había redactado y que fue aprobado por aclamación. En este histórico documento conocido como “Programa de acción presentado a la junta de gobierno de Arequipa por el coronel Montagne”, expresaba el criterio del general Justo y llegó a manos de José Félix Uriburu, dos días después. El capitán Perón fue el encargado de hacer imprimir doscientas copias del programa. Pudo entregar el trabajo a Descalzo en la tarde del 5 (Chávez, 1984b).

El coronel Descalzo había ejercido una notable influencia en la formación profesional del entonces capitán debido a que fue su jefe en su primer destino, el Regimiento 12 de Infantería de Paraná. En un discurso pronunciado en Santa Fe el 8 de septiembre de 1948, Perón reconoce:

Yo tuve la inmensa fortuna de prestar servicios a las órdenes de un capitán como deben ser todos los capitanes. Ese capitán

5. En la biblioteca personal de Perón clasificada por Miguel Unamuno encontramos las siguientes obras del general Descalzo: *San Lorenzo (3-2-1813)*. *Combate de los Granaderos a Caballo*. Buenos Aires. 1943; *La acción de San Lorenzo*. Buenos Aires. Instituto Nacional Sanmartiniano, 1948. Del general Sarobe: *La Patagonia y sus problemas: estudio geográfico, económico, político y social de los territorios nacionales del sur*. Prólogo de Ezequiel Ramos Mejía, Buenos Aires. Editorial Aniceto López, 1935. *El general Urquiza (1843-1852)*. *La Campaña de Caseros*. Buenos Aires. Kraft. 2 vols. 1941.

es el actual coronel Bartolomé Descalzo, quien era en la unidad una verdadera institución, un hombre probo y un profesional laborioso e inteligente. Siempre he pensado que aquello que hice en mi vida debe ser acreditado en gran porcentaje a la cuenta de ese capitán. (*Anécdotas, recuerdos y relatos...*, 8)

Cuando Perón organiza el “Año del Libertador” en 1950 designa un consejo superior dependiente del Ejecutivo para la coordinación y al general Bartolomé Descalzo como presidente de ese consejo. Esta designación otorgada a su antiguo jefe denota la seriedad con que Perón encaró el año sanmartiniano (Quattrocchi-Woisson, 305).

El teniente coronel José María Sarobe fue otro oficial superior a quien frecuentó Perón durante los años 20 y 30. Ambos mantuvieron una importante relación epistolar, donde se advierte el respeto a la figura de Sarobe por parte del futuro conductor del justicialismo.

Torcuato S. Di Tella afirma en ocasión de analizar la concepción industrialista y neutralista de sectores del Ejército durante la Segunda Guerra Mundial:

Entre los militares, uno de los más decididos a favor de una industrialización a todo vapor era el coronel Manuel Savio, en ese entonces director general de Fabricaciones Militares. En una conferencia pronunciada en la UIA en 1942 sobre política metalúrgica, pronosticaba el caos económico que seguramente seguiría a la finalización de la guerra si no se hacía algo para prevenirlo. En otra conferencia, en el mismo lugar, el general José María Sarobe, uno de los más encumbrados hombres de armas del momento, advirtió que era necesario conquistar la independencia política, aunque agregó, de manera algo desmesurada, que en la conformación de cuatro grandes bloques –Estados Unidos, Alemania incorporando Ucrania, la Unión Soviética y Japón controlando todo Oriente– la Argentina podría llegar a dirigir un quinto bloque mundial basado en América Latina. (Di Tella, 1998: 252)

El general Sarobe había sido agregado militar en la delegación argentina en Brasil en 1923 y había acompañado al general Agustín P. Justo en su viaje de confraternidad a Brasil en enero de 1933. El gobierno brasileño lo condecoró con la orden Cruzeiro do Sul. El presidente Getúlio Vargas retribuye luego la visita a la Argentina.

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

En 1944, el general Sarobe publica *Iberoamérica: mensaje a la juventud*, que en realidad constituyó una conferencia pronunciada en mayo de ese mismo año. En Sarobe se delinea claramente la influencia de la generación del 900 en su concepción histórica, lo cual lo afilia a la tesis de Ugarte de la simultaneidad de la revolución americana en 1810 en consonancia con el pensamiento de todos sus promotores, uniendo a todos los pueblos hispánicos. Sarobe reivindica las figuras de San Martín y Bolívar, de lo que se desprende su cosmovisión histórica, y reafirma la “unidad moral y espiritual de la América Ibérica”.

Entiende que el problema contemporáneo de América Latina constituyó el proceso de desintegración que se había iniciado hacia más de una centuria. Impulsa la necesidad de desarrollar una política de solidaridad continental cuyo primer paso sería la formación de la unión aduanera.

El núcleo del proceso integracionista debe ser la alianza argentino-brasileña. Esta amistad debe favorecer una política industrial:

Las economías del Brasil y de la Argentina son complementarias en lo fundamental y es tan importante el comercio entre ambas naciones que se lo puede considerar como el eje sobre el cual rota el plan revisionista sudamericano. (36)

Vislumbra que la política de solidaridad continental debe ir más allá de lo económico mediante la profundización del intercambio cultural de los pueblos iberoamericanos en un vínculo espiritual. Destaca la figura de José Enrique Rodó como la del pensador de la generación del 900.

Nos detuvimos en la figura de Sarobe porque identificamos que su relación con Perón y el respeto intelectual y profesional de éste hacia su figura produjeron un enriquecimiento estratégico de su continentalismo sudamericano, además de la experiencia adquirida por Sarobe en Brasil, en ese momento nuestro “enigmático y desconocido vecino”. Para nosotros el general Sarobe es un hijo intelectual del latinoamericanismo del 900 y nuevamente aquí establecemos una vía de relación, como en el caso de FORJA, indirecta entre Ugarte y Perón.

Asimismo, recordemos que en 1931 la Biblioteca del Oficial del Círculo Militar publicó la obra del capitán Juan Domingo Perón *El frente oriental de la Guerra Mundial de 1914*, con un prefacio del teniente coronel Juan Lucio Cernadas. Su autor incluía la siguiente

dedicatoria: “A mi primer capitán, teniente coronel de Infantería don Bartolomé Descalzo, como una pequeña amortización de mi gran deuda de gratitud”. Y en el prólogo Perón formula la siguiente explicación:

El presente trabajo ha sido concebido como un ensayo de estudio comparativo sobre historia militar, dentro del concepto moderno de “la nación en armas” y dedicado a los jóvenes oficiales de nuestro ejército que desde ya sienten el deseo de penetrar los complejos problemas de la educación superior. (6)

Aquí surge nuevamente la idea fuerza de “la nación en armas” en la planificación estratégica del pensamiento de Perón. El historiador Fermín Chávez (1984b) nos dice sobre esos años, en realidad los más desconocidos de la vida de Perón, que su “existencia recorre entre 1932 y 1938 senderos en apariencia inconducentes al triunfo o la máxima gloria. Ayudante del jefe de Estado Mayor del Ejército, general Guillermo J. Mohr, hasta febrero del 32, y ayudante de campo a partir de esta última fecha, su principal actividad fue la de un estudioso profesor de la Escuela Superior de Guerra, de un historiador militar en ciernes y de un observador particularmente atento al país interior” (151).

Con seguridad podemos afirmar que son los años en que Perón conoció el latinoamericanismo de Ugarte estudiándolo directa o indirectamente a través de la concepción latinoamericana de FORJA, fuente directa, ya que sabemos con exactitud que Perón leía los cuadernos del grupo, como lo prueba Cristian Buchrucker (1983).

En 1933 Perón publica el primer volumen de su estudio *La guerra ruso-japonesa* e inició la publicación de su importante *Toponimia patagónica de etimología araucana*. En 1936 fue trasladado a Chile para hacerse cargo de sus funciones de agregado militar en la Embajada argentina. En esta experiencia podemos visualizar por primera vez al estratega y geopolítico de la integración.

Hasta ahora hemos analizado el discurso en lo que hace a la *dimensión genética o concepción histórica del continentalismo sudamericano*. Pero el 23 de agosto de 1937, Perón envió al Ministerio de Guerra argentino un informe sobre política internacional donde enfatiza en la situación particular de Chile y la política de Estados Unidos en el sur del continente. En el párrafo final realiza un alerta premonitorio de los nuevos tiempos:

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

No sé si al aventurar mi opinión, puedo prejuizar, pero la situación tal cual la percibo, en este país y momento, me lleva a la persuasión de que Norteamérica nos está preparando un aislamiento político que, en el mejor de los casos, ha de hacernos perder, en Sud América, parte de la preponderancia política, que el desencadenamiento feliz de los últimos tiempos nos había hecho conquistar en esta parte del continente. (Citado por Chávez, 1984b: 153)

Perón advierte con claridad la posibilidad de que Estados Unidos impulse en el sur de América una política de boicot y aislamiento hacia la Argentina que obstaculizaría la oportunidad de un acercamiento entre los países vecinos. Su experiencia en Chile le otorga la primera oportunidad para desde el terreno de la política concreta elaborar sus ideas sobre unidad latinoamericana. Se observa que el continentalismo de Perón incluye a América del Sur a la que distingue nítidamente de América del Norte.

Durante su estadía en Chile apareció en Buenos Aires un trabajo suyo presentado en el Segundo Congreso Internacional de la historia de América, “La idea estratégica y la idea operativa de San Martín en la campaña de los Andes”. En él retomó sus “viejas inquietudes sanmartinianas, que la estadía en el país trasandino renovó” (citado por Chávez, 1984b: 1549). Se confirma nuevamente nuestra afirmación en lo que hace a la dimensión genética o concepción sanmartiniana y bolivariana de la cosmovisión histórica continentalista de Perón.

A su regreso de Chile en marzo de 1938 fue designado profesor de Operaciones Combinadas en la Escuela de Guerra Naval y destinado al Estado Mayor del Ejército, División III (Operaciones). A fines de 1938 el ministro de Guerra, el general de brigada Carlos D. Márquez, lo envía a una misión de estudio a Europa. Perón estuvo dos años en Italia –1939-1940– realizando distintos cursos de especialización: “He asistido en Europa a la crisis más extraordinaria que haya presenciado la humanidad desde 1939 a 1941”, afirma en una conferencia dictada el 10 de junio de 1944 en la Universidad Nacional de La Plata (citado por Iturrieta, 36). Sin duda Perón se constituía en testigo privilegiado del conflicto mundial en sus comienzos y esta experiencia práctica vino a nutrir su pensamiento como futuro conductor.

Recordemos que a lo largo de este libro, en aras de una mejor sistematización metodológica, descomponemos el estudio del

pensamiento político en cuatro dimensiones: 1) la dimensión genética o concepción histórica; 2) el modelo paradigma; 3) el antimodelo, y 4) la metodología para llegar al modelo o paradigma. En el caso particular del pensamiento latinoamericano de Perón, para establecer el grado de influencia del latinoamericanismo de Manuel Ugarte, núcleo de nuestra hipótesis, hemos analizado su dimensión genética, o concepción histórica hegemónica, como pudimos apreciar, por una *fuerte matriz sanmartiniana y bolivariana* en su carácter de figuras históricas aglutinadoras de la nación continental.

Esta cosmovisión histórica se profundiza por la rica experiencia de vida desarrollada por Perón antes de llegar al poder (1913-1946) y se combina con el modelo de nación en armas del barón von der Goltz<sup>6</sup>, el continentalismo de Ratzel, el nacionalismo de José Luis Torres, Leopoldo Lugones y Alejandro Bunge, y el latinoamericanismo de Manuel Ugarte por la vía indirecta, como indicamos, de los cuadernos de FORJA, agrupación de fuerte concepción latinoamericana debido a la influencia de Ugarte y Haya de la Torre. El propio Perón, cuando se encuentra personalmente con Ugarte, lo felicita y reconoce su obra. Tampoco podemos obviar la visión estratégica, en lo que hace a la alianza argentino-brasileña, del general José María Sarobe y su rica experiencia diplomática y de estudios en Chile y Europa.

Solamente siguiendo este largo itinerario del origen, desarrollo y conformación de su concepción continental sudamericana podemos comprender el telegrama enviado a Luis Alberto Herrera, caudillo del Partido Nacional Blanco de la República Oriental del Uruguay y amigo personal de Ugarte, dos días después de su triunfo el 24 de febrero de 1946 que le permitió acceder por primera vez a la primera magistratura: “Hay que realizar el sueño de Bolívar. Debemos formar los Estados Unidos de Sudamérica” (Perón, 1973: 8). Es la primera vez que nos encontramos claramente con el paradigma de su latinoamericanismo continental: los Estados Unidos de Sudamérica, el

6. Es de suma importancia para nuestros fines destacar que en la clasificación de la biblioteca personal de Perón se han hallado las siguientes obras de Colmar von der Goltz, hijo cultural de Ratzel y profesor de Perón en la Escuela Superior de Guerra: “La dirección de la guerra. Breve explicación de sus principales fundamentos y de sus formas”, *Revista Científica Militar*. Barcelona. 1897: *La nación en armas: un libro sobre organización de ejércitos y conducción de guerra en nuestros tiempos*, Buenos Aires. Círculo Militar, 2 vols., 1927: *Las guerras de Napoleón*, prólogo de José Félix Uriburu. Buenos Aires, Escuela Superior de Guerra. También se encontró *De la guerra*, de Karl von Clausewitz, Buenos Aires. Escuela de Guerra Naval. 1935.

mismo paradigma que Manuel Ugarte había propuesto en 1900 con el nombre de “los Estados Unidos del Sur”.

¿Cuál ha sido la política de Perón con respecto a su paradigma? ¿Existió una coherencia o una disonancia con su discurso político? ¿Aplicó su concepción continentalista? ¿Cuál ha sido su metodología para cumplirlo?

La profundización de las relaciones de la Argentina con los países de América Latina durante los primeros gobiernos peronistas constituye uno de los aspectos fundamentales de la posición internacional adoptada entonces por el país. El relativo aislamiento tradicional respecto del área a fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, comenzó a modificarse con las actitudes diplomáticas de Hipólito Yrigoyen.

La formulación de la política exterior del gobierno de Perón con relación a los países de América Latina se caracterizó por combinar una visión pragmática y realista, que tendió a aprovechar las condiciones particulares que ofrecía el sistema internacional imperante en la posguerra mediante la utilización de los postulados doctrinarios de la Tercera Posición. Dentro de esta estrategia, América Latina fue concebida como un espacio de solidaridad política y complementación económica que, consolidando los tradicionales vínculos históricos que unían a sus pueblos, tendiera a una verdadera integración económica. En el fondo lo inédito y singular del escenario mundial lo constituía el hecho de que Europa había dejado de ser el único centro con el surgimiento en la posguerra un mundo bipolar extraeuropeo.

Simultáneamente Perón hereda una situación de extrema complejidad en lo que hace a la posición internacional argentina: insuficientes vínculos con los países latinoamericanos, una relación particular con la Inglaterra en crisis luego de la guerra y un lazo conflictivo con Estados Unidos que intenta crear su nueva área de influencia en América Latina mediante el desplazamiento de Gran Bretaña.

En este contexto, la Argentina concibió el sistema regional como un espacio imprescindible para su propia efectividad y para desarrollar en el seno de las organizaciones continentales reglas de juego equitativas y guiadas por un auténtico universalismo que condujera a América del Sur a ser un actor real de la política internacional.

El peronismo como expresión de los fenómenos populistas latinoamericanos expresa la búsqueda y el intento esencial de consolidación en el Estado nacional de un modelo de acumulación basada

en la redistribución del ingreso, el fomento del consumo interno, y por este camino lograr la promoción de la nueva Argentina industrial.

La finalidad primordial era lograr un crecimiento autónomo sobre la base del desarrollo económico con control nacional acompañado de un proceso gradual y acelerado de distribución y una férrea política de empleo. En este esquema, el Estado asume un papel central como regulador de las conductas de los agentes económicos y promotor de la reactivación productiva.

Sin embargo, uno de los límites estructurales más serios que encontró el peronismo fue la imposibilidad de lograr un desarrollo industrial sostenido y autónomo debido a la estrechez del mercado interno compuesto en ese momento solamente por dieciséis millones de habitantes, por lo cual, como bien señala Felipe Herrera:

La fragmentación del mercado latinoamericano en una multitud de mercados nacionales, virtualmente aislados unos de otros, representa, como resultado de las limitaciones en el volumen de la demanda, un serio impedimento al proceso de desarrollo. (52)

La concepción política continentalista sudamericana de Perón le provoca la convicción de que no era posible el desarrollo y el crecimiento en los límites del mercado interno, “por lo que Perón nunca creyó en un mercadointernismo puro, y era consciente de que había que estimular aquellas industrias que pudieran ser económicas. Pensaba la protección de la industria con: 1) salarios altos y gran número de empleados, y 2) el uso de la materia prima nacional. El despliegue industrial argentino estaba ordenado a toparse con los límites muy estrechos porque no surge ninguna potencia industrial sobre sustitución de importaciones en un mercado de quince a veinte millones de habitantes. Tempranamente se plantea el dilema de la imposibilidad de un mercadointernismo puro. Él tenía una expresión que repitió continuamente: ‘No somos una economía completa. No disponemos de toda la gama de recursos posibles para fundar una sustitución de importaciones’. Perón nunca creyó en el mercadointernismo” (Methol Ferré, 1996-1997: 178).

La guerra había promovido el acercamiento comercial con los demás Estados de América Latina, por lo que llegaron a representar el 13,6% de las exportaciones argentinas, pero la situación era insatisfactoria, ya que estos países tenían poco para vender o sobre todo carecían de tecnología y de los bienes de capital que la industria

argentina necesitaba para su consolidación. Además, la política de tasa de cambio alta impulsada por el gobierno posibilitó en estos mercados el desplazamiento de la producción argentina por la estadounidense, que inició una vigorosa campaña para recuperar los espacios que había perdido durante la guerra.

Podemos puntualizar que “la política mercadointernista de Perón no fue consecuencia solamente de razones por política interna, factores externos también ayudaron a su implementación. En efecto, desde la guerra algunas importaciones estratégicas le fueron dificultadas a la Argentina por presiones estadounidenses” (Gaggero, 166). Dentro de la variable derivada del escenario mundial, las sanciones económicas discriminatorias contra la Argentina por parte de Estados Unidos y, más tarde, la inconvertibilidad de la libra decretada por Gran Bretaña, condicionaron seriamente el objetivo central argentino de desarrollar su industria.<sup>7</sup>

¿Cuál fue la reacción de Perón para resolver o solucionar el dilema mercado interno/mercado externo? Él percibe que la única salida real de la Argentina consiste en establecer la posibilidad de ampliación del mercado interno creando las bases de unificación de América del Sur. En el gran espacio de solidaridad política y económica que ambiciona crear en la región, los países del área iberoamericana ocupan un lugar estratégico. A través de acuerdos comerciales y uniones económicas, trató de reorientar el comercio de América Latina, tradicionalmente dirigido a Estados Unidos o a Europa, para sortear de esa manera las restricciones que nos imponía la situación internacional.

El ambicioso objetivo que se planteaba era que el comercio intraregional comenzara a desplegarse y fuera adquiriendo con el tiempo cada vez mayor importancia. El planteo se correlacionaba con las perspectivas de desarrollo del sector industrial argentino, el cual en el contexto de dislocación del comercio internacional de la época de la guerra “había comenzado a realizar exportaciones manufactureras hacia el área sobre la base de una tendencia objetiva al crecimiento del comercio interregional desde la década del 30” (Cafiero, 5).<sup>8</sup>

7. Para un análisis de las relaciones entre la Argentina y Estados Unidos durante este período véase Carlos Escudé (1983) y Mario Rapoport (1980).

8. Respecto de la política exterior peronista, véase también Abelardo Ramos (1989: 24-29), Luis Alberto Moniz Bandeira (2004: 207-249), Carlos Fernández Pardo y Leopoldo Frenkel (244-248).

En esta tendencia, desde el año siguiente a su asunción, es decir desde 1947, Perón intenta acuerdos de unión aduanera con el presidente de Chile, Gabriel González Videla. En 1951, en su intento de generar una ampliación del mercado a un nivel continental sudamericano con el fin de adquirir mayor competitividad, realiza el planteo del nuevo ABC: “El nuevo ABC del año 1951, Perón lo plantea en forma pública el 7 de septiembre de ese mismo año, fecha del aniversario de la independencia de Brasil, en la que ofrece un banquete de honor al embajador Lusardo, que era su amigo y enviado especial del presidente Getúlio Vargas” (Methol Ferré, 1996- 1997: 184). Es en el aniversario del Grito de Ipiranga cuando Perón propone por primera vez la unión argentino-brasileña. La propuesta implica un giro copernicano que rompe con la tradición del nacionalismo convencional territorialista tanto argentino como brasileño, y se enlaza con el latinoamericanismo continentalista de Ugarte que había incorporado a Brasil en los marcos de la Patria Grande y del pensamiento de José Vasconcelos. Éste, en su gira de 1922 por Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, percibió que en la cuenca del Paraná estaba el mayor complejo energético de América Latina y, por ende, base de la sintonía argentina-brasileña para la construcción del núcleo más industrial de América Latina. Sintió que por allí pasaba la solidez de la unidad latinoamericana. Esto quedó registrado en su obra *La raza cósmica* (Methol Ferré, 1995b: 76).

Con seguridad Perón estaba al tanto del latinoamericanismo continentalista de Ugarte a través de su lectura en FORJA, como ya indicamos anteriormente, puesto que al conocer personalmente Perón a Ugarte le manifiesta a éste su reconocimiento a su lucha. Y con respecto a Vasconcelos es importante destacar que lo invitó especialmente al Primer Congreso Nacional de Filosofía de 1949 en Mendoza.<sup>9</sup>

9. La Universidad Nacional de Cuyo, bajo el rectorado de Irineo Fernández Cruz, marcó rumbos con sus cursos de verano, a los que acudían eminentes profesores de América Hispana, y con el Primer Congreso Nacional de Filosofía realizado entre el 30 de marzo y el 9 de abril de 1949. Entre los relatores extranjeros asistentes a ese congreso se contaron Nicolás Abbagnano, Émile Brehier, Guido Calogero, Benedetto Croce, Cornelio Fabio, Hans Geo Gadamer, Juan David García Bacca, Reginald Garrigou-Lagrange, Nicolai Hartmann, Martín Heidegger, Werner Jaeger, Karl Jaspers, Francisco Larroyo, Louis Lacalle, Alceu Amoroso Lima, Gabriel Marcel, Jacques Maritain, Oswald Robles, Ugo Spirito, Eduard Spranger, Alberto Wagner de Reyna y José Vasconcelos, entre otros. En el acto de clausura el presidente Perón pronunció una de sus más importantes conferencias, posteriormente conocida como “La comunidad organizada”.

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Lo novedoso y original del pensamiento de Perón consiste en su estratégica idea fuerza de visualización de la alianza argentino-brasileña como el único camino real para crear las bases materiales de la unidad latinoamericana. Esta concepción estratégica, volvemos a puntualizar, implicó un giro drástico en el itinerario integracionista, porque por primera vez desde 1640 se impulsó desde el plano del poder político la necesidad de unificación del bloque hispano-lusitano de América del Sur. Para dimensionar esta situación realizaremos una breve síntesis de las relaciones con Portugal y Brasil:

- a) La alianza peninsular de Portugal y Castilla que culmina en la unidad de 1580-1640. Luego vino la decadencia común.
- b) El ciclo de rivalidad desde 1640 a 1870, fin de la Guerra de la Triple Alianza.
- c) Desde 1870 hasta 1985 existe un *statu quo* pacífico que va preparando la nueva alianza.
- d) Desde 1985 se inicia una política del reencuentro.<sup>10</sup>

En una sola palabra, sólo hay política latinoamericana real a partir de la alianza argentino-brasileña. Y esa comprensión hizo de Perón el refundador de la política latinoamericana en el siglo XX. Planteó el único camino real de una modernización e industrialización de bases endógenas dinámica. (Methol Ferré, 1996-1997: 187)

De la misma manera, en otro contexto, la unidad real europea se inició a partir de la alianza franco-alemana con la firma del Tratado de París del Carbón y el Acero en 1951; a pesar de que anteriormente se habían realizado intentos esa unidad esencial fue la que le otorgó sustento real a la política integracionista del Viejo Mundo.

Perón expone firmemente el 11 de noviembre de 1953 en una conferencia secreta en la Escuela Nacional de Guerra su concepción continentalista sudamericana:

10. Para un estudio detallado de los orígenes históricos comunes de Portugal y Castilla y sus implicancias en América Latina, véanse Alberto Methol Ferré (1966), Jorge Herrera Vegas (1995), Luis Alberto Moniz Bandeira (2004), Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlian (2003).

La República Argentina sola no tiene unidad económica; Brasil solo no tiene unidad económica; Chile solo, tampoco; pero estos tres países unidos conforman quizá en el mundo actual la unidad económica más extraordinaria del mundo entero, sobre todo para el futuro porque toda esa inmensa disponibilidad constituye su reserva. [...]

Esto es lo que ordena, imprescriptiblemente, la necesidad de la unión de Chile, Brasil y Argentina. Es indudable que, realizada esta unión, caerán en su órbita los demás países sudamericanos, que no serán favorecidos ni por la formación de un nuevo agrupamiento y probablemente no lo podrán en manera alguna, separados o juntos, sino en pequeñas unidades... Pienso yo que el año 2000 nos va a sorprender UNIDOS o DOMINADOS, pienso también que es de gente inteligente no esperar a que el 2000 llegue a nosotros, sino hacer un poquito de esfuerzo para llegar un poco antes del año 2000. Pero lo que yo no quería dejar de afirmar, como lo haré públicamente en algunas circunstancias, es que toda la política argentina en el orden internacional ha estado orientada hacia la necesidad de esa unión.

En esta oportunidad llega a revelar sus conversaciones con Getúlio Vargas:

Más aún, dijimos vamos a suprimir las fronteras si es preciso. Yo agarraba cualquier cosa, porque estaba dentro de la orientación que yo seguí y de lo que creía era necesario y conveniente. [...] La Unión Continental a base de Argentina, Brasil y Chile está mucho más próxima de lo que creen muchos argentinos, muchos chilenos y muchos brasileños. En Brasil hay un sector enorme que trabaja por esto. Lo único que hay que vencer son los intereses; pero cuando los intereses de los países entran a actuar, el de los hombres deben ser vencidos por aquellos, ésa es nuestra mayor esperanza.

Hasta que esto se produzca, señores, no tenemos otro remedio que esperar y trabajar para que se realice: y ésa es nuestra acción y ésa es nuestra orientación. (Perón, 1990: 71-85)

De esta conferencia se desprenden tres orientaciones estratégicas nucleares del continentalismo sudamericano:

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

1. El continentalismo de Perón pasa exclusivamente por la alianza argentino-brasileña en América del Sur. Es un continentalismo del subcontinente.
2. Su escepticismo en la viabilidad de un proyecto mercadointernista queda de manifiesto claramente al considerar que la Argentina, Brasil y Chile por sí solos constituyen “economías incompletas”.
3. En la “era de los pueblos-continente” el imperativo del 2000 “unidos o dominados” no constituía un simple eslogan sino la clave única para que América del Sur cumpla su destino de grandeza histórica.

En 1967, cuando en el tercer número del periódico *Izquierda Nacional* de Buenos Aires aparece por primera vez, con la autorización de Perón, el texto de la conferencia, éste le escribe a Abelardo Ramos el 29 de mayo explicando el significado estratégico de su continentalismo. En un pasaje de la carta le confiesa:

Sobre el asunto de mi conferencia reservada del 11 de noviembre de 1953 que aparece publicada en el N°3 de la revista *Izquierda Nacional* es absolutamente real. Nuestra política internacional estaba orientada hacia una integración geopolítica y hacia una integración histórica. La primera con los siguientes objetivos: superar los límites para un mejor aprovechamiento económico y técnico de América Latina, para formar luego un núcleo de países en condiciones de tratar sin desventaja con las grandes potencias (Estados Unidos y Rusia), para impedir que nos sigan dividiendo en provecho de esos intereses, para elevar el estándar de vida de nuestros habitantes y para echar las bases de los futuros Estados Unidos de Sudamérica. La integración histórica en un tercer mundo para consolidar nuestras liberaciones por una unidad y solidaridad continental latinoamericana. (Perón, 1990: 139)

Ya en 1951, al plantear la necesidad de la unidad argentino-brasileña, precisa que ésta constituye no una unión en sí misma sino el comienzo de un núcleo básico de aglutinación. Así lo expresa en un artículo publicado con el seudónimo “Descartes” en el diario *Democracia* de Buenos Aires:

Varios estudiosos del siglo XIX ya habían predicho que al siglo de la formación de las nacionalidades, como se llamó a éste, debía seguir el de las confederaciones continentales... Si nos preparamos para enfrentar las tareas del destino es menester preparar a estos pueblos en la mística emergente de ese destino... La unidad comienza por la unión y ésta por la unificación de un núcleo básico de aglutinación.

El futuro mediato e inmediato, en un momento altamente influido por el factor económico, impone la contemplación preferencial de ese factor. Ninguna nación o grupo de naciones puede enfrentar las tareas que tal destino impone, sin unidad económica. El signo de la Cruz del Sur puede ser la insignia del triunfo de los penates de la América del hemisferio austral. Ni Argentina, ni Brasil, ni Chile aislados pueden soñar con la unidad económica indispensable para enfrentar un destino de grandeza. Unidos forman, sin embargo, la más formidable unidad a caballo sobre los dos océanos de la civilización moderna. Así podrían intentar desde aquí la unidad latinoamericana con una base operativa polifacética con un inicial impulso indecible. Desde esa base podría constituirse hacia el norte la Confederación Sudamericana unificando en esa unión a todos los pueblos de la raza latina. (Perón, 1990: 45)

La idea de integración económica y política tomó cuerpo durante este período en forma muy acentuada. En una rápida sucesión se propusieron y firmaron una serie de tratados que iban en esa dirección:

- Febrero de 1953: acta de unión con Chile que proponía una unión económica sobre bases bilaterales, considerando las ventajas de coordinar el desarrollo económico de ambos países.
- Abril de 1953: en la quinta reunión de la CEPAL la delegación argentina presentó un proyecto para que se estudiaran las posibilidades de integrar gradual y progresivamente a toda América Latina.
- Agosto de 1953: Tratado de Unión Económica con Paraguay.
- Diciembre de 1953: Convenio de Complementación Económica con Nicaragua.
- Septiembre de 1954: Convenio de Unión Económica con Bolivia.
- Se realizaron también acciones para concretar acuerdos similares con Colombia y Brasil y se firmaron convenios sobre intercambio comercial y sistemas de pagos (Cafiero, 55-56).

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Todo esfuerzo desplegado, en el sentido de eliminar los tradicionales recelos que dividían a los latinoamericanos, era favorecido por los cambios políticos operados en el área con el surgimiento de tendencias y gobiernos partidarios de promover un desarrollo autónomo.

La propuesta de crear “un núcleo básico de aglutinación” incorporó, como vimos, a Brasil, donde el presidente Vargas se mostraba partidario de un vínculo fuerte con la Argentina y de iniciar un proceso de integración regional. El peso de sectores diversos y del establishment brasileño, que conduciría luego al aislamiento del presidente de Brasil –como lo denunciaría antes de su suicidio en 1954–, frustró aquella posibilidad, uno de los antecedentes políticos más nítidos con que ha contado el proceso actual de conformación del Mercosur.

El 23 de septiembre de 1967 Perón reafirma su continentalismo sudamericano como único camino para lograr la segunda independencia de América Latina:

Para evitar divisiones que pudieran ser utilizadas para explotarnos aisladamente.

Crear gracias a un mercado ampliado, sin fronteras interiores, las condiciones más favorables para la utilización del progreso técnico y la expansión económica.

Para mejorar el nivel de vida de nuestros doscientos millones de habitantes.

Para dar a Latinoamérica frente al dinamismo de los grandes continentes el puesto que debe corresponderle en ámbitos mundiales.

Para crear las bases de los futuros Estados Unidos de Sud América. (Perón, 1973: 45-46)

Con el fin de no quedar encapsulados estáticamente bajo las frías normas de los tratados realizaremos un breve esbozo histórico dinámico con la intención de no caer en un relato exhaustivo historicista.

Nada más parcial que acusar a Perón de formular una política aislacionista del sistema-mundo bipolar naciente. Es un hecho poco destacado que cuando se desencadenó la crisis de Berlín en 1948 nuestro país ocupaba destacados puestos en Naciones Unidas: la presidencia del Consejo de Seguridad, miembro no permanente de ese mismo consejo y la presidencia del Segundo Período Extraordinario

de Sesiones de la Asamblea General, realizada en el palacio Chaillot de París. También integraba dentro del Consejo de Seguridad dos comisiones estratégicas en un mundo tenso: las de Energía Atómica y Armamentos Convencionales.

La Argentina ocupó la presidencia rotativa del Consejo de Seguridad desde el 1 de enero de 1948 hasta el 31 de diciembre de 1949. El canciller Atilio Bramuglia y el primer embajador argentino en la ONU, José Arce, tuvieron destacadísimas actuaciones (Cafiero, 212).

Dos días después de asumir la Presidencia de la Nación, el 6 de junio de 1946, el general Perón envía al Congreso un mensaje de restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética: “La tercera posición internacional tiene en esa actitud su acta de nacimiento” (Pavón Pereyra, 1972: 165).

La Tercera Posición no cayó bien en Washington. Un memorando del Departamento de Estado del 21 de mayo de 1950 señalaba: “Hay una dimensión de la política argentina llamada Tercera Posición que es desfavorable a los intereses de Estados Unidos”. (Alonso Barahona, 16)

“Su mérito consiste”, escribe Peter Waldman, “en que en una etapa muy temprana del proceso internacional de descolonización reconoció y formuló con bastante claridad los problemas más importantes y los principales objetivos de los países menos desarrollados” (citado por Fermín Chávez en Perón, 1985: 10).

Por su parte, Rudolf Knoblach sostiene:

La Tercera Posición es superadora del marxismo internacional dogmático y del capitalismo demoliberal. [...] Perón se consideraba, en parte con razón, como el precursor del movimiento del Tercer Mundo. (Citado por Fermín Chávez, 1985: 10)

Perón llevó a cabo una diplomacia activa que se reflejaba en los tratados de complementación económica. No se trataba de una estrategia discursiva, ingenua, sino producto de la teoría y de la acción de un político realista. El punto más importante fue su viaje a Chile en febrero de 1953 para firmar el Acta de Santiago como parte de la reconstrucción del ABC. Vargas no viajó, enigma histórico que encuentra sus causas tal vez en los problemas internos en su país, a pesar de la confianza ciega que Perón tenía en José Lusardo, el embajador brasileño en Argentina. Por ese motivo la relación quedó resentida.

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Moniz Bandeira (2002) destaca la acción de Perón: “Estaba convencido de que el futuro de los pueblos dependería de la magnitud de sus reservas y alimentos”. También señala que Perón acusó a Itamaratí de actuar como “institución supragubernamental” y de obstaculizar la “verdadera unión” (303).

Sin embargo, Celso Lafer (2002) critica la política de Perón respecto de Brasil:

Esta decisión le dio a Brasil, en la segunda posguerra –en contraste por ejemplo con la Argentina de Perón–, el *locus standi* y la confiabilidad de un país realmente alineado con los vencedores, que construirán a continuación el nuevo orden mundial. (113)

Cuando Perón pronuncia posteriormente su discurso del 11 de noviembre de 1953 en la Escuela Superior de Guerra, que ya transcribimos parcialmente, y desnuda el nuevo ABC, la campaña contra Vargas en Brasil es insostenible. Incluso en la Argentina se desata también una campaña. Perón sostuvo su posición en “el diario *Democracia*, donde se publicaban los citados artículos de Perón sobre política internacional –bajo el seudónimo de ‘Descartes’– al lado de los de Víctor Almagro, otro nombre supuesto tras el que operaba quien mucho después sería el fundador de la izquierda nacional, el trotskista Jorge Abelardo Ramos. Los intentos de Perón por combatir a las agencias noticiosas norteamericanas en su propio terreno lo llevaron a fundar Agencia Latina, única agencia de noticias controlada por un país latinoamericano” (Cisneros y Piñeiro Iñiguez 379).

Una reacción muy interesante al nuevo ABC y la política de Perón ante la hostilidad a Vargas en Brasil fue “la del intelectual del recientemente fundado –en 1953– ISEB, Instituto de Sociología y Economía Brasileña, Helio Jaguaribe, quien sostuvo: ‘La integración latinoamericana, y comenzando por la brasileño-argentina, es una medida indispensable para que los países de América Latina logren realizar sus posibilidades históricas’” (Cisneros y Piñeiro Iñiguez, 299).

Independientemente de las razones objetivas y subjetivas, el hecho central fue el trágico final que culmina con el suicidio de Getúlio Vargas y el fracaso de articular el centro básico de aglutinación. Con el tiempo dirá a Enrique Pavón Pereyra:

Era un hombre del sur, un riograndense gaucha hasta la médula, que sentía lo genuinamente criollo como no lo hacen muchos de

nuestros compatriotas. Yo lo considero un gobernante excepcional y su trágico fin, ciertamente, me consternó. La decisión llevaba una advertencia que no supe aprovechar. Pensaba tal vez que a mí no me sucedería lo mismo (Pavón Pereyra, 1973, i: 88)

Perón no agotó su relación con Brasil ni descuidó el lado hispánico de América del Sur con la que también firmó tratados de unión económica: con Chile (julio de 1953), con Paraguay (agosto de 1953), con Ecuador (diciembre de 1953), con Bolivia (septiembre de 1954) y de complementación económica con Nicaragua (diciembre de 1954).

Tal vez a la distancia no se divisan los escollos que tuvo que vencer para avanzar en esos tratados de unión económica sustentados en una concepción política: el continentalismo.

No se debe descuidar la importancia de la dimensión cultural que Perón le otorgaba a los procesos de integración que en sus palabras significaban la integración histórica como meta hacia la integración geopolítica.

En octubre de 1953 Perón llegó a Asunción del Paraguay por primera vez a bordo del yate *Tacuara*. Casi un año después, el 14 de agosto de 1954, volvió a esa ciudad llevando los trofeos conquistados durante la Guerra de la Triple Alianza: bandera, armas y otras reliquias. Durante la ceremonia principal, efectuada el 16, el visitante manifestó: “Vengo personalmente a cumplir el sagrado mandato encomendado por el pueblo argentino de hacer entrega de las reliquias que, esperamos, sellen para siempre una inquebrantable amistad entre nuestros pueblos y países”.<sup>11</sup> En un aparte, y casi confidencialmente, Perón se dirigió al presidente Alfredo Stroessner, sacó un reloj que llevaba guardado y le dijo: “Aquí tiene el reloj que marcó los últimos instantes de la vida del mariscal López. Quiera Dios que ahora marque las horas felices a que tiene derecho el pueblo paraguayo” (Perón, 1985:19).<sup>12</sup> Veinticinco años antes, el presidente Hipólito Yrigoyen había querido hacer lo mismo –en cuanto a la devolución de los trofeos– pero no lo había logrado.

Años después, en su exilio de Madrid, Perón le comunicó otras reflexiones sobre el frustrado ABC a Tomás Eloy Martínez, a quien le dijo:

11. *La Prensa*. Buenos Aires, 17 de agosto de 1954.

12. Relato hecho a Fermín Chávez por el coronel Pablo Stagni y otros testigos paraguayos. Perón regresó de esa visita con el grado de general del Ejército paraguayo y el título de ciudadano honorario (Page, 333).

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Me quedó, sin embargo, una enorme enseñanza: ningún país latinoamericano puede liberarse por completo si, al mismo tiempo, no se libera el continente y si luego el continente no se integra para consolidar su liberación.<sup>13</sup>

Lo original es que Perón no agotó su política integracionista en las relaciones diplomáticas. Al percibirla como integración de los pueblos, “Argentina persistirá en esta estrategia de Unión Latinoamericana. En el campo sindical, en noviembre de 1952, ha sido puesto en marcha el proyecto ATLAS (Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas) cuyo primer secretario general es José Espejo. [...] Además de este intento de confraternidad latinoamericana en el plano sindical, el primer gobierno peronista llevó a cabo otro proyecto, de contenido político, que denominó ‘Cóndor’ u ‘Organizaciones Cóndores’, que se extendió por Chile, Uruguay, Bolivia y Ecuador. Allí participaron entre otros la senadora chilena María de la Cruz y el diputado Guillermo Izquierdo Araya, ligados al ibañismo, e incluso habría alcanzado suficiente difusión para interesar a Víctor Paz Estenssoro en Bolivia y a Eduardo Víctor Haedo en el Uruguay” (Galasso, 627). Existen correspondencias entre estos dirigentes con Perón y Bramuglia.

Otra expresión de esta política dirigida a anudar vínculos latinoamericanos es la Agencia Latina, instalada como central informativa en diversos países de América Latina y para la cual, como fotógrafo, trabajó Ernesto “Che” Guevara en Guatemala. (Galasso, 627)

Es decir que la política de Perón no se agotaba en la relación estadocéntrica sino que promovía la integración y cooperación de grupos a partir de la autorrepresentación y percepción común del destino histórico.

En coincidencia con la política exterior del primer peronismo, en el tercer gobierno se estableció la prioridad de las relaciones con América Latina, “con los vecinos con quienes se compartían recursos y proyectos estratégicos (el aprovechamiento hídrico en la Cuenca

13. Tomás Eloy Martínez, “América Latina: ¿unida o dominada?”. *Revista 2001*. vi, 58. Buenos Aires.

del Plata) como con los Estados que en la visión de la Cancillería habían dado un paso adelante en el postergado proceso de integración latinoamericana, los miembros del Pacto Andino” (Rodríguez, 74). Juan Carlos Puig jugó un papel importante como canciller en 1973.

En este escenario se produjo la crisis internacional del petróleo y la derrota estadounidense en Vietnam, la emergencia de la OPEP, el fortalecimiento del Movimiento de Países No Alineados, el ascenso de China e India, el auge de los movimientos de liberación; es decir, se daban ciertas condiciones de permisividad, siempre en el contexto bipolar.

Se promovió la integración latinoamericana, la incorporación plena al Movimiento de los No Alineados y la diversificación de las relaciones comerciales. [...] La apertura diversificada de las relaciones económicas importaba el establecimiento de vínculos y acuerdos con Europa (tanto occidental como oriental) y con los países socialistas, excluyendo cualquier limitación ideológica y resistiendo las presiones que se presentaban hacia un sentido contrario en el interior del bloque de pertenencia. La orientación de la política exterior de este periodo fue, en definitiva, consecuente con su declaración de autonomía y no se planteó objetivos secesionistas. (Rodríguez, 74-75)

En el último Perón, Carlos Fernández Pardo y Leopoldo Frenkel sostienen que hay una innovación en su concepción geopolítica derivada de la influencia de la geopolítica gaullista. La “idea” de Europa como visión antagónica a los dos imperialismos genera interés en Perón. Estos autores destacan tres puntos en esta influencia:

1. la vocación de un liderazgo franco-germano;
2. la similitud con la Tercera Posición, donde Europa puede jugar el rol de articuladora entre dos polos, y
3. la promoción de la democracia social.

Aquí toma más fuerza en la geopolítica de Perón la defensa del medio ambiente, situado en la problemática del Tercer Mundo, la superpoblación, la defensa de los recursos naturales.

La visita del general panameño Omar Torrijos en enero de 1974 resulta sintomática de la revitalización de la geopolítica de la integración del último Perón. El 16 de enero, luego de una reunión en

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Olivos, Perón informó: “Latinoamérica debe tener conciencia de sus responsabilidades frente al futuro, irse integrando, de forma de llegar a una organización que nos permita hacer frente al destino, unidos y solidarios”. Por la noche, al intercambiar condecoraciones, Torrijos expresó:

Al condecorarlo, mi Patria no está condecorando al presidente argentino. Está condecorando a un líder de América, de quien los militares que venimos detrás tenemos mucho que aprender. (Citado por Fernández Pardo y Frenkel, 247)

Entre 1972 y 1974, Perón mantuvo una geopolítica activa a través de contactos personales y epistolares con varios presidentes, entre ellos el peruano Juan Velazco Alvarado, el mexicano Luis Echeverría Álvarez, el panameño Omar Torrijos y el primer ministro de Cuba, Fidel Castro.

Seguía pensando que Brasil resultaba imprescindible en la creación del núcleo básico. En declaraciones exclusivas al *Jornal do Brasil*, señaló:

Nunca pensé que Brasil fuese un problema para nosotros. Ésa es una cosa que no me entra en la cabeza. Si Brasil no aceptase la integración ocurriría con él lo que ocurre con Gran Bretaña en Europa. Ante la integración europea, Gran Bretaña no podía quedar aislada. Su mercado de manufacturas era Europa. La prueba es que cuando se creó el Mercado Común, su industria se hundió y con ella la libra esterlina. Por eso tuvo que pedir su incorporación, conozco bien esto a través de De Gaulle. Con Brasil ocurrirá lo mismo.<sup>14</sup>

Perón no disociaba su geopolítica de la integración con una política de defensa nacional, es decir de fortalecimiento del poder duro, en un mundo que se movía hacia el universalismo pero del que no desaparecían los conflictos; aquí emerge nuevamente el realista político.

14. Reproducido por *La Nación*, Buenos Aires, 21 de enero de 1974. La posición de Perón coincidía profundamente con la de Helio Jaguaribe, quien abogaba en ese momento por la más amplia asociación entre la Argentina y Brasil (Fernández Pardo y Frenkel, 233).

Uno de los principales objetivos consistía en el impulso de la actividad científico-tecnológica para desarrollar una industria nacional y lograr el autoabastecimiento.

“Puede concluirse que durante su última presidencia. Perón respaldó los planes de reequipamiento militar, tendiendo a fijar bases comunes para la creación de la industria concurrente. Excluyendo a Estados Unidos y la Unión Soviética para el aporte tecnológico sensible, privilegió la asociación con Europa occidental” (Fernández Pardo y Frenkel, 259), como asimismo priorizó una política de integridad territorial con la Antártida y las islas Malvinas.

Oscar Raúl Cardoso realiza un balance de la gestión de la política exterior de Perón:

Esa fluctuación del péndulo ideológico ayuda a explicar lo que aparece como una historia –sobre todo en el lapso de la década 1945-1955– por momentos contradictoria de la política exterior del peronismo. Una que lo lleva a promover sobre todo una “Tercera Posición” con aspiración de equidistancia de los polos de atracción de la época, Washington y Moscú, a optar por una adhesión curiosamente mansa a los postulados de seguridad que Estados Unidos impuso a la región (Acta de Chapultepec en 1945 y Pacto de Ido en 1947), al mismo tiempo que desafiaba la prolijidad del orden de la Guerra Fría intentando abrir mercados en el área socialista (Rumania y Checoslovaquia en 1947, Bulgaria en 1949, etcétera).

Sólo una búsqueda tenaz de espacios de autonomía nacional en el contexto mundial le concede –en el acierto y en el error– un grado de coherencia a aquel pragmatismo externo del peronismo, mucho más preocupado por los resultados prácticos que por la aplicación dogmática del postulado... El breve período de su tercera presidencia (1973-1974) no muestra a un Perón que se hubiese desencantado de aquel pragmatismo, aun en condiciones internacionales diferentes.

Otro rasgo particular del examen retrospectivo de la política exterior del primer periodo peronista es cierta capacidad de anticipación de las condiciones del futuro. La búsqueda de acuerdos estructurales con vecinos considerados tradicionales rivales de la Argentina –la promoción de un ABC (Argentina, Brasil y Chile)– sugiere también que fue en aquella década que Buenos Aires percibió por primera vez un horizonte en el que

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

las naciones verían severamente limitadas sus capacidades individuales para promover sus intereses en el mundo y en el que la asociación política y económica entre pares se convertiría en la respuesta al interrogante de la viabilidad. De esta visión se nutre el actual Mercosur.<sup>15</sup>

En el sistema-mundo del siglo XXI son cuatro las anticipaciones estratégicas de Perón que cobran vida y fuerza:

1. En primer lugar, el valor de los alimentos y de los recursos naturales para 2000 y las primeras décadas del siglo XXI.
2. En segundo lugar, el crecimiento y la necesidad, en términos prácticos y teóricos, de establecer el mundo de la producción con una perspectiva ecológica.
3. En tercer lugar, la idea y la práctica del perfeccionamiento y la profundización de la democracia a través de la organización libre del pueblo, que le otorga a la sociedad –y no sólo al gobierno, los partidos políticos y el Estado– participación y poder en las decisiones que afectan a los conjuntos sociales.
4. Y por último, aunque tal vez lo más importante, la idea de que la historia es una serie sucesiva de integraciones (Castro, 12).

Y aquí el continentalismo se enmarca como la primera teoría llevada a cabo desde el realismo político por su propio creador. Las intuiciones estratégicas de Perón mantienen su pensamiento en permanente vigencia ya que no podemos negar que en el mundo de la globalización regionalizadora los países de América Latina poseerán perspectiva política en la medida en que surja el “núcleo básico de aglutinación” que buscaba crear Perón mediante la alianza argentino-brasileña.

El primero que lo había planteado a ese nivel político-estratégico había sido Manuel Ugarte, cuando afirmó en 1901 la necesidad de constituir las bases de los Estados Unidos del Sur como respuesta al nuevo paradigma reflejado en el Estado continental industrial de Estados Unidos de América. Por ello consideramos que Ugarte

15. O.R. Cardoso, “La tercera posición: lejos de Washington y de Moscú”, en “Juan Domingo Perón. El hombre que marcó el siglo XX. A treinta años de su muerte”. *Clarín*, suplemento especial, Buenos Aires, 1 de julio de 2004, p. 8.

constituye una de las fuentes principales del continentalismo sudamericano de Perón, por lo que cobra un alto significado el hecho de que cuando los restos de aquél regresan a la Argentina en noviembre de 1954, se organiza una comisión de homenaje. Hablan en el acto Carlos María Bravo, John William Cooke y Jorge Abelardo Ramos. El único telegrama de adhesión lo envía el presidente Perón, en reconocimiento personal a la lucha del precursor. Pero ni su gobierno ni el peronismo oficial se hicieron presentes (Ramos, 1994).

En esta dimensión coincidimos con el juicio de Cristian Buchrucker, quien afirma:

En este campo de la política internacional. Perón adoptó, como se ve, las ideas básicas del *nacionalismo populista*. Recordaba que Estados Unidos se había agrandado por la “conquista” y la “compra” mientras Iberoamérica poseía una historia de “desintegración” y empequeñecimiento político. *En un mundo de gigantes esa Iberoamérica no podría tener un futuro independiente. De allí que Perón propusiera la formación de una confederación de naciones con iguales derechos, retomando el ideal de San Martín y Bolívar.* (Buchrucker, 1987: 334)

Esta idea movilizadora de un nacionalismo que contenga como paradigma la conformación del Estado continental de América del Sur enlaza sólidamente el nacionalismo latinoamericano de Manuel Ugarte con el continentalismo sudamericano de Juan Perón. El paradigma común los condujo a lanzar la misma advertencia como legado político.

En el Teatro Municipal de Lima, el 3 de mayo de 1913, Manuel Ugarte advierte: “El siglo nos impone un dilema: coordinarnos o sucumbir” (Ugarte, 150), afirmación que resuena en la reconocida sentencia de Juan Perón: “Presentimos que el año 2000 nos hallará unidos o dominados. Unidos seremos inconquistables, separados indefendibles” (Perón, 1990: 84).



# PROYECCIÓN DEL CONTINENTALISMO EN EL SIGLO XXI

La globalización es un proceso histórico objeto del sistema mundial, pero es importante destacar que existen dos visiones para asumir esta nueva realidad: una visión fundamentalista o teológica del fenómeno, o sea una imagen de un mundo sin fronteras, gobernado exclusivamente por las fuerzas del mercado, fuera del control político de los Estados y de los actores sociales. La otra la ubica como coexistente con los espacios nacionales y regionales, en los cuales se realiza la mayor parte de las transacciones económicas y de generación de empleo e inclusión social (Ferrer, 1999a). En ese marco los Estados, que van ganando soberanía a través de la ampliación hacia los Estados-región o continentales, se transformarán en los actores protagónicos del sistema mundial del siglo XXI.

Esta última visión es compartida por uno de los estrategas contemporáneos más prestigiosos de Estados Unidos, Henry Kissinger, cuando dice al respecto:

La globalización aumenta la brecha entre ricos y pobres. Además, en un mundo donde el capital puede circular libremente, las economías en desarrollo son más vulnerables al menos en el corto y mediano plazo. Las inversiones se dirigen siempre hacia donde obtienen mejores dividendos. Las economías grandes como las de Estados Unidos y de Europa con mercados de capitales sumamente desarrollados pueden enfrentar esos movimientos sin problemas, pero las economías y estructuras frágiles de la mayoría de los países son muy vulnerables.

## II | El continentalismo y su estrategia ante el sistema-mundo

Kissinger advierte sobre “el error de pensar que las fuerzas del mercado van a solucionar todos los problemas provocados por la globalización. El gran desafío es lograr un equilibrio entre la importancia de los mercados libres con algunos requisitos del bienestar social. Y es necesario tener en cuenta que con la globalización de la organización económica creada alrededor del mercado se constituye una fuerza transnacional que muchas veces es incontrolable políticamente”. Por lo tanto es fundamental “un control político, sea a nivel de Estado-nación, a nivel de Mercosur o de cualquier otro organismo nacional. El problema de base es que hay una brecha entre la complejidad del modelo económico dominante que llamamos globalización y el pensamiento político tradicional todavía basado en el Estado nacional. Nuestros sistemas no han logrado progresar de la misma manera que lo hizo el sistema político”.

Por último, deja traslucir su preocupación por la emergencia del Mercosur como bloque regional ya que en su carácter de estrategia del poder mundial estadounidense prefiere una zona de libre comercio. Dice:

Creo que el Mercosur tendrá una tendencia a organizarse a sí mismo como un bloque y a mí me gustaría que realmente haya un área de libre comercio en todo el hemisferio.<sup>1</sup>

El historiador y prestigioso académico de la Universidad de Yale (Estados Unidos) Paul Kennedy, por su parte, opina que la estabilidad global no depende de los treinta o cuarenta Estados prósperos y desarrollados sino de las sociedades en desarrollo constituidas por los sesenta o setenta Estados intermedios poseedores de grandes desafíos ambientales y sociales pero que tienen recursos educativos y de infraestructura, además de algo de acceso de capital:

Este grupo comprende al 60% de la población mundial. Para donde ellos vayan irá el futuro de la tierra. [...] Si no pueden crearse suficientes empleos en las sociedades en desarrollo, ¿se permitirá emigrar a sus millones de ambiciosos jóvenes con bajo crecimiento poblacional? Estas sociedades en desarrollo ¿no se están viendo obligadas a desarrollarse demasiado rápido?

1. Entrevista a Henry Kissinger, *Clarín*, Buenos Aires, 9 de enero de 2000.

Muy pronto todos estaremos tan entramados que los vastos problemas y promesas del 60% en desarrollo de la población mundial también se convertirán en problemas y promesas de la minoría rica.<sup>2</sup>

Edward Luttwak, asesor del Pentágono, también coincide con los análisis anteriores:

El fenómeno importante al que hay que prestar atención es que ellos consideran que hay una sola verdad (financista) y un solo modelo. Dos generaciones atrás, los bolcheviques proponían un único modelo leninista, para todos los países industrializados, de Japón a Bélgica, Los bolcheviques ignoraban todas las diferencias culturales y religiosas y las distintas estructuras sociales, económicas y políticas. Estaban convencidos de que su modelo podía y debía imponerse en todas partes.

En la actualidad, para Luttwak, los nuevos bolcheviques son los nuevos fundamentalistas del mercado al que denominan “turbocapitalista”:

Así como los viejos bolcheviques ignoraban cualquier diferencia entre países en su insistencia de que sólo si el Estado era propietario de todo podría eliminarse la desigualdad económica (y no fue así), turbocapitalistas actuales hacen lo mismo cuando afirman que las barreras comerciales son ineficaces (verdad), que una economía globalizada sería mucho más productiva (verdad) y que por lo tanto, habría que abolir todo lo que obstaculizara la libertad de comercio, lo cual es una conclusión errónea, ya que tales obstáculos pueden amparar no sólo la ineficacia sino también las culturas y las sociedades. [...] El tema más importante que surge de la globalización es nada menos que la relación entre cultura y comercio.<sup>3</sup>

Samuel Huntington sostiene que nos dirigimos hacia un mundo donde la “época de los imperios abarcadores de múltiples

2. Entrevista a Paul Kennedy. *Clarín*. Buenos Aires, 9 de enero de 2000.

3. E. Luttwak. “El turbocapitalismo”. *Clarín*, Buenos Aires, 9 de enero de 2000.

civilizaciones ha terminado. En casi todo el mundo contemporáneo la gente está empezando a defender su identidad cultural y la de su civilización. Los Estados que comprendan más de una civilización enfrentan cada vez más problemas, como en Serbia y algunos, como la Unión Soviética, Yugoslavia y Etiopía se han desmembrado”.<sup>4</sup>

Ordenando y tratando de realizar una rápida sistematización de los conceptos centrales vertidos por los cuatro especialistas de reconocido prestigio internacional, de los cuales destacamos sus respectivos desempeños como asesores permanentes del Pentágono, se vislumbra en ellos una marcada preocupación por aquellos baches del sistema mundial que pueden cuestionar el inestable *statu quo* internacional. La principal inquietud les provoca la dinámica anárquica del mercado financiero, que en su marcha arrolladora arrasa culturas trayendo como resultado una “peligrosa” reacción de esas culturas para no permitir su avasallamiento.

También podemos apreciar que desde sus ópticas analíticas sólo aquellos sistemas políticos articulados en bloques regionales podrán regular al volátil capital financiero: sin embargo, pretenden para América Latina una zona de libre comercio liderada por su propio país en un renacer actualizado del viejo panamericanismo como destino manifiesto. Asimismo, se observa la importancia que atribuyen al factor *identidad cultural* como elemento estratégico de la legitimidad política que deben adquirir esos bloques supranacionales ante la inminencia del fin de los bloques multicivilizacionales.

Estas breves consideraciones nos llevan a interrogarnos: *¿El peronismo y el pensamiento continentalista sudamericano de Juan Perón poseen vigencia en este mundo que estamos analizando?*

Con el fin de la Guerra Fría y la aceleración de la globalización financiera en su fase digital caracterizada por un mundo multipolar, la cultura como vía de la identidad se transforma en una de las variables preponderantes de las relaciones internacionales. Por lo tanto, el intento de generar un espacio articulado por un mercado común del sur como bloque regional constituye la respuesta a este nuevo escenario, potenciando estratégicamente el continentalismo sudamericano de Juan Perón que aparece fortificado en el actual sistema global.

4. S. Huntington. “Clinton pierde en Chechenia”. *Clarín*, Buenos Aires, 22 de diciembre de 1999. Véase también Huntington (1997).

El continentalismo sudamericano de Perón se transforma en el verdadero camino de una política latinoamericana al priorizar *una alianza estratégica argentino-brasileña como el único camino real en el itinerario que guiará a la conformación de los Estados Unidos del Sur*. Esta idea se reactualiza en el nuevo escenario y adquiere vigencia de pensamiento estratégico al asumir procesos de racionalización política de los nuevos procesos de integración para traspasar la barrera de los meros acuerdos económicos.

El agotamiento del modelo argentino de crecimiento hacia afuera (1880-1930), así como también la imposibilidad del modelo de desarrollo industrial autárquico del crecimiento hacia adentro (1930-1989) en el límite del capitalismo global obligan a la necesidad de un nuevo punto de partida propio, desde nuestra realidad latinoamericana, teniendo como dato objetivo del nuevo escenario mundial la *búsqueda de una “tercera vía original” donde se resuelvan las ideas de mestizaje, economía industrial competitiva, cultura común y voluntad política del ser sujeto*.

En este encuadre, el pensamiento continentalista de Perón, lejos de agotarse en el pasado, renace como nuevo punto de encuentro en la búsqueda del establecimiento de un bloque continental latinoamericano ante la imposibilidad de desarrollo histórico aislado de nuestros Estados insulares, por lo que su pensamiento más que una repetición adquiere contemporaneidad en toda su dimensión política continental.

El continentalismo sudamericano de Perón le otorga autoconciencia unitaria y totalizante a la política de integración que necesita de una ideología racionalizadora de ese proceso, la ampliación del mercado y la concertación de políticas en áreas clave como el desarrollo industrial y tecnológico para fortalecer la capacidad de nuestros países con el fin de responder con eficacia a los desafíos y oportunidades que plantea la globalización.

América Latina no debería cometer la mala experiencia de adaptar políticas imitativas de los centros mundiales en este delicado momento histórico. El inestable contexto internacional brinda el marco propicio para construir un pensamiento crítico propio desde América Latina.

De tal manera la crisis de los paradigmas neoliberales puros obliga a nuestro continente a iniciar un urgente e indispensable nuevo camino, que no pasa solamente por cambiar el rumbo de una política social o económica –políticas, en el fondo, a corto plazo– sino que se trata de generar el desarrollo y el bienestar que ubiquen a América Latina como bloque continental en el proceso de globalización o

mundialización en carácter de un Estado supranacional capaz de decidir su propio destino en la política mundial.

El mundo de la post Guerra Fría fue acompañado de un discurso que pregona “el fin de las utopías”, por lo que hay que ceñirse al pragmatismo del “sálvese quien pueda” ya que “no hay alternativas”. *Es el fin de todo: el fin de la historia, el fin de las utopías, el fin del Estado.* Sin embargo, la humanidad no puede vivir sin grandes creencias religiosas o políticas.

En nuestra opinión, *América Latina tiene su futuro: es el de la integración regional como condición para su desarrollo con equidad. Sólo la supremacía de la política sobre la fuerza de los mercados* hará posible ese futuro.

Es nuestra utopía, porque en verdad el proceso de globalización, exacerbado por la unilateralidad imperial americana, reduce de manera drástica y acelerada el espacio de permisividad de los países subdesarrollados.

Pero si se consolida el Mercosur y a partir de éste y de la Comunidad Andina, les queda a estos países la posibilidad de mantener su identidad nacional y destino histórico. El trío conformado por la Argentina, Brasil y Venezuela puede llevar a la consolidación del Mercosur y consecuentemente al Estado sudamericano.

Únicamente como Estado continental unido bajo un pensamiento estratégico revitalizado y fundamentado en el continentalismo sudamericano de Perón podemos enfrentar los más graves desafíos que el sistema mundial tendrá que hacer frente en los próximos cincuenta años, donde por sus efectos estratégicos sobresalen cuatro:

1. pérdida de habitabilidad del planeta debido a los daños irreversibles en la biosfera;
2. ausencia de institución, en el primer tercio del siglo, de un orden internacional satisfactoriamente nacional, lo que llevará a la alternativa indeseable de: a) formación de un imperio americano mundial que someterá a todos los pueblos al arbitrio de un único país, o b) formación de una nueva bipolaridad (Estados Unidos-China) donde eventualmente se incluiría a Rusia, que establecería el riesgo de un holocausto nuclear tal vez inevitable;
3. agravamiento de la asimetría Norte-Sur y en muchos países diferencias abismales entre sectores ricos y sectores miserables, lo cual generaría conflictos sociales insanables e incontrolables formas de terrorismo, y

4. insostenibilidad material, en el modo como actualmente opera, de la civilización industrial ultrapasando las reservas de diversos minerales y de otros insumos escasos de los cuales depende el proceso industrial (Jaguaribe, 2006b).

El Estado continental nos brindará muchos mayores márgenes de viabilidad para afrontar estos macro desafíos, siempre que sus países renuncien a cualquier aspiración de liderazgo regional unilateral y actúen con generosidad con los Estados más pequeños y con una base de un consenso previo y de interés estratégico, como planteaba Perón.

El siglo XXI convoca a la política de los grandes espacios geopolíticos donde se integran en un bloque lo económico, social, cultural, educativo, político, la defensa y la seguridad. Con una actuante visión nacional-continentalista podemos percibir el agotamiento definitivo de nuestros Estados insulares inviables en la globalización, ya como Perón los veía a mitad del siglo XX.

Los puntos vitales –geopolíticos y geoeconómicos– para la viabilidad de un Estado continental son poder alimentario, agua, energía, población y renta estratégica (Rivero, 1998).

Como unidad geopolítica y geoeconómica América del Sur está compuesta por doce países dentro de un espacio contiguo, posee 360 millones de habitantes, cerca del 67% de todo el continente hispanoamericano y el equivalente al 6% de la población mundial, con una gran integración lingüística dado que casi la totalidad habla castellano y portugués sobre la base de su matriz hispano-lusitana.

Su población es mayor que la de Estados Unidos (293.027.771 habitantes), su territorio de 17 millones de kilómetros cuadrados es el doble del estadounidense y posee una de las mayores reservas de agua dulce y biodiversidad del mundo e inmensas riquezas minerales, pesca y agricultura. Más aún, la integración del Mercosur, con un producto bruto interno de 1.000 millones de dólares y la Comunidad Andina, hace del futuro Estado continental sudamericano una potencia mundial con una masa económica mayor que la de Alemania y muy superior a la suma del producto bruto interno de México y Canadá (Barrios, 2006a, 2006b).<sup>5</sup>

5. Todos los datos corresponden al año 2008, cuando se publicó la edición original de esta obra. (N. del E.)

Hoy podemos decir que el continentalismo sudamericano de Juan Perón ya no es un sueño: es la realidad o, mejor dicho, la única verdad es la realidad, por lo que constituye el único camino de re-diseñar el espacio de nuestra soberanía en la era de la globalización.

La conclusión más contundente desde el polo opuesto de la vigencia del continentalismo de Perón en la globalización son las declaraciones en el Senado de Estados Unidos en noviembre de 2005 de la secretaria de Estado Condoleezza Rice cuando advirtió: “Para que el sur del continente pueda ser asimilado, debe alejarse de Perón. Sí, de aquel desprestigiado demagogo semi nazi argentino llamado Juan Domingo Perón”.<sup>6</sup> Aunque Rice no hace sino continuar en la misma línea trazada en 1982 por la ex primera ministra británica Margaret Thatcher cuando ésta señaló que “la culpa de todo esto la tiene Perón”. Como remate de la visión opuesta a nuestro planteo no podemos obviar la opinión del máximo gurú de la economía neoliberal, Alan Greenspan, el ex jefe de la Reserva Federal de Estados Unidos, en su flamante libro *La era de las turbulencias*, donde suma a las discusiones sobre teoría económica su propia experiencia de más de veinte años como hombre de la principal economía del mundo:

El diccionario define “populismo” como una filosofía política que respalda los derechos y el poder del pueblo por lo general en oposición a una elite privilegiada. Yo veo el populismo económico como la respuesta de una población empobrecida a una sociedad en declive, caracterizada por una elite económica a la que se percibe como opresora, [...] los líderes populistas ofrecen promesas inequívocas de remediar las injusticias percibidas. [...] En todas sus diversas variedades, por supuesto, el populismo lleva la contra al capitalismo de mercado.

Argentina era, en muchos aspectos, una cultura europea antes de la Primera Guerra Mundial... Argentina perdió terreno en las comparaciones internacionales, sobre todo durante el régimen autocrático de Juan Perón. (383)

6. “Rice criticó la “demagogia de Perón”, *La Nación*. Buenos Aires. 28 de noviembre de 2005

# BIBLIOGRAFÍA

- AGNEW, John (2005), *Geopolítica. Una revisión de la política mundial*, Madrid, Trama.
- AGULLA, Juan Carlos (1999), *Globalización y agonía de la sociedad nacional*, Buenos Aires, De Belgrano.
- ALBURQUENQUE LLORES, Francisco (ed.) (1989), *Antología del pensamiento político, social y económico de América Latina*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.
- ALONSO BARAHONA, Fernando (2003), *Perón, el espíritu del pueblo*, Madrid, Criterio.
- Anécdotas, recuerdos y relatos de Perón* (1950), Buenos Aires, Subsecretaría de Información de la Presidencia de la Nación.
- ARONSON, Perla (coord) (2007), *Notas para el estudio de la globalización. Un abordaje multidimensional de las transformaciones sociales contemporáneas*, Buenos Aires, Biblos.
- ATENCIO, Jorge (1995), *Qué es la geopolítica*, Buenos Aires, Pleamar.
- BARBÉ, Esther (2007), *Relaciones internacionales*, Madrid, Tecnos.
- BARRIOS, Miguel Ángel (2006a), “América del Sur en la geopolítica mundial”, *Geosur, Revista especializada de la Asociación Latinoamericana de Estudios Geopolíticos e Internacionales*, julio-agosto, Montevideo.
- (2006b). “El sistema mundial en el siglo XXI”, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos del Ministerio de Defensa Nacional de Chile, [www.anepe.cl](http://www.anepe.cl) (sitio de la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos del Ministerio de Defensa de Chile), noviembre.
- (2007). *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*, Buenos Aires, Biblos.

- BAUMAN, Zygmunt (1999), *La globalización, consecuencias humanas*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- BECK, Ulrich (2007), “En la globalización necesitamos tener raíces y alas a la vez”, *Clarín*, Buenos Aires, 13 de diciembre.
- BERGOGLIO, Jorge M. (2005), Prólogo a Guzmán Carriquiry. *Una apuesta por América Latina. Memoria y destino histórico de un continente*, Buenos Aires, Sudamericana.
- BERNAL MEZA, Raúl (2005), *América Latina en el mundo. El pensamiento latinoamericano y la teoría de relaciones internacionales*, Buenos Aires, Nuevo Hacer.
- BOLÍVAR, Jorge (1996), “Estudio preliminar” a Manuel Ugarte, *La Patria Grande y otros textos*, Buenos Aires, Teoría.
- BOUZA-BREY, Luis (1999), “El poder y los sistemas políticos”, en Miquel Caminal Badía (ed.), *Manual de ciencias políticas*, Madrid, Tecnos.
- BRIANO, Justo P. (1972), *Geopolítica y geoestrategia americana*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- BRZEZINSKI, Zbigniew (1998), *El gran tablero mundial, la supremacía estadounidense y sus imperativos estratégicos*, Barcelona, Paidós.
- (2005), *El dilema de los Estados Unidos. ¿Dominación global o liderazgo global?*, Barcelona, Paidós.
- BUCHRUCKER, Cristian (1983), “Las corrientes ideológicas de la década del 40”, mimeo.
- (1987), *Nacionalismo y peronismo, La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- CAFIERO, Antonio (1996), *La política exterior peronista 1946-1955. Sobre la falacia del mito aislacionista*, Buenos Aires, Corregidor.
- CALHOUN, Craig (2007), *Nacionalismo*, Buenos Aires, Del Zorzal.
- CAMINEL BADÍA, Miquel (ed.) (1999), *Manual de ciencia política*, Madrid, Tecnos.
- CARBONELL, Charles Olivier (2001). *Una historia europea de Europa. ¿De un renacimiento a otro? (siglos XV-XX)*, Madrid, Idea-Brooks.
- CASTRO, Jorge (1988), *La tercera revolución*, Buenos Aires, Catálogos.
- CERNADAS, Juan Julio (1931), Prólogo a Juan Perón, *El frente oriental de la Guerra Mundial de 1914*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- CHÁVEZ, Fermín (1984a), *Perón y el justicialismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- (1984b), *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*, Buenos Aires, Oriente.
- (s/f), “Ugarte-Yrigoyen-Perón”, archivo personal de Fermín Chávez.

- CIRIA, Alberto (1983), *Política y cultura popular. La Argentina peronista. 1946-1955*, Buenos Aires, De la Flor.
- CISNEROS, Andrés y Carlos PIÑEIRO IÑÍGUEZ (2002), *Del ABC al Mercosur*, Buenos Aires, Nuevo Hacer.
- DEL ARENAL, Celestino (1992), *Introducción a las relaciones internacionales*, Madrid, Tecnos.
- (2001b), *Soberanía del Estado y derecho Internacional*, Universidad de Córdoba-Universidad de Sevilla-Universidad de Málaga.
- (2001a), *La nueva sociedad mundial y las nuevas realidades internacionales. Un reto para la teoría y la práctica*, Universidad del País Vasco.
- DEVÉS VALDÉS, Eduardo (2000), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernidad y la identidad*, t. I: *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires, Biblos.
- (2003), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernidad y la identidad*, t. II: *Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Buenos Aires, Biblos.
- (2004), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernidad y la identidad*, t. III: *Las discusiones y las figuras del fin de siglo*, Buenos Aires, Biblos.
- DEVOTO, Fernando y Boris FAUSTO (2008), *Argentina Brasil 1850-2000*, Buenos Aires, Sudamericana.
- DI TELLA, Torcuato S. (1998), *Historia social de la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Troquel.
- (2004), *Diccionario de ciencias sociales y políticas*, Buenos Aires, Ariel.
- DOS SANTOS, Theotonio (2002), *La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas*, Buenos Aires, Plaza Janés.
- DOUGHERTY, James y Robert PFALTZGRAFT (1993), *Teoría en pugna en las relaciones internacionales*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- DRUCKER, Peter (1994), *La sociedad poscapitalista*, Buenos Aires, Sudamericana.
- ESCODÉ, Carlos (1983), *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación Argentina 1942-1949*, Buenos Aires, De Belgrano.
- FERNÁNDEZ PARDO, Carlos (2007), *Carl Schmitt en la teoría política internacional*, Buenos Aires, Biblos.
- FERNÁNDEZ PARDO, Carlos y Leopoldo FRENKEL (2005), *La unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción (1971-1974)*, Córdoba, Del Copista.

- FERNÁNDEZ PARDO, Carlos y Alfredo LÓPEZ RITA (1973), *Socialismo nacional. La marcha del poder peronista*, Buenos Aires, Relevo.
- FERRER, Aldo (1996), *Historia de la globalización*, vol. I: *Orígenes del orden económico mundial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (1999a). *Hechos y ficciones de la globalización*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (1999b). *Historia de la globalización*, vol II: *La Revolución Industrial y el segundo orden mundial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- y Helio JAGUARIBE (2001). *Argentina y Brasil en la globalización*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- FLORIA, Carlos Alberto y César GARCÍA BELSUNCE (1992), *Historia de los argentinos*, t.2. Buenos Aires, Larousse.
- FUKUYAMA, Francis (2005), *La construcción del Estado hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*, Barcelona, Ediciones B.
- GABRIEL, José Antonio (2003), “La formación del Estado moderno”, en Rafael Del Águila (ed), *Manual de ciencia política*, Madrid, Trotta.
- GAGGERO, Horacio (1997), “El Estado, la economía y los actores sociales durante el gobierno peronista. Argentina 1946-1955”, en Torcuato S. Di Tella y Cristina Lucchini (comps.), *La sociedad y el Estado en el desarrollo de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Biblos.
- GALASSO, Norberto (2005), *Perón. Formación, ascenso y caída (1893-1955)*, t. 1, Buenos Aires, Colihue.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1999), *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós.
- GARCÍA DELGADO, Daniel (1998), *Estado-nación y globalización. Fortalezas y debilidades en el umbral del tercer milenio*, Buenos Aires, Ariel.
- GELLNER, Ernest (1994), *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza.
- GIDDENS, Anthony (1988), *Sociología*, Madrid, Alianza.
- GÓMEZ REY, Patricio (2006), “La asimilación de las ideas de Ratzel y la nueva visión del territorio mexicano”, *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona.
- GREENSPAN, Alan (2008), *La era de las turbulencias. Aventuras en un nuevo mundo*, Barcelona. Ediciones B.
- GRONDONA, Mariano (2002), “El mundo según Kissinger”, [www.globalizacion.org/ordenmundial/NuevoOrdenGrondonakissinger.htm](http://www.globalizacion.org/ordenmundial/NuevoOrdenGrondonakissinger.htm).

- GULLO, Marcelo (2005), *Argentina y Brasil. La gran oportunidad*, Buenos Aires, Biblos.
- GUIBERNAU, Monserrat (1996), *Los nacionalismos*, Barcelona, Ariel.
- HERRERA, Felipe (1964), *América Latina integrada*, Buenos Aires, Losada.
- HERRERA VEGAS, Jorge (1995), “Las políticas exteriores de la Argentina y del Brasil. Divergencias y convergencias”, en *Argentina y Brasil enfrentando el siglo XXI*, Buenos Aires, CARI-Asociación de Bancos de la República Argentina.
- HOBSBAWM, Eric (1993), Conferencia inaugural del congreso internacional “Los nacionalismos en Europa. Pasado y presente”, Santiago de Compostela, 17-29 de septiembre, mimeo.
- (1994), “Nación, Estado, etnicidad y religión”, Anuario 16, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- (1995), *Naciones y nacionalismo desde 1870*, Barcelona, Crítica.
- (1998), *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica.
- (2000), *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica.
- (2007), *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica.
- HUNTINGTON, Samuel (1997), *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós.
- (2004). ¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense, Buenos Aires, Paidós.
- IMAZ, José Luis de (1984), *Sobre la identidad latinoamericana*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (2007) *Los constructores de Europa*, Buenos Aires, Fundación Carolina.
- ITURRIETA, Aníbal (1990), *El pensamiento peronista*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.
- JAGUARIBE, Helio (2006a), “América Latina ante el siglo XXI”, *Revista del Centro de Investigaciones de Estudios Latinoamericanos para el Desarrollo y la Integración*. 1. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas.
- (2006), “Argentina y Brasil ante el siglo XXI”, en José Nun y Alejandro Grimson (comps), *Convivencia y buen gobierno. Naciones, nacionalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, Edhasa.
- (2006), “Una alianza argentino-brasilera”, *Revista de la COPPAL*, primavera, Buenos Aires.
- JALIFE-RHAME, Alfredo (2007), *El fin de una era. Turbulencias en la globalización*, Buenos Aires, Del Zorzal.

- KISSINGER, Henry (2001), *Does American Need a Foreign Policy?*, Nueva York, Simon & Schuster.
- (2004). *La diplomacia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- KLARE, Michael (2001), “La nueva geopolítica”, [reci.net/globalizacion/2003/fg362.htm](http://reci.net/globalizacion/2003/fg362.htm).
- KRASSNER, Stephen (2001), *Soberanía, hipocresía organizada*, Buenos Aires, Paidós.
- LAFER, Celso (2002), *La identidad internacional de Brasil*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LAGROYE, Jacques (1994), *Sociología política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LIST, Friedrich (1955), *Sistema nacional de la economía política*, Buenos Aires, Aguilar.
- MAISONNEUVE, Eric de la (1998), *La metamorfosis de la violencia. Ensayo sobre la guerra moderna*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- MASSOT, Vicente (2007), *Las ideas de esos hombres. De Moreno a Perón*, Buenos Aires, Sudamericana.
- METHOLFERRÉ, Alberto (1966), “Conciencia histórica e integración”, *Cuadernos de Archivo del Presente*, 3, Buenos Aires.
- (1987). *La Iglesia es la historia de América Latina. Desde la posguerra a nuestros días*, Buenos Aires, Nexo.
- (1995a), *Nueva dialéctica histórica en América Latina*, México, IMDOSOC.
- (1995b), *Perón y la novedad de la alianza argentino-brasileña*, Montevideo, Cuadernos de Marcha.
- (1996), “Conciencia histórica e integración”, *Cuadernos de Archivo del Presente*, 3, Buenos Aires.
- (1996-1997), “La integración de América en el pensamiento de Perón”, *Desmemoria. Revista de Historia*, 4, 13-14, Buenos Aires, diciembre-mayo.
- (1997a), *Mercosur. La dimensión cultural de la integración*, Buenos Aires, Ciccus.
- (1997b), *Una bipolaridad cultural: Mercosur o NAFTA*, Buenos Aires, Ciccus.
- (1997c), “La batalla por América Latina”, *Cuadernos de Marcha*, abril, Montevideo.
- (1998), “El Mercosur es el gran intento por conformar el Estado nacional continental”, *La Patria Grande*, agosto, Buenos Aires.

- (1999a). “América Latina en la era de los Estados Continentales”, *Cuadernos de El Estante*, agosto-septiembre, Montevideo.
  - (1999b), “Los Estados Continentales en el Mercosur”, Montevideo, mimeo.
  - (2000), *Perón y la alianza argentino-brasileña*, Córdoba, Ediciones del Corredor Austral.
  - (2001), “Mercosur o muerte”, *Cuadernos de Marcha*, julio-agosto, Montevideo.
  - (2002a), “América del Sur, de los Estados-ciudad al Estado Continental industrial”, [www.amersur.org.ar/Integ/AdelSurEstados.htm](http://www.amersur.org.ar/Integ/AdelSurEstados.htm).
  - (2002b), “Juventud universitaria y Mercosur”, [www.losocial.com.ar/advsearch.as-p?look for:Alberto+Methol+Ferr%E9](http://www.losocial.com.ar/advsearch.as-p?look for:Alberto+Methol+Ferr%E9).
  - (2005), *El Mercosur: un acontecimiento fundamental para América Latina*, Santa Fe, Aurora.
  - (2006), *Alver Metelli. La América Latina del siglo XXI*, Buenos Aires, Edhasa.
  - (s/f), “Del Estado-nación industrial a los Estados Continentales modernos”, mimeo.
- MONIZ BANDEIRA, Luis A. (2002), “Las relaciones en el Cono Sur: Iniciativas de integración”, en Mario Rapoport y Armando Cervo (comps.), *El Cono Sur. Una historia común*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2004), *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al Mercosur*, Buenos Aires, Norma.
  - (2007), *La formación del imperio americano. De la guerra contra España a la guerra en Irak*, Buenos Aires, Norma.
- OHMAE, Kenichi (1995), *El fin del Estado-nación*, Barcelona-Buenos Aires-México, Andrés Bello.
- (2005), *El próximo escenario global. Desafíos y oportunidades en un mundo sin fronteras*, Bogotá, Norma.
- OLIVA, Enrique (2005), “Perón tiene la culpa”, [altermedia.com](http://altermedia.com), 28 de noviembre.
- PAGE, Joseph (1999), *Perón: una biografía*, Buenos Aires, Grijalbo.
- PAVÓN PEREYRA, Enrique (1952), *Perón. Preparación de una vida para el mando (1895-1942)*, Buenos Aires, Espino.
- (1973), *Perón tal como fue*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 2 t.
  - (dir.) (1972), *Perón, el hombre del destino*, vol. 1, Buenos Aires, Abril.
- PEREYRA MELE, Carlos Alberto (2006), “La lucha por los recursos naturales”, CEES, Córdoba, 28 de septiembre.

- (2007), “Bicentenario y pensamiento estratégico en Argentina”, *Revista del Centro de Estudios Estratégicos Sudamericanos (CEES)*, Córdoba.
- PERON, Juan D. (1931), *El frente oriental de la Guerra Mundial de 1914*, Buenos Aires, Biblioteca del Oficial del Círculo Militar.
- (1939), “Lo que yo vi de la preparación y realización de la revolución del 6 de septiembre de 1930”, en José María Sarobe, *Memorias sobre la Revolución del 6 de Septiembre de 1930*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación.
- (1968), *La hora de los pueblos*, Buenos Aires, Norte.
- (1973), *América Latina: ahora o nunca*, Buenos Aires, Síntesis.
- (1974), *El modelo argentino para el proyecto nacional*, Buenos Aires, Realidad Política.
- (1982), *Los Estados Unidos de la América del Sur*, selección y prólogo de Eduardo Artesano, Buenos Aires, Corregidor.
- (1985), *Diario secreto de Perón, anotado por Enrique Pavón Pereyra*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (1985), *Tercera Posición y unidad latinoamericana*, selección e introducción de Fermín Chávez, Buenos Aires, Biblos.
- (1990), *América Latina en el año 2000. Unidos o dominados. Antología*, México, Casa Argentina de Cultura.
- (1992), *Latinoamérica: ahora o nunca*, Montevideo. Diálogos.
- PINHEIRO GUIMARAES, Samuel (2005), *Cinco siglos de periferia. Una contribución al estudio de la política internacional*, Buenos Aires, Prometeo.
- POSSE, Abel (2003), *El eclipse argentino. De la enfermedad colectiva al Renacimiento*, Buenos Aires, Emecé.
- QUATTROCCHI-WOISSON, Diana (1995), *Los males de la memoria*, Buenos Aires, Emecé.
- RAMOS, Jorge A. (1989), *La era del peronismo*, Buenos Aires, Mar Dulce.
- (1994), “Redescubrimiento de Ugarte”, en *La nación inconclusa. De las repúblicas insulares a la Patria Grande*, Montevideo, De la Plaza.
- RAPOPORT, Mario (1980), *1940-1945. Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas*, Buenos Aires. De Belgrano.
- (1997), *El laberinto argentino. Política internacional en un mundo conflictivo*, Buenos Aires, Eudeba.
- RECONDO, Gregorio (2001), *El sueño de la Patria Grande. Ideas y antecedentes integracionistas*, Buenos Aires, Ciccus.

- REIN, Raanan (1998), *Peronismo, populismo y política*, Buenos Aires, De Belgrano.
- RENOUVIN, Pierre (1999), *Historia de las relaciones internacionales (siglo XIX y XX)*, Madrid, Akal.
- RIVERO, Oswaldo (1998), *El mito del desarrollo: los países inviables en el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica.
- RODRÍGUEZ, Malvina E. (2000), *La recuperación de la Tercera Posición como alternativa política argentina y latinoamericana*, Córdoba, Del Copista.
- ROUQUIÉ, Alain (1900), *Extremo Occidente. Introducción a América Latina*, Buenos Aires, Emecé.
- RUSSELL, Roberto (2004), “El orden político internacional post-Irak”, en Mónica Hirst, Carlos Pérez Llano, Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlian, *Imperio, Estados e instituciones. La política internacional en los comienzos del siglo XXI*, Buenos Aires, Fundación Editorial Atlántica.
- y Juan Gabriel TOKATLIAN (2003), *El lugar de Brasil en la política exterior Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- SANHI, Varun (2007). “¿Ancla flotante o plataforma de lanzamiento? Dinámica regional de los poderes emergentes”, en Juan Gabriel Tokatlian (comp), ob. cit.
- SAROBÉ, José María (1944), *Iberoamérica: mensaje a la juventud*, Buenos Aires, Claridad.
- (s/f), *Memorias sobre la Revolución del 6 de Septiembre de 1930*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación.
- SCALABRINI ORTIZ, Raúl (1950), *Política británica en el Río de la Plata*, nota preliminar de Enrique García, Buenos Aires, Hechos e Ideas.
- SCHMITT, Carl (1952), *Tierra y mar. Consideraciones sobre la historia universal*, Madrid, Institutos de Estudios Políticos.
- STAVRIDIS, James (2007), “El problema número uno en el hemisferio es la pobreza”, *DEF* 3, Buenos Aires, 21 mayo.
- STEINBERG, Federico (2008), “El impacto de las potencias emergentes en la economía mundial”, *Boletín del Real Instituto Elcano*, Madrid, 4 de enero.
- TAYLOR, Peter J. y Colin FLINT (2002), *Geografía política. Economía. Estado, nación y localidad*, Madrid, Trama.
- TOCQUEVILLE, Alexis (1963), *La democracia en América (1835)*. México, Fondo de Cultura Económica.
- TOKATLIAN, Juan Gabriel (2004a), *Hacia una nueva estrategia internacional. El desafío de Néstor Kirchner*, Buenos Aires, Norma.

- (2001), “El proyecto de reordenamiento mundial de Estados Unidos: una mirada crítica”, en Mónica Hirst, Carlos Pérez Llano, Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlian, *Imperio, Estados e instituciones. La política internacional en los comienzos del siglo XXI*, Buenos Aires, Fundación Editorial Atlántica.
- (comp.) (2007), *India, Sudáfrica y Brasil. El impacto de las nuevas economías regionales*, Buenos Aires, Del Zorzal.
- TRÍAS, Vivian (1975), *Historia del imperialismo norteamericano*, Buenos Aires, Peña Lillo.
- (1988), “Getulio Vargas, Juan Domingo Perón y Batlle-Berres Herrera. Tres rostros del populismo”, en Juan Carlos Rubeisten (comp.), *El Estado periférico latinoamericano*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 223-237.
- UGARTE, Manuel (1923), *Mi campaña latinoamericana*, Barcelona, Cervantes.
- URRIZA, Manuel (2007), *San Martín y Bolívar vistos por Perón*, Buenos Aires, Colihue.
- VASCONCELOS, José (1992), *Pensamiento y obra*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1996), *Abrir las ciencias sociales*, México. Siglo Veintiuno.
- WEIGERT, Hans (1943), *Geopolítica, generales y geógrafos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- WOMACK Brantly (2007), “Teoría de la asimetría y poderes regionales: los casos de India. Brasil y Sudáfrica”, en Juan Gabriel Tokatlian (comp.), 15-34.

# ÍNDICE

PRÓLOGO. EL CONTINENTALISMO DE PERÓN ANTE LOS DESAFÍOS ACTUALES .....	7
<i>Santiago Cafiero</i>	
PRESENTACIÓN .....	11
<i>Antonio Cafiero</i>	
INTRODUCCIÓN .....	15

## PRIMERA PARTE EL SISTEMA-MUNDO EN LA DINÁMICA HISTÓRICA

El sistema mundial en los comienzos del siglo XXI .....	23
La globalización: procesos e imágenes .....	27
Las nuevas realidades internacionales .....	33
El sistema-mundo en transición .....	77
Esbozo de una historia geopolítica de América Latina .....	117
Los tres períodos del sistema-mundo .....	125

## SEGUNDA PARTE EL CONTINENTALISMO Y SU ESTRATEGIA ANTE EL SISTEMA-MUNDO

El sistema-mundo: desafío, crisis y oportunidades .....	139
Las tres realidades sociales del sistema-mundo .....	143
Aproximaciones a las teorías de la “autonomía” en las relaciones internacionales en América Latina .....	145
Perón, creador de la teoría y la praxis de la “autonomía” en América Latina .....	159

### III | Anexo

La emergencia de los movimientos nacional-populares en América Latina .....	173
El peronismo .....	179
Proyección del continentalismo en el siglo XXI.....	223
BIBLIOGRAFÍA.....	231